



Luís de Camoes

Poesías selectas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Luís de Camoes

Poesías selectas

Soneto I

Mientras quiso Fortuna que tuviese

Esperanza de hallar algún contento,

O placer de algún suave pensamiento,

Me hizo que sus efectos escribiese.

Pero temiendo Amor que aviso diese

Mi pluma al que tuviese el juicio exento,

Me obscureció el ingenio con tormento,

Para que sus engaños no dijese.

¡Oh vos, a quien Amor tiene en prisiones

De ajena voluntad! cuando leyereis,

En un volumen casos tan diversos,

Sabed que son verdades, no ficciones:

Y sabed que, según amor tuviereis,

Tendréis inteligencia de mis versos.

Soneto II

- 5 -

Con lazo indecoroso viví atado;

Vergonzoso castigo de mis yerros:

Y empiezo ahora a sacudir los hierros

Que a mi pesar la muerte ha quebrantado.

Sacrifiqué la vida a mi cuidado;

Que amor no quiere ovejas ni becerros:

Vi penas, vi miserias, vi destierros;

¡Paréceme que estaba así ordenado!

Contentéme con poco, conociendo

Que era el contentamiento vergonzoso,

Sólo por ver lo que era vivir ledó.

Mas mi estrella, que ahora ya la entiendo,

La muerte ciega, el paso peligroso,

Me hicieron de los gustos tener miedo.

Soneto III

- 7 -

El tiempo que de amor vivir solía,

No siempre andaba al remo aherrojado;

Sino que ahora libre, ahora atado,

En varias llamas variamente ardía.

El cielo riguroso no quería
En un fuego no más verme abrasado;
Ni que mudando causas al cuidado,
Mudanza hallase la ventura mía.

Y si algún poco tiempo andaba exento,
Era porque engañarme procuraba,
Por volverme a cansar con más aliento.

Loado sea amor en mi tormento;
Pues por recreo y diversión tomaba
El darme tan cansado sufrimiento.

Soneto IV

- 9 -

De mi estado me encuentro tan incierto,
Que en vivo ardor temblando estoy de frío;

Sin causa al mismo tiempo lloro y río,

Y es todo el mundo para mí un desierto.

Es todo cuanto siento un desconcierto;

Mi alma un volcán, mis ojos son un río:

Ahora espero, ahora desconfío,

Ahora desvarío, ahora acierto.

Estando en tierra al cielo voy volando;

Cada hora me es mil años, y de hecho

En mil años no encuentro un día u hora.

Si me pregunta alguno por qué así ando,

Digo que no lo sé; pero sospecho

Que es sólo porque a vos os vi, señora.

Soneto V

- 13 -

En un jardín cubierto de verdura

Y esmaltado de mil diversas flores,

Con la Diosa se halló de los amores,

La Diosa de la caza y la espesura.

Diana allí cogió una rosa pura;

La otra un lirio cogió de los mejores:

Pero excedían a las otras flores

Las violas en la gracia y hermosura.

Pregúntanle a Cupido, que allí estaba,

De aquellas flores cuál le parecía

La más suave, más pura y más hermosa.

Sonriéndose el muchacho replicaba.

«Hermosas son las tres, mas yo querría

la viola antes que el lirio y que la rosa.»

Soneto VI

- 14 -

Todo el mundo en la siesta reposaba,

Y su ardor sólo Liso no sentía;

Que el reposo del fuego en que él vivía,

Consistía en la Ninfa que buscaba.

Los montes parecía que ablandaba

Con las penas y angustias que decía;

Mas nada el duro pecho conmovía,

Que en la voluntad de otro puesto estaba.

Cansado ya de andar en la espesura,

A un álamo se acerca, y por venganza

Estos versos escribe en la corteza:

«Nunca pongan los hombres su esperanza

En pecho femenino, que de natura

Solamente en variar tiene firmeza.»

Soneto VII

- 19 -

Alma mía gentil que te partiste

De esta vida mortal tan brevemente,

Descansa allá en el cielo eternamente,

Y viva yo en la tierra siempre triste.

Si en el asiento etéreo a do subiste

Memoria de esta vida se consiente,

Nunca te olvides del amor ardiente

Que en mis ojos tan puro y firme viste.

Y si ves que algo puede merecerte
El inmenso dolor que me ha quedado
Del daño irreparable de perderte,

Ruega al Dios, que tus años ha abreviado,
que tan presto de aquí me llevo a verte
Cuan presto de mis ojos te ha quitado.

Soneto VIII

- 24 -

Aquella triste y leda madrugada,
Llena toda de pena y soledad,
Mientras haya en el mundo humanidad
Ha de ser por mis versos celebrada.

Sólo ella, cuando amena y matizada

Salía dando al mundo claridad,
De mí alejarse vio la voluntad
Que jamás ha de ser de mí apartada.

Sólo ella vio las lágrimas que fueron
De los ojos de entrambos derivadas
Y un ancho río al encontrarse hicieron.

Ella oyó las palabras lastimadas
Que al fuego mismo enfriar pudieron
Y dar paz a las almas condenadas.

Soneto IX
- 27 -

Males, que en mi ruina os conjurasteis,
¿Hasta cuándo tendréis tan duro intento?

Sin duda porque dure mi tormento,

Básteos cuanto ya me atormentasteis.

Mas si porfiáis así porque pensasteis

Derribarme de mi alto pensamiento,

Puede más la razón do lo sustento,

Que vos, que de ella misma el ser tomasteis.

Y por vuestra intención, dándome muerte,

Ha de acabar el mal de estos amores,

Dad ya fin a tormento tan cumplido.

Así de ambos igual será la suerte:

En vos, por acabarme vencedores;

En mí, porque acabé de vos vencido.

Soneto X

- 28 -

Se está la primavera retratando

En vuestra vista, deleitosa, honesta;

Y en esa cara bella y tan modesta

Se están rosas y lirios dibujando.

Vuestro rostro con gracia matizando

Natura, cuanto puede manifiesta;

Y el monte, el campo, el río, la floresta

Se están de voz, señora, enamorando.

Y si no queréis ahora que el que os ama

Pueda coger el fruto de estas flores,

Pierden toda su gracia vuestros ojos.

Porque poco aprovecha, linda dama,

Que Amor sembrase en vos solos amores,

Si vuestra condición produce abrojos.

Soneto XI

- 29 -

Siete años de pastor Jacob servía

Al padre de Raquel, serrana bella;

Mas no servía a él, servía a ella,

Que a ella sola por premio pretendía.

Los días, esperando el feliz día,

Pasaba, contentándose con vella;

Mas Labán cauteloso, en lugar de ella,

Faltando a su palabra, lo dio a Lía.

Él viendo que lo quitan con engaños

A la que tantos años ha que espera,

Como si no estuviera merecida,

Volvió a servir de nuevo otros siete años,

Y aun serviría más, si no tuviera

Para tan largo amor tan corta vida.

Soneto XII

- 30 -

Está el lascivo y dulce pajarito

Con su pico las plumas arreglando;

El verso sin medida, alegre y blando,

Entonando en el rústico arbolito.

El cazador crüel, al pobrecito

Se va con disimulo aproximando,

Y la veloz saeta disparando,

Lo arroja en un momento hasta el Cocito.

Así mi corazón, que libre andaba

(Como estaba de lejos destinado),

Donde menos temía ha sido herido.

Porque el flechero ciego me esperaba,

Por poderme coger bien descuidado,

En vuestros bellos ojos escondido.

Soneto XIII

- 34 -

Cuando el sol encubierto va mostrando

A la tierra su luz quieta y dudosa,

A orillas de una playa deliciosa

En mi enemiga estoy imaginando.

Aquí la vi el cabello concertando,

Allí la mano al rostro tan hermosa,

Aquí hablando festiva o pesarosa,

Ahora estando quieta, ahora andando.

Aquí estaba sentada, allí me vía

Alzando aquellos ojos tan exentos;

Aquí un poco agitada, allí segura.

Aquí afligida estaba; allí reía:

Y paso en tan cansados pensamientos

Este vano vivir, que siempre dura.

Soneto XIV

- 49 -

Ya es tiempo, ya, de que esta confianza

Vea que ha sido falsa su opinión;

Mas amor no se rige por razón,

Y así perder no puedo la esperanza.

La vida sí; que una áspera mudanza

No deja vivir tanto un corazón.

Sólo en la muerte está mi salvación:

Sí; mas quien la desea no la alcanza.

Indispensable es, pues, que espere y viva.

¡Ah dura ley de amor, que no consiente

Darle sosiego a una alma que es cautiva!

Si he de vivir, en fin, forzosamente,

¿Por qué busco la gloria fugitiva

Con que un esperar vano me atormente?

Soneto XV

- 50 -

Amor, con la esperanza ya perdida,

Tu soberano templo visité;

Y en señal del naufragio que pasé,

Colgué no los vestidos, mas la vida.

¿Qué más quieres de mí, pues destruida

Me ves toda la gloria que alcancé?

No pienses en rendirme, pues no sé

Volver a entrarme donde no hay salida.

He aquí la vida, la alma, la esperanza,

Dulces despojos de mi bien pasado,

Mientras lo quiso aquella que yo adoro.

Toma en ellas de mí plena venganza;

Y si te quieres ver aun más vengado,

Conténtente las lágrimas que lloro.

Soneto XVI

- 51 -

Apolo con las Musas entonando

Con su dorada lira, me influían

Con la suave armonía que movían

Cuando tomé la pluma, comenzando:

«Dichoso sea el día y hora, cuando

Tan delicados ojos me rendían:

Dichosos los sentidos, que sentían

Estar en su deseo traspasando.»

Así cantaba, cuando amor volvió

La rueda a la esperanza, que corría

Tan ligera, que casi era invisible.

Convirtiósese en noche el claro día;

Y si alguna esperanza me quedó,

Es de padecer más, si esto es posible.

Soneto XVII

- 55 -

Después de tantos días mal gastados,

Después de tantas noches mal dormidas,

Después de tantas lágrimas vertidas,

Tantos suspiros vanamente dados:

¿Cómo es que no estáis ya desengañados,

Deseos de vosotros homicidas,

Y no queréis curar esas heridas

Que hicieron el amor, el tiempo y hados?

Si no tuvierais ya larga experiencia

Del capricho de amor, a quien servistes,

Flaqueza fuera en vos la resistencia.

Mas, pues por vuestro mal sus daños vistes,

Que no los cura el tiempo ni la ausencia,

¿Qué bien esperáis de él, deseos tristes?

Soneto XVIII

- 60 -

¿Quién podrá libre ser, gentil señora,

Si os contempla con juicio sosegado;

Si el niño que de vista está privado

De vuestros ojos en las niñas mora?

Allí manda, allí reina, allí enamora,

Allí vive de todos venerado,

Pues vuestra gracia y rostro delicado

Son una imagen do el Amor se adora.

Quien ve que en blanca nieve nacen rosas,

Que crespos hilos de oro van cercando;

Si por entre otra luz la vista pasa,

Rayos de oro verá, que a las dudosas

Almas están el pecho traspasando,

Así como a un cristal el sol traspasa.

Soneto XIX

- 68 -

Dadme una ley, señora, de quereros,

Que la guarde so pena de enojaros,

Pues la fe que me obliga a tanto amaros,

Hará que quede en ley de obedeceros.

Todo me prohibid menos el veros
Y en lo interior de mi alma contemplaros,
Porque si así no llego a contentaros,
Siquiera nunca llegue hasta ofenderos.

Y si esa condición crüel y esquiva
Que me deis ley de vida no consiente,
Dadme al menos, señora, ley de muerte.

Y si ni ésta me dais, justo es que viva,
Sin saber cómo vivo tristemente;
Mas al menos contento con mi suerte.

Soneto XX
- 69 -

Herido y sin remedio parecía

El fuerte y duro Télefo temido,

Por aquel que en el agua fue metido,

A quien cortar el hierro no podía.

Y cuando al dios Apolo le pedía

Consejo, para ser restituido,

Le respondió tornase a ser herido

Por quien antes lo hiriera, y sanaría.

Así es, señora mía, mi ventura;

Pues herido por veros claramente,

Con tornaros a ver amor me cura.

Pero es tan agradable esa hermosura,

Que soy como el hidrópico doliente,

Que bebiendo se aumenta su sed dura.

Soneto XXI

- 73 -

Suspiros inflamados que cantáis

La tristeza en que yo viví tan ledó,

Yo muero, mas no os llevo, pues he miedo

De que al pasar el Lete perezcáis.

Escritos para siempre ya quedáis

Donde os mostraran todos con el dedo

Como ejemplo de males, y bien puedo

Esperar que de ejemplo los sirváis.

Si veis en alguien largas esperanzas

De amor y de fortuna (cuyos daños

Tal vez parecen bienaventuranzas),

Le diréis que servisteis muchos años,

Y que en fortuna todo son mudanzas,

Y que en amor no se halla sino engaños.

Soneto XXII

- 74 -

Aquella fiera humana que enriquece

Su altiva y presuntuosa tiranía,

Con estas mis entrañas, donde cría

Amor un mal que falta cuando crece:

Si el cielo mostró en ella (cual parece)

Cuanto mostrar al mundo pretendía,

¿Por qué se injuria de la vida mía?

¿Por qué con darme muerte se ennoblece?

Sublimad ahora, en fin, vuestra victoria,

Señora, con vencerme y cautivarme,

Y haced de ella en el mundo larga historia:

Pues por mucho que os vea atormentarme,

Yo ya quedo logrando de la gloria

De ver que tenéis tanta en acabarme.

Soneto XXIII

- 77 -

El culto divinal se celebraba

En el templo, do toda criatura

Loaba al Hacedor, porque a su hechura

Con su Sagrada Sangre restauraba.

Allí el Amor, que al tiempo me aguardaba

En que creía mi alma más segura

Con una rara angélica figura,

De la razón la vista me asaltaba.

Creyendo que el lugar me defendía

De su libre costumbre (no sabiendo

Qué ningún confiado de él huía),

Dejéme cautivar; mas hora viendo,

Señora, que por vuestro me quería,

De haber vivido libre me reprendo.

Soneto XXIV

- 83 -

¿Qué llevas, muerte cruel? Un claro día.

¿A qué hora lo tomaste? Amaneciendo.

¿Entiendes lo que llevas? No lo entiendo.

¿Quién te lo hizo llevar? Quien lo entendía.

¿Quién goza su beldad? La tierra fría.

¿Cómo quedó su luz? Anocheciendo.

¿Qué dice Portugal? Queda diciendo...

¿Qué? Que digno no fue de tal María.

¿Mataste a quien la vio? Ya muerto estaba.

¿Qué discurre el Amor? Decidlo no osa.

¿Quién lo hizo enmudecer? Mi voluntad.

¿Ahora en la corte qué hay? Soledad brava.

¿Y qué queda que ver? Ninguna cosa.

¿Pues qué es lo que ha faltado? Esta beldad.

Soneto XXV

- 84 -

Ondeados hilos de oro reluciente,

Que ya con bella mano recogidos,

Ya sobre hermosas rosas extendidos,

Hacéis que su belleza se acreciente:

Ojos, que os agitéis tan blandamente,

En mil divinos rayos encendidos;

Si ausente me robáis alma y sentidos,

¿Qué haríais si me hallara a vos presente?

Honesta risa, que con tal lindeza

Entre coral y piedras aparece,

¡Oh! ¡Quién tu eco gentil y dulce oyese!

Si sólo al contemplar tanta belleza,

De regocijo el alma desfallece,

¿Qué hará cuando la vea? ¡Ah! ¡Quién la viese!

Esfuerzo grande, igual al pensamiento;

Pensamientos en obras divulgados,

Y no en un pecho tímido encerrados,

Y deshechos después en lluvia y viento;

Ánimo de codicia baja exento,

Digno por esto de ínclitos estados;

Azote de los nunca bien domados

Pueblos de Malabar sanguinolento;

Gentileza de miembros corporales,

Ornados de púdica continencia,

Obra por cierto de celeste altura:

Estas virtudes raras y otras tales,

Dignas todas de homérica elocuencia,

Yacen debajo de esta sepultura.

Soneto XXVII

- 98 -

Si después de esperanza tan perdida,

Amor por algún caso consintiese

Que algún momento alegre yo tuviese,

Por cuantos tristes vi en mi larga vida:

Un alma ya tan flaca y tan caída,

Por más favorecida que se viese

No creo yo que disfrutar pudiese

De alegría tan tarde concedida.

No solamente Amor no me ha mostrado

Una hora en que viviese felizmente,

De cuantas en la vida me ha negado;

Sino que tanta pena me consiente,
Que además del contento, me ha quitado
El gusto de vivir alegremente.

Soneto XXVIII

- 104 -

Esos cabellos rubios y escogidos,
Que al áureo sol su ser están quitando;
Ese aire inmenso, donde naufragando
Están continuamente mis sentidos;
Esos furtados ojos tan fingidos,
Que mi vida y mi muerte están causando;
Esa divina gracia, que en hablando
Mis pensamientos deja confundidos;

Ese garboso andar, esa medida

Que a vuestro cuerpo da tal gentileza,

Esa deidad en tierra tan cumplida:

Muestren por fin piedad y no crueza;

Que son lazos que amor teje en la vida,

Siendo en mí sufrimiento, en vos dureza.

Soneto XXIX

- 106 -

Quien presume, señora, de loaros

Con discurso que bajo de divino,

De tanto mayor pena, será dino

Cuanto vos sois mayor al contemplaros.

No aspire ningún canto a celebraros,

Por más que sea raro o peregrino;

Que al ver vuestra belleza, yo imagino

Que sólo al cielo puedo compararos.

Dichosa esta alma vuestra, a quien quisisteis

Dar posesión de prenda tan subida,

Cual es la que benigna al fin me distéis.

Siempre la antepondrá a la misma vida:

Ésta estimar en menos vos me hicisteis,

Y antes que ésa la quiero ver perdida.

Soneto XXX

- 107 -

Moradoras gentiles, delicadas,

Del claro y áureo Tajo, que metidas

Os estáis en sus grutas escondidas,

Y con dulce reposo sosegadas:

Hora estéis en amores inflamadas,

En diáfanos palacios divertidas,

Hora en vuestro trabajo embebecidas,

Tejiendo telas de oro matizadas;

Volved de vuestros rostros la luz pura,

A vuestros bellos ojos consintiendo

Que lágrimas derramen de tristura,

Y con dolor más propio iréis oyendo

Las quejas que le doy a la Ventura,

Que con penas de amor me va siguiendo.

Soneto XXXI

- 109 -

Nuevos casos de amor, nuevos engaños,

Envueltos en lisonjas conocidas;

Del bien promesas falsas y escondidas,

Donde del mal se cumplen grandes daños;

¿Cómo no tomáis ya por desengaños

Tantos ayes y lágrimas perdidas,

Pues no basta una vida, ni mil vidas,

A tantos días tristes, tantos años?

Un nuevo corazón tener debía,

Con otros ojos menos fatigados,

Para volver a creer lo que os creía.

Andáis conmigo, engaños, engañados;

Y si no lo creéis, temed que un día

Habéis de ser vosotros los chasqueados.

Soneto XXXII

- 110 -

¿Dónde pondré mis ojos, que no vea

La causa do que nace mi tormento?

¿Dónde podré fijar mi pensamiento,

Que para mi descanso parte sea?

Ya sé cómo se engaña quien desea

En vano amor, leal, firme contento;

Pues en sus gustos, que lo son de viento,

Jamás se encuentra el bien que lisonjea.

Y además, sobre el claro desengaño,

Así me trae esta alma subyugada,

Que de él está pendiendo mi deseo.

Y voy de día en día, de año en año,

En pos de un no sé qué, y en pos de un nada,

Que cuanto más me acerco menos veo.

Soneto XXXIII

- 112 -

¿Qué loco pensamiento es el que sigo?

¿Tras qué vano cuidado voy corriendo?

¡Desgraciado de mí, que no me entiendo,

Ni lo que callo sé, ni lo que digo!

Peleo con quien trata paz conmigo;

Del que me va a ofender, no me defiendo;

De falsas esperanzas ¿qué pretendo?

¿Quién me hace de mí propio mal amigo?

¿Por qué, si nací libre, me cautivo?

Y pues lo quiero ser, ¿por que no quiero?

¿Cómo me engaño más con desengaños?

Si ya desesperé, ¿qué más espero?

Y si aun espero más, ¿por qué no vivo?

Si vivo, ¿por qué causa aquestos daños?

Soneto XXXIV

- 116 -

De acá, do solamente imaginaros

La rigurosa ausencia me consiente,

En alas del amor osadamente

El mal sufrido esprito va a buscaros;

Y si no recelase de abrasaros

En la llama voraz que por vos siente,

Quedara allá con vos, y a vos presente

Aprendiera de vos a contentaros.

Mas ya que a estar ausente está obligado,

Respetuoso y atento permanece

Al pie de vuestra imagen inclinado.

Y pues vos veis la fe que a vos ofrece,

Desde ahí volved la vista a su cuidado,

Y así le daréis más que no merece.

Soneto XXXV

- 118 -

No lleves, Nise, al monte tu ganado,

Que allí a Cupido vi que te buscaba,

Y a todos por ti sólo preguntaba,

Con rostro no apacible, sino airado.

Decía en alta voz que le has robado
Los mejores arpones de su aljaba,
Y con un dardo ardiente aseguraba
Que ha de pasar tu pecho delicado.

Huya de la fatal cruel aventura;
Pues, según contra ti lo vi furioso,
Tal vez te alcanzará su mano dura.

Mas en vano te advierto temeroso;
Que a tu gentil, magnífica hermosura
Se rindirá aun su dardo más furioso.

Soneto XXXVI
- 120 -

Tornad esa blancura a la azucena,
Ese color de púrpura a las rosas;

Tornad al sol las llamas luminosas

De esa vista, que a robos os condena.

Tornad a la suavísima Sirena,

De esa voz las cadencias deleitosas;

Y esa gracia a las Gracias, que quejosas

Están, porque la suya es menos buena.

Tomad a Citerea la belleza;

A Minerva el saber, ingenio y artes;

La pureza volvédsela a Diana;

Dejad de vuestros dones la grandeza:

Pues así quedará por todas partes

Vuestro ser sólo, que es ser inhumana.

Soneto XXXVII

- 121 -

De mil sospechas vanas se levantan

Trabajos y disgustos verdaderos.

¡Ah, los bienes de amor son hechiceros

Que con un no sé qué toda alma encantan!

Como Sirenas dulcemente cantan

Para engañar los tristes marineros,

Así me atraen los míos lisonjeros,

Y después con horrores mil me espantan.

Cuando pienso que llego a puerto o tierra

Tal viento se levanta en un instante,

Que de la misma vida desconfío.

Mas yo soy el que me hago mayor guerra,

Pues conociendo el -riesgo de un amante

Fiado a ondas de amor, de ellas me fío.

Soneto XXXVIII

- 123 -

¡Ah, señora!, la llaga que me hicisteis

No fue para curarse en sólo un día;

Porque creciendo va con tal porfía,

Que bien muestra el intento que tuvisteis.

De causar dolor tanto ¿no os dolisteis?

Mas si os dolierais, yo no penaría;

Pues ya con la esperanza me vería

De lo que ver en mí jamás quisisteis.

Los ojos, con que todo me robasteis,

Fueron causa del mal que estoy pasando,

Y hacéis como que nunca lo causasteis.

Mas yo me he de vengar: y ¿sabéis cuándo?

Cuando os vea quejar porque dejasteis

Irse a aquesta alma en ellos abrasando.

Soneto XXXIX

- 125 -

Señora, si el estar de vos ausente

Me libertara de un penar severo,

Sospecho que ofendiera lo que os quiero,

Olvidado del bien de estar presente.

Tras éste, luego siento otro accidente;

Y es ver que si de vida desespero,

No logro lo que viéndoos espero,

Y así estoy en mis malos diferente.

En esta diferencia, mis sentidos
Combaten con tan áspera porfía
Que me causan un mal, el más extraño.

Siempre entre sí los veo divididos,
Y si acaso concuerdan algún día,
Es porque se conjuran en mi daño.

Soneto LX
- 126 -

En brazos de su madre Amor estaba
Dormido, y tan hermoso, que movía
Al corazón más libre que lo vía,
Y aun a Venus de amores la mataba.

Ella lo vía atenta, y contemplaba

Cuántos estragos en el mundo hacía;

Mas el rapaz, soñando, lo decía

Que aquellos males ella los causaba.

Soliso, que, graduado en sus amores,

Supo más que los dos por su ventura,

Así aclaró la duda a los pastores:

«Si hieren siempre con herida dura

Del rapaz los ardientes pasadores,

Más hiere de la Madre la hermosura.»

Soneto XLI

- 127 -

De este terrestre caos los vapores

No pueden condensar las nubes tanto,

Que el claro sol no rompa el negro manto,

Mostrando sus vivísimos colores.

La esquiva ingratitud de los rigores

Es nube que se opone y dura, en cuanto

No nos convierte el cielo en triste llanto

Sus vanas esperanzas y favores.

Puede oponerse al cielo aquesta tierra,

Y estar el sol por horas eclipsado;

Mas no puede quedar obscurecido.

Y así aunque prevalezca vuestra guerra,

A pesar de las nubes, declarado

Ha de ser vuestro sol y obedecido.

Soneto XLII

- 129 -

Creed, deseo mío, pues ventura

En sus brazos ya os tiene levantado,

Que la bella razón que os ha engendrado,

El más dichoso fin os asegura.

Si aspiráis por osado a tanta altura,

No es espante el haber al sol llegado;

Porque es de águila real vuestro cuidado,

Que cuanto más lo sufre más se apura.

¡Ánimo, corazón!, que el pensamiento

Aun podrá hacerte mucho más glorioso,

Sin que respete tu merecimiento.

El que crezcas aún más, es ya forzoso,

Porque si antes de osado fue tu intento,

Ahora de atrevido es venturoso.

Soneto XLIII

- 132 -

Nunca en amor dañó el atrevimiento,

Pues la fortuna auxilia a la osadía;

Y siempre la encogida cobardía

Sirve de piedra al libre pensamiento.

Quien se eleva al sublime firmamento,

En él halla la estrella que lo guía;

Que el bien que encierra en sí la fantasía,

No es más que una ilusión que lleva el viento.

Se debe abrir el paso a la ventura;

Quien no se ayuda no será dichoso;

La suerte al comenzar sólo aprovecha.

Atreverse es valor, y no locura;

Perderá por cobarde el venturoso

Que os ve, si los temores no desecha.

Soneto XLIV

- 137 -

El hijo de Latona esclarecido,

Que consuela al nacer toda la gente,

Dio muerte a la Pitónica serpiente,

Que de mil muertes causa había sido.

Hirió con arco, y de arco fue herido,

Con punta aguda de oro reluciente:

En las Tesalias playas, dulcemente

Por Dafne la gentil se vio perdido.

No le pudo valer contra su daño

Saber, ni diligencias, ni respeto

De cuanto era celeste y soberano.

Si él no pudo librarse del engaño

De quien era tan poco en su respeto,

¿Me libraré de un ser que es más que humano?

Soneto XLV

- 139 -

Por cima de estas aguas, fuerte y firme

Iré adonde los hados lo ordenaran;

Pues por cima de cuantas derramaran

Aquellos ojos, pude acá venirme.

Ya llegado era el fin de despedirme,

Ya mil impedimentos se acabaran,

Cuando ríos de amor se atravesaran,

Para estorbarme el paso de partirme.

Pasélos con el ánimo obstinado

Con que la muerte inevitable, honrosa

Hace el vencido, ya desesperado.

¿Con cuál figura o rostro desusado

Puede hacer miedo ya la muerte odiosa,

A quien tiene a sus pies preso y atado?

Soneto XLVI

- 148 -

Si tanta gloria tengo con mirarte,

Es pena desigual dejar de verte:

Si presumo con obras merecerte,

Gran pago de un engaño es desearte.

Si por lo que eres quiero celebrarte,

Sé, por lo que yo soy, que he de ofenderte:

Si me quieres a mí mal, por bien quererte,

¿Qué premio querer puedo, más que amarte?

¿Por qué tu raro amor así difiere

El darme algún consuelo? ¡Oh dulce gloria,

Dichoso quien por ti morir pudiere!

Siempre escrita estarás en mi memoria;

Y esta alma vivirá, pues por ti muere;

Que al fin de la batalla es la victoria.

Soneto XLVII

- 150 -

¡Triste de mí! ¡que a un tiempo lloro y río!

¡Espero, temo, quiero y aborrezco!

Juntamente me alegre, y me entristezco;

Confío de una cosa, y desconfío.

Vuelo sin alas, ciego estoy y guío;

Menos alcanzo en lo que más merezco;

Hablo mucho mejor cuando enmudezco,

Y sin contradicción siempre porfío.

Háceseme posible lo imposible;

Intento con mudarme estarme quedo;

Usar de libertad y ser cautivo.

Querría visto ser, ser invisible;

Huyo de la red misma en que me enredo;

¡Tales son los extremos con que vivo!

Soneto XLVIII

- 153 -

Crió naturaleza damas bellas,

Que fueron de altos plectros celebradas;

De ellas tomó las partes más preciadas

Y a vos, señora, os dio la mejor de ellas.

Todas a vuestro lado son estrellas

Que así que os ven se quedan eclipsadas;

Mas, si tienen por sol esas rosadas

Luces del sol mayor, ¡felices ellas!

En perfección, en gracia, en gentileza,

Por un modo entre humanos peregrino,

Todo lo bello excede esa belleza.

¡Oh quién tuviera partes de divino

Para agradaros! Mas si la pureza

De amor vale ante vos, de vos soy dino.

Soneto XLIX

- 156 -

Si algún día la vista algo más suave

Acaso a mí volvéis, en un momento

Me siento con un tal contentamiento,

Que ya no tomo daño que me agrave.

Mas cuando con desdén esquivo y grave

El bello rostro me mostráis exento,

Siento tanto dolor, tanto tormento,

Que mucho viene a ser que no me acabe.

Pende mi vida, pues, pende mi muerte

Del volver de esos ojos, pues podéis

Con volverlos matarme o darme vida.

¡Feliz de mí, si quiere mi hado o suerte

Que o vida, para dárosla, me deis,

O muerte, para haber muerte querida!

Soneto L *

- 161 -

A la margen del Tajo en claro día,

Con rayado marfil peinando estaba

Natercia sus cabellos, y quitaba

Con sus ojos la luz al sol que ardía.

Soliso, que cual Clicie la seguía,

Lejos de sí, mas cerca de ella estaba:

Al son de su zampona celebraba

La causa de su ardor, y así decía:

«Si tantas como tú tienes cabellos

Tuviera vidas yo, me las llevaras

Colgada cada cual del uno dellos.

De no tenerlas tú me consolaras,

Si tantas veces mil como son ellos,

En ellos la que tengo me enredaras.»

Soneto LI *

- 162 -

Por gloria tuve un tiempo ser perdido:

Perdíame de puro bien ganado;

Gané cuando perdí ser libertado;

Libre ahora me veo, mas vencido.

Vencí cuando de Nise fui rendido

Rendíme por no ser de ella dejado;

Dejóme en la memoria el bien pasado,

Paso ahora a llorar lo que he servido.

Servía al premio de la luz que amaba;

Amándola, esperábale por cierto;

Incierto me salió cuanto esperaba.

La esperanza se queda en desconcierto:

El concierto en el mal que no pensaba:

El pensamiento con un fin incierto.

Soneto LII *

- 163 -

Revuelvo en la incesable fantasía

Cuándo me he visto en más dichoso estado;

Si ahora que de amor vivo inflamado,

O cuando de su ardor libre vivía.

Entonces de esta llama solo huía,

Despreciando en mi vida su cuidado:

Ahora, con dolor de lo pasado,

Tengo por gloria aquello que temía.

Bien veo que era vida deleitosa

Aquella que lograba sin temores,

Cuando gustos de amor tuve por viento.

Mas, viendo hoy a Natercia tan hermosa,

Hallo en esta prisión glorias mayores,

Y en perderlas por libre hallo tormento.

Soneto LIII *

- 164 -

Las peñas retumbaban al gemido

Del mísero zagal, que lamentaba

El dolor, que a su alma lastimaba,

De un obstinado desamor nacido.

El mar que las batía, su bramido

Con los retumbos de ellas ayuntaba;

Confuso son el viento derramaba,

En cavernosos valles repetido.

«Responden a mi llanto duras peñas:

¡Ay de mí!-dijo-brama el mar y gime;

Los ecos suenan de tristeza llenos;

Y tú, por quien la muerte en mí se imprime,

De oír las ansias mías te desdeñas;

Y cuando lloro más, te ablando menos!»

Soneto LIV *

- 165 -

En una selva al despuntar del día

Estaba Endimión triste y lloroso,

Vuelto al rayo del Sol, que presuroso

Por la falda de un monte descendía.

Mirando al turbador de su alegría;

Contrario de su bien y su reposo,

Tras un suspiro y otro congojoso,

Razones semejantes le decía:

«Luz clara, para mí la más oscura,

Que con ese paseo apresurado,

Mi Sol con su tiniebla obscureciste;

Si allá pueden moverte en esa altura

Las quejas de un pastor enamorado,

No tardes en volver a do saliste.»

Soneto LV *

- 166 -

Orfeo enamorado, que tañía

Por la perdida Ninfa que buscaba,

En el Orco implacable donde estaba,

Con la arpa y con la voz la enternecía.

La rueda de Ixión no se movía,

Ningún atormentado se quejaba;

Las penas de los otros ablandaba,

Y todas las de todos él sentía.

El son pudo obligar de tal manera,
Que en dulce galardón de lo cantado,
Los infernales Reyes, condolidos,

Le mandaron volver su compañera:

Y volvióla a perder el desdichado:

¡Con que fueron entrambos los perdidos!

Soneto LVI
- 174 -

¡Ah fortuna cruel! ¡Ah duros hados!

¿Cómo para mi daño así os mudasteis?

Con los cuidados vuestros me cansasteis,

Y ahora descansáis con mis cuidados.

Hicísteme, probar gustos pasados,

Y vuestra condición allí probasteis:

Los males más sencillos me quitasteis,

Dándome en su lugar males doblados.

¡Dulces bienes de amor! ¡Mejor sería

No haberos visto nunca! ¡Oh bienes suaves!

Quien me deja sin vos, ¿por qué me deja?

Pero no te atormentes, alma mía,

Alma de alto caída en penas graves,

Que si amor vano fue, vana es la queja.

Soneto LVII

- 177 -

Cuando los ojos vuelvo a lo pasado,

De cuanto he hecho me hallo arrepentido:

Veo que todo el tiempo fue perdido,

Que todo empleo fue mal empleado.

Siempre a lo más dañoso aficionado,

De lo que me importaba distraído:

Del desengaño menos advertido,

Cuando de la esperanza más frustrado.

Los castillos que alzaba el pensamiento,

Al tiempo que más altos los erguía,

Los veía por tierra en un momento.

¡Qué erradas son tus cuentas, fantasía!

Pues todo para en muerte, todo en viento.

¡Triste el que espera! ¡Triste el que confía!

Soneto LVIII

- 178 -

Ya canté, ya lloré la dura guerra

Por amor sustentada tantos años.

Mil veces me vedó decir sus daños,

Porque no vea el que ama cuánto yerra.

Ninfas, por quien Castalia se abre y cierra,

Vos que hacéis a la muerte mil engaños,

Os suplico me deis bríos tamaños,

Para que diga el mal que amor encierra.

Para que quien tras él camina ardiente,

Vea en mis puros versos un ejemplo

Da cuánto en glorias prometidas miente.

Pues aunque en tal estado me contemplo,

Si en esto mi inspiráis alegremente

Consagraré mi lira a vuestro templo.

Soneto LIX

- 179 -

Mis venturosos placenteros días

Pasaron como rayo brevemente;

Los tristes marchan más pesadamente

Tras de las fugitivas alegrías.

¡Proyectos falsos! ¡Vanas fantasías!

¿Qué me podéis dar ya que me contente?

Ya de mi corazón la llama ardiente

El tiempo convirtió en cenizas frías,

Y hallo en ellas no más yerros pasados;

Que otro fruto no dio la mocedad,

A quien mi alma vergüenza y dolor debe.

También, hallo de toda la otra edad

Vanos deseos, lloros y cuidados;

Porque lo lleve todo el tiempo leve.

Soneto LX

- 180 -

¡Oh breves horas que viví contento!

Nunca me pareció, cuando os tenía,

Que un tiempo tan feliz se mudaría

En tan cumplidos años de tormento.

Las altas torres que fundé en el viento,

Llevó el viento, pues él las sostenía;

Del mal que me quedó la culpa es mía,

Que en cosas vanas hice el fundamento.

Amor con blandas muestras aparece,
Todo lo hace posible y lo asegura,
Mas luego a lo mejor desaparece.

¡Extraño mal! ¡Extraña desventura!
¡Por un pequeño bien que así fenece,
Aventurar un mal que siempre dura!

Soneto LXI
- 183 -

Céfalo por su Procris olvidaba
A Aurora que por él se desvivía,
A Aurora que principio era del día,
A al campo y flores su belleza daba.
Y como tan de veras él la amaba
Que todo por su amor lo dejaría,

Quiso saber si en ella él hallaría

Tan firme fe como ella en él hallaba.

Muda, pues, rostro y traje, y con engaño

Crecido premio pónese delante:

A su fe falta Procris y consiente.

¡Oh sutil invención para su daño!

¡Ved qué ardides inventa un ciego amante,

Para vivir llorando eternamente!

Soneto LXII

- 184 -

Por Céfalo se vio Procris hermosa

Sorprendida en el crimen consentido,

Y comenzó a huir de su marido,

No sé si por astuta o vergonzosa.

Porque él, sufriendo la pasión celosa,
Ciegamente arrastrado por Cupido,
En pos de ella se fue como un perdido,
Perdonando la culpa criminosa.

Póstrase ante la Ninfa endurecida,
Que del coloso engaño está agraviada,
Pidiendo lo perdone por su vida.

¡Oh fuerza de afición desatinada!
¡De culpa que contra él fue cometida,
Perdón pide a la parte que es culpada!

Soneto LXIII
- 186 -

Los ojos, donde el casto amor ardía,

Contento al verse en ellos abrasado;

El rostro, do con brillo desusado

Purpúreas rosas sobre nieve había;

La cabellera, a quien el sol tenía

Envidia, porque él no era tan dorado;

La blanca mano, el cuerpo bien formado,

Yace aquí convertido en tierra fría.

La hermosura más bella en tierna edad,

Cual flor que anticipada fue cogida,

Con su mano arrancó la muerte dura.

Pues ¿cómo Amor no muere de piedad,

No de ella, que ha pasado a ilustre vida,

Mas de sí, que ha quedado en noche oscura?

Soneto LXIV

- 202 -

¿Cómo merecí yo tal pensamiento,

De ser humano nunca merecido?

¿Cómo merecí yo quedar vencido

Cuando tanto me honraba el vencimiento?

En gloria se convierte mi tormento

Cuando viéndome estoy tan bien perdido,

Pues no fue tanto mal ser atrevido

Como fue gloria el mismo atrevimiento.

Vivo sólo, mi bien, de contemplaros,

Y pues esta alma tengo tan rendida,

En lágrimas deshecho acabaré.

Y no me ha de hacer, no, dejar de amaros

El miedo de perder por vos la vida,

Porque por vos mil veces la daré.

Soneto LXV

- 203 -

De frescas arboledas rodeadas

Están las puras aguas de esta fuente;

Hermosas Ninfas les están enfrente,

A vencer o matar acostumbradas.

Andan contra Cupido levantadas

Sus gracias, que no hay nadie que las cuente:

Olvidando otro valle, otra corriente,

Aquí pasan la vida sosegadas.

Juntó Amor su poder y su valía,

Pues no pudo sufrir tamaño exceso,

Y quiso verse de ellas bien vengado.

Mas las vio, y conoció que no podía

Librarse de ser muerto o quedar preso;

Y se quedó con ellas desarmado.

Soneto LXVI

- 204 -

En brazos de un Silvano, adormeciendo

Se estaba aquella Ninfa que yo adoro,

Pagando con su boca el dulce lloro,

Que a mis ojos los ha ido obscureciendo.

¡Oh bella Venus! ¿Cómo estás sufriendo

Que la mayor belleza de tu coro

En tan bajo poder pierda el decoro,

Que a mérito mayor se está debiendo?

Yo deduciré, pues, por consecuencia,

Que si tal extrañeza permitiste,

En ti no puede haber cosa segura.

Y ya que de aquel rostro la excelencia

A un monstruo tan disforme concediste,

No creo que hay Amor, sino Ventura.

Soneto LXVII

- 205 -

Quien dice que es Amor vano, engañoso,

Falso, ingrato, falaz, desconocido,

No hay duda que tendrá bien merecido

Que le sea crüel y riguroso.

Amor es blando, es dulce y es piadoso,
Y el que otro diga no sea creído;
Por ciego apasionado sea habido,
A los hombres y dioses enojoso.

Los males que hace Amor en mí se ven;
En mí, mostrando todo su rigor,
Quiso al mundo mostrar cuánto podía.

Pero como sus iras son de amor,
Todos sus malos son un puro bien,
Que yo por ningún otro trocaría.

Soneto LXVIII *
- 213 -

Los ojos que con blando movimiento
Al pasar enternecen la alma mía,

Si detener pudiera sólo un día,

Pudiera bien librarla de tormento.

De este tan amoroso sentimiento

El importuno mal se acabaría;

O tal vez su accidente crecería

Para acabar la vida en un momento.

¡Oh, si ya tu esquivez me permitiese

Que al ver, oh Ninfa, tu semblante hermoso,

A manos do tus ojos yo muriese!

¡Oh, si los detuvieras! ¡Cuán dichoso

Sería aquel momento en que me viese

Vida en ellos cobrar, cobrar reposo!

Soneto LXIX *

- 214 -

¿No bastaba que amor puro y ardiente

Por términos la vida me quitase,

Mas que la muerte así se apresurase

Con un deshumanísimo accidente?

No pretendió mi alma, aunque lo siente,

Que el riguroso curso se atajase,

Porque nunca morir se experimentase

Desamado el que amó tan dulcemente.

Mas vuestra voluntad tan poderosa,

Con esas gracias vuestras, ordenaron

Crueldad así imposible, o nunca oída.

Aquel frío desdén, y la amorosa

Furia, de un golpe solo me quitaron

Con dos contrarias muertes una vida.

Soneto LXX *

- 215 -

Ayúdame, señora, a ser venganza

De tal selvatiquez, de tal rudeza,

Pues de mi poquedad, de mi bajeza,

Osado a ti elevaba la esperanza:

A esa tu perfección que no se alcanza,

A esas sublimes cumbres de belleza

Donde una vez llegó naturaleza,

Mas de volver perdió la confianza.

Aquello que en ti miro contemplando,

Que apenas contemplarlo me consiente,

Contemplándolo más, menos lo espero.

Si gloria de mi pena en ti se siente,

Derrama en mí tus iras desamando;

Que al ofenderme más, yo más te quiero.

Soneto LXXI *

- 216 -

¡Oh claras aguas de este blando río,

Que, en vos al natural estáis pintando

El frondífero adorno con que alzando

Se va a los cielos este bosque umbrío!

Así las lluvias, así el austro frío

Jamás puedan veniros enturbiando;

Que os vais del seco estío preservando,

Con socorremos de este llanto mío.

Y cuando en vos Marfisa se mirare,
Mi figura, cual veis desfallecida,
Ante sus claros ojos puesta sea.

Y si por mí de vos los apartare,
De verme allí mostrándose ofendida,
En pena de no verme, no se vea.

Soneto LXXII *
- 217 -

Mil veces entre sueños tu figura,
Oh bella Ninfa, claramente veo,
Y cuando más la miro, más deseo
Gozar libre de sueños su hermosura.

En tanto que este dulce engaño dura,

Vivo en la vana gloria que poseo;
Mas cuanto allí se eleva mi deseo,
Viene a caer despierto en sombra oscura.

Duéleme el despertar por contemplarte;
Que si bien sé, te huelgas de no verme,
Huélgome de ser ciego por mirarte.

Mas si quiero de engaños mantenerme
Y tú quieres me pierda por amarte,
Sin gran ganancia no podré perderme.

Soneto LXXIII *
- 219 -

Si el fuego que me enciende, consumido
De algún másuelto Acuario ser pudiese;
Si el alto suspirar se convirtiese

En aire por el aire desparcido:

Si un horrible rumor siendo sentido

La alma a dejar el cuerpo redujese;

O por estos mis ojos al mar fuese

Este mi cuerpo, en llanto convertido:

Nunca podría la fortuna airada,

Con todos sus horrores, sus espantos,

Derrocar la alma mía de su gloria;

Porque en vuestra beldad ya transformada,

Ni del Estigio lago eternos llantos

Os podrían quitar de mi memoria.

Soneto LXXIV *

- 222 -

¡Ay! ¿quién dará a mis ojos una fuente

De lágrimas que manen noche y día?

Respirara siquiera el alma mía

Llorando lo pasado y lo presente.

¡Quién me viera apartado de la gente,

De mi dolor siguiendo la porfía,

Con la triste memoria y fantasía

Del bien por quien mal tanto así se siente!

¿Quién me dará palabras con que iguale

El duro agravio que el amor me ha hecho,

Donde tan poco el sufrimiento vale?

¿Quién me abrirá profundamente el pecho,

Do está escrito el secreto que no sale

Con tanto dolor mío a mi despecho?

Soneto LXXV *

- 223 -

Con razón os vais, aguas, fatigando

Por llegar do seréis bien recibidas

Y en aquel mar inmenso convertidas

Que ya de tantos días vais buscando.

¡Triste de aquel que siempre anda llorando,

Las vanas esperanzas ya perdidas,

Y con dolor las lágrimas vertidas

Nunca al fin pretendido van llegando!

Vosotras sin traer derecha vía

Al término llegáis tan deseado,

Por más que os embarace el gran rodeo.

Más yo, siempre afligido, noche y día

Por un camino que no llevo errado,

Jamás puedo llegar donde deseo.

Soneto LXXVI *

- 224 -

¡Oh! ¡cese ya, Señor; tu dura mano

No llegues tanto al cabo con mi vida!

Baste el estar por ti tan consumida,

Que ya no se halla en ella lugar sano.

¡Ay extraña hermosura! ¡Ay deshumano

Hado, a que nunca puedo hallar salida!

Si tú de tu piedad no eres movida,

Roto el hilo vital verás temprano.

Un blando desamor, un amor blando,
Bien basta para un hombre tan perdido
Que de su mal ningún remedio espera.

Y si estimas en poco el ver cuál ando,
Aquí me tienes ante ti rendido.
¡Viva tu gusto, mi esperanza muera!

Soneto LXXVII *
- 225 -

Dulces engaños de mis ojos tristes,
¡Cuán vivo despertáis mi pensamiento!
Aquello que pudiera dar contento
En sombra de pintura lo volvistes.
De blando sobresalto enternecistes,
Con vista arrebatada el sentimiento;

Mas no le asegurastes un momento

A aqeste vano bien que le ofrecistes.

Veo que la figura era fingida,

Y no aquella que en sí mi alma esconde,

Aunque en ésta se llega al natural.

Así escucha mi llanto, así responde,

Así se condolece de mi vida,

Como si fuera el propio original.

Soneto LXXVIII *

- 226 -

¡Cuánto tiempo ha que lloro un día triste

Como si alguno alegre yo esperara!

¿Cómo, oh Tajo, al pasar esa tu clara

Agua, no la alteraste y no me hundiste?

El paso me cerraste, el pecho abriste.

¡Oh mi ventura de mi bien avara!

Adiós, montañas, de hermosura rara;

Adiós, mi corazón, que no partiste.

Si adonde quedas en dichosa suerte

No bebieres las aguas del olvido,

En tanto bien no quieras olvidarme.

Cantando mi dolor llora mi muerte;

Porque hasta el hueco monte sin sentido

Suelta su ronca voz por consolarme.

Soneto LXXIX

- 227 -

Tájides mías, levantad la frente,

Dejando vuestras sombras deliciosas;

Dorad el valle umbroso y frescas rosas,

Y del frondoso monte la pendiente.

Quede de vos un poco el río ausente;

Cesen ahora las lirás numerosas;

Cese vuestro loor, Ninfas hermosas;

Cese de vuestro Tajo la corriente.

Venid, ved a Teodosio, el grande y claro,

A quien está ofreciendo mayor canto

Con cítara dorada el rubio Apolo.

Minerva del saber le da el don raro;

Palas le da el valor de más espanto;

Y la Fama lo hace ir de polo a polo.

Soneto LXXX

- 229 -

¡Alma gentil, que a firme eternidad

Subiste clara y valerosamente!

Quedará aquí de ti perpetuamente

Fama, nombre, loor, celebridad.

No sé si es más espanto en tal edad

Hacer que envidia tu valor la gente,

O el conseguir que un pecho de serpiente

A lástima se mueva y a piedad.

Envidiosas de ti veo mil suertes;

La mía más que todas envidiosa,

Pues a tu mal el mío así igualaste.

¡Oh dichoso morir! ¡Suerte dichosa!

Lo que otros no consiguen con mil muertes

Tú con sola una muerte lo alcanzaste.

Soneto LXXXI

- 233 -

¡Mal que de tiempo en tiempo vas creciendo,

Quien te viese de un bien acompañado,

Pasaría la vida descansado,

Sin temer de la muerte el rostro horrendo!

Si los cuidados fuera convirtiendo

En suspiros, que dan otro cuidado,

¡Oh, cuán prudente, oh, cuán afortunado

Corona de laurel fuera tejiendo!

Tiempo es ya de olvidar vanos contentos

Y también la esperanza que ha pasado,

Y de que triunfen nuevos pensamientos.

La fe, que en la alma viva me ha quedado,

De fin ya a los caducos sentimientos,

A que el pasado bien se ha condenado.

Soneto LXXXII

- 247 -

¡Dichosas almas, que ambas juntamente

A do están Venus y el Amor volasteis;

Donde un bien, que tan poco acá lograsteis,

Estáis logrando ahora eternamente!

Aquella feliz vida y excelente,

Que sólo por ser corta triste hallasteis,

Por otra más contenta ya trocasteis,

Donde sin sobresalto el bien se siente.

¡Ay de aquel que aquí vive rodeado

De la amante fineza de un tormento

Que le turba la gloria más crecida!

¡Ay de mí, a quien no basta el sufrimiento,

Y por daño mayor amor me ha dado

Para tan duro mal tan larga vida!

Soneto LXXXIII

- 248 -

Contento viví ya, viéndome exento

De aquel mal de que a muchos quejar vía:

Llámanlo amor; mas yo lo llamaría

Discordia, sinrazón, guerra y tormento.

Me engañó con el nombre el pensamiento.

¿Quién con tal nombre no se engañaría?

Ahora tal estoy, que temo un día

En que venga a faltarme el sufrimiento.

Con desesperación y con deseo

Me paga lo que estoy por vos pasando,

Y aun está de mi mal, mal satisfecho.

Pues sobre tantos daños, en vos veo,

Para darme otros mil un mirar blando,

Y para no aliviarme un duro pecho.

Soneto LXXXIV

- 251 -

Quejosos vi de Amor mil namorados,

Mas no vi quien cantase sus loores;

Pues aquel que más llora el mal de amores,

Es el que menos huye sus cuidados.

Si de penas de amor sois maltratados,

¿Por qué buscáis a amor y sus dolores?

Y si los tenéis a éstos por favores,

¿Por qué de ellos habláis como agraviados?

No busquéis en amor dicha ninguna,

Porque él lleva consigo la tristeza,

Aunque la suerte sea favorable.

Siempre se encuentra en él igual fortuna;

Pues jamás ha tenido otra firmeza

Que la de ser en todo muy mudable.

Soneto LXXXV

- 254 -

En una cueva, triste, tenebrosa,

Adonde bate el mar con furia brava,

Sobre la mano el rostro vi que estaba

Una Ninfa gentil, mas cuidadosa.

Linda, pero igualmente lastimosa,

Aljófar de sus ojos destilaba;

Y la mar sus furores aplacaba

Al ver cosa tan triste y tan hermosa.

Hacia las duras peñas revolvía

Aquellos bellos ojos, con blandura

Bastante a deshacer tanta dureza.

Y con voz celestial así decía:

«¡Ay, que a veces más falta la ventura

En donde sobra más naturaleza!»

Soneto LXXXVI

- 259 -

¡Hermosos ojos, que cuidado dais

Aun a la luz del sol tan clara y pura,

Y su brillante espléndida hermosura

Con tanta gloria vuestra atrás dejáis!

Si porque son tan bellos despreciáis

Al tierno y fino amante que os procura,

Ya que todo lo veis, ved que no dura

El vuestro resplandor cuanto pensáis.

Coged, coged del tiempo fugitivo

Y de vuestra belleza el dulce fruto:

¡Fuera de tiempo en vano es deseado!

Y a mí, que por vos muero y por vos vivo,

Haced que el amor pague su tributo,

Contento por haberlo a vos pagado.

Soneto LXXXVII *

- 260 -

Pues siempre sin cesar, mis ojos tristes,

En lágrimas tratáis la noche, el día,

Mirad si es lágrima esta que os envía

Aquel Sol por quien vos tantas vertistes.

Si vos me aseguráis, pues ya las vistes,

Que es lágrima será ventura mía;

Por empleadas bien desde hoy tendría

Las muchas que por ella sola distes.

Mas cualquier cosa mucho deseada
Aunque viéndose esté nunca es creída,
Y menos ésta nunca imaginada.

Pero de ella aseguro, si es fingida,
Que basta ser por lágrima enviada,
Para que sea por lágrima tenida.

Soneto LXXXVIII
- 265 -

Dulce contento mío ya pasado,
En quien mi bien y dicha consistía,
¿Quién me quitó tu dulce compañía
Y me dejó de ti tan separado?

No pensaba yo verme en este estado,

En las pasadas horas de alegría,
Cuando mi feliz suerte consentía
Que de engaños viviese alimentado.

Mas mi fortuna cruel, áspera y dura,
En mí causó tan grande perdimiento,
Y no me fue posible precavella.

No se engañe ninguna criatura,
Que nada vale humano valimiento
Si en perseguirlo da su cruel estrella.

Soneto LXXXIX *
- 272 -

Sospechas que, en mi triste fantasía
Puestas, hacéis la guerra a mi sentido,
Volviendo y revolviendo el afligido

Pecho, con dura mano noche y día:

Ya se acabó la resistencia mía;

Y a la fuerza del alma ya rendido,

Vencer de vos me dejo, arrepentido

De haberos contrastado en tal porfía.

Llebadme a aquel lugar tan espantable,

Que por no ver mi muerte allí esculpida,

Cerrados hasta aquí tuve los ojos.

Las armas pongo ya, que concedida

No es tan larga defensa al miserable;

Colgad en vuestro carro mis despojos.

Soneto XC

- 277 -

Cuando quiso el Amor que yo adorase

Esa gran perfección y gentileza,

Al punto decretó que la crudeza

De vuestro corazón se acrecentase.

Determinó que nada me apartase,

Ni el disfavor crüel, ni la aspereza,

Y en esta mi rarísima firmeza

Toda vuestra altivez se desahogase.

Y puesto que tenéis aquí ofrecida

Esta alma vuestra a vuestro sacrificio,

Saciad del todo vuestra voluntad.

No le alarguéis, señora, más la vida;

Pues morirá cumpliendo con su oficio,

Defendiendo su fe y su lealtad.

Soneto XCI

- 279 -

Yendo un triste pastor todo embebido

En sombras de su dulce pensamiento,

Estas quejas le daba al leve viento

Con suspirar del corazón salido:

«¿A quién me quejaré ciego, perdido,

Pues en las piedras no hallo sentimiento?

¿Con quién hablo, a quién digo mi tormento,

Si do más llamo, soy menos oído»

«¿Por qué, graciosa Ninfa, no respondes?

¿Por qué el mirarme tanto me encareces?

¿Por qué oír siempre quieres mi querella?

«Cuanto yo más te busco, más te escondes;

¡Cuanto más malo estoy, más te endureces:

Crece con mi afición la causa de ella!»

Soneto CXII *

- 283 -

El vaso reluciente y cristalino,

De ángeles, agua clara y olorosa,

De blanda seda ornado y fresca rosa,

Ligado con cabellos de oro fino:

Bien claro parecía el don divino,

Labrado por la mano artificiosa

De aquella blanca ninfa graciosa,

Más que el rubio lucero matutino.

Nel vaso vuestro cuerpo se figura,

Rajado de los blandos miembros bellos,

Y en el agua vuestra ánima tan pura:

La seda es la blancura, y los cabellos

Son las prisiones y la ligadura

Con que mi libertad fue asida de ellos.

Soneto XCIII

- 292 -

Cuando Febo los montes encendía

Con celeste y brillante claridad,

Por conservar su intacta castidad

Delia cazando el tiempo entretenía.

Venus, que de cierto hurto descendía

Con que cautivó a Anquises su beldad,

Viendo en Diana tanta honestidad

Como burlando de ella le decía:

«Tú con tus redes vas por la espesura

Los ciervos fugitivos enredando;

Mas las mías enredan el sentido.»

«Más vale -respondió la diosa pura-

En las redes los ciervos ir tomando,

Que el que te coja en ellas tu marido.»

Soneto XCIV

- 297 -

Fortuna me ha traído a tal estado,

Y me tiene a sus plantas tan rendido,

Que ya no he que perder de tan perdido,

Ni tengo que mudar de tan mudado.

Para mí todo el bien ya se ha acabado;
Desde hoy doy el vivir por ya vivido;
Porque donde es el mal tan conocido,
También el vivir más será excusado.

Si me basta el querer, la muerte quiero:
Que otra esperanza a mí no me conviene;
Y así curaré un mal con otro mal.

Y pues tan poco bien del bien espero,
Puesto que otro remedio el mal no tiene,
No me culpen si quiero alivio tal.

Soneto XCV
- 235 -

¿Cómo puedes ¡oh ciego pecador!

Estar en tus errores tan contento,

Sabiendo que esta vida es un momento

Que se marchita como tierna flor?

No pienses, no, que el justo Juzgador

Ha de dejar tus culpas sin tormento,

O que no ha de llegar el tiempo lento

Del día de horrendísimo pavor.

No gastes días, horas, meses, años

En seguir de tus daños la amistad,

De que nacen después mayores daños.

Y pues de tus engaños la verdad

Conoces, deja ya tantos engaños,

Pidiendo a Dios perdón con humildad.

Soneto XCVI

- 243 -

¡Oh arma gloriosísima y triunfante,

Balüarte feliz de nuestras vidas,

Por quien fueron ganadas las perdidas

Con que el Tártaro horrendo estaba ovante!

Sigan a esta bandera militante,

Por quien tantas victorias son habidas,

Tantas almas que, ciegas y perdidas,

Van errando en Poniente y en Levante.

¡Árbol sublime, planta matizada

De blanco carmesí, de oro embutida,

De preciosos rubíes esmaltada,

De tan claros trofeos guarnecida!

Muerte a la misma vida en ti fue dada,

Porque a la muerte en ti se diese vida.

Paráfrasis del salmo CXXXVI
Super flumina babilonis, etc.

Sobre los ríos que van

Por Babilonia, me hallé,

Donde sentado lloré

Por los que en Sión están

Y por cuanto allí pasé.

Allí un río permanente

Mis ojos han destilado,

Y despacio he comparado

Babilonia al mal presente,

Sión al tiempo pasado.

Los contenidos precedentes

A mi alma se presentaran,

Y los objetos ausentes

Se me hicieron tan presentes

Como si nunca pasaran.

Cual si hubiera despertado

Vi, y lloré lleno de horror,

Este sueño imaginado:

Vi que todo bien pasado

No es gusto, sino dolor.

Yo vi que todos los daños

Nacían de las mudanzas,

Las mudanzas de los años;

Vi cuán enormes engaños

Producen las esperanzas.

Vi que lo que más conviene

Poquísimo tiempo dura;

Vi cuán aprisa el mal viene,

Vi cuán triste estado tiene

Quien se fía de ventura.

Vi que el bien más especial

Nunca se aprecia mejor

Que cuando el mal es mayor;

Vi al bien suceder el mal

Y al mal lo que es mucho peor.

Vi con notable trabajo

Comprar arrepentimiento;

Vi que nadie está contento,

Y a mí me vi cabizbajo

Dando mil quejas al viento.

Un río es el recio llanto
Con que baño este papel;
Parece cosa bien crüel
Verme en medio del espanto
Y confusión de Babel.
Como hombre que para ejemplo
Del peligro en que se halló,
Cuando la guerra dejó
En las paredes del templo
Todas sus armas colgó;

Así después que observé
Que el tiempo todo lo acaba,
Tan afligido quedé,
Que en los árboles colgué
La flauta con que cantaba.

Colgué la flauta, que leda

Hizo mi vida pasada,

Diciendo: «Música amada,

Déjoos en esta arboleda

En memoria consagrada.

»¡Flauta mía, que tañendo

Los montes hacíais ir

Adonde estabais, corriendo,

Y el agua que se iba huyendo

Volvías a hacer subir:

Ya nunca os escucharán

Los tigres que se amansaban,

Y las reses que pastaban

De las hierbas se hartarán

Que por otros dejaban.

»Ni en rosas tan dulcemente

Transformaréis los abrojos

En el prado floreciente,

Ni detendréis la corriente,

Y más si es la de mis ojos.

No moveréis la espesura,

Ni podréis atrás volver

La fuente corriente y pura,

Pues no pudisteis mover

El rigor de mi ventura.

»Os quedaréis ofrecida

A la fama, flauta bella!

¡Flauta de mí tan querida!

Pues mudándose la vida

Se mudan los gustos de ella.

Hay para la mocedad

Sus gustos acomodados;

Luego en la mayor edad

Se siente la vanidad

De los placeres pasados.

»El placer que ahora se alcanza,

Mañana ya no lo veo:

Así nos trae la mudanza,

De esperanza en esperanza

Y de deseo en deseo.

Mas en vida tan escasa

¿Qué esperanza será fuerte?

¡Flaqueza de humana suerte!

¡Cuanto de la vida pasa

Nos va acercando a la muerte!

»Mas quede en esta espesura

El canto de mocedad,

Porque la gente futura

No crea obra de la edad

Lo que es fuerza de ventura.

Que ni el tiempo, ni el espanto

De ver cuán ligero pase,

Nunca en mí pudieron tanto,

Que aunque interrumpiese el canto,

La causa también dejase.

»Mas en tristeza, en enojos,

En gusto, en contentamiento,

En sol, en nieve y en viento,

Tendré presente a mis ojos

Por quien muero tan contento.»

Así la flauta dejaba,

Despojo de mí querido,

En el sauce que allí estaba,

Que por trofeo quedaba

De quien me había vencido.

Pero la antigua pasión

Que esclavo me conservaba,

Me preguntó a la sazón

Dónde la música estaba

Que yo cantaba en Sión;

Y en qué paró aquel cantar

Del mundo tan celebrado;

Por qué lo dejé de usar,

Pues siempre ayuda a pasar

Cualquier trabajo pesado.

Canta el caminante ledo

Por el camino fragoso,

Armándose de denuedo;

Y de noche, el temeroso

Cantando refrena el miedo:

Canta el preso dulcemente,

Los duros grillos tocando:

Canta el segador ardiente;

Y el trabajador cantando

Menos el trabajo siente.

Yo que estas cosas sentí

En mi alma de dolor llena,

«¿Cómo dirá -respondí-

Quien ajeno está de sí

Dulce canto en tierra ajena?

¿Cómo ha de poder cantar

Quien con llanto baña el pecho?

Y si el que ha de trabajar

Canta por no se cansar,

El descanso yo desecho.

»Pues no sería razón

Que por mucho que penase,

Para ablandar la pasión,

En Babilonia cantase

Los cánticos de Sión.

Y así aun cuando la esperanza

De mi corazón quebrante

Esta vital fortaleza,

Moriré antes de tristeza

Que por mitigarla cante.

»Que si el fino pensamiento

En la tristeza consiste,

No tengo miedo al tormento;

Pues morir de puro triste

Será mi mayor contento.

Ni en la flauta cantaré

De mis trabajos la suma,

Ni menos la escribiré;

Pues se cansará la pluma,

Y yo no descansaré.

Que si una tan corta vida

Se acrecienta en tierra extraña

Sin que el amor se lo impida,

No debe pluma atrevida

Escribir pena tamaña.

Pero si para explicar

Lo que siente el corazón

La pluma se ha de cansar,

No se canse de volar

La memoria hacia Sión.

»¡Tierra bienaventurada!

Si por yerro o por descuido

De mi alma eres apartada,

Quede mi pluma entregada

A duro y perpetuo olvido.

La pena de este destierro,

Que quiero ver esculpida

En piedra o en duro hierro,

Esa nunca será oída,

En castigo de mi yerro.

»Y si yo cantar quisiere

En Babilonia sujeto,

En tanto que no te viere,

Cuando la lengua moviere

Quede mi voz sin efeto.

Al paladar se me pegue

La lengua, pues te perdí,

Si mientras viviere así

Llega un día en que te niegue,

O en que me olvide de ti.

»A aquella patria de gloria,

De luz, de magnificencia,

Es a do aspira mi esencia;

Pues si no está en mi memoria,

Está en mi reminiscencia.

Que aunque es de saber escasa

Nuestra alma, si la ilumina

Dios con celeste doctrina,

Se eleva desde su casa

Hasta la patria divina.

»No es, pues, de la falsedad

De la tierra de do vienes,

Alma mía; pues provienes

De aquella santa ciudad

Do se hallan todos los bienes.

Y aquella humana figura

Que aquí me puede alterar,

No es lo que se ha de buscar:

Es rayo de la hermosura

Que sólo se debe amar.

»Los bienes que el mundo crea,

Y con que al hombre entretiene

Sin que su desdicha vea,

Son sombra de aquella idea

Que en Dios ser perfecto tiene.

Los que a mí me cautivaron

Son poderosos afetos,

Que nos mantienen sujetos:

Sofistas que me enseñaron

Caminos malos por retos.

»De éstos el mando tirano

Me obliga con desatino

A cantar con son profano

Cantares de amor humano,

Por versos de amor divino.

Mas viendo yo el rayo santo

En la tierra de dolor,

De confusión y de espanto,

¿Cómo he de cantar el canto

Debido sólo al Señor?

»De la gracia el beneficio

Me da perfecta salud;

Y es tanta su rectitud,

Que aun en lo que hice por vicio

Me inclina hacia la virtud:

Y aun este amor natural

Me hace subir con presteza

De la sombra a lo real,

De la individual belleza

A la que es universal.

»Y así quédese colgada

La flauta con que tañí,

Y venga ¡oh ciudad sagrada!

Esa otra lira dorada,

Por cantar sólo de ti.

No cautivo y aherrojado

En la ciudad infernal;

Mas del vicio desatado,

Y de esta tierra llevado

A mi patria natural.

»Si mi cerviz humillare

A mundanos accidentes,

Duros, tiranos, urgentes,

Bórrese cuanto yo obrare

Del libro de los vivientes

Tomando sin dilación

La lira santa, y capaz

De más sublime invención.

Cállese esta confusión,

Cántese visión de paz.

»Óigame mi Rey querido;

Resuene este acento santo;

Muévase el mundo de espanto,

Pues del mal que me han oído

La palinodia ya canto.

A vos sólo me quiero ir,

¡Oh capitán soberano

De Sión que busco en vano!

Pues no puedo allá subir

Si vos no me dais la mano.

»En el día singular

Que en la lira el docto son

De Sión se ha de entonar,

No dejéis de castigar

Los ruines hijos de Edón.

Y a los que tiñen sus manos

Con sangre del inocente,

Soberbios, locos y vanos,

Destruidlos igualmente,

Conozcan que son humanos.

»Abatid el poder duro

De afectos desordenados,

Que contra mí conjurados

De mi libertad el muro

Rompieron al fin osados;

Que alzando la voz furiosos,

Se preparan a escalarme;

Espritos malos, dañosos,

Que pretenden animosos

De la virtud derribarme.

Destruidlos, pues, mi Dios,

Humillad sus duros cuellos,

Porque no podemos nos

Ni con ellos ir a vos,

Ni sin vos librarme de ellos.

No es bastante mi flaqueza

Para darme defensa,

Si vos, ilustre Patrón,

En esta mi fortaleza

No pusiereis guarnición.

»Y tú, carne, que me encantas,

Hija de Babel, tan fea,

De tantos pecados rea;

Que mil veces te levantas

Contra quien te señoera:

Feliz sólo puede ser

El que con Dios te resiste

Y te consigue vencer,

Y por fin te llega a hacer

Todo el mal que tú le hiciste.

»Quien con disciplina cruda

Se castiga y se macera;

Quien del vicio se desnuda,

Y vuelve a su carne ruda

El mal que ella al alma hiciera.

Es dichoso quien tomare

Sus pensamientos recientes,

Y al nacer los sofocare,

Y con esto se librare

De vicios graves y urgentes.

»Quien con celo religioso

Contra alguna peña dura

Los estelle fervoroso,

Y haga de acto tan piadoso

La fuente de su ventura:

Y luego cuando imagina

Los vicios que el cuerpo da,

Los pensamientos declina

A aquella carne divina

Que en la cruz estuvo ya.

»Quien del vil contentamiento

De aqueste mundo visible,

En cuanto al hombre es posible,

Levanta el entendimiento

Hacia el mundo inteligible,

Para que de allí reciba

La satisfacción completa

Que sólo viene de arriba,

Y ni es por poca imperfecta,

Ni sacia por excesiva.

»Allí verá tan profundo

Misterio en la suma alteza,

Que a toda humana grandeza

Y al mayor fausto del mundo

Lo tendrá por gran bajeza.

¡Oh tú, divino aposento,

Patria mía singular!

Si sólo el te imaginar

Exalta el entendimiento,

¡Qué hará el llegarte a gozar!

»¡Feliz quien pueda partir

Hacia ti, tierra excelente,

Tan justo y tan penitente,

Que cuando ahí llegue a subir,

Descanse perpetuamente!»

Égloga I

Umbrano, Frondelio, Aonia.

UMBRANO

¡Qué variedad tan grande van haciendo

Las horas, oh Frondelio, apresuradas!

¡Cómo se van las cosas convirtiendo

En otras cosas varias, no esperadas!

Un día al otro día va trayendo,

Por unas mismas horas ya ordenadas.

Mas cuan conformes son en cantidad,

Tan diferentes son en calidad.

En este campo vi las varias flores

A las mismas estrellas eclipsando,

Y ordenados andar a los pastores

Con todo cuanto el mundo está envidiando;

Competir con el campo los colores

Que las ropas andaban ostentando;

Do si materia rica no faltaba,

A la materia la obra aventajaba.

Vi su lustre perder las blancas rosas,

Y casi obscurecerse el claro día,

Delante de unas formas peligrosas,

Que Venus más que nunca engrandecía.

En fin, vi las pastoras, tan hermosas,

Que el Amor de sí mismo se temía;

Y aun temió más el pensamiento falto

De no ser para haber temor tan alto.

Ahora todo está tan diferente,

Que llena el alma y corazón de espanto,

Y parece que Júpiter potente

Se enfada de que el mundo dure tanto.

El Tajo tiene turbia su corriente;

Las aves dejan su armonioso canto;

La oveja, aunque de pasto no carece,

Más que si no comiera se enflaquece.

FRONDELIO

Es, Umbrano, un decreto de natura,

Inviolable, constante, sempiterno,

Que siempre siga al bien la desventura,

Y que no haya placer que sea eterno.

Al día claro sigue noche obscura;

Al verano apacible, el duro invierno;

Y natura, que en todo es tan variable,

Tan sólo en esta ley es inmutable.

Toda alegría grande y venturosa

Viene abriendo la puerta al triste estado.

Si una hora ved alegre y deleitosa,

Estoy temiendo el mal ya preparado.

¿No ves cómo la sierpe venenosa

Se oculta entre la flor del verde prado?

No te alucine, pues, ningún contento,

Pues es inestable, más que el pensamiento.

Y quiera Dios que el triste, el duro hado

Con tamaños desastres se contente;

Que siempre un grande mal inopinado

Es más de lo que espera incauta gente:

Y yo al ver este roble, que quemado

Tan gravemente fue del rayo ardiente,

Temo sea un prodigio que declare

Que el moro labrador mis campos are.

UMBRANO

Mientras del acebuche duradero

Tengan nuestros pastores sus cayados,

Y dure aquel valor por quien primero

En todo el mundo fueron señalados,

No temas, no, mi caro compañero,

Que seamos de nadie subyugados,

Ni que este pueblo indómito obedezca

A ningún otro yugo que se ofrezca.

Y aun cuando la soberbia se levante

Del enemigo a tuerto o a derecho,

No creas que la fuerza repugnante

Del fiero y del jamás domado pecho,

Que desde el Indo Hidaspe al moro Atlante

Toda la tierra tributaria ha hecho,

Llegue a rendirse a nadie en paz o en guerra,

En tanto que ilumine el sol la tierra.

FRONDELIO

Esa tu temeraria seguridad,

Que en fuerza y en razón no se asegura,

Es falsa; que a la grande confianza

No la ha ayudado siempre la ventura.

Está junto al altar de la esperanza

Némesis moderada, justa y dura,

Imponiéndole un freno y ley terrible

Para que nunca aspire a lo imposible.

Y aquel grande redil seguro y fuerte

De los montes Atlánticos, ¿no oíste

Que con sanguinolenta y fiera muerte

Despoblado quedó por caso triste?

¡Oh caso desastrado! ¡Oh dura suerte,

Contra quien fuerza humana no resiste!

Allí también de vida fue privado

Mi Tionio, y en flor quedó cortado.

UMBRANO

En llanto amargo tiéneme deshecho

De ese caso terrible la memoria,

Si pienso cuán ilustre fue su pecho,

Y cuán merecedor de larga historia

Era ese tu pastor, que sin derecho

Dio a las Parcas la vida transitoria.

Mas no hay quien al ganado de hierba harte,

Ni de juvenil sangre al fiero Marte.

Y así, si no te fuere muy pesado,

Ya que esta triste muerte recordaste,

Cántame de ese caso desastrado

Aquellos tiernos versos que cantaste

Cuando ayer recogiendo tu ganado

De los demás pastores te apartaste:

También yo las ovejas recogía,

Y no te pude oír como quería.

FRONDELIO

¿Cómo he de renovar al pensamiento

Tamaño mal, tamaña desventura?

Porque al dar mil suspiros contra el viento,

Si es grande la tristeza, no la cura.

Mas pues también te mueve el sentimiento

La muerte de Tionio triste, oscura,

Dejaré tu deseo satisfecho,

Si la pena a mi voz no ahoga en el pecho.

UMBRANO

Pues canta, ahora que el ganado paze

Entre la fresca hierba sosegado,

Y el sacro Tajo, que en las sierras nace,

Contra el tronco de un árbol recostado,

En mirar cuanto riega se complace,

Y está para escucharte preparado;

Y con triste silencio están las Ninfas,

Vertiendo de sus ojos claras linfas.

El prado, flores blancas y bermejas

Nos está suavemente presentando;

Las dulces y solícitas abejas

Con un blando susurro están volando;

Las mansas y pacíficas ovejas,

De comer olvidadas, inclinando

Las cabezas están al son divino

Que al pasar hace el Tajo cristalino.

El viento entre los árboles respira,

Haciendo compañía al claro río;

También el ave gárrula suspira,

Sus penas confiando al viento frío.

Toca, Frondelio, pues, tu dulce lira;

Que desde el olmo aquel verde y sombrío

La blanda Filomela condolida

Al doloroso canto te convida.

FRONDELIO

Aquel día las aguas no probaron

Las graciosas ovejas; los corderos

El campo hinchieron de amorosos gritos;

No quisieron triscar por los oteros

Las cabras de tristeza, y se negaron

El pasto a sí, la leche a los cabritos.

Prodigios infinitos

Se vieron aquel día,

Que la Parca quería

Principio dar al caso fiero y triste:

Y tú, cuervo, también lo descubriste,

Cuando a la mano izquierda en voz oscura

Volando repetiste

La ley tirana de la muerte dura.

¡Tionio mío!, el Tajo cristalino,

Los árboles que ya desamparaste,

El mal lloraron de tu ausencia eterna.

No sé por qué tan presto nos dejaste:

Mas fue con-consentimiento del destino,

Por quien el mar y tierra se gobierna.

La noche sempiterna,

Que tú tan presto viste

Crüel, acerba y triste,

¿Por qué no te dejó gozar siquiera

De tu vida la dulce primavera?

¿Por qué usó con nosotros tal cruieza,

Que ni en los montes fieras,

Ni hay pastor en el campo sin tristeza?

Los Faunos ya no cuidan los pastores,

Ni las Ninfas van ya por la espesura

Tras los venados con la flecha ciega:

Todo parece lleno de amargura:

El campo a las abejas no da flores,

Y la aurora el rocío a la flor niega:

Yo, que por esta vega

Cantaba todo el día,

La flauta con que hacía

Mover los altos árboles tañendo,

La dejo que se vaya enronqueciendo.

¡Cuán triste está del monte la pendiente!

Y tú también corriendo

Pareces turbia y triste, ¡oh clara fuente!

Las Ninfas en el río, en la aspereza

Del monte las Oréadas, sabiendo

Quién te obligó al feroz y duro Marte,

Con común sentimiento van diciendo,

Que no puede en el mundo haber tristeza

En cuya causa Amor no tenga parte.

Porque, por fin, de esta arte

Sus ojos cuidadosos,

Sus pasos vagarosos,

Su rostro, que el amor y fantasía

Como pálida viola lo teñía,

A todos daban un indicio cierto

Del fuego que allí había:

Que nunca supo amor estar cubierto.

Delante de los ojos le volaban

Imágenes, fantásticas pinturas,

Ejercicios del falso pensamiento;

Y por las solitarias espesuras,

Entre las peñas solas que no hablaban,

Hablaba y descubría su tormento:

Y en aquel sentimiento

De continuo embebido,

Andaba tan perdido,

Que cuando algún pastor lo preguntaba

La causa de la pena que mostraba,

Como quien sólo por pensar vivía

Sonriendo replicaba:

¡Si no estuviera triste moriría!

Mas como este dolor que lo acababa

Tanto en su bello rostro se mostrase,

Su padre, hombre sensato y muy sesudo,

Porque de aquella idea se olvidase

Alejarlo intentó de la que amaba,

Porque la ausencia a todo dar fin pudo.

¡Oh Marte falso y crudo,

De vidas codicioso!

Do el pecho generoso

Iba a resucitar con tanta gloria

De sus antecesores la memoria,

Allí fiero y cruel le destruiste

Con injusta victoria,

Antes que su pesar, la vida triste.

Paréceme, Tionio, que te veo,

De teñir la tu lanza codicioso

Con sangre del infiel mahometano,

Sobre el caballo hispano belicoso,

Que ardiendo iba también en el deseo

De derribar por tierra al Tingitano.

¡Oh engaño cruel e insano!

¡Oh malograda vida!

La virtud, oprimida

Del numeroso bárbaro enemigo,

Reparo no encontró en su brazo amigo,

Porque el destino así lo permitiera;

Y así llevó consigo

El pastor más gentil que el Tajo viera.

Cual Euríalo, en medio de la armada

Del Rútulo enemigo, despreciando

Las iras de la cruel y dura guerra,

El color cristalino iba mudando,

Pues la purpúrea sangre, derramada

Por su espalda, teñía ya la sierra:

cual flor (a quien la tierra

Le niega el nutrimento,

porque el tiempo avariento

A ella también el agua le ha negado)

Inclina el cuello lánguido y cansado;

Así Tionio devolvió su espíritu

Al que se lo había dado;

Que éste es tan sólo eterno e infinito.

De los helados labios la alma pura,

Llamando juntamente su enemiga

Y su prenda a Marfisa, se apartaba.

Y a ti, gentil señora, ¿no te obliga

A llanto perennal la muerte dura

Del que sólo por ti la vida amaba?

Por ti a los ecos daba

Acentos numerosos;

por ti a los belicosos

Ejercicios se dio del fiero Marte:

¿Y tú no pondrás tu amor en otra parte?

¡Oh ingrata! ¡oh vano intento!

Que en fin, en fin, de esta arte

Se muda el femenino pensamiento!

Pastores de este valle ameno y frío,

Que de Tionio el caso desastrado

En la alta sierra pretendéis se cante,

Un túmulo de flores adornado

Levantadle a lo largo de este río,

Que detenga en el mar al navegante;

Y el laso caminante,

Que tal desgracia mire,

Gima, llore y suspire

Leyendo en dura piedra el verso escrito

Que diga así: «Memoria soy, que grito,

Para dar testimonio en toda parte,

Del más gentil esprito

Que sacaron del mundo Amor y Marte.»

UMBRANO

Como el sueño al que se halla fatigado

Debajo de alguna haya verde, umbría;

Como al que está sediento y abrasado

El húmido aquilón o el agua fría,

Tal me es a mí tu canto delicado,

Tu suave verso y grata melodía:

Y aun ahora en tono dulce y blando

Me queda en los oídos susurrando.

Mientras los peces húmidos tuvieren

Las cuevas arenosas de este río,
Y corriendo estas aguas conocieren
Del mar ancho el antiguo señorío;
Y mientras estas hierbas pasto dieren
A las lascivas cabras, yo te fío
Que en virtud de los versos que cantaste,
Vivirá ese pastor que tanto adiaсте.

Mas ya que poco a poco el sol nos falta,
Y del monte las sombras se acrecientan;
Ya que el cielo con flores mil se esmalta
Que a la vista tan bellas se presentan,
Llevemos por el pie de la sierra alta
Las ovejas que ahora se contentan
Con lo que ya han pacido: ¡oh caro amigo!
Anda, que hasta el otero iré contigo.

FRONDELIO

Antes por este valle, amigo Umbrano,

Si te place, llevemos las ovejas;

Pues me parece suena en aquel llano

Cierto cantar que llega a mis orejas.

El dulce acento no parece humano,

Y si tú en este caso me aconsejas,

Quiero ver desde aquí qué cosa sea,

Porque esa voz me admira y me recrea.

UMBRANO

Contigo voy, que cuanto más me llevo

Me parece mejor la voz que oíste:

Peregrina, excelente; y no te niego

Que en el pecho me deja el alma triste.

¿Ves cómo están los vientos en sosiego?

Ni un rumor de la sierra les resiste:

Ningún pájaro vuela, mas parece

Que vencido del canto le obedece.

Por eso a mí mejor me parecía

No llegar hasta allí, que estorbaremos;

Subamos a esta haya tan sombría:

Todo el valle de aquí descubriremos:

Zurrones y cayados todavía

En este hermoso tronco colgaremos:

Porque así queda el cuerpo más ligero:

Frondelio, déjame subir primero.

FRONDELIO

Espera así: daréte el pie, si quieres;

Subirás sin trabajo y sin ruido;

Y después que subido allá estuvieres,

Tú me darás la mano, que es partido.

Pero antes me dirás, si ver pudieres,

De do nace este canto nunca oído,

Quién lanza el dulce acento delicado:

Habla, porque te veo estar pasmado.

UMBRANO

Extrañas cosas muestra esa espesura

Que nunca vi, y en ella veo ahora:

Hermosas Ninfas hay en la verdura,

Cuyo rostro a los cielos enamora;

Pero una, de jamás vista hermosura,

Que de las otras muestra ser señora,

Sobre un triste sepulcro sollozando

Perlas está por lágrimas llorando.

Una de aquellas altas semideas,
Que en torno están del cuerpo sepultado,
Continuando las lúgubres tareas
El sepulcro con flores ha adornado;
Otras, quemando lágrimas Sabeas,
De suave olor los aires han llenado;
Otras en paño rico y excelente
Envuelven a un infante blandamente.

Una, que de las otras se ha apartado,
Con ayes que a un peñasco conmovieran,
Dice que pues la muerte ha arrebatado
Flor que sólo los cielos merecieran,
Esta prenda carísima ha quedado
De aquel a cuyo imperio obedecieran
Duero, Mondego, Tajo, con Guadiana

Y hasta el remoto mar de Trapobana.

Añade que si hallare este menino

La noche intempestiva amaneciendo,

Al Tajo, puro ahora y cristalino,

Alecto lo pondrá turbio y horrendo;

Pero si lo conserva su destino,

Le está el cielo benigno prometiendo

Los espaciosos campos de Ampelusa

Y el monte que en mal punto vio a Medusa.

He aquí el prodigio que la Ninfa bella

Con abundantes lágrimas recita;

Pero cual la eclipsada clara estrella

Que en el excelso firmamento habita,

Tal cubierta de negro veo a aquella

Que siente al parecer pena infinita.

Dame esa mano y sube tú a mirarlo,

Porque yo de dolor no sé contarlo.

FRONDELIO

¡Oh triste muerte, esquiva y mal mirada,

Que de ser inhumana te glorías,

A aquella diosa bella y delicada

Siquiera algún respeto haber debías!

Esa es por cierto Aonia, hija amada

Del célebre pastor que en nuestros días

Doma al Danubio, manda al claro Ibero,

Y espanta en el Euxino al Trace fiero.

Murióse el excelente y poderoso

(Que a eso sujeta está la vida humana)

Dulce Aonio, de Aonia caro esposo.

¡Ah ley del hado, dura, cruel, tirana!

Mas el son peregrino y lastimoso

Con que canta la Ninfa soberana,

Escucha un poco; y mira bien, Umbrano,

Lo bien que suena el verso castellano.

AONIA *

Alma y primer amor del alma mía,

Espíritu dichoso, en cuya vida

La mía estuvo en cuanto Dios quería:

Sombra gentil de su prisión salida,

Que del mando a la patria te volviste,

Donde fuiste engendada y procedida;

Allá recibe el sacrificio triste,

Que te ofrecen los ojos que te vieron,

Si la memoria de ellos no perdiste.

Que pues los altos cielos permitieron

Que no te acompañase en tal jornada,

Y para ornarse sólo a ti quisieron;

Nunca permitirán que acompañada

De mí no sea la memoria tuya,

Que está de tus despojos adornada.

Ni dejarán, por más que el tiempo huya,

De estar en mí con sempiterno llanto,

Hasta que vida y alma se destruya.

Mas tú, gentil espíritu, entretanto

Que otros campos y flores vas pisando,

Y otras zampoñas oyes y otro canto;

Ahora embebecido estés mirando

Allá sobre el empíreo aquella Idea

Que el mundo enfrena y rige con su mando:

Ahora te posea Citorea

En su tercer asiento; o porque amaste,

O porque nueva amante allá te sea:

Ahora el sol te admire, si miraste

Cómo va por los signos encendido,

Las tierras alumbrando que dejaste;

Si en ver estos milagros no has perdido

La memoria de mí, o fue en tu mano

No pasar por las aguas del olvido;

Vuelve un poco los ojos a este llano

Verás una, que a ti con triste lloro

Sobre este mármol sordo llama en vano.

Pero si entraren en los signos de oro

lágrimas y gemidos amorosos

Que muevan el supremo y santo coro,

La lumbre de tus ojos tan hermosos

Yo la veré muy presto, y podré verte;

Que a pesar de los hados enojosos,

También para los tristes hubo muerte.

Égloga II
Fronoso, Duriano.

POETA

Cantando por un valle dulcemente

Andaban dos pastores desgraciados,

Cuando Febo en las aguas se escondía:

Ambos eran mancebos, y angustiados

Ambos estaban lastimosamente,

Según lo que su rostro descubría.

Pero lo que decía

Cada cual lamentándose de su hado,

No soy yo tan osado

Que me atreva a cantar sin vuestra ayuda;

Pues si mi flauta ruda

De favor tan excelso fuero dina,

Podré excusar la fuente Caballina.

En vos tengo helicón, tengo Pegaso;

En vos tengo Calíope y Talía,

Y las otras hermanas del dios Marte;

En vos pierde Minerva su valía;

En vos está la fuente del Parnaso;

En vos de las Piérides el arte.

Si una pequeña parte,

Señora, me cedéis de vuestra gracia,

Haréis que mi eficacia

Eclipse al mismo sol resplandeciente;

Y que toda la gente,

Al ver en mí vuestro poder se espante,

Y vuestras alabanzas siempre cante.

Podéis hacer que crezca de hora en hora

El nombre Lusitano, y que se admire

Smirna que con Homero se ennoblece.

Podéis hacer también que el mundo mire

En mi albogue sonar lo que sonora

Trompa, cual la Mantuana, se merece.

Ahora me parece

Que pueden comenzar ya mis pastores

A tratar sus amores;

Pues aunque ante sus ojos no tenían

A las que ver querían,

La mudanza del sitio o del estado

No aparta a un corazón de su cuidado.

De los montes dejaba ya la altura

Y en las saladas ondas se escondía

El sol, cuando Frondoso y Duriaño,

A orillas de un arroyo, que corría

Entre la fresca y húmeda verdura

Claro, tranquilo y manso todo el año;

Lamentando su daño,

Venían recogiendo su ganado.

Estaba uno callado

Mientras el otro un poco se quejaba;

Y después empezaba

A decir de su mal lo que sentía;

Y mientras uno hablaba el otro oía.

Quejábanse a las peñas inclementes,

A los silvestres montes y aspereza,

Que de sus males casi se dolían.

Las piedras ablandaban su dureza,

Los ríos suspendían sus corrientes

Y atentos a sus quejas parecían.

Sólo las que podían

Curar el grave mal que ellas causaban,

El oído negaban,

Por quitarles del todo la esperanza.

Mas ellos, que mudanza

Con tantos males en su amor no hacían,

Como hablando con ellas les decían.

.

FRONDOSO

¿Esto merece aquella fe sincera

Con que siempre, Belisa, te he amado,

Sin dejarte jamás solo un momento?

¿Cómo, Belisa cruel, se te ha olvidado

Un mal, cuya esperanza postrimera

Había sólo en ti puesto su asiento?

¿No vías mi tormento?

¿No vías tú la fe con que te amaba?

¿Por qué no te ablandaba

Este amor que tan mal recompensaste?

Mas, pues ya me dejaste,

Y toda mi esperanza está perdida,

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Si los tormentos que por ti he sufrido,

¡Oh Silvana, en mis males tan constante!

Quisieses que algún día te dijera,

Por más que cual diamante

Tu cruel pecho estuviera endurecido,

A piedad se moviera.

Se ablandan como cera

Las peñas al oír los ayes míos;

Quedos están los ríos,

Que escuchan mis suspiros y mis quejas.

Tú sola, ¡cruel!, me dejas,

Más que los montes y las peñas dura,

Y fugitiva más que el agua pura.

FRONDOSO

¿Dónde está el habla aquella que solía

Cuando su dulce acento a mí llegaba,

Avivar mis espíritus cansados?

¿Dónde está el mirar blando que cegaba

Al sol resplandeciente al mediodía?

¿Dónde están los cabellos delicados

Que al viento derramados,

Brillaban más que el oro, y me mataban,

Y en cuantos los miraban

También causaban nuevos accidentes?

¿Por qué, ¡oh cruel!, consientes

Que goce otro la gloria a mí debida?

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Ningún bien veo que a mi mal espere;

Si ya no espero que la muerte dura

Venga por fin a darme tu crueldad.

Si veo que me falta tu hermosura,

Dice la voluntad que desespere,

Impugna la razón la voluntad,

Y diz que una beldad

Do tanto se esmeró naturaleza,

No tiene tal crueza

Que un tan constante amor despreciar quiera,

Y una fe tan sincera.

Mas tú, que de razón nunca cuidaste,

Por quitarme la vida me olvidaste.

FRONDOSO

¿A quién, Belisa ingrata, te entregaste?

¡Crüel! ¿a quién le diste la hermosura,

Que sólo a mi tormento se debía?

¿Por qué tan sin respeto me trocaste

Por quien ni sólo verte merecía?

El bien que te quería,

Y perderé tan sólo por la muerte,

¿No es, di, de mayor suerte

Que cuanto el mundo ciego ama y adora?

Sola tú, cruel pastora,

Fuiste contra mí en esto endurecida.

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Te llevaste mi bien en un momento;

Con él te me llevaste juntamente

De poseerlo otra vez la confianza;

Y por él me dejaste solamente

Un continuo dolor, un gran tormento.

Tú, que eras la esperanza,

¡Oh cruel!, de todo el mal que en mí causaste,

Del todo te mudaste.

Con Amor conjurada en darme muerte.

Con todo, si mi suerte

Consiente que por ti sea causada,

Muerte no habrá jamás tan deseada.

FRONDOSO

No te parió ninguna piedra dura,

Ni te engendró ninguna tigre Hircana,

Ni te educó del monte la espesura.

¿Con quién eres, ¡oh cruel!, tan inhumana?

Se formó sobre el cielo tu hermosura,

Do es la amabilidad naturaleza;

Y así esa tu dureza

¿Dónde se principió, do la tornaste?

¿Por qué así desechaste

El verdadero amor que conocías,

Y la fe que veías,

Por otra de ti nunca conocida?

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

En pos de su pastor marcha el ganado

Porque de amor entiende aquella parte

Que alcanza su natural cruel, ferina.

El rústico león, sin ningún arte,

De instinto natural sólo enseñado,

A do siente el amor allí se inclina.

Y tú, que en lo divina

A Citerea igualas y a Cupido,

¿Por qué, siquiera con piadoso oído,

Un amor verdadero no socorres?

O ¿por qué no te corres

De que el león te venza en la piedad,

Si Venus no te vence en la beldad?

FRONDOSO

Tampoco a mí el destino me ha negado

Lo que aprecian los dioses, que formaran

Esa tu sobrehumana hermosura.

Mas para mí aun los cielos se mudaran;

Para mí la natura se ha trocado,

Y me es cruel una hermosa criatura.

Mas ya que ¡oh ninfa dura

Que desde el alto cielo a nos viniste!

En el tu pecho hiciste

Que tal contrariedad pueda juntarse,

Ya no es extraño hallarse

Tamaña fe tan mal agradecida.

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Por ti la noche oscura me contenta:

Por ti la luz del día me aborrece;

Abrojos me son ya las frescas flores;

La dulce filomela me entristece;

Todo placer o gozo me atormenta,

Con la contemplación de tus amores.

Las fiestas de pastores

Que pueden alegrar cualquier tristeza,

Hacen, por su crudeza,

Que se vaya mi mal siempre aumentando.

Pues, ¡oh cruel!, ¿hasta cuándo

Quieres que dure tu aborrecimiento,

Y mi vida que sufre tal tormento?

FRONDOSO

Huiste de un amor tan conocido,

Huiste de una fe tan clara y firme,

Y sigues a quien nunca conociste,

No por huir de amor, mas por huirme.

Bien vías que tenía merecido

El amor que tú a otro concediste.

Mas a mí no me hiciste

Ninguna sinrazón, pues no merezco

La dicha que apetezco;

Hicístesela al bien firme, sincero,

Que sabes que te quiero,

Quitándole la gloria merecida.

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Cada hora crece más en mí el cuidado,

Y veo que el olvido juntamente

En ti toma cada hora nuevo aumento.

¡Oh Silvana crüel! ¿por qué consiente

Tu pecho femenil y delicado

Olvidarse de mi áspero tormento?

Del aborrecimiento

Lo merecería un áspero enemigo;

No yo, que si contigo

Por mi fortuna alguna vez me veo,

Ya nada más deseo.

Tú eres el solo bien, la sola gloria

Que nunca se me va de la memoria.

FRONDOSO

Ojos que ver lograron tu hermosura,

Vida que viéndote se sostenía,

Voluntad que en ti estaba transformada,

Ánima que la tuya en sí tenía

Tan unida a su ser cuanto la pura

Ánima al cuerpo flaco está ligada,

Y ahora separada

Te ve de sí con tal apartamiento,

¿Qué mal y qué tormento

Ha de sufrir al contemplarse ausente?

Es menos lo que siente

El triste cuerpo en la última partida.

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Otro tiempo, cuidando mi ganado,

O cantando por estos romerales,

Pasaba yo la vida alegremente:

No sentía el tormento de estos males,

No sentía el dolor de este cuidado,

Porque tú de mi dicha eras la fuente.

Hora no solamente

De aquella suave vida me apartaste.

Mas otra me dejaste

Que al duro mal que el pecho me ha oprimido

Me tiene tan rendido,

Que tengo ya por gloria aquesta pena,

Y por natura el mal que me condena.

FRONDOSO

Juntamente vivir cumplidos años

Te concedan los hados, que quisieron

Reunirte con tal contentamiento,

Ya que los bienes para ti nacieron,

Y para mí los males y los daños.

Logra, pues, tú tu bien, yo mi tormento.

Ningún apartamiento,

¡Oh Belisa!, me hará dejar de amarte;

Porque en ninguna parte

Podrás estar sin mí sólo una hora.

Y así consiente ahora

Que en pago de esta fe tan conocida,

Quien tanto bien perdió, pierda la vida.

DURIANO

Amar te vea yo a quien te desame,

Porque sepas qué cosa es ser amada

De quien tratas con odio y aspereza.

Véate yo también ser despreciada

De aquel que más deseas tú que te ame,

Porque en ti experimentes tu crueza,

Y sientas tu dureza

Y cuánto aflige su crüel efeto

Al infeliz que a Amor está sujeto;

Pues sintiendo tú el mal que siento ahora,

Espero que algún hora

Te haga tu propio mal de mí acordarte,

Ya que el mío jamás pudo ablandarte.

FRONDOSO

Mil años de tormento me parece

Cada hora, si mi mente considera

Que ya no he de volver jamás a verte.

Ta memoria es la que hace que no muera.

La vida sobre todo me entristece;

La vida antes perdiera que perderte.

Mas si yo, por quererte

Un bien que sólo en ti tiene su asiento,

Padezco tal tormento,

¿Qué deberá esperar quien te desama,

O por lo menos te ama

Con algún falso amor y fe fingida?

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

¡Oh cruel, mira entretanto si merece,

Con tamaño desprecio ser tratada

Una alma que te amó con tal terneza!

Mas ¿cómo puedes ser tan despiadada,

Si la gracia menor que en ti aparece

Puede ablandar de un monte la aspereza?

Y si naturaleza

En ti el extremo puso de hermosura,

¿Qué piedra habrá tan dura

Que resista a tu rostro soberano?

¿Y qué hará el pecho humano,

Que a la mortal belleza siempre cede,

Si a la de Venus tu hermosura excede?

FRONDOSO

Y pues fe verdadera, amor perfecto,

Tormento continuado y vida triste,

Juntos con un continuo sufrimiento,

Y aquel mal en quien todo el mal consiste,

Sobre tu corazón no han hecho efecto,

Ni te han hecho mostrar algún contento

Mirando mi tormento,

Sino que todo aquello despreciaste,

Y a otro te entregaste,

Por no dejarme nada en que esperase,

Sino cuando acabase

La vida que a mi mal es tan cumplida;

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Largo espacio de tiempo y apartado

Lugar al corazón que por ti muere

No pueden separarlo de su intento:

¿Por qué huyes, crüel, de quien te quiere?

¿No miras que tu huir es excusado?

Sin mí tú no estarás ni aun un momento.

Ningún apartamiento,

Aunque el alma del cuerpo se me aparte,

Podrá, ¡oh Ninfa!, ausentarte

De esta alma triste que continuamente

Te tiene en sí presente.

Torna, crüel, no huyas de quien te ama,

Ven a dar muerte o vida a quien te llama.

POETA

La noche obscura, triste y tenebrosa

Que ya había extendido el negro manto,

De obscuridad la tierra toda hinchando,

Les hizo poner fin al dulce canto,

Mientras por la ribera deleitosa

Sus ovejas andaban recogiendo.

Si lo que yo pretendo

Cantando con mi albugue dulce, amigo,

Por ventura consigo,

No dudo conseguir también la gloria

Y el lauro de victoria

Que el Poeta Mantuano pretendía,

Y que os cede ya a vos, señora mía.

Égloga III

- 7 -

Sátiro primero, Sátiro segundo.

POETA

Las dulces cantilenas que cantaban

Los semicapros dioses, amadores

De las Napeas que en el monte estaban,

Voy a contaros; pues si los amores

A los silvestres dioses maltrataron,

Bien disculpados quedan los pastores.

¡Oh ilustre Don Antonio, en quien hallaron

El claro Apolo y Marte un ser perfecto

En quien sus altas mentes retrataron!

 Mi ingenio, que es tan rudo e imperfecto,

Hoy se dirige a vos, porque pretende

Realzar con la causa el bajo efecto.

 Con vos mi pobre Musa se defiende;

En vos puso la fuente del Pegaso

Lo que mi canto por el mundo extiende.

 Ved que las altas Musas del Parnaso

A vos os cantan con su dulce lira,

Quitándole a la mía tan gran caso.

 Mirad al rubio Apolo, que suspira

Por cantar vuestra estirpe, y obscurece

Lo que en vuestro loor mi canto aspira;

Y, o porque tiene envidia me enmudece,

O porque oír no quiere en flauta ruda

Lo que sonora cítara merece.

Mas si algo puede hacer mi lengua muda,

En cuanto Progne el triste sentimiento

De Filomela con su llanto ayuda;

Y en cuarto Galatea al manso viento

Su rubia cabellera está soltando,

Y Títiro a la sombra está de asiento;

Mientras flores el campo está criando,

Si es que este cantar mío no os afrenta,

Duero y Ganges de vos irán hablando.

Y una vez que mi voz cantar intenta,
Consentid que esta mi égloga se cuente
En cuanto Apolo vuestras cosas cuenta.

Sobre el Parnaso, que continuamente
Está de hermosos bosques rodeado,
Nace una cristalina y clara fuente;

Y un manso arroyo de ella derivado
Sobre unas claras piedras va corriendo
Suave, tranquilo, ameno y sosegado.

El murmullo que el agua está allí haciendo
Los pájaros excita, que cantando
Aumentan el placer y dulce estruendo.

Tan puras van las aguas caminando,
Que en el fondo las piedras delicadas
De una en una se pueden ir contando.

Nunca se han visto alrededor pisadas
De fiera o de pastor que allí llegase,
Porque del monte espeso están guardadas.

Tampoco se vio nunca que criase
El monte ameno hierba, o venenosa,
O que suaves aromas no exhalase.

Allí está el blanco lirio y fresca rosa
Con cuanta flor ofrecen los amantes
A la Ninfa más bella y más hermosa.

Allí se ven los mirtos circunstantes

Que a Venus cristalina la ocultaron

A la turba de Faunos petulantes.

La menta y mejorana allí medraron,

Pues ni el invierno ni el ardiente estío

Las hirieron jamás o marchitaron.

Por aquí corre, pues, el claro río,

Atravesando el monte y el desierto,

Siempre con verdes árboles sombrío.

Una Ninfa, no sé por qué descuido,

Perdió un día a su alegre compañía,

De quien no era aquel sitio conocido;

Y yendo allí a parar al mediodía,

Quiso estarse a la sombra en la floresta,

Y beber con sus manos agua fría.

Notó la novedad de aquella cuesta

Do los olmos, movidos con el viento,

Convidan a pasar la ardiente siesta,

Y el jugueteón lascivo movimiento

Con que al amor las aves entregadas

Las alas dan al dulce pensamiento.

Y después, cuando vio que eran pasadas

Del gran calor las horas, se volviera

A buscar sus hermanas extraviadas.

Cuando las vio, mil cosas les dijera

Del no visto lugar que cerca estaba

Y a ella tan agradable pareciera.

Que al otro día fuesen les rogaba

A lavarse en aquella fuente amena

Que tan hermosas aguas destilaba.

Dado había una vuelta la serena

Luz del pastor de Admeto, y ya nacía

Al amante dichoso nueva pena,

Cuando las bellas Ninfas a porfía

Hacia el alegre sitio caminaban,

Al romper la mañana alegre y fría.

A Nise los cabellos le ondeaban

Por el hermoso cuello sin concierto,

Y con mil suaves ñudos se enlazaban.

Doto, que lleva el cuello descubierto,

Por ir más suelta en trenzas se lo atara,

Teniendo por pesado el desconcierto.

Diamene, Efire, a quien Apolo hallara

Desnudas en el río, y ocultaron

Su cuerpo delicado en agua clara;

Sirene y Clicie, que se le escaparon

Al dios Pan con Amanta y con Elisa

Las más diestras que el arco manejaron;

La linda Daliana con Belisa,

Ambas hijas del Tajo, que como ellas

Ninguna tan hermosa el bosque pisa;

Todas estas tan angélicas doncellas

Por el frondoso bosque discurrían

Como en el cielo puro las estrellas.

Mas dos rústicos dioses, que traían

El pecho con dos de ellas ocupado

Y más que no a sí mismos las querían,

No dejaban montaña, valle o prado,

Ni aun árbol por doquiera que pasaban

A quien saber no hiciesen su cuidado.

¡Cuántas veces los ríos que pasaban

Se detuvieron al oír los daños

Que a los pobres amantes lastimaban!

¡Cuántas veces amor de tantos años

Ablandara a la Ninfa más exenta,

Si sus pechos no fuesen tan extraños!

Pero quien ama con pasión violenta,

Bien puede prevenirse de paciencia;

Que amor de alegres penas se sustenta.

Pues Cupido ordenó que en esta ciencia

Reunidos se viesen los contrarios:

Dígalo quien de amor tenga experiencia.

Yendo los dioses, pues, por montes varios,

Volviendo acá y allá sus cuidadosos

Ojos, del claro río tributarios,

Hallaron de los pies, blancos, graciosos,

En la arena las huellas conocidas,

Y las fueron siguiendo presurosos.

Mas hallando en la fuente a sus queridas,

Que desnudas estaban, no pensando

Fuesen de nadie vistas o sentidas,

Estuviéronse quedos, contemplando

Las formas nunca vistas, de manera

Que estaban sin ser vistos observando.

Pero una espesa mata, mensajera

De la oculta celada, haciendo ruido

Entre las ramas de una avellanera,

Mostró a uno de los dioses escondido.

Todas tal gritería levantaron

Como si fuese el monte destruído;

Y al momento desnudas se lanzaron

Por la espesura, tan ligeramente

Que aun a los mismos vientos alcanzaron.

Cual banda de palomas cuando siente

La águila hermosa, cuya vista pura

Resiste al mismo sol resplandeciente,

Halla en el miedo de la muerte dura

Más fuerza para huir, y no parando

El aire corta y rompe la espesura;

Así huían las Ninfas que, dejando

Con su ropa los árboles cargados,

Desnudas por el bosque iban volando.

Mas los amantes ya desesperados,

Porque para alcanzarlas se veían

De los caprinos pies nada ayudados,

Con amorosos gritos las seguían.

Hablaba el uno; el otro descansaba,

Porque era mucho lo que andado habían;

Mas después, descansado, se quejaba.

SÁTIRO PRIMERO

¡Ah Ninfas fugitivas,

Que sólo por no usar de humanidad

Los peligros del bosque no teméis!

¿Por qué sois tan esquivas?

Si de nosotros no tenéis piedad,

Tenedla de esas carnes que ofendéis.

¡Ah Ninfas! ¿no sabéis

Que Eurídice huyendo de esa suerte,

De Euristeo escapó, no de la muerte?

¿No sabéis que la víbora escondida

A Egerie dejó herida?

Mirad la sierpe entre la hierba verde,

Que o la condición pierde, o da la vida.

¿Qué tigre o qué león,

Qué truculenta fiera venenosa,

O qué enemigo, en fin, os va siguiendo?

¿De un blando corazón,

Que preso de esa vista rigurosa

De sí para vos huye, andáis huyendo?

¡Oh Ninfas! ¡no comprendo

Cómo bajo ese rostro tan gracioso

Se oculta un corazón tan desdeñoso!

Aunque en la fuente bellas os veáis,

Al agua no creáis,

Pues os trae engañadas por venganza

De esta nuestra esperanza que engañáis.

Mas ¡ah! que no consiento

Que una palabra mía a vos ofenda;

Y aunque a mí me disculpe la amargura,

Ninfas, digo que miento;

Que no puede haber nunca quien pretenda

Disminuir en vos tanta hermosura.

Si amor que tanto dura,

Por tanto mal tan poco bien merece,

Nada extrañéis de mi alma, que enloquece,

Y al pensar en la prenda que codicio

Me saca así de quicio.

¡Quiera Dios que dureza tan crecida,

No me quite la vida con el juicio!

Las leyes amorosas,

Con que natura unió los corazones,

Huyendo aprisa vais por la espesura.

Y ¿no os corréis, ¡oh hermosas!,

De que haya en vos tan duras condiciones,

Que venzan a la próspera natura?

Si a vos una hermosura

Que es sobrenatural el cielo ha dado,

No ha de ser vuestro pecho tan airado:

Antes al dios de amor, de quien es don

Cuanto hace el corazón,

Por vuestra gentileza tan hermosa

Le debéis amorosa condición.

¡Oh caso grande y grave!

¡Oh pechos de diamante fabricados!

De natura las leyes ignoráis;

Y aquel amor süave,

Aquel poder excelso, que forzados

Los dioses obedecen, deprecíais.

Mas quiero que sepáis

Que nadie resistió al amor activo;

Que ha sido en todo tiempo vengativo;

Que yo, yo os veré dar en un momento

Mil suspiros al viento,

Sumergidas en llanto y gran dolor,

Por quien le dé a otro amor su pensamiento.

POETA

Aun iba a continuar

El desdichado amante, que ayudado

Se vía del dolor y la tristeza;

Mas hízolo callar

El otro compañero, que irritado

Al contemplar la indómita fiereza

Y la cruel aspereza

De las que así sus pechos lastimaran,

Como si allí presentes se encontraran,

A mostrar comenzó su sentimiento

Y su dolor violento

A las beldades de piedad ajenas

Que causaban sus penas y tormento.

SÁTIRO SEGUNDO

Ni vos nacidas sois de gente humana,

Ni fue humana la leche que mamasteis;

Mas con alguna informe fiera Hircana,

Allá en el monte Cáucaso os criasteis.

De allí sacasteis la aspereza insana,

Allí ese pecho frío congelasteis;

Sois esfinges con rostros naturales;

De humanas tenéis sólo las señales.

Si nacisteis acaso en la espesura

Donde un ser no hubo de ninguna clase,

Animal, hierba verde, o piedra dura

Que antiguamente con tesón no amaste,

Ni a quien una afición suave y pura

En la presente forma no mudase,

¿Por qué no dejaréis también memoria

De vos, en cariñosa y larga historia?

Mirad allá la Arcadia, do ocultando

Alfeo enamorado su agua clara,

A la ardiente Sicilia va, buscando

Por debajo del mar su Ninfa cara.

Asimismo veréis pasar nadando

A Accis, que Galatea tanto amara;

Por lo cual del Cíclope la ira fiera

Su roja sangre en agua convirtiera.

Si los ojos volvéis a la Ericina

Espesura, veréis allí mudarse

A Egerie, y en corriente cristalina

Por la muerte de Numa destilarse.

Si a amar tan triste ejemplo no os inclina,

Ved a Biblis perderse y transformarse

En lágrimas que al fin pudieron tanto

Que le van alimentando el verde manto.

Si entre las claras aguas hubo amores,

Los peñascos también fueron perdidos.

Mirad los dos conformes amadores

Sobre el Ida en peñascos convertidos:

Letea, que cayó en grandes errores

De su mucha hermosura procedidos;

Oleno, que la culpa en sí tomaba,

Por no ver castigar a la que amaba.

Tomad ejemplo, y ved en Cipro aquella

Por quien Ifis al lazo dio su vida:

Ved en piedra también la Ninfa bella

Cuya habla fue por Juno consumida,

Y si quejarse quiere de su estrella,

La última voz le es sólo concedida:

Y a Dafnis, que en el monte y las majadas

Introdujo las rústicas tonadas.

Le tuvo tanto amor la tierna amiga,

Que en enemiga al fin se fue tornando;

Pues para que a otra Ninfa nunca siga,

Mágicas hierbas le iba preparando.

Mirad un gran dolor a cuánto obliga,

Pues se fue, por vengarse, transformando

En piedra: ¡oh lance atroz, furor insano!

¡Después le pesaría, mas en vano!

Mirad también los árboles alzados,

A cuya sombra andáis cogiendo flores,

Que fueron otro tiempo enamorados,

Y aun ahora siente el tronco los dolores.

En el moral están representados

De Píramo y de Tisbe los amores:

Su sangre, que manchó la mora oscura,

Nos muestra de los dos la desventura.

¿No veis en la odorífera Sabea

Las incestuosas lágrimas de aquella

Que con su mismo padre se recrea?

La Arabia se enriquece y vive de ella.

También tú estás allí, planta Penea,

Que fuiste en otro tiempo Ninfa bella;

Y Cipariso, angélico mancebo,

Ambos verdes con lágrimas de Febo.

Está el mozo de Frigia delicado

En aquel árbol alto convertido,

Que tantas veces hiere el viento airado;

¡Galardón por sus yerros merecido!

Pues de la Berecintia siendo amado

Por una Ninfa baja fue perdido:

La diosa, a quien perdió del pensamiento,

De vida lo privó y de entendimiento.

Con el loco furor se figuraba

Que el monte, casas y árboles caían;

Ya de los castos miembros se privaba,

Que el furor y la diosa lo impelían;

Ya en el indigno monte se lanzaba;

De su muerte las fieras se dolían:

Atis así perdió por la espesura,

Tras otras tantas cosas la figura.

Cuando en Grecia las gentes celebraban

Aquellas grandes fiestas de Lileo,

Donde a las bellas Ninfas se juntaban

Los sacros moradores del Liceo,

Todos en dulce sueño se ocupaban;

Pero acosado de un voraz deseo

El dios del Helesponto no dormía,

Que un nuevo amor el sueño le impedía.

Mas ella en fin los brazos extendiendo

En duras ramas se iba transformando;

En raíces los pies se iban torciendo,

Sólo el nombre de Loto conservando.

Mirad, Napeas, este caso horrendo,

Que sé os está de lejos preparando;

Que así también de aquella a quien seguía

El sacro Pan, la forma se perdía.

Y ¿qué diréis de Vilis, que perdida

Del ansioso dolor en que penaba,

Y a desesperación en fin traída,

Por poner fin al tiempo que esperaba,

Quiso librarse de la triste vida,

Y al cuello ató la cinta que llevaba?

Mas el tronco sin hojas por el monte

Ródope, abraza el tardo Demofonte.

En las flores también ved a Jacinto,

Por quien Febo de sí se queja en vano:

Ved al Idalio monte, en sangre tinto

De aquel que fuera de su madre hermano:

Suspira Venus por el mozo extinto,

Maldiciendo a la tierra y cielo insano:

A la tierra, que al punto no se abriera;

Al cielo, que tal muerte permitiera.

Ved Clicie la infeliz, que desfallece

Al saber los amores engañosos

Del rubio amante que a otra su fe ofrece;

De él no aparta sus ojos cuidadosos.

Ningún alegre estado permanece,

Que los gustos del mundo son mintrosos;

A la perenne luz por quien suspira,

Aun transformada en flor, siempre la mira.

Todas estas cosas he contado

Porque se extrañe más vuestra crueza;

Pues ni el uso o el trato que os han dado

Han podido mudar vuestra fiereza.

Por prenda os doy mi llanto continuado,

De que en cuanto crió naturaleza,

De amor exento nada encontraréis,

Como a vosotras mismas no os miréis.

Ya dije que de amor siempre tuvieron

Las cosas insensibles pena y gloria;

Ved las sensibles cómo se perdieron,

Y os diré de las aves larga historia.

De las penas que en su alma padecieron

Los nacieron las alas por memoria;

Y en su leve y altivo movimiento

Se convirtió el variable pensamiento.

El dulce ruiseñor y golondrina,

¿Por qué en aves se fueron transformando,

Sino por el amor y afición fina

Del Tracio hacia la que aun anda llamando?

Clama sin culpa la ave peregrina,
Que en la arena del Fasis habitando,
Del río toma el nombre, y a su madre
La va llamando cruel, e injusto al padre.

La que reprobó Palas por hablar,
En los amantes capital defecto;
Y aquella que sucede en su lugar,
Ambas aves de amor usado efecto.

La una resistía al dios del mar,
La otra en su padre colocó su afecto,
Y Escila que a su padre fue enemiga,
Porque de su contrario se hizo amiga.

Ved Pico, a quien quedaron los colores
Da la púrpura regia que vestía:
Y Esaco, que por ir tras sus amores.

Tan presto llegó a ver el postrer día:

Ved a aquellos dos firmes amadores

Que Amor aves tornó en la playa fría;

Del Rey del aquilón yerno era el triste,

Mas contra el hado cruel nada resiste.

Estaba Alción con ansias aguardando,

Y largos ojos al marido ausente;

Pero el airado viento en ella dando,

La sumergió en las olas tristemente.

En sueños se lo está representando,

Que el corazón presago nunca miente:

Las sospechas del bien son las inciertas,

Que las del mal futuro sin bien ciertas!

Sus ojos tristes a llorar ensaya,

Con ellos por las olas discurría,

Cuando el cuerpo sin alma halló en la playa;

Sin alma el cuerpo halló que alma tenía.

En vos, Ninfas Egeas, consuelo haya,

Pues este triste oficio os convenía:

Marchad a consolarla presurosas;

Si hay consuelo en las penas amorosas.

Mas, ¡oh necio de mí! ¿Qué estoy hablando

Sobre las aves blandas y amorosas,

Si también tuvo Amor poder y mando

Entre las mismas fieras venenosas?

El león y la leona ¿cómo y cuándo

Lograron estas formas temerosas?

De Cibeles lo sabe bien el templo,

Y la que lo dio a Adonis para ejemplo.

Contaros además también podría

Quién fue la vaca que el Egipto adora;

Quién fue la Ursa también referiría

Del polo Boreal, donde ella mora.

El caso de Acteón os expondría

Que transformó la diosa cazadora

Más le valiera al pobre haber cegado

Que por sus perros ser despedazado.

Esto es lo que a Acteón le sucediera

En la fuente fatal do se perdió;

Pues la diosa que allí desnuda viera,

Por castigo en un ciervo lo mudó.

Así que el triste príncipe advirtiera

En sí la nueva forma, a huir echó:

Los suyos, sin saber, lo van llamando,

Y teniéndolo allí lo están buscando.

Con los ojos y rostro él les hablaba,

Que la voz de hombre había y perdido:

Toda la comitiva lo llamaba,

Y de los perros era perseguido.

«Un ciervo ven a ver-cualquier gritaba-;

Acteón, ¿dónde estás?, ¿dónde te has ido?

¿Qué tardar tanto éste?», repetía:

Y el eco: «Es éste, es éste», respondía,

¿Cuántas cosas en vano estoy contando,

¡Oh Napeas esquivas!, sin que vea

El pecho de diamante un poco blando

De quien mi mayor daño así desea?

Mas aunque así me andáis atormentando,

Y por más larga que mi vida sea,

Nunca se verá en mí tan gran dolor

Que amor no lo convierta en más amor,

Hasta aquí, Ninfas mías, he pintado

De amores un jardín hermoso y suave;

De las aguas y piedras he cantado,

Sin olvidar la flor, la fiera, el ave.

Si este amor, que en el pecho he abrigado

Que del gozo y placer tiene la llave,

Por mi dicha algún día os ablandase

Y de tan largos males os pesase,

¿Con cuánto más placer os contaría

La larga historia mía, y no la ajena;

Y con cuánta más agua regaría

Llorando de contento aquesta arena!

Nuevo contentamiento me daría

El renovar la historia de mi pena;

Y vos, gustando de placer tamaño,

Os reiríais también de vuestro engaño.

Mas ¡ay de mí! ¿Con quién estoy hablando,

Si no hay en los peñascos sentimiento?

Mis palabras el viento está llevando,

Y a quien las digo corre más que el viento.

Vida y voz el dolor me está quitando,

Y el tiempo no me muda el pensamiento;

Diré, pues, a mi cruel desconfianza

Que sólo en el morir tengo esperanza.

POETA

Con esto el triste Sático acababa,

Con sollozos que el alma le arrancaron

Los montes insensibles por do andaba

Con sus últimas voces resonaron;

Cuando Febo en las aguas encerraba

Los caballos que el mundo iluminaron,

Y la noche mostraba en el Oriente

El coro de los astros reluciente.

Égloga IV

- 5 -

POETA

¿A quién diré las ansias abrasadas

De mi pastor quejoso, enamorado;

La blanda voz, las penas malogradas,

Los pesares que su alma han lastimado?

¿Por quién serán sus cuitas aliviadas,

Por quién será su pecho consolado,

Sino por vos, Señor, noble, excelente,

Que sois tan distinguido entre la gente?

A mil partes volví la fantasía

Buscando en tierra estrella que guiase

Mi rudo verso, en cuya compañía

La piedad santa siempre caminase

Luciente y clara, cual la luz del día,

Porque a mi rudo ingenio iluminase;

Y en vuestras perfecciones, Señor, veo

Cumplido enteramente mi deseo.

A vos se den, a quien también se han dado

Mansedumbre, blandura, ingenio y arte,

Y un espíritu divino que ha eclipsado

A los humanos en cualquiera parte.

En vos la gracia toda se ha juntado,

Y de vos a los otros se reparte;

Sois claro rayo, sois ardiente llama,

Sois el perpetuo objeto de la fama.

Y así mientras preparo un nuevo esprito,

Y voz de cisne tal que al mundo espante,

Con que vos, Señor, en alto grito

Loores mil por todo el mundo cante;

Oíd mi canto en tronco agreste escrito,

En medio del ganado petulante;

Que cuando sea tiempo, en mejor modo

Me ha de escuchar por vos el mundo todo.

Estas querellas tiernas y amorosas

Sean de vos tratadas blandamente:

Verdades de alma poco venturosas,

Salidas con suspiro vivo, ardiente,

Que acuden a esas manos valerosas

Para vivir después entre la gente;

Están llorando siempre la crueldad,

Para mover las almas a piedad.

Ya declinaba el sol contra el Oriente,

Y lo fuerte del día era pasado,

Cuando el pastor, con el dolor que siente,

Por dar en parte alivio a su cuidado,

Se queja de su amada dulcemente,

Creyendo que de nadie es escuchado:

Yo que lo oí, en un árbol escribía

Las penas que cantó, y así decía:

«O del Píndaro monte eres nacida,

O te parió algún mármol bella y dura;

Pues no es posible sea concebida

Dureza tal de humana criatura.

Tal vez has sido en piedra convertida,

Y esa crueza tienes por natura;

Y así nada hace en ti buena impresión,

Cual si de mármol fuera el corazón.

»Esta mi triste voz, ronca y llorosa,

La gente más remota movería,

Y soltando su vena lagrimosa

Los tigres de la Hircania amansaría;

Si cruel no fueras, tanto como hermosa,

Mi eterno suspirar te ablandaría,

Pero con suspirar y con quererte;

No se consigue más que endurecerte.

»Si dejaras vencer la crueldad

De tu perfecta e ínclita hermosura,

Comenzaras a ver mi voluntad

Y vieras esta fe tan limpia y pura.

Así tal vez oirías la piedad,

Y podría yo haber mejor ventura;

Pero igual no ha encontrado tu belleza,

A no ser de tu pecho la dureza.

»Ablandaría a un pecho que no siente

Mi duro y grave mal, según es fuerte:

Si bajara al infierno, duro, ardiente,

Movería a piedad la misma muerte:

Si el agua con caer continuamente

Vuelve blando un peñasco duro y fuerte,

El llanto eterno en que me ves deshecho

¿No hará mella ninguna en ese pecho?

»Mi rostro es una fuente de agua viva

Que por mis tristes ojos se derrama:

Mi pecho es una fragua, tan activa

Que todo lo derrite y aun lo inflama:

En torno está el amor, el cual activa

Soplando más y más la ardiente llama:

Si quieres ver qué ardientes son sus tiros,

¡Mira si son ardientes mis suspiros!

»Cuando en el pueblo gran clamor se siente

Porque el fuego prendió en la casa o torre,

De compasión movida va la gente,

Y a llevar agua todo el mundo corre.

Así abrasa a mi pecho llama ardiente,

Y el llanto de mis ojos lo socorre;

Que quien me abrasa otra agua me defiende,

Porque con ésta el fuego más se enciende.

»Cuando vemos que sale en el Oriente

El sol, su antiguo curso comenzando,

Hermoso intenso, puro y refulgente,

El monte, el campo, el mar regocijando;

Cuando se nos oculta en el Poniente

A los opuestos pueblos alumbrando,

Y mientras en el cielo hace su giro,

Por ti, mi dulce bien, lloro y suspiro.

»Camina todo el día el caminante,

Pero a la noche se halla descansado:

Se goza en la bonanza el navegante,

Que en la borrasca estuvo amedrentado:

Recoge el labrador mies abundante,

Aunque antes se afaná con el arado:

Mas yo de mi trabajo y mal tan fuerte

Sólo espero tormento y cruda muerte.

»De compasión las flores matutinas

Pierden todo su brillo y se ennegrecen;

Con mis suspiros sus colores finas

Pierden el clavo y lirio y no florecen:

Con la aurora las rojas clavelinas

Lejos de hermosearse se entristecen:

Dejan su canto Progne y Filomena,

Olvidando las suyas por mi pena.

»Responde el monte cóncavo a mis males,

Y tú como áspid cierras el oído:

Los árboles del campo y animales

Se compadecen sin tener sentido:

Pero en ti mis dolores desiguales

Nunca ablandan el pecho endurecido;

Y por más que te llamo no respondes,

Y cuanto más te busco más te escondes.

»En el lugar aquel do apacentabas

Otras veces mi vista y tu ganado;

Allí donde mil veces me mostrabas

Ser yo el pastor de ti más deseado,

Mil veces te busqué, por ver si dabas

Siquiera algún descanso a mi cuidado:

Buscándote por monte y valle he ido,

Como busca la fuente el ciervo herido.

»Este lugar de ti desamparado,

En cuyas sombras húmedas holgaste,

Ahora obscuro y triste se ha quedado,

Pues todo el bien contigo te llevaste.

Eras tú nuestro sol más deseado,

Y ausentándote a obscuras nos dejaste.

¡Vuelve, mi claro sol! ¡vida perenne!

¿Quién es ahora el Josué que te detiene?

»Después que de este valle te apartaste,

El ganado no tiene hora segura:

Secóse el campo, desde que le negaste

De tus hermosos ojos la luz pura:

La fuente se secó, do te miraste

Cuando eras menos que ahora áspera y dura:

Niega sin ti la tierra, dando gritos,

Pasto a las cabras, leche a los cabritos.

»Cuando me hallo sin ti, dulce enemiga,

La clara luz obscura me parece:

Esta corriente, cuando amor me obliga,

Con mi llorar continuo por ti, crece:

No hay fiera a quien el hambre no persiga,

Aun el campo sin ti ya no florece:

Ciegos están mis ojos y no ven,

Pues no pueden ver ya a mi caro bien.

»El campo ya como antes no se esmalta

Con bellas flores blancas y bermejas:

Seco está el prado, y hace el agua falta

A las mansas pacíficas ovejas:

También, crüel, contigo el cielo falta,

No hallan flor las solícitas abejas:

Con lágrimas que manan de mis ojos,

La pradera nos da duros abrojos.

»Torna, pastora, pues, hacia este prado,

Y le restituirás tanta alegría:

Alegrarás al monte y al ganado,

Alegrarás también la fuente fría:

Torna: ven ya, sol mío deseado,

Convertirás la noche en claro día,

Y alegrarás mi lastimada vida,

Por verte ausente, casi ya perdida.

»Ven, porque como el rayo transparente

De este nuestro horizonte, que escondido

Deja un cierto temor entre la gente

Que mira al orbe todo obscurecido,

Y tornando a salir claro y luciente

Alegra al mundo todo entristecido;

Así es para mis ojos tu luz pura,

¡Claro sol! y tu ausencia es noche oscura.

»Mas tú, olvidada ya del bien pasado

Y del primer amor que me mostraste,

De mí tu corazón has apartado,

Y también el lugar desamparaste.

¿No te quiero a ti más que a mi ganado?

¿No soy aquel pastor a quien amaste?

¿Pues cómo merecí tan gran desvío?

Óyeme; pues me ves ya muerto y frío!

»El amor disponer de todo pudo,

Y no hay quien del amor se vea exento:

Ama el animal simple, bajo y rudo,

Y el de más levantado entendimiento:

Debajo de las aguas el pez mudo

Recibe del amor su movimiento;

Y el pájaro que entona cantos suaves

Se apasiona también por otras aves.

»Canta el pintado y tierno pajarito,

Y su variado son suelta y derrama,

Saltando de un ramito a otro ramito

Su amor mostrando al otro por quien clama,

Y hasta que en el secreto amado nido

No encuentra a aquel que sólo busca y ama,

No cesa del trabajo que ha tomado,

Ni descansa hasta unirse con su amado.

»La fiera que es más fiera y el león,

Otro león siempre halla y otra fiera

En quien pueda fijar una afición

Que de su pecho duro se apodera:

También sabe sentir lo que es pasión,

También suspira y gime y desespera,

Da rugidos feroces y se enfada,

Y al amor teme, no temiendo a nada.

»El ciervo que escondido y emboscado,

Temiendo al codicioso cazador,

Está en la selva, bosque, monte o prado,

Allí, do vive y anda, halla el amor;

Y de amor y temor acompañado,

Con causa siente amor, siente temor;

Temor de quien a herirlo allí acudía,

Amor de quien ya herido lo tenía.

»Pues si el animal bruto que no siente,

Siente también de amor la flecha dura,

¿Por qué a ti no te ablanda el fuego ardiente

Que procede de tu ínclita hermosura?

¿Por qué escondes y ocultas a la gente

Esa luz de tus ojos bella y pura,

Más bella, más süave, más hermosa

Que el lirio y el jazmín y el clavo y rosa?

»Si tú me vieses, puede que sintieras

Ver deshacer un pecho en triste llanto;

Y harías tú bien poco si me vieras,

Ya que por verte yo suspiro tanto

Los ayes y suspiros que me oyeras

Te pudieran mover a grande espanto,

A dolor, a piedad, a sentimiento,

Y a más, que para más es mi tormento.

»Las quejas que se lleva el viento leve,

Los suspiros que en vano doy al viento,

El sufrir calor, frío, lluvia o nieve,

Y no poderte ver ni aun un momento,

Es tormento que sólo a ti se debe;

Y aunque pudiera haber mayor tormento,

El que te vio, y se mira de ti ausente,

Pasará mucho más y alegremente.

»Ablanda de un peñasco la dureza

El agua que lo toca blandamente;

Pierde el hierro también su fortaleza,

Si lo llega a tocar un fuego ardiente;

Tú eres de no sé qué naturaleza,

Que a ser de piedra, hierro o de serpiente,

Tu corazón se hubiera ya deshecho

Con el fuego y las lágrimas que yo echo.

»Cuando muestra la Aurora la su frente,

La tierra se complace viendo el día;

Cuando Febo aparece en el Oriente

Manifiesta también grande alegría;

Contento va el ganado a la corriente,

Para beber el agua pura y fría;

Todo está alegre, todo está festivo,

Yo sólo mudo y triste y pensativo.

»Si de todo mi ser tienes la palma

Y de la mísera alma no has dolor,

Del cuerpo duélete que está sin alma,

Y sin ella no ha vida ni valor:

En la llama, el ardor, el fuego y calina,

En la afición constante y puro amor,

Persona no hallarás cual yo cautiva,

Ni voluntad como la tuya esquiva.

»Si huyes por no escuchas mi triste ruego,

Donde te hallares te he de importunar;

Y aunque vayas por agua, hierro o fuego,

Contigo en todas partes me has de hallar:

El fuego en que ardo, el agua en que me anego,

En tanto que yo viva ha de durar;

Y el nudo en que estoy preso es de tal suerte

Que no se ha de soltar en vida o muerte.

»En este corazón siempre estarás,

Mientras el alma esté con él unida;

Mi espíritu también poseerás,

Cuando el alma a su cuerpo no esté unida:

Por más que hacer pretendas, nunca harás

Que yo no te ame en esta y la otra vida:

Imposible será que eternamente

Aunque lejos estés, me estés ausente.

»Allí ha de acompañarme tu memoria,

Si mi alma tiene allá conocimiento;

En mí no borrará tu larga historia

Ni grave mal, ni duro apartamiento;

Hasta que vea que entras en la gloria

Viviré con continuo sentimiento:

Y, si puede, aun entonces a porfía

A el alma vuestra servirá la mía.»

Aquí con gran dolor, con triste acento,

El pastor triste dio fin a su canto;

Bajando el rostro, alzando el pensamiento,

Sus ojos comenzaron nuevo llanto:

Parar mil veces hizo al aire y viento,

Y movió en el empíreo al coro santo,

Y las selvas también se enternecieron

Con las lástimas tristes que le oyeron.

Sobre una mano el rostro reclinado,

En su dolor tan embebido estaba,

Que como en grave sueño sepultado

No vía al sol, que ya en el mar entraba:

Balando alrededor iba el ganado,

Que el redil conocido deseaba;

Las zorras en sus cuevas, y en sus nidos

Se quedaban los pájaros dormidos.

Ya sobre un seco ramo puesto estaba

El búho, con funesto y triste canto;

Al oírlo el pastor el rostro alzaba,

Y vio la tierra envuelta en negro manto:

Entonces de aquel sitio se apartaba,

Mas sin interrumpir su triste llanto;

Y al redil se llevaba su ganado

Para pensar mejor en su cuidado.

Égloga V

- 15 -

Soliso, Silvano.

SOLISO

Cuanto consuelo y gusto me causaba

La vista de la Aurora refulgente,

Con que toda tristeza se alegraba,

De modo que al llegar el sol luciente,

En mi rostro bien claro se veía

Una alegría nueva y diferente;

Tanto ahora me ofende el nuevo día

Viendo que no me muestra la hermosura

De aquella por quien sólo yo vivía.

No me quiso dejar triste ventura

Ni aun esperanzas de tornar a vella.

¡Oh destino crüel! ¡oh suerte dura!

¡Oh querida Natercia! ¡oh Ninfa bella,

En quien, en fin, mostró naturaleza

Lo más que se podía esperar de ella!

Si en el asiento de mayor alteza

Te acuerdas de quien viste acá en la tierra;

Si acaso te conmueve su tristeza,

No olvides, Ninfa, no, la cruda guerra

Que me hace sin cesar tu remembranza,

Olvidando el ganado valle y sierra.

No olvides que perdí la confianza

De volverte a mirar, y juntamente

De los bienes de amor toda esperanza.

No olvides que por ti, yo, de mí ausente,

Aborrezco la fuente clara, hermosa,

Que en otro tiempo vía alegremente.

Que por ti la mañana luminosa

Cada momento males me acrecienta,

Siéndome en otros días deleitosa.

Por ti el brillante sol me descontenta,

Con su canto me ofende Filomella,

Y sólo cuando llora me contenta.

Por ti, Natercia pura, Ninfa bella,

La verdura frondosa de este prado

Los males multiplica, ¡oh dura estrella!

Por ti no cuido ya de mi ganado;

Lo que toda mi dicha antes hacía,

Ahora va aumentando mi cuidado.

Ya no soy, ya no soy quien ser solía;

Mi ánimo se mudó con la ventura,

Mudóse con la pena mi alegría.

Trocóse el día claro en noche oscura,

Y no es mucho que todo se mudase,

Puesto que se ha mudado tu hermosura.

Nada podía hallar que aprovechase

A mitigar mi cruel atroz tormento;

Ni había gloria ya que yo esperase,

Sino mientras el triste pensamiento

Estaba contemplando tu beldad,

Olvidando tan largo apartamiento.

Ahora que faltó la claridad

Que mirándote mi alma recibía,

Quedando en tan amarga soledad,

¿Cómo podrá quedar quien no sabía

Sino con esta gloria contentarse?

¡Gloria de que gozar no merecía!

¿Cómo quedará aquel que al acordarse

Mortalmente del bien que ya es pasado,

Cree que es lo mejor la muerte darse?

¿Cómo quedará aquel que ha decretado

Que su alma sea del dolor morada,

Y en ella quiere estar desesperado?

¿Cómo ha de verse, ¡oh Ninfa delicada!,

Una alma que te vía, y en te viendo,

El hilo le cortó la Parca airada?

La causa de este mal yo no la entiendo;

Sólo sé que perdida esa luz pura,

Por no poderla ver vivo muriendo.

Veo que me robó fortuna obscura

Un bien por quien mi mal me contentaba:

¡Acuérdate de tanta desventura!

No olvides que mi mal sólo esperaba

El remedio de ti, y así verás

Cuál quedó quien en ti no más fiaba;

No olvides dónde estoy y dónde estás,

Y que acá sin ti todo me aborrece:

De este modo m estado entenderás.

SILVANO

No sé por qué razón nos amanece

El día de hoy de ayer tan diferente,

Y en él toda alegría se entristece.

El ganado que andaba alegremente

En los campos buscando la verdura,

Y en los ríos la límpida corriente,

Ahora se ve errar por la espesura,

Olvidando la hierba y agua fría,

Señal de alguna grande desventura.

De las aves no se oye la armonía,

Y aun me parece que suspira y llora

El solitario bosque y selva umbría.

La cándida, rosada, bella Aurora,
Que siempre viene el monte matizando,
Con mortal palidez se muestra ahora.

Estáse en estas hierbas observando
Tan marchito el color, que bien parece
Que se nos va un mal grande preparando.

En fin, veo que todo se entristece;
La causa ignoro: el Cielo pío quiera
Que el mal no sea tal cual aparece.

Porque desde que habito esta ribera,
Ni la he visto jamás tan marchitada,
Ni la oí murmurar de esta manera.

Tampoco he visto nunca otra alborada

Tan confusa salir como ésta veo,

De profunda tristeza acompañada.

Quisiera ver a quien de mal tan feo

La causa conociese y la explicase,

Para satisfacer a mi deseo.

Porque no puedo creer que resultase

De una causa ordinaria tal efeto,

Que hasta en los duros montes se notase.

El corazón, principio de mi afeto,

Me asegura que tanta novedad

No trae su origen de común respeto.

Mas entre la confusa claridad,

Veo a Soliso allí con su ganado,

Y de él saber espero la verdad.

Aunque no puedo verlo en tal estado,

Sin que mis ojos muestren a do llega

La pena que me causa el desgraciado.

Pero aquel que al amor crüel se entrega,

No es extraño que pase tal tormento;

Que amor todo mal da, todo bien niega.

Mientras libre guardó su entendimiento,

Sin que en estos amores lo emplease,

Cuidando sólo de vivir contento,

Ninguna fiesta había do faltase

Su flauta dulce; flauta que él tañía

Tan bien que no se oyó quién le igualase.

Mas no es ahora quien ser solía;

Se le ve enteramente demudado,

Sin indicio ni muestra de alegría.

Olvidó enteramente su ganado;

Aborrece las plantas, hierbas, flores,

Aborrece la gente y el poblado;

Se olvida de las fiestas de pastores;

Apartado se va por la espesura,

Pensando solamente en sus amores.

Agrádale la noche triste, obscura;

Mira con odio al sol puro y luciente:

¿Quién vio jamás tamaña desventura?

Y se fija en el mal tan fuertemente,
Que dice que cuando él más lo atormenta,
Si puede sentir gusto, no lo siente.

Aquí una hermosa Ninfa se aposenta,
Por la cual él en vida anda muriendo;
Ella causa el dolor que lo contenta.

Mas según lo que veo y lo que entiendo,
si mis sentidos, vista y pensamiento
No me alucinan o me están mintiendo,

Aunque fuera mayor el gran tormento
Que Soliso padece, no pudiera
Igualar a su gran merecimiento.

Quiero llegarme a él, en cuanto espera

Que vaya descendiendo su ganado,

Y dél sabré lo que saber quisiera.

Vengo, Soliso, a ti con gran cuidado,

Pues todo me entristece, y tengo miedo

De saber algún mal inopinado.

¿Ves tú cómo este bosque, antes tan ledo,

Está pesado, lúgubre y sombrío?

¿Cómo el viento parece que está quedo?

Va la común corriente de este río,

Que ora tanto se para, ora anda tanto,

Seca quedándose como en estío.

¿Ves cómo Filomela deja el canto,

Que alegraba al pastor enamorado,

Y Progne multiplica el triste llanto?

¿Ves, finalmente, en todo aqueste prado,

Desmayadas las hierbas, que solían

Lozano pasto dar a los ganados?

Todas estas señales no se vían

En las mañanas a éstas precedentes:

Los cielos algún mal muy grande envían.

Yo no sé qué será: si tú lo sientes,

Y no te es el contármelo penoso

Dime la causa de estos accidentes.

SOLISO

Fuérame en otro tiempo deleitoso

En extremo, ¡oh Silvano!, gusto darte;

Pero ahora me es todo fastidioso.

Bien quisiera poder comunicarte

La causa de este horror; pero más quiero

Afligirme a mí mismo que angustiarte.

Sin embargo, es el hado tan severo,

Que cuanto más me pongo a declararlo,

Tanto más de entenderlo desespero.

Y si acaso lo entiendo, y a contarlo

Me determino, quiere la ventura

A fuerza de sollozos atajarlo.

Que después que me falta la hermosura

De la Ninfa que en día refulgente

Pudiera convertir la noche oscura,

El espíritu me falta juntamente;

Sólo en suspirar paso noche y día,

Sin hartarme de verme tan doliente.

SILVANO

Más grande novedad en mí sería

Espantarme de verte estar quejando,

Que el ver en ti deseos de alegría.

Responde a lo que te iba preguntando

Sobre la causa de esta gran tristeza;

No estés perpetuamente lamentando.

SOLISO

Siempre en ti he conocido una dureza

Muy conforme a tu nombre; y él declara

Cual es, Silvano, tu naturaleza.

Porque si mi tormento te alcanzara,
Para ti el mayor bien, mayor mal fuera,
Y solamente el mal te contentara.

Deja que llore, pues; deja siquiera
Que lamente mi triste, infeliz hado,
Mi suerte desgraciada, suerte fiera.

Tú no tienes, Silvano, otro cuidado
Que ir en busca del valle o sombra fría,
Cuando te ofende el sol más empinado.

¡Pobre de aquel que pasa noche y día
Porfiando en morir, y suerte dura
En hacerlo vivir sólo porfía!

¡Oh Natercia gentil! ¡La excelsa altura

Del Olimpo glorioso andas pisando,

Mientras yo ausente estoy de tu hermosura!

SILVANO

¿Qué es eso que del cielo estás hablando?

Paréceme que no eres ya Soliso,

O que estás de amor puro delirando.

SOLISO

Quien perdió el agradable y dulce riso

Que producía juicio y daba vida,

Fuera de sí ha de estar, eso es preciso.

SILVANO

¿Qué cosa es ésa, di, que está perdida,

Y así te hace llorar? Pues según siento,

Natercia de estos valles es partida.

SOLISO

¡Cuán libre puede hablar el que el tormento

Ajeno ve por fuera, mas no siente

A do llega tamaño sentimiento!

La gloria que perdí no me consiente,

Silvano, articular voces expertas

Que manifiesten mi dolor presente.

Mas en ese tu error veo que aciertas,

Porque con ningún mal debe turbarse

El que sólo logró esperanzas ciertas.

SILVANO

Soliso, al que no quiere declararse,

no tiene para ello libertad,

No le falta razón para excusarse.

No sé do nace esta novedad;

Pues si me niegas esto que te pido,

Comienzo a sospechar de tu amistad.

Si te soy por amigo aborrecido,

Sabe que sólo un ciego entendimiento

Agraviar la amistad así ha podido.

Yo te dejaré, en fin, con tu tormento;

Mas siento mucho el ver que tan a pecho

Tomas un tan dañoso pensamiento.

SOLISO

Es otra la razón, otra es de hecho

La que me hace negar lo que pedías;

No creas que de ti tan mal sospecho.

Bien sé que mi descanso pretendías;

Mas por eso la causa he de ocultarte

De los prodigios que sabor querías.

SILVANO

No quieras, ¡oh Soliso!, así obstinarte;

Y pues mi dicha pende de tu vida,

Si corre riesgo, dame al punto parte.

SOLISO

La siento ya del todo decaída

Al recordar aquella breve historia,

Que fue para mis males tan cumplida.

Me vence la tristísima memoria

De la gloria que entonces me animaba.

¡Quién pudiera volar tras tanta gloria!

Natercia, que estos montes alegraba,

Cuyo rostro a Diana hacía fea

Y cuyo resplandor al sol cegaba;

Aquella a quien rendirse Amor desea,

Rendido a su belleza y mansedumbre,

Y las armas le da con que pelea;

Natercia, que en el mundo fue una lumbre

Do la belleza de mayor estado

Incendios aprendía por costumbre;

Natercia, por quien ando acompañado

De pena tal, que de la muerte dura

Espero sólo el fin de mi cuidado;

Al cielo se subió con la hermosura
Que era gloria del cielo y de la tierra,
Que era el mayor sujeto de ventura.

Ya su vista no hará a las almas guerra,
Sino sólo su dura remembranza,
En quien el daño más atroz se encierra.

Ya de verla no tengas esperanza;
Que esta vida trocó, de mal cercada,
Por otra do no tiene el bien mudanza.

Conoce, pues, por qué esta madrugada
Has debido encontrar tan diferente
De otra cualquier de ti más ponderada.

Decirte más no puedo, porque siente

Mi pecho en lo que digo tal tormento

Que esta memoria apenas me consiente.

El esprito ya débil, sin aliento,

Con lo poco que llevo referido,

No puede resistir su sentimiento.

¡Oh mundo! ¿Cómo hay hombre tan perdido

Que crea en ti, si sólo para daño

Y para mal parece producido?

Dejas pasar un gusto de año en año,

Porque con nuestro oprobio y con tu gloria

Más patente nos sea ese tu engaño.

Siempre va así contigo la victoria

Dejándonos tan sólo o la esperanza,

O del bien que pasó la cruel memoria.

¿Quién hace de ti alguna confianza,

Sabiendo ya que quien en ti confía

Un engaño penoso al fin alcanza?

De la belleza el nuevo y claro día

Cegaste, cuando más resplandeciente

Mil triunfos del amor nos prometía.

¿Cómo hay tigre tan cruel, tan inclemente

Que no muera de pena, muerte aquella

Que de toda bondad era la fuente?

¿Quién, si eclipsada ve vista tan bella,

Después de haber mirado su beldad,

No desea morir por ir tras ella?

¿Cómo no te aplacó tan tierna edad,

Cuando cortabas su hilo, Parca dura,

Que ahora al mundo llenas de orfandad?

Dejad, dejad, pastores, la verdura,

Y las flautas dejad y los ganados,

Y llorad todos tanta desventura.

Y vos, silvestres Faunos namorados,

También podéis llorar, pues ya perdieron

Su objeto más gentil vuestros cuidados.

Ninfas, a quien los dioses concedieron

De estos sagrados bosques la morada,

Y en quien tamañas gracias escondieron;

Si aquella piedad grande y celebrada

De que os preciabais, en verdad tuvisteis,

Y siempre fue de vos tan venerada;

Si de daños ajenos os dolisteis,

Por vuestro propio mal llorad ahora;

Pues con Natercia todo el bien perdisteis.

¡Oh Náyades!, del agua salid fora,

Y de vos agua salga en mal tan fuerte,

Pues de verlo también el monte llora.

¡Oh Napeas!, llorad la triste suerte

De los tristes pastores, a quien niega

El hado, por más pena, hasta la muerte.

¡Oh Drías!, vos a quien amor se entrega,

Tomad todo el cuidado de este llanto,

Pues sabéis hasta do su causa llega.

Dejad, ¡oh Amadrías!, entretanto

Las plantas que guardáis para ayudarme,

Pues deja Filomela el dulce canto.

Y vos, ¡oh vida mía!, pues curarme

Ya no podéis, dejadme juntamente,

Porque memoria tal pueda dejarme,

Aunque muero por ella alegremente.

El martirio de Santa Úrsula
Rasgo épico.

De una hermosa doncella desposada,

Que de otras once mil, también hermosas,

Entró en el claro Olimpo acompañada,

Con coronas de lirios y de rosas;
De su divino esposo tan prendada
Que a todas de él las quiso hacer esposas,
Amor, vida y martirio cantar quiero,
Fiado en el favor que de ella espero.

Alcanza, Úrsula bella (que delante
De tan bello escuadrón fuiste por guía),
De tu amado Jesús, que de ti cante
El amor suyo que en tu pecho ardía.
Mi verso en loor tuyo se levante,
¡Oh cristífera, heroica compañía!,
Demostrándose aquí tan soberano,
Cuanto el divino amor vence al humano.

Y vos, única Madre y Virgen pura,
Pues sois de las que este orden escogieron

Y fuisteis, sois, seréis guarda segura
De las que a Dios pureza le ofrecieron,
Dadme en este cantar mejor ventura
Que las Musas gentílicas me dieron;
Vuestras siervas serán de mí servidas,
Y cantadas sus muertes y sus vidas.

Serenísima Infanta, producida
Del gran tronco real, sublime planta;
En el nombre, en las obras y en la vida
Retrato natural de Úrsula santa;
De esta Virgen, de príncipes nacida,
Dignaos de escuchar lo que se canta;
Prestad vuestra atención a tal sujeto,
No pierda su valor por mi defeto.

Al tiempo que Ciriaco ocupaba

La silla de San Pedro el Pescador,

Y con sana doctrina apacentaba

Las ovejas de Cristo, Buen Pastor;

Tuvo Bretaña un rey, que profesaba

La ley que le dio al mundo el Redentor:

Rey justo, rey piadoso, rey devoto,

Que unos llamaban Mauro y otros Noto.

De virtudes ejemplo nuevo y raro,

En edad y belleza florecía

Úrsula, por quien Noto era más claro

Que por todo el poder que poseía;

Con quien no quiso ser el cielo avaro,

Con quien todas sus gracias repartía;

Instruida, prudente, honesta, hermosa,

De padre tan dichoso hija dichosa.

La que va por los aires con presteza

Volando con mil alas que abre y cierra,

Y con una increíble ligereza

Con otros tantos pies corre por tierra:

La que habla tanto, y que jamás tropieza

En ver si en lo que dice acierta o yerra,

Y de una en otra boca se derrama;

Aquella, en fin, a quien llamamos fama,

Iba por todo el mundo celebrando

A la doncella noble, fiel, cristiana,

Sin límite ni modo ponderado

La sin par belleza soberana:

Y aun más que la belleza iba elogiando

El alma más divina que no humana;

Pues que de ambas a dos decía tanto

Que a unos movía a amor, a otros a espanto.

Oyendo muchas veces sus loores,

Por nunca quiso haber a esta señora

Un rey del pueblo inglés, pueblo de errores

Que era entonces gentil y es ciego ahora.

Abandona el error de tus mayores,

¡Pueblo desventurado!, que ya es hora,

Y vuelve a tu pastor, pobre ganado,

Mira que vas sin él muy mal guiado.

Un hijo de este rey (de quien decía

Que de Úrsula ser suegro deseaba),

Movido del rumor que de ella oía,

De la doncella fiel se enamoraba;

Su corazón y su alma le ofrecía

Día y noche por ella suspiraba;

Suspiraba él por ella, ella suspira

Por otro amante a cuyo amor aspira.

Envía el rey inglés embajadores

Con pompa regia y lustre suntuoso

(De su reino los grandes y señores)

A Noto, rey que es menos poderoso.

Pídele la hija bella (que en amores

Ardía toda del celeste esposo)

Para esposa del hijo, que sabía

Que ya de amores de ella todo ardía.

Hállase el rey bretón en riesgo urgente,

Con la nueva embajada de Inglaterra:

Recela que sí a ella no consiente

El gentil va a moverle cruda guerra;

Porque siendo más rico y más potente,

Tanto en el ancho mar como en la tierra,

Si despreciado llega a ver su ruego,

Le arruinará el país con hierro y fuego.

Con este no infundado pensamiento

De que puede perder su señorío,

Melancólico andaba y descontento,

Y de consuelo y de placer vacío:

Aprobar no podía el casamiento

De una fiel fiel con el gentil impío;

Pues ni su santa ley lo permitía,

Ni Úrsula fiel en ello convendría.

Estando puesto el padre en tal apuro,

Úrsula, por los cielos inspirada,

La dice que tranquilo esté y seguro,

Y que responda luego a la embajada:

«Que si el amor del príncipe es tan puro

Que a su hija quiere ver con él casada,

Ante todo le envíe diez doncellas

Las más nobles del reino y las más bellas.

»Que dé otras mil a cada virgen de éstas,

Y que a Úrsula otras mil también daría,

Todas de ilustre sangre y muy honestas,

Con lo cual once mil completaría:

Que retardase las nupciales fiestas

Treinta y seis meses, además quería;

Y le enviase naves, en que todas

A Roma fuesen, antes de las bodas.»

Quería prometer virginidad

En Roma al sumo Dios, con voto eterno,

Consagrándose a aquella potestad

Que gobierna los cielos y el infierno;

Y que abnegase la gentilidad

El que quería ser de Noto yerno;

Siendo en todo este tiempo adoctrinado

En la ley de Jesús, y bautizado.

A su padre le encarga que expresase

Aquestas condiciones claramente,

Y sin otra respuesta despachase

La embajada del rey inglés potente.

O porque ella creyó que no aceptase

Propuesta tal el príncipe impaciente,

O porque conoció que así daría

Las once mil al Dios á quien servía.

¡Oh providencia excelsa y soberana,

Cuán grande es tu saber, cuán elevado!

¡Cómo confundes de la mente humana

El dictamen más sabio y acertado!

El príncipe abrazó la fe cristiana,

De la hermosa doncella enamorado;

A cuanto manda la doncella él cede,

Y el rey su padre todo lo concede.

Para ti, virgen bella, virgen blanda,

Con no vista jamás velocidad

Juntas se vían de una y otra banda

Señoras nobles y de tierna edad.

Colocar en los buques el rey manda

La flor de la pureza y castidad:

Ya hacia Bretaña marchan las doncellas;

El corazón del novio va con ellas.

Ya van a tomar puerto do esperaba

Úrsula, alborozada en gran manera,

Que para recibirlas allí estaba,

No cual señora, mas cual compañera.

Cuán falsa era su ley les demostraba,

Y la ley de Jesús cuán verdadera:

Y se van bautizando aquellas damas,

Que damas de Jesús tú, Úrsula, llamas.

La fama, que no sabe reposar,

Vuela de reino en reino muy ligera;

Y a ver aquel prodigio singular,

La Francia y la Alemania se acelera:

Quién va a servir y quién va a acompañar

La virgen, de rey hija y de rey nuera;

Muchos obispos marchan de Bretaña;

Pactolo hasta la muerte la acompaña.

Gerasina la reina de Sicilia,

Por ir con tal doncella, abandonara

El trono que heredó, y con su familia

Y todas sus cuatro hijas se embarcara;

Van Victoria, Juliana, Áurea, Babilia,

Y el príncipe real también marchara:

Y bien pueden las reinas ir contigo,

Cuando el Rey de los cielos es tu amigo.

Ya marchan las hermosas peregrinas

Con las manos al cielo levantadas;

Ya dividen las ondas cristalinas

Las naos, que de hermosura van cargadas.

¿Cuándo, decid, ¡oh aguas Neptuninas!,

Fuisteis de tal belleza navegadas?

Desde que el continente descubristeis

A flota tal jamás camino abristeis.

Con el viento igual siempre y la mar mansa,

Va la flota derecha y sin rodeo:

A Cicla llega, y aunque no se cansa,

Allí quiere tomar algún recreo.

Pero de Úrsula el pecho no descansa;

Cuidadosa del fin de su deseo,

Las anclas manda alzar, soltar el lino,

Y dar de nuevo al mar el frágil pino.

El viento fuerza y brío va tomando

De las doncellas que le están fiadas:

Con tal prosperidad van navegando,

Que ya os dejan atrás, aguas saladas,

Y en las dulces del Rhin están entrando,

Donde tienen sus vidas limitadas:

Allí una ciudad ven sobre la arena,

Que de verlas morir no tuvo pena.

¡Ah cruel Colonia! ¿cómo no te encubres

A tan hermosos ojos, que seguros

Las altas torres vían, que descubres

Con los palacios y los fuertes muros?

Con razón de vergüenza ahora te cubres,

Pues fuiste madre de los pechos duros

Que a éstos, libres de crimen, culpa o yerro,

Despedazaron con impío hierro.

Mientras en este puerto aquella armada

Se prevenía de útil alimento

Con que seguir pudiese la jornada

Y dar tercera vez velas al viento,

Siendo la noche ya bastante entrada,

La virgen, retirada en su aposento,

Mientras dormía la cansada flota,

Decía a Cristo así, tierna y devota:

«Amor, divino Amor, Amor süave;

Amor, que amando voy toda rendida,

Que de mi corazón tienes la llave;

Amor, de cuyo amor estoy herida;

Con quien no hay en la vida pena grave,

Sin quien gloria real no hay en la vida,

¿Cuándo veré, ¡oh Amor!, lo que deseo,

Para que vea, Amor, lo que no veo?

»Amor, que de amor lleno y de blandura

Hinches de amor esta alma cuidadosa;

Amor, sin cuyo amor y hermosura

Bella no puede ser ninguna cosa;

Amor, con cuyo amor anda segura

Una vida tan frágil y dudosa,

¿Cuándo veré, ¡oh Amor!, lo que deseo

Para que vea, Amor, lo que no veo?

»Amor, que por amor determinaste

El mundo restaurar errado y triste,

Y por amor del cielo acá bajaste,

Y por amor sobre la cruz subiste,

Y por amor a muerte te entregaste,

Y por amor la gloria eterna abriste,

¿Cuándo veré, ¡oh Amor!, lo que deseo,

Para que vea, Amor, lo que no veo?

»Amor, que más y más siempre te aumentas

Y con tu ardor el corazón deshaces;

Amor, que de amor puro te sustentas,

Entre la llama donde arder me haces;

Amor, que sin amor no te contentas,

Y sólo con amor te satisfaces,

¿Cuándo veré, ¡oh Amor!, lo que deseo,

Para que vea, Amor, lo que no veo?

»Amor, que con amor me cautivaste

(Si libre puede ser quien no cautivas);

Amor, que en tal prisión me aseguraste

Las esperanzas antes fugitivas;

Amor, que suspirando me enseñaste

A derramar por ti lágrimas vivas,

¿Cuándo veré, ¡oh Amor!, lo que deseo,

Para que vea, Amor, lo que no veo?

»¿Cuándo llegará el día en que yo ofrezca

Al hierro cruel por ti mi pecho fuerte,

Y en tu celestial corte me aparezca

Con estas once mil, mas de tal suerte

Que cada una tu esposa ser merezca,

Padeciendo conmigo acá la muerte,

Y después del martirio, juntas todas,

Celebremos contigo eternas bodas?

»Haced que no se frustre el ansia ardiente

Que de veros, Señor, siempre he tenido;

El ansia que a mi espíritu y mi mente

Desde la edad más tierna ha consumido.

Mientras me veo, ¡oh Dios!, de Vos ausente

Mi espíritu se halla inquieto y abatido;

Y si mucho se alarga este destierro,

Me matará mi pena antes que el hierro.

»Mi espíritu desata cuidadoso;

Este ñudo mortal ve deshaciendo,

Antes que por tres veces presuroso

Los doce signos vaya el sol corriendo.

Yo prefijé este tiempo, ¡oh dulce esposo!,

Para ir a ese otro esposo entreteniendo,

Confiada en tu amor, y persuadida

De que pondrás fin antes a mi vida.»

En este fervoroso y santo ruego

Úrsula suspirando aun insistía,

Cuando entre un resplandor como de fuego

Divina voz oyó que le decí:

«¡Oh doncella, que hiciste burla y juego

De cuanto aman los hombres a porfía!

Sabe que cuando aquí la vuelta dieres,

Decreto que consigas lo que quieres.»

Esta voz celestial tanto la mueve,

Que no quiere esperar ni perder hora;

Esle muy larga ya la noche breve,

Parécele tardar mucho la aurora.

Así que el sol mostró su carro leve

De la ciudad se sale sin demora;

A Basilea llega, y allí toma

Pronto y a pie el camino para Roma.

Ciriaco, el romano pastor santo,

La sale a recibir, y la acompaña

Con gozo espiritual y grande espanto,

Viendo en edad tan tierna fe tamaña.

No se puede decir ni pensar cuánto

Se goza la real sangre de Bretaña

Los venerables templos visitando

De aquellos cuya fe va ella imitando.

En la noche feliz del grande día

En que a Roma las vírgenes llegaron,

Al sucesor de Pedro, en profecía,

Los ángeles de Dios manifestaron

Que él también el martirio sufriría

Donde a Úrsula y las otras degollaron:

Deja contento el gran pontificado,

Deseoso de ser martirizado.

Por más que todo el clero lleva a mal

Que se vaya con unas extranjeras,

De inspiración movido celestial

El buen Pastor se va con las corderas.

También va un arzobispo, un cardenal:

Tú, Mauricio, también con éstos fueras:

Tres obispos, por fin, dejan sus sillas,

Movidos de tamañas maravillas.

Después de entrar al mar de do salieron

Con tan hermoso sol tantas estrellas,

Las áncoras con fuerza alzar hicieron,

Y las velas mandaron descogellas.

Otras naves enfrente descubrieron,

Y marchando venían hacia ellas:

Luego se conocieron ambas flotas,

Que ambas de un reino son, ambas devotas,

Venía allí el ya fiel rey de Inglaterra,

De Úrsula, virgen bella, bello esposo,

Que reinar no quería ya en la tierra,

Del cielo enamorado y cuidadoso.

De su primer amor venció la guerra

La fuerza de otro amor más poderoso,

Y amando ya en su Dios la esposa bella,

Para encontrarlo lo buscaba en ella.

La madre bautizada trae consigo;
Que el padre, ya cristiano, falleciera,
Con lo cual evitó el feroz castigo
Que le esperaba si gentil muriera.
Amor celeste, ¿cómo aquí no digo
El sublime amor tuyo? ¡Ah, quién pudiera!
Por medio de una virgen inocente
Subir hiciste al cielo tanta gente.

También iba en aquella compañía
Una hermana del rey, de honesto estado;
Florencia, que en belleza florecía,
Como flor en jardín bien cultivado.
El obispo Marcelo allí venía,
Con otro que Clemente era llamado:

En la Grecia su silla hubo el primero,

Se ignora do se halló la del postrero.

Una doncella viuda allí venía,

Que, siendo desposada en edad tierna,

A su esposo perdió, y a Dios había

Prometido guardar pureza eterna;

Del mismo rey sobrina se decía.

Su madre, en la ciudad donde gobierna

Ahora el Musulmán con furia brava,

De emperatriz a la sazón se hallaba.

Éstos que, según cuenta varia historia,

Dejaron por Dios solo sus Estados,

Y aun otros de quien hay menos memoria

Divinamente fueron avisados,

Que para subir juntos a la gloria
A las vírgenes fuesen asociados,
Con las cuales martirio sufrirían,
Y en el cielo por siempre reinarían.

Sería extraño el gozo que sintieron
Aquellas bien nacidas almas santas
Cuando juntas allí todas se vieron,
De partes tan remotas y de tantas.
Sin los estorbos que antes lo impidieron,
Las dos, más que las otras, bellas plantas,
Allí se dan abrazos muy estrechos,
Como que están conformes ya sus pechos.

El rey haría allí su acatamiento
A quien Dios de su Iglesia dio el gobierno;
Y éste, conforme a su merecimiento,

Respondería con amor paterno.

No faltaría en tal recibimiento

Ni el placer exterior ni el gozo interno;

Pues aunque eran diversos sus Estados,

De un mismo Dios estaban animados.

A las naves el viento no movía,

El frío Rhin también estaba quedo,

Moverse hacia Colonia no quería,

Como si de ir allá tuviera miedo;

Pues parece que claro conocía,

¡Oh coro virginal sereno y ledó!,

Que te esperaba allí la impía muerte.

Ahora, ¡oh Musa!, cuenta de qué suerte.

El que tomó la forma de serpiente

Porque Adán y Eva fuesen engañados,
Viendo que tantos pueblos, tanta gente,
La fe abrazaban y eran bautizados,
En el pecho se entró mañosamente
De dos gentiles, príncipes malvados
De la romana infiel caballería,
Contrarios a la fe que se extendía.

Avísales la fama con certeza
Que a Colonia la virgen la vuelta daba,
Con la cristiana juvenil belleza
Que por amor de Dios peregrinaba.
Ellos dan la noticia con presteza
A un pariente que Julio se llamaba,
Jefe duro y feroz de los guerreros
Que fueron para todas carniceros.

Acude en poco rato un gran gentío,
Que traía el idólatra a su mando,
Y ocupa las dos márgenes del río
Por do iban las doncellas navegando;
Ya divisan aquél, ya este navío,
Los que estaban en alto atalayando:
Las armas veloz toma el pueblo ciego,
Para teñirlas en su sangre luego.

Yendo a surgir la flota junto al muro
Donde le parecía estar segura
(¡Oh vírgenes! ¿buscáis lugar seguro
Donde se os preparó la sepultura?),
Entra con mano armada el pueblo duro,
Ataca con furor tanta hermosura,

Ensangrentando sus aceros fuertes,

Convirtiéndolo todo en sangre y muertes.

Desnudo las doncellas ofrecían

El delicado cuello, el tierno pecho,

Era para caber cuantas caían

Aquella vasta arena campo estrecho

Los arroyos de sangre que corrían,

Un segundo mar Rojo habían hecho.

Sola, ¡oh Córdaula!, tú la muerte huíste,

Mas después la buscaste y recibiste.

Ciriaco el primero, muy constante

La vida ofrece al hierro sin espanto;

El joven rey inglés cayó, delante

De aquellos castos ojos que amó tanto.

Espera, ¡oh tierno esposo!, un breve instante

A Úrsula espera, espérala entretanto

Que otro amor otro golpe le prepara,

Y entraréis juntos en la patria cara.

Cruelles, ¿en qué país, en qué ciudad,

Entre qué gentes fieras desalmadas

No se ha usado de amor y de piedad

Con doncellas hermosas desarmadas?

¿Cómo belleza tanta y tal edad

Os dejó manejar esas espadas?

¡Ah lobos carniceros, tigres bravos,

Hijos de la crueldad, de la ira esclavos!

Entre cuanto animal cría la tierra,

Fiereza tal jamás se ha visto usada;

Pues aunque unos a otros se hagan guerra,

No es la hembra del macho lastimada;

En paz va el ciervo y la cierva por la sierra,

Del toro es la becerro resguardada,

El león a la leona la defiende,

¿Y el hombre a la mujer daña y ofende?

¿Pudieran otros ojos, por ventura,

De lágrimas divinas excusarse,

Viendo cubierta ya de niebla oscura

La luz de tantos bellos apagarse?

¿Viendo la rosa y la azucena pura,

En tan hermosos rostros marchitarse?

¿Viendo las trenzas de oro ensangrentadas

Y por aquellos bárbaros pisadas?

Cuando el feroz tirano se encontraba

En medio de este horror, alzó la vista

A la invencible virgen, que animaba

Al virgíneo escuadrón a que resistía;

Y aun así, envuelta en sangre como andaba,

Al tirano feroz rinde y conquista;

Y entre tanta crueldad, tantos furores,

Determinó vencerla por amores.

Fingiendo que le pesa lo pasado

(Y aun de fingirlo así se arrepentía),

Ofrécele su vida, reino, estado,

Sin ver que estado y vida allí perdía.

El corazón le pide confiado,

El corazón que en Dios puesto tenía,

El corazón que suyo ya no era,

Porque al sumo Hacedor ya lo volviera.

Usa de mil lisonjas, mil engaños,

Por conseguir aquel deseo bruto.

«Logra la flor-decía-de tus años;

Coge de esa belleza el dulce fruto;

No des materia nueva a nuevos daños;

No pagues a la muerte su tributo;

Mira que yo te ofrezco generoso

Otro reino, y doncellas, y otro esposo.

»¿Para qué te formó naturaleza,

Si de querer no das ni aun esperanza?

¿Qué se podrá alcanzar de esa belleza,

Si el que la adora ni aun piedad alcanza?

Deja al león y al tigre la fiereza,

Y a mis soldados deja la venganza;

Pues si por verme cruel ser cruda quieres,

Harto te vengas cuando así me hieres.

»Vuelve esos ojos ya con más blandura,

Esos ojos de amor dulce morada;

No hagan ellos en mí con su hermosura

Lo que ha hecho en esas vírgenes mi espada.

Si quieres acabar con mi ventura,

Que de tus ojos veo estar colgada,

Acabará de ver cuán poca tengo,

Pues donde a matar vine a morir vengo.

»¿Cómo de mi rogar no te aprovechas,

Cuando el riesgo a rogarme a ti te obliga?

O no conoces bien a quien desechas,

O me desechas porque más te siga.

¿En qué piensas, señora, qué sospechas?

Más propio era llamarte mi enemiga;

Mas no consiente amor nombre tan duro,

En parecer tan blando y tan seguro.

»Los rayos de esos ojos ya serenos

Enjuguen de ese rostro al fin las rosas;

El triste suspirar suene ya menos,

En estas playas para mí dichosas:

Da paz a mis sentidos, de amor llenos;

Pues no sufre esperanzas vagarosas

El que está acostumbrado en sus amores

A medir por su gusto sus favores.

»¿Qué gusto has de encontrar en maltratarme,

Si estoy de lo pasado arrepentido?

Ve que es más lo que ganas en ganarme

Que lo que en estas muertes has perdido.

Si quieres insistir en despreciarme,

Me verás sobre amante, enfurecido.

No me declaro más, porque no quiero

Que haga el temor lo que de amor espero.»

¡Ah pérfido amador, sal de ese yerro!

¿No ves cuán engañado y cuán ciego andas?

Aquella a quien no vence el duro hierro,

¿Cómo la han de vencer palabras blandas?

Saca esa alma por fin de este destierro,

Con esas otras, que a su Esposo mandas;

No la detengas más en tus amores,

Si doblarle no quieres sus dolores.

Cuando el cruel conoció que cuanto oía

La virgen lo tomaba por afrenta;

Que cuanto él en amor más se encendía,

De él hacía la virgen menos cuenta,

Toma el arco feroz que usar solía,

Y una flecha mortal en él asienta;

Y el pecho le pasó de banda a banda.

Así el alma entregó la virgen blanda.

Márchate, alma gentil, de esta bajeza;

Las alas abre ya, la luz derrama;

Vuela con desusada ligereza

Adonde el sumo Bien te espera y llama:

Que en este mundo la mayor alteza

No hace más que engañar al que más la ama,

Y allá de ese su amor tan suspirado

El fruto cogerás tan deseado.

¡Vete en paz, alma pura, santa y bella!

Más bella aún que la sangre que vertiste;

Al cielo ve a gozar la gloria aquella

De que con muerte tal digna te hiciste;

Coronada de gloria vive en ella,

Al lado de Jesús, a quien le diste,

Con tantas y tan bien nacidas almas

Hermosura del cielo, once mil palmas.

Canción I

- 11 -

Ven acá, fiel papel, fiel secretario

De las penas que siempre estoy sufriendo,

Papel a quien mis quejas siempre entrego.

La sinrazón díganos que está haciendo

Conmigo el inflexible y el contrario

Destino, sordo a lágrimas y ruego.

Lancemos algo de agua en tanto fuego;

Enciéndase con gritos un tormento

Que a todas las memorias sea extraño.

Digamos mal tamaño

A Dios, al mundo, a tierra, a mar y viento,

A quien ya muchas veces lo conté,

Y en vano siempre, como lo haré ahora.

Mas ya que para errores he nacido,

Uno será éste de los que he sufrido.

Y puesto que en mi suerte no hay mejora,

No me culpen también si en esto erré;

Pues siquiera el consuelo encontraré

De hablar y errar, de culpa estando exento.

¡Triste el que con tan poco está contento!

He conocido ya que con quejarme

Remedio no he de hallar; pero quien pena

Por fuerza ha de gritar si el mal es grande,

Gritaré; que aunque clame a boca llena,

Como deseo no podré explicarme,

Ni tanto gritaré que el mal se ablande.

Mas tal ver podrá ser que fuera mande

Lágrimas y suspiros infinitos,

Iguales al dolor que en mi alma mora.

Mas ¿cómo podré ahora

Medir mi mal con lágrimas y gritos?

Diré por fin aquello a que me inclinan

La ira y pena, y su dura remembranza,

Que por sí es un dolor bien duro y firme.

¡Llegad, desesperados, para oírme!

Húyanme los que viven de esperanza,

Y los que poseerla se imaginan;

Porque amor y fortuna determinan

Dejarles facultad para que entiendan

Mi dolor, a medida del que tengan.

Cuando de la materna sepultura

Salí al mundo, los astros ordenaran

Que viviese no libre, mas forzado,

Y del libre albedrío me privaran.

Mil veces conocí en mi desventura

Lo mejor, y seguí lo peor forzado;

Y para que el tormento conformado

Me diesen con la edad, llegaba apenas

A abrir los tiernos ojos blandamente,

Mandaron prontamente

Al ciego dios me diese crudas penas.

Las lágrimas de niño ya salían

De mí con ansiedad de enamorado;

Los ayes que en la cuna se me oían

Suspiros de un amante parecían.

Con la edad y hado estaba concertado;

Porque cuando en la cuna me arrullaban,

Si de amor tristes versos me cantaban,

Hacíame dormir naturaleza,

Conformándose así con la tristeza.

Dióme el pecho una fiera, pues el hado

Una mujer no quiso que tuviese

Para nodriza yo; porque quería

Así criarme para que bebiese

El veneno amoroso, que sin tino

En edad más adulta bebería

Y por costumbre no me mataría.

Luego la imagen vi y la semejanza

De aquella humana fiera tan hermosa,

Tan suave y venenosa,

Que al pecho me crió de la esperanza;

De quien ya después vi el original,

Que de todos los grandes desatinos

Hace la culpa altiva y soberana.

Parece que tenía forma humana,

Mas centelleaba espíritus divinos:

Tal era su presencia y su aire tal,

Que se vanagloriaba todo el mal

Al verla, y excedía su viveza

A cuanto pudo hacer naturaleza.

¿Ha tenido el amor algún tormento

Que no haya sido en mí, no solamente

Probado, mas del todo ejecutado?

Implacables durezas que al ferviente

Deseo, que da fuerza al pensamiento,

Mudaban del propósito tomado,

Dejándolo corrido e injuriado.

Sombras vanas, fantásticas, nacidas

De algunas temerarias esperanzas;

Y bienaventuranzas

También pintadas y también fingidas;

Pues al ver el desprecio recibido,

Que deshacía cuanto yo intentaba,

Mi insano error quedaba descubierto.

Luego el adivinar, y haber por cierto

Todo lo que mi mente se forjaba,

Y luego desdecirme de corrido;

Dar a cuanto veía otro sentido,

Y para todo, en fin, buscar razones;

Mas eran muchas más las sinrazones.

Sus rayos no sé cómo arrebatando

Me estaban las entrañas, que se huían

Hacia ella por los ojos sutilmente,

Y que al fin invencibles me salían,

Bien como de lienzo húmedo exhalando

Está el sutil humor el sol ardiente.

En fin el rostro puro y transparente,

Para quien queda bajo y sin valía

Este nombre de bello, puro, hermoso;

El movimiento blando y amoroso

De sus ojos, que el alma suspendía,

Fueron las hierbas mágicas que el cielo

Me hizo beber, y que por largos años

Me tuvieron del todo transformado.

Y tan contento en verme así trocado,

Que engañaba a mi pena con engaños;

Y ante los ojos me ponía el velo

Que me ocultaba el mal que me crecía,

Como quien con halagos se criaba

De aquella para quien crecido estaba.

Pues ¿quién podrá pintar la vida ausente,

Y aquel descontentarme cuanto vía,

Y aquel estar tan lejos de do estaba;

El hablar sin saber lo que decía;

Andar sin ver por dónde; y juntamente

Suspirar sin saber que suspiraba;

Y la pena y tormento que me daba

Aquel dolor, que del Cocito impuro

Salió al mundo, que más que todo duele,

Y tantas veces suele

Volver en blanda pena el furor duro?

¿Y hora furioso y con la pena airado,

Querer y no querer dejar de amar;

Y volver a otra parte por venganza,

El deseo privado de esperanza

Que tan mal se podía ya mudar?

Y ¿hora las aflicciones del pasado

Tormento puro dulce y lastimado,

Que hacían convertir estos furores

En afligidas lágrimas de amores?

¿Cuántas disculpas entre mí buscaba,

Cuando mi suave amor no me sufría

Culpa en la cosa amada y tan amada?

Eran, en fin, remedios que fingía

El miedo del rigor, que le enseñaba

A mi vida a pasar así engañada.

Casi toda ella en esto fue pasada;

Y si acaso hallé en ella algún contento

Breve, imperfecto, tímido, indecente,

No fue más que simiente

De un cumplido amarguísimo tormento.

Este continuo curso de tristeza,

Estos pasos en vano por mí dados,

Apagaron la llama activa, ardiente

Que a mi pecho abrasó incesantemente,

Con aquellos deseos namorados

Con que a mí me crió naturaleza:

Que el hábito después de la aspereza,
Contra quien fuerza humana no resiste,
En gusto convirtió de vivir triste.

Así la vida en otra fui trocando,
Yo no, mas el destino fiero airado,
Pues yo, aun viviendo así, no la trocara;
Me hizo dejar el patrio nido amado,
Y pasé el ancho mar, que amenazando
Estuvo veces mil mi vida cara.

Hora de Marte vi la furia rara,
Que quiso que en mis ojos viese luego
Y tocara su fruto acerbo y crudo,
Dejando en este escudo
Visible la pintura del cruel fuego.
Hora perdido, peregrino, errante,

Viendo en el cielo y tierra calidades,

Costumbres y lenguajes diferentes;

Sólo por ir con pasos diligentes,

¡Fortuna!, en pos de ti, que a las edades

Las consumes, llevándoles delante

Una esperanza hermosa cual diamante,

Mas que al tocarla a polvo se reduce;

¡Que es frágil vidrio lo que tanto luce!

La compasión humana me faltaba:

A mis amigos contra mí los vía

En el primer peligro; en el segundo

De tierra do pisase carecía,

Aire para vivir se me negaba,

Y, en fin, ya me faltaba el tiempo y mundo.

¡Qué secreto tan arduo y tan profundo,

Nacer para la vida, y en seguida

Faltarme cuanto sirve a sostenerla,

Y no poder perderla

Estando tantas veces ya perdida!

No hubo jamás ni trance de fortuna,

Ni peligros, ni casos ominosos

(Injusticias de aquellos que el confuso

Regimiento, del mundo antiguo abuso,

Hace sobre otros hombres poderosos)

Que no pasase atado a la coluna

Del continuo sufrir, que la importuna

Continuación de males, en pedazos

Mil veces puso a fuerza de sus brazos.

No cuento tantos males cual los cuenta

El que se vio en borrasca procelosa,

Y en el puerto después la cuenta ledo:

Que aun ahora la suerte rigorosa

Me compele a trabajos tan extraños,

Que de dar sólo un paso tengo miedo.

Ya del mal que me espera no me arredro,

Ni el bien que me hace falta haber pretendo,

Puesto que no me sirven maña o ciencia;

Pues de la Providencia

Divina y soberana sólo pendo.

Esto es lo que me anima; en ello tomo

Algún consuelo para tales daños.

Mas cuando la flaqueza humana lanza

Los ojos a su vida, y ve que alcanza

La memoria no más que aquellos años,

La agua que entonces bebo, el pan que como,

Lágrimas tristes son que nunca domo,

Ocupado en llenar mi fantasía

Con pinturas fingidas de alegría.

Y si posible fuera que tornase

Atrás el tiempo como la memoria,

Por los vestigios de mi tierna edad;

Y tejiendo otra vez la antigua historia

De mis dulces errores, me llevase

Por las flores que vi en la mocedad,

Mayor tal vez sería mi contento,

La conversación viendo alegre y suave,

Donde estuvo la llave

De mi entonces felice pensamiento,

Los campos, los paseos, el gracioso

Rostro que era modelo de hermosura,

La gracia, mansedumbre, cortesía,

Y la amistad ingenua, que desvía

Toda afición terrena, baja, impura,

¡Como que es la más bella y la más pura!

Pero, ¡oh vana memoria!, ¿a do el medroso

Corazón me arrebatas, si en mi mano

No está el domar aqueste afecto vano?

No más canción, no más; pues iré hablando

Sin sentirlo mil años; y si acaso

Te culparen de larga y de pesada,

Dirás que ser no puede limitada

La agua del mar en tan pequeño vaso.

Ni yo delicadezas voy cantando

Por gusto del loor, sino explicando

Verdades puras y por mí pasadas.

¡Ojalá fueran fábulas soñadas!

Canción II

- 8 -

Mándame Amor que cante dulcemente

Lo que jamás en verso fue cantado,

Ni hasta ahora en el mundo ha sucedido.

Así me paga en parte mi cuidado;

Pues quiere que me alabe, y represente

Cuán bien supe en el mundo ser perdido.

Soy parte, y no seré tal vez creído;

Mas es tamaño el gusto de alabarme,

Y de manifestarme

Por cautivo de un rostro tan hermoso,

Que no hay impedimento

Que resista a la gloria de un tormento

Tan peregrino, suave y deleitoso:

Bien sé que lo que canto

Ha de hallar menos crédito que espanto.

Vivía yo del ciego amor exento,

Pero tan inclinado a vivir preso

Que aborrecía ya la libertad.

Sentíame abrasado con exceso

Del deseo de un dulce pensamiento

Que ilustrase mi insana mocedad.

Era del año la primera edad,

La revestida tierra se alegraba,

Cuando Amor me mostraba

Las trenzas de hilos de oro, desatadas

Al dulce viento estivo,

Los ojos que arrojaban fuego vivo,

Las rosas entre nieve bien sembradas,

El rostro grave y ledo

Que a un tiempo mueve mi deseo y miedo.

Un no sé qué suave respirando

Causaba un desusado y nuevo espanto,

Que hasta los insensibles lo sentían;

Pues las gárrulas aves entretanto

Voces desordenadas levantando,

Como yo en mi deseo se encendían.

Las fuentes cristalinas no corrían,

En su vista inflamadas bella y pura;

Flor daba la verdura

Que su dichoso pie al andar tocaba;

Las ramas se bajaban,

O envidiando a las hierbas que pisaban,

O porque todo ante ellas se humillaba;

El aire, el viento, el día,

De espíritus continuos influía.

Yo, cuando vi que daba entendimiento

A cuanto la rodeaba, imaginé

Que algún milagro en mí produciría;

Mas sucedió al contrario, pues noté

Que me privó de todo sentimiento,

Y en otra transformó la vida mía.

Con tamaño poder de amor venía,

Que todos los sentidos me embargaba;

Y no sé cómo daba,

Contra el orden y curso de natura,

A los prados y riscos eminentes,

A los ríos y fuentes,

Poder de conocer su vista pura.

Sólo yo fui mudado

Casi en un rudo tronco, de admirado.

Después de haber perdido el sentimiento

De humano, un solo anhelo me quedaba,

A do mi razón toda se volvía:

En mi pecho no sé quién me afirmaba

Que por tan alto y dulce pensamiento

Con razón la razón se me perdía;

Pues cuando más perdida la veía,

En su pérdida misma se ganaba.

En dulce paz estaba

Con su mayor contrario en un sujeto.

¡Oh caso extraño y nuevo!

Por alta y grande ciertamente apruebo

La causa de do nace tal efeto,

Que hace en un corazón

Que un deseo sin ser sea razón.

Después que me entregué ya a mi deseo,

O en él estuve casi convertido,

Solitario, silvestre e inhumano,

Tan contento quedé de ser perdido,

Que me parece todo cuanto veo

Excusado, si no es mi propio daño.

Bebiendo aqúeste suave y dulce engaño

A trueque del sentido que perdía,

Vi que amor me esculpía

En la alma la figura ilustre y bella,

El juicio, gravedad,

La mansedumbre, gracia, honestidad:

Y porque no cabía dentro de ella

De tales bienes tanto,

Salía por la boca envuelto en canto.

Canción, si no creyeren

Cuanto del rostro hermoso y claro dices,

Responden que aunque sean muy felices

Los sentidos humanos,

Jueces no pueden ser de los divinos;

Y que, para juzgar de tal portento,

Debe suplir la fe al entendimiento.

Canción III

- 17 -

Pasaba yo mi vida alegremente

Teniendo libres mi alma y pensamiento,

Sin recelos de amor ni de ventura;

Mas este bien duró sólo un momento,

Y ahora a mi costa veo claramente

Que todo bien criado poco dura.

Pues al tiempo que estaba más segura

De amor y su cuidado,

Por verme en un estado

Do no creí que amor tuviera parte,

Sin saber de cuál arte,

A Amor me hallé entregada de tal suerte,

Que ya sólo en la muerte

Mi esperanza se puede ver cumplida.

¡Ah, con qué lentitud pasa esta vida!

¡Cuántas veces aquí yo triste oía

A mi Felicio y a otros mil pastores,

Quejarse con pasión de mi crueldad!

Mas yo, cual áspid, todos sus clamores

Con gran desprecio y altivez oía,

Juzgando que era pura vanidad.

Ahora en pago, yo en mi libertad,

Voluntad y deseo,

Abandonadas veo

A quien por más que clame no responde;

Pues veo que se esconde

Debajo de esta tierra el que yo llamo,

Que es aquel a quien amo,

Aquel a quien ahora estoy rendida.

¡Ah, con qué lentitud pasa esta vida!

¿Qué gloria, Amor crüel, con mi tormento,

Qué loor a tu nombre acrecentaste?

¿Qué te ha movido a usar esa fiereza

Con que mi alma rendiste y sujetaste

A un mal al cual no basta el sufrimiento?

Si natural, ¡oh Amor!, te es la crueza,

Bastaba usar conmigo la aspereza

Que empleas comúnmente;

Mas como solamente

Con verme agonizando te contentas,

Cuando más me atormentas

Es cuando más deseas angustiarme,

Y no quieres matarme

Porque este mal de mí no se despida.

¡Ah, con qué lentitud pasa esta vida!

¿Qué cosa podré ver que alegre sea?

¿A quién acudiré que me responda?

¿Quién podrá remediar mi mal presente?

No hay bien que de mi vista no se esconda,

Ni veo un bien que para mí lo sea,

Pues quien lo fue del mundo está ya ausente.

Ninguna mujer vi que tan cruelmente

El amor maltratase,

Que al cabo no esperase

Hallar remedio a su dolor viviendo.

Yo sola estoy sufriendo

Un mal tan grave y tan desesperado.

Que es tanto más pesado

Cuanto con él la vida es más cumplida.

¡Ah, con qué lentitud pasa esta vida!

Arboleda sombría,

Cristalinas corrientes, verde prado,

Donde tuve yo libre el pensamiento;

Frescas flores, y vos, manso ganado,

Que en otro tiempo visteis mi alegría,

No me dejéis ahora en mi tormento.

Si os mueve de mi mal el sentimiento,

Dadme para él ayuda,

Pues mi lengua está muda,

Y el aliento me va desamparando.

Mas ¿cuándo, ¡ay triste!, cuándo

Un día u hora habrá que me contente

Mirándote presente,

Pastor mío, y a ti viéndome unida?

¡Ah, con qué lentitud pasa esta vida!

Mas no sé si es sobrado atrevimiento

Quererse unir contigo esta alma mía,

Pues de ella fuiste ya tan despreciado.

Amor me libraré de esta porfía,

Y después que allí vieres mi tormento.

Creo que te tendrás por bien vengado.

Y si aun durase en ti el amor pasado

Y aquella fe tan pura,

Estoy, estoy segura

De que has de recibirme blandamente.

Aprenda en mí la gente

Que Amor castiga la altivez injusta,

Y da la pena justa

Al alma que le es poco agradecida.

¡Ah, con qué lentitud pasa esta vida!

Oda I

Detén un poco, ¡oh Musa!, el largo llanto,

El dolor, la tristeza,

Y vestida de rico y ledo manto,

Loemos la belleza,

El candor, la pureza,

De la que tanta luz al mundo envía,

Convirtiendo la noche en claro día.

¡Delia!, que con bellísimas estrellas

Coronas y rodeas

Tu blanca frente y tus mejillas bellas,

Y al campo lo hermo seas

Con rosas y ajedreas,

Con el lirio, el clavel, la adormidera,

Que produce la hermosa primavera;

Para ti guarda el sitio fresco de Ilio

Sus sombras deliciosas;

Para ti el Erimanto y lindo Epilio

Las delicadas rosas,

Las drogas olorosas,

Que cría en el Oriente

Arabia la feliz e independiente.

¿De cuál pantera, o tigre, o leopardo

Las ásperas entrañas

No temían tu agudo y fiero dardo,

Cuando por las montañas

Más remotas y extrañas

Veloz atravesabas,

Tan bella que al Amor de amor matabas?

De las honestas vírgenes los gritos

Siempre, ¡oh Lucina!, oíste,

Sus fuerzas renovando y sus espíritos.

Mas los de Endimión triste,

Nunca, nunca quisiste

Oírlos un momento,

Para hacer menos grave su tormento.

¡No huyas, no, de mí, y no te escondas

De tan leal amante!

Mira cómo suspiran estas ondas,

Y cómo el viejo Atlante,

El su cuello arrogante

Mueve piadosamente,

Oyendo la mi voz flaca y doliente.

¡Triste de mí! ¿qué alcanzo con quejarme,

Si mis quejas las digo

A quien la mano alzó para matarme

Como a un cruel enemigo?

Mas yo con esto sigo

A mi estrella malina,

Que esto pretende y a esto me destina.

El Cielo sin cesar me desengaña,

Mas yo siempre porfío

En sostener locura tan extraña.

Y mi libre albedrío

No huye el desvarío;

Porque este en que me veo

Con la esperanza engaña mi deseo.

¡Oh, cuánto mejor fuera que yaciesen

En sueño perenal

Estos mis ojos tristes, y no viesen

Huir a tiempo tal

La causa de mi mal,

Más que nunca proterva,

Más crüel que osa, más fugaz que cierva!

¡Ay de mí, que me abraso en fuego vivo

Con mil muertes al lado,

Y cuando muero más, entonces vivo!

Pues mi infeliz estado

Parece ha decretado

Que cuando me convida

La muerte, tenga para morir vida.

Secreta, amiga noche, a que obedezco

(Pues escuchaste tanto

Mis quejas), estas rosas yo te ofrezco,

Y este fresco amaranto,

Regado con mi llanto

Y con el de la esposa

Del celoso Titán, blanca y hermosa.

Oda II

- 3 -

Si de mi pensamiento

Tanta razón tuviera de alegrarme,

Cuanta de mi tormento

La tengo de quejarme,

Pudieras, triste lira, consolarme.

Y mi voz fatigada,

Que en otro tiempo estaba alegre y pura,

No se viera mudada

Con tanta desventura,

Tan ronca, tan posada, ni tan dura.

Si fuera cual solía,

Podría levantar vuestros loores;

Vos, ¡oh mi Jerarquía!,

Oiréis mis amores,

Que al mundo son ejemplo de dolores.

Bellos, afortunados,

Contentos días, horas y momentos,

¡Oh, qué bien recordados

Sois de mis pensamientos,

Cuando en mí reinan ásperos tormentos!

¡Oh gustos fugitivos!

¡Oh gloria ya acabada y consumida!

¡Oh pesares esquivos!

¡Cuál me dejáis la vida!

¡Cuán llena de pesar, cuán destruída!

Mas ¿cómo ya no es muerta

Esta mi vida? ¿Cómo tanto dura?

¿Cómo no abre la puerta

A tanta desventura,

Que el tiempo en vano mitigar procura?

Pero para sufrirla

Mi corazón se esfuerza y fortalece:

Sólo para decirla

Mi pecho desfallece,

Y del todo se cansa y enflaquece.

¡Oh bien afortunado

Orfeo, cuya cítara sonante

Te hizo ser escuchado

Del fiero Radamante,

Y ante tus ojos ver tu dulce amante!

Las Estigias figuras

Moviste con tu canto dulcemente;

Las tres Furias oscuras,

Terribles a la gente,

Aplacadas se vieron de repente.

Quedó como pasmado

Todo el Estigio reino con tu canto,

Y casi descansado

De su perpetuo llanto;

Y Sísifo dejó su grave canto.

El orden se mudaba

De las penas del reino de Plutón;

En descanso se hallaba

La rueda de Txión,

Y en gloria cuantos tristes allí son.

Por lo cual admirada

La reina del infierno y conmovida,

Te dio la deseada

Esposa ya perdida,

Que tantos días careció de vida.

¿Cómo mi desventura

No consigue ablandar una alma humana,

Que contra mí es más dura,

Más cruel, más inhumana

Que el furor de Calíroe profana?

¡Oh cruda, esquivada y fiera,

Duro pecho, cruel y empedernido,

De alguna tigre fiera

En Hircania nacido,

O entre las duras rocas producido!

Mas ¿qué digo, cuitado,

Y a quién en vano fío mis querellas?

Ninfas del mar salado,

Gentiles Ninfas bellas,

Tan sólo podéis vos doleros de ellas.

Pues de oro guarnecidas

Vuestras rubias cabezas levantando,

Con las trenzas caídas,

Que están los blancos pechos cobijando,

Salid todas, venid a ver cuál ando.

Salid en compañía,

Y cantando y cogiendo tiernas flores,

Miraréis mi agonía,

Oiréis mis amores,

Sentiréis mis lamentos y dolores.

Veréis al más perdido,

Al más infeliz hombre y desdichado,

En llanto convertido,

Y puesto en tal estado,

Que en él vive tan sólo su cuidado.

Oda III

- 4 -

Hermosa fiera humana,

En cuyo corazón soberbio y rudo

La fuerza soberana

Del Amor, que vencerlo todo pudo,

Ve sin fruto quebradas

Las puntas de sus flechas afiladas.

Amada Circe mía,

Puesto que mía no, con todo amada;

Un bien que yo tenía,

Que era la libertad tan deseada,

Del todo te entregué,

Y si más tengo, más te entregaré.

Ya que natura airosa

De razón te dio partes tan contrarias,

Que siendo tan hermosa

Te huelgas en quemarte en llamas varias,

Sin arder en ninguna

Más que en la tierra o mar arde la Luna;

Ya que triunfando vas

Con diversos despojos de perdidos,

Tú que privando estás

De juicio, de razón y de sentidos,

Y a todos casi dando

El bien aquel que a todos vas negando;

Pues tanto te contenta

Ver el nocturno mozo en hierro envuelto,

Bajo de la tormenta

De Júpiter, en agua y viento suelto,

A la puerta arrimado

Que de su bien lo tiene separado,

Al menos teme, ¡oh fiera!,

Que tantas insolencias y mudanzas,

La diosa que modera

Las soberbias y locas esperanzas,

Castigue con rigor,

Y contra ti encienda el fiero amor.

Ve que la hermosa Flora,

Con suspiros de amantes rica y leda,

Por el capitán llora

Que allá en Tesalia al fin vencido queda;

Y fue sublime tanto,

Que altares le dio Roma y nombre santo.

Ve allá en Lesbos aquella

Por su salterio insigne conocida;

De muchos, que por ella

Se perdieran, perdió la cara vida,

Saltando de la roca, que se infama

Con ser remedio extremo de quien ama.

Por el mozo escogido

Donde más las tres Gracias se han mostrado,

Que Venus escondido

Para sí tuvo un tiempo y reservado,

Pagó con muerte fría

La vida cruel que a muchos dado había.

Y viéndose dejada

De aquel por quien a tantos ya dejara,

Se fue desesperada

A arrojar de la infame roca cara;

Que el mal de malquerida

Se cura sólo con perder la vida.

«Recíbeme, mar cruda,

Tómame tú, pues otro me dejó»,

Dijo; y fiera y sañuda,

Con furor por los aires se arrojó:

Acude tú, süave,

Acude, poderosa y divina ave.

En tus alas la acoge,

Benigna y compasiva; acude luego,

Antes que al mar se arroje

Para apagar en él su antiguo fuego;

Pues debe amor tamaño

Vivir, y ser tenido por extraño.

Mas no, que es justo sea,

Para las hembras crudas que amor venden,

Ejemplo, do se vea

Que también quedan presas las que prenden.

Porque Némesis quiso

Que ceder al amor sea preciso.

Oda IV

- 9 -

Ya de los montes fríos

La nieve huyendo va, ya reverdecen

Los árboles sombríos,

Las verdes hierbas crecen

Y al prado mil colores lo embellecen.

Céfiro blando espira;

Sus saetas Amor afila ahora;

Progne triste suspira,

Y Filomela llora,

Y el cielo de la tierra se enamora.

Ya viene Citerea

Del coro de las Ninfas rodeada;

Y la alma Pasitea,

Desnuda y delicada,

De sus hermanas viene acompañada.

Están las oficinas

De los duros Ciclopes descansando;

Las flores matutinas

Las Ninfas van juntando,

La tierra con ligeros pies tocando.

Del monte la pendiente

Deja Dïana, deja la espesura,

Y va a buscar la fuente

Donde por suerte dura

Perdió Acteón su natural figura.

Así se va pasando

La verde primavera, el seco estío;

Irá el otoño entrando,

Vendrá el invierno frío,

Que pasará del todo, yo lo fío.

Iráse emblanqueciendo

Con la frígida nieve el seco monte;

Y Júpiter lloviendo

Turbará el horizonte,

Y temerá el marino al Orión.

Porque, en fin, todo pasa,

No hay en el mundo nada de firmeza,

Y nuestra vida escasa

Huye con tal presteza,

Que parece que acaba cuando empieza.

Y ¿qué otro fin tuvieron

Héctor temido, Eneas el piadoso?

Los años consumieron

A aquel Creso famoso,

Y no le aprovechó su oro precioso.

¿Creías que el contento

Te aseguraba aquel tesoro extraño?

¡Oh falaz pensamiento,

Que a costa de tu daño

Creíste de Solón el desengaño!

El bien que aquí se alcanza

No dura por pujante ni por fuerte;

La bienaventuranza

Durable, es de otra suerte,

Se alcanza aquí, se goza tras la muerte.

Porque, en fin, nada basta

Contra el fin duro de la noche dura.

No pudo Delia casta

De la caverna obscura

A Hipólito volver a la luz pura.

Ni Teseo esforzado,

O con maña o con fuerza valerosa,

A Peritoo osado

Sacó de la espantosa

Prisión Letea, oscura y tenebrosa.

Oda V

- 11 -

En aquel tiempo blando

En que se ve del mundo la hermosura,

Y Tetis descansado

Está de su trabajo hermosa y pura,

A Peleo afligía

Un afecto amoroso noche y día.

Con ímpetu forzoso

Había huído de él la bella Ninfa,

Cuando Aquilón furioso

Del cristalino mar turba la linfa,

Sierras en él alzando

Que a cielo y tierra están amenazando.

Esperaba el mancebo

Con el grave dolor que en la alma siente,

Un día en que ya Febo

Comenzaba a mostrarse al mundo ardiente,

Sueltas las trenzas de oro,

En que Clicie de amor hace el tesoro.

Era en el mes que Apolo

Con sus sacros hermanos pasa el tiempo;

Y al viento enfrena Eolo

Para que el deleitoso pasatiempo

Sea tranquilo y mudo;

Que a todo obliga amor, todo lo pudo.

El luminoso día,

Los cuerpos amorosos incitaba

A aquella idolatría

Que al pecho más contenta y más lo agrava;

Cuando el ciego Cupido

Como dios por los hombres es temido;

Cuando la hermosa Ninfa,

Con el ayuntamiento venerando,

En la diáfana linfa

El cuerpo cristalino está lavando,

Y se está complaciendo,

Su gracia y gentileza en la agua viendo;

El pecho diamantino

En cuya blanca teta amor se cría;

El rostro peregrino,

Que a la noche convierte en claro día;

La delicada boca,

Que a amor con sus amores más provoca;

Los rubíes graciosos,

Y las perlas que esconden vivas rosas

De los prados hermosos

Que plantó el cielo en faces tan hermosas;

El transparente cuello,

Donde ondea el gentil áureo cabello,

El mozo a quien había

El dios Neptuno bien aconsejado,

Cuando en la tierra vía

Del cielo aquel hermoso y fiel traslado;

Mudo un rato quedara,

Porque el amor el habla le quitara.

En fin, queriendo ver

La que de lejos tanto mal le hacía,

La vista fue a perder,

Porque de puro amor ya no veía;

Vióse así ciego y mudo,

Que a tal extremo Amor traerlo pudo.

Ahora se apareja

A la batalla; ahora desistiendo,

De nuevo se aconseja;

Ahora marcha, ahora está temiendo;

Cuando ya de Cupido

Con nueva flecha el pecho se vio herido.

Acude el mozo activo

A do estaba la llaga sin sosiego;

Y con fuego excesivo

Cuanto más cerca se halla está más ciego:

Ciego y dando un suspiro

En la hermosa doncella emplea el tiro.

Vengado así Peleo,

Nació de este amoroso ayuntamiento

El fuerte Lariseo,

Que fue ruina del Frigio fundamento;

Y por no ser herido,

Fue en las Estigias aguas sumergido.

Elegía I

- 5 -

Aquel mirar tan suave y excelente,

Aquel espíritu vivo e inflamado

Del cristalino rostro transparente;

Aquel aspecto grave y sosegado,

Que estando en la alma propiamente escrito,

No puede ser en versos explicado;

Aquel buen parecer tan exquisito,

Que comprender no puedo, y tan extraño,

Que parece que excede a lo finito,

Me inflama el corazón con dulce engaño,

Y engrandece mi ardiente fantasía,

De modo que en mi gloria está mi daño.

¡Oh, bienaventurado sea el día

En que tomé tan dulce pensamiento,

Que de todos los otros me desvía!

¡Y bienaventurado el sufrimiento

Que supo ser capaz de tanta pena,

Pues la causa le dio el entendimiento!

Hágame quien me mata el mal que ordena,

Trátame con engaño y desamores,

Ya que me salva cuando me condena.

Porque si de tan suaves disfavores

Ha de vivir el alma consumida,

¡Oh agradable penar, dulces dolores!

Y si una condición endurecida

Me priva de la muerte por mi daño,

¡Oh qué dulce morir, qué dulce vida!

Y si es más suave este año que el otro año,

Como que de mi mal se ve culpada,

¡Oh qué dulce mentir, qué dulce engaño!

Y si oculto pasión tan extremada,

Mostrando refrenar mi pensamiento,

¡Oh qué grata ficción! ¡cuánto me agrada!

Así es como hallo ya en el sufrimiento

La más principal parte de mi gloria,

Tomando por mejor cualquier tormento.

Si siento tanto bien con la memoria

De veros, linda dama, vencedora,

¿Qué más quiero que ser vuestra victoria?

Si tanto más el veros me enamora,

Cuanto yo menos soy a mereceros,

¿Qué más quiero que haberos por señora?

Si procede este bien de conoceros,

Y consiste el vencer en ser vencido,

¿Qué más quiero, señora, que quereros?

Si para mí tan ventajoso ha sido

Sólo el ver unos ojos tan serenos,

¿Qué ganancia mayor que ser perdido?

Si mis deseos de esperanza ajenos,

No merecen siquiera su tormento,

¿Qué más quiero que ya no sea menos?

La causa, pues, me esfuerza al sufrimiento,

Porque a pesar del mal que me resiste,

Con todos los trabajos me contento,

Pues la causa es la que hace alegre o triste.

Elegía II

- 8 -

Belisa, único bien de esta alma triste,

Descanso singular de aquesta vida,

Trono donde el poder de amor consiste;

Hermosa fiera a quien de amor rendida

Está mi siempre invicta voluntad,

Ganada más, si más por ti perdida;

¡Cuán contrario parece en la beldad

Que los pechos cautiva con blandura,

Tener resabio alguno de crueldad!

¡Cuán contrario parece en hermosura

Que deja muy atrás lo más extraño,

La esquiva condición o el alma dura!

¡Cuán mal parece en quien con un engaño

Puede dar vida al corazón sujeto,

Darle en lugar de vida mortal daño!

¡Cuán mal parece que un amor perfecto

No sea de otro amor remunerado,

Aunque sea fingido e imperfecto!

¡Cuán mal parece esté desesperado

Quien por ti tanto sufre y ha sufrido,

Debiendo estar de penas aliviado!

Pero aun parece peor no esté rendido

A ese rostro, que al mundo lo suspende,

Por más que en su rigor viva ofendido.

Y aun parece peor el que defiende

Que sea esa belleza siempre amada,

Aunque un imposible es lo que pretende.

Si quien te muestra amor te desagrada,

Sólo has de pretender el no ser vista;

Mas no después de vista el ser dejada.

¡Cómo ignora la fuerza de tu vista

Quien piensa que en lo que ella acaso alcanza

Puede hallar corazón que le resista!

¡Qué bien parecería una esperanza

Ya concedida a mi cariño ardiente,

En vez de esta mortal desconfianza!

Si el padecer por ti constantemente

Pudiese ser reparo a quien más te ama,

Yo esperara vivir alegremente.

Pero temo que aquella inmensa llama

Con que a tu bello imperio me llevaste,

Tanto te enfría a ti, cuanto me inflama.

Si la etérea belleza así imitaste

Que blandamente mueve un amor puro,

¿Por qué tan dura condición tomaste?

¿Cuál elevado, cuál soberbio muro,

Este mal que me ocupa el pensamiento,

Contado, no volviera menos duro?

Tú que tan sola causas mi tormento,

Tú que tan sola puedes consolarme,

¿Quieres que mis suspiros lleve el viento?

Tú que me pagarías con matarme,

Aun la muerte me niegas veces tantas;

¡Qué bien me harías, ay, con acabarme!

Usa de piedad tú, que al mundo espantas

Con esos ojos que lo alegran tanto,

Si acaso a verlo blandos los levantas.

Extiéndese en la tierra el negro manto,

Gozo a la noche da la luz ajena,

Pero en mis ojos tristes dura el llanto.

Y después nace la mañana llena

De luz, que el llanto enjuga de la Aurora;

Mas no enjuga mi llanto ni mi pena.

Pero no es llanto lo que mi alma llora;

Es el amor vital que en el pecho arde,

Y por entrambos ojos sale ahora.

¡Cómo! ¡la muerte quieres que se aguarde!

No tarde, no; mas corra a mal tan fiero;

Mas ya, por más que corra, vendrá tarde.

Ni aun en el postrer trance de ti espero
Que, viendo mi infeliz y triste estado,
Quieras, dura, entender lo que te quiero.

¡Si consiguiese yo, dueño adorado,
Que al lugar triste donde muera mires,
No por causarte pena, sino agrado!

No quiero de ti, no, que allí suspires,
Ni que de darme muerte te arrepientas,
Mas que de mí los ojos no retires.

Así nunca el pastor a quien contentas
Te haga a ti padecer lo que tú me haces,
Para que con tu mal mi mal entiendas.

¿Cómo ya ahora no te satisfaces?

Pues las penas que sufro por quererte,

De tu merecimiento son capaces.

Y quien con otro mérito vencerte

Presume, ¡oh raro monstruo de belleza!,

Aun más lejos está de merecerte.

Éste sí que merece la cruz

Con que tú de acabar mi vida tratas;

Pues delante de ti muestra grandeza.

Si piensas que con esto desbaratas

Mi inalterable amor, porque no viva,

Él vive mucho más cuando me matas.

Si el darme muerte lo has por gloria altiva,

Yo me inclino a que mates; tú te inclinas

A matar, más de blanda que de esquivada.

Si esta alma tuya juzgas por indigna

De aquel excelso bien que en ti se esconde,

Del descubierto mal hazla tú digna.

¿Dónde ¡ay! voz hallaré que baste, dónde

A poder reducirte a ser piadosa?

O acábame del todo, o me responde.

Mas por más que te muestres rigurosa,

Dejar mi pensamiento es imposible,

Igualmente que a ti no ser hermosa.

Y aunque mi pena sea muy terrible,

El sólo contemplar la causa de ella,

Aunque la hace mayor, la hace sufrible.

Y cuando no pudiendo sostenella,
La vida pierda y a la muerte llame,
No he de perder el gusto de perdella.

Es justo que por ti mil muertes ame;
Mas ve tú si te ilustras porque ofensa
Mía mortal tu mérito se llame.

Bien ves que una beldad que es tan inmensa
Con vencerme de gloria no se llena,
Pues en rendirme pongo mi defensa.

Mas ya que amor tan puro me condena,
Asaz contento estoy de esta victoria;
Pues no me dan mis males tanta pena,
Cuanto el sufrir por ti me dará gloria.

Elegía III *

- 17 -

La sierra fatigando de continuo

Los pasos vagarosos voy moviendo,

Perdiendo de la vida todo el tino;

De mis suspiros tristes no pudiendo

El alma separar, y el pensamiento

De aquella por quien yo vivo muriendo:

Que aunque la ausencia es grave tormento,

Que yo te olvide en ella es imposible,

Pues con amor no puede apartamiento.

Véote con espíritu invisible;

En él muy vivo tengo aquel meneo,

Tan fiero para mí y tan terrible.

Todo lo más alegre triste veo,

El fresco valle, el monte, la espesura,

La clara fuente enoja aun el deseo.

El día se me vuelve en noche oscura,

No puede amanecer de donde ausente

Tus claros ojos son de tu hermosura.

Permite ya, señora, que presente,

Doquiera que tu luz es detenida,

Sean el alma y vida juntamente.

En tu servicio allí pronta la vida

Pondré, el alma sola en contemplarte,

Aunque me seas siempre endurecida.

El mal que haces es dulce en toda parte,

Sabroso es el tormento, yo lo quiero,

Pues es tu voluntad el no ablandarte.

Que cuando una hora venga, que no espero,

Piadosa y blanda más que las pasadas,

Y me quieras oír viendo que muero,

Las tristes no serán de mí dejadas,

Que no sabré vivir sin el estado

De penas tanto tiempo ya probadas.

Hablo como furioso y transportado,

Y pido lo que me es más enojoso,

Holgando de me ver tan olvidado.

Quien fatigado está, no da reposo;

Que sufras con paciencia te conviene

Las quejas del que a sí se es odioso.

Al tiempo, que volando ya más viene,

Mis desusadas voces encomienda,

Que así la triste voz en ti detiene.

La fuerza del dolor ninguna enmienda

Puede tomar en mí que satisfaga

Lo menos que la queja en mí te ofenda.

Incurable parece cualquier llaga,

Y lo es, que se recibe de tu mano:

No quiera Amor que yo jamás deshaga

Tu voluntad en esto, que es en vano.

Elegía IV *

- 18 -

De peña en peña muevo las pisadas;

La tristísima voz al aire dando,

Voy cantando mis quejas desusadas:

Incierto en el camino, que pisando

De un monte esquivo, al otro me encamina,

En medio de él estoy en ti pensando.

¡Oh riguroso paso! ¡y cuán indina

El alma veo aquí de sola una hora

Poder en ti pensar, que eres tan dina!

Si el alma mía aun no es merecedora,

Purísima y perfecta, ¿qué me puede

De esperanza quedar en ti, señora?

Mas que puedo querer, fortuna ruede,
Llevándome de un triste en otro estado,
Y si es tu voluntad, un bien no quede.

En mí no vivo ya, se ha transformado
En ti el esprito triste que tenía;
De ti sola se quiere ver mirado.

Que aunque en fatigas pase noche y día,
De tu mano se viese, o en paso estrecho,
La firme voluntad no mudaría.

Y si por realeza un blando pecho,
Que tanto tiempo estuvo endurecido,
Quisiese ya mostrar un nuevo hecho,

¿Adó me llegaría aquel sonido

De tu nueva mudanza y mi ventura,

Al eco, al valle, al monte empedernido?

¿Do no se cantarí su blandura?

¿En qué región extraña o nueva parte

Quedara por loar tu hermosura?

¿Quién no pusiera estudio, ingenio y arte,

Y cuando todo no, mucho dijera,

Mostrando que cupiera en ti ablandarte?

¿Qué roble, qué león, qué tigre hubiera,

Qué áspera montaña inhabitada,

Que mis mudadas voces no me oyera?

Mas no quiere el amor que la usada

Queja, por estas sierras esparcida

De tanto tiempo ya, sea dejada.

Ni tú querrás que deje yo la vida,

Para me dar tormento aun más severo;

Ni con tan luenga usanza interrumpida,

Cada hora más áspera te espero:

Que vengas pido, y sea el mal más duro,

Que el que puedo sufrir ya no lo quiero.

Pruébese aqúeste amor perfecto y puro

En fatigas mayores, en crueza;

Cuanto fuere mayor, es más seguro.

Excedes a las fieras en dureza:

¿Cuándo se ha visto, en esta pura y rara

Gracia, del duro monte la aspereza?

De los bienes que puedes dar avara
Al que puedes dar vida y por ti pena,
Pues niegas lo que el mundo no pensara,
Hace en tu voluntad como ella ordena.

Mote

Niña, quien fía en tus ojos,
En las niñas de ellos ve
Que no hay en las niñas fe.

TROVA

Quien pone su confianza
En niñas faltas de asiento,
Ha de tener sufrimiento

Para miles de mudanzas.

Son nulas sus esperanzas,

Y en sus ojos bien se ve

Que no hay en sus almas fe.

Engañan al parecer;

Pues si se trata de amar,

Son mujeres en matar,

Y son niñas en querer.

Quien quiere a sus ojos creer

Mil gracias en ellos ve,

Mas nunca halla en ellos fe.

Muéstranos en un momento

Mucho amor, mucha terneza;

Mas al volver la cabeza

Se les muda el pensamiento.

En nada tienen asiento,

Y en ellas sólo se ve

Que son bellas, mas sin fe.

Mote

Catalina bien promete:

Pero ¡ay Dios, y cómo miente!

TROVA

Catalina es más hermosa

Que la luz del mediodía,

Y más hermosa aun sería

Si no fuese mentirosa.

Ayer la vi muy piadosa,

Y hoy la hallo tan diferente,

Que siempre pienso que miente.

Prometióme ayer venir,

Pero ella no pareció:

Creo que lo prometió

Solamente por mentir.

Me hace llorar y reír:

Río cuando me promete,

Y lloro cuando me miente.

Juróme la maula aquella,

Por el alma que tenía,

Venir: tenía la mía,

Y sintió poco el perdella.

Mi vida depende de ella,

Pues me la da si promete,

Y me la quita si miente.

Hembra pérfida y malvada,

Decid: ¿por que me mentís?

¿Cuando prometéis me huís?

Pues sin cumplir todo es nada.

No estáis bien aconsejada,

Pues quien promete, si miente,

Lo que pierde no lo siente.

Yo bien os consentiría

Cuanto quisierais hacer,

Si ese vuestro prometer

Lo cumplirais algún día.

Por vos me desviviría,

Y vos placenteramente

Reiríais de quien miente.

Mas pues gustáis de mentir

Cuando prometéis me ver,

Yo dejaré el prometer,

Dejadme vos el servir.

Habéis así de sentir

Cuánto mi corazón siente

El servir a quien le miente.

Catalina me mintió

Mil veces sin ley ni fe,

Y las mil le perdoné

Por una que me cumplió.

Ya en hablarme consintió;

Si en otra cosa consiente,

Nunca más diré que miente.

Mote *

Vos tenéis mi corazón.

GLOSA

Mi corazón me han robado,

Y Amor, viendo mis enojos,

Me dijo: «Fuéte llevado

Por los más hermosos ojos

Que desde vivo he mirado:

Gracias sobrenaturales

Te lo tienen en prisión.»

Y si Amor tiene razón,

Señora, por las señales,

Vos tenéis mi corazón.

Mote *

Amor loco, amor loco;

Yo por vos y vos por otro.

TROVA

Dióme Amor tormentos do

Para que pene doblado:

Uno es verme desamado;

Otro es mancilla de vos.

Ved qué ordena Amor en nos:

Porque vos hacéisme loco

Que seáis loca por otro.

Tratáis amor de manera

Que porque así me tratáis,

Quiero que, pues no me amáis,

Que améis otro que no os quiera.

Mas con todo, si no os viera

Del todo loca por otro,

Con más razón fuera loco.

Y tan contrarios viviendo,

Al fin, al fin conformamos;

Pues ambos a dos buscamos

Lo que más nos va huyendo.

Voy tras vos siempre siguiendo,

Y vos huyendo por otro

Andáis loca y me hacéis loco.

Mote *

¿Do la mi ventura,

Que no veo alguna?

TROVA

Sepa quien padece,

Que en la sepultura

Se esconde ventura

De quien la merece.

Allá me parece

Que quiere ventura

Que no halle yo alguna.

Naciendo mezquino,

Dolor fue mi cama,

Tristeza fue el ama,

Cuidado el padrino.

Vistióse el destino

Negra vestidura,

Huyó la ventura.

No se halló tormento

Que allí no se hallase,

Ni bien que pasase,

Sino como viento.

¡Oh qué nacimiento,

Que luego en la cuna

Me siguió fortuna!

Esta dicha mía

Que siempre busqué,

Buscándola hallé

Que no la hallaría;

Que quien nace en día

De estrella tan dura,

Nunca halla ventura.

No puso mi estrella

Más ventura en min:

Así vive en fin

Quien nace sin ella;

Quéjome que atura

Vida tan oscura.

Mote *

¿Qué veré que me contente?

GLOSA

Desde una vez yo miré,

Señora, vestrá beldad,

Jamás por mi voluntad

Los ojos de vos quité.

Pues si en vos placer no siente

Mi vida, ni lo desea;

Si no queréis que yo os vea,

¿Qué veré que me contente?

Mote *

Irme quiero, madre,

A aquella galera,

Con el marinero

A ser marinera.

GLOSA

Madre, si me fuere,

Doquiera que vo,

No lo quiero yo,

Que el Amor lo quiere.

Aquel niño fiero

Hace que me muera

Por un marinero

A ser marinera.

El que todo puede,

Madre, no podrá,

Pues el alma va,

Que el cuerpo se quede.

Con él, porque muero,

Voy porque no muera;

Que si es marinero,

Seré marinera.

Es tirana ley

Del niño señor,

Que por un amor

Se deseche un rey.

Pues de esta manera

Él quiere, irme quiero

Por un marinero

A ser marinera.

Decid, ondas, ¿cuándo

Visteis vos doncella,

Siendo tierna y bella,

Andar navegando?

Mas ¿qué se espera

De aquel niño fiero?

Vea a quien yo quiero,

Sea marinera.

Mote *

¿Para qué me dan tormento,

Aprovechando tan poco?

Perdido, mas no tan loco

Que descubra lo que siento.

TROVA

Tiempo perdido es aquel

Que se pasa en darme afán,

Pues cuanto más me lo dan,

Tanto menos siento de él.

¿Que descubra lo que siento?

No lo haré, pues no es tan poco;

Que no puede ser tan loco

Quien tiene tal pensamiento.

Sepan que me manda Amor

Que de tan dulce querella

A nadie dé parte de ella,

Porque la sienta mayor.

Es tan dulce mi tormento

Que aun se me antoja poco;

Y si es mucho, quede loco

De gusto de lo que siento.

Mote *

Ojos, herido me habéis,

Acabad ya de matarme,

Mas muerto, volvé a mirarme

Porque me resucitéis.

TROVA

Pues me distéis tal herida

Con gana de darme muerte,

El morir me es dulce suerte,

Pues con morir me dais vida.

Ojos, ¿en qué os detenéis?

Acabad ya de matarme;

Mas muerto, volvé a mirarme,

Porque me resucitéis.

La llaga cierto ya es mía,

Aunque, ojos, vos no queráis;

Mas si la muerte me dais,

El morir me es alegría.

Así, digo que acabéis,

Ojos, de resucitarme;

Mas muerto, volvé a mirarme,

Porque me resucitéis.

Mote *

De vuestros ojos centellas
Que encienden pechos de hielo
Suben por el aire al cielo,
Y en llegando son estrellas.

TROVA

Falsos loores os dan:
Que esas centellas tan raras
No son nel cielo más claras
Que en los ojos donde están.
Porque cuando miro en ellas
Cómo le alumbran al cielo,
No sé qué serán nel cielo,
Mas sé qué acá son estrellas.

Ni se puede presumir

Que al cielo suban, señora;

Que la lumbre que en vos mora

No tiene más que subir.

Mas pienso que dan querellas

A Dios nel octavo cielo,

Porque son acá en el suelo

Dos tan hermosas estrellas.

Endechas

A UNA ESCLAVA LLAMADA BÁRBARA

Aquella cautiva

De quien soy cautivo,

Porque en ella vivo

No quiere que viva.

Yo nunca vi rosa

En suaves manojos

Que para mis ojos

Fuese tan hermosa.

Ni en el campo flores,

Ni en el cielo estrellas

Vi jamás tan bellas

Como mis amores.

Rostro singular,

Ojos sosegados,

Negros y cansados,

Mas no de matar.

Una gracia viva

En sus ojos mora

Que la hace señora
De quien es cautiva.
Sus negros cabellos
Sin contradicción
Prueban que no son
Los rubios tan bellos.

¡Negrura de amor!

Pues la nieve pura
Que por tal negrura
Diera su color.
Tan leda mansión
Que el juicio acompaña,
Bien parece extraña,
Mas bárbara no.

Presencia serena

Que la mar amansa,

En ella descansa

Mi afán y mi pena;

Esta es la cautiva

De quien soy cautivo,

Y si en ella vivo,

Es fuerza que viva.

Redondillas

Quísonos naturaleza

De tal condición hacer,

Que sabemos con certeza

Que nunca hay un gran placer

Que esté libre de tristeza.

Este decreto espantoso,
Que instituyó nuestra suerte,
Es tal y tan riguroso,
Que nadie antes de la muerte
Se puede llamar dichoso.

Con esta justa balanza
Refrena el hado profundo
El deseo y la esperanza,
Para que nadie en el mundo
Busque bienaventuranza.

Redondillas

AL DESCONCIERTO DEL MUNDO

A los buenos vi pasar

En el mundo mil tormentos;

Y para más me espantar,

Vi a los malos disfrutar

De bienes y de contentos.

Pensando alcanzar así

El bien tan mal ordenado,

Fui malo, y fui castigado;

Porque sólo para mí

Anda el mundo concertado.

Poesías selectas
Luís de Camoes

Prólogo del traductor

Aunque al principio solamente habíamos pensado traducir el poema épico de Luis de Camoëns, hemos creído después que no dejaría de ser útil trasladar también al castellano una parte de sus Rimas o poesías varias, para dar a conocer el fértil y flexible ingenio de este poeta, que se empleó en todos los géneros de poesía conocidos y usados en su tiempo.

Él fue (dice el caballero Souza-Botelho) uno de los primeros que después de Sa y Miranda, adoptaron la introducción del estilo italiano. Pero por su gusto, formado con los ejemplares griegos y latinos, por su vena poética, y por aquella armoniosa versificación que le es propia, se colocó en un orden superior a todos los poetas de esta escuela.

Petrarca había sido entre los italianos el que más había contribuido, por sus trabajos literarios y por sus composiciones líricas, a dar al idioma italiano las gracias de la poesía antigua, y a añadirle otras propias de su tiempo. Podemos comparar, pues, las poesías de Camoëns con las composiciones líricas del Petrarca, que son las que constituyen la fama de este autor, y haciéndolo así, estoy persuadido de que las personas imparciales no creerán que las composiciones del poeta portugués sean inferiores a las del italiano.

Paréceme incontestable que las de nuestro poeta tienen un estro igual al de su predecesor, y ofrecen la misma armonía en la versificación y elegancia en el lenguaje; la misma viveza de imágenes y delicadeza de sentimientos; y además tienen sobre las del Petrarca la ventaja de ser menos cargadas de conceptos y sutilezas, y de presentar mucho mayor valentía en los pensamientos. Ambos ofrecieron el ejemplo de la pasión más pura, amando con extrema constancia y fineza a quienes no podían unirse: ambos experimentaron la infelicidad de sobrevivirles. Ellos se hallaron, por consiguiente, en las mismas situaciones para cantar y llorar después el objeto de sus amores. Entretanto, el género y circunstancias particulares de la vida de cada uno, debieron influir de un modo bien diferente en sus composiciones: influjo el más desventajoso para las poesías de Camoëns, y el más favorable para las del Petrarca.

Éste vivió feliz, rico, estimado y buscado de los grandes, residiendo en las cortes o en una buena casa de campo, en el país más bello y civilizado del mundo; y cultivó las letras sosegadamente en los intervalos de los negocios. Camoëns, por el contrario, vivió pobre, perseguido, desterrado; y pasó la mejor parte de la vida lejos de su patria, por climas feroces, pudiendo apenas dar al estudio algunos momentos, substraídos a la tumultuosa ocupación de las armas, y acibarados con el disgusto de verse mal recompensado, y aun maltratado por sus ingratos compatriotas. Adviértase además que el Petrarca tuvo tiempo para corregir, perfeccionar y publicar él mismo sus poesías, lo que no sucedió a Camoëns. ¿Cuánto debemos, pues, ensalzar el ingenio de este poeta, cuando a pesar de tantas desventajas, observamos que él no es inferior, antes bien es superior al primer poeta que ha tenido la Italia en este género?

La imaginación de Camoëns fue fertilísima en sonetos. Aunque en la amplísima colección que se hizo sin discernimiento después de su muerte se encuentran algunos inferiores, que o no le pertenecen, o le fueron arrancados intempestivamente por la importunidad de sus amigos, es bien notable y digna de admiración la cantidad de sonetos excelentes y perfectos que hay allí y no consienten superioridad, además de otros muchos buenos que allí se hallan reunidos. La mayor parte de ellos son amatorios, llenos de gracia y delicadeza, o de una viva pasión. En general, ningún poeta supo conocer y desempeñar mejor el carácter de este pequeño poema; y sobre todo, ninguno tuvo mejor que él el don de imprimir su sensibilidad en los versos que salían de su corazón; versos que, aun ahora mismo, mueven profundamente en nosotros una tierna simpatía.

Sus canciones son conformes a las del Petrarca y de Bembo; y verdaderamente son admirables por la elegancia del lenguaje y por la armonía de los versos. Nadie conoció ni imitó la poesía del Petrarca mejor que Luis de Camoëns; y todavía me atreveré a decir que lo es superior en los pensamientos y en la descripción viva de las escenas de la naturaleza, pues las pinta como quien las había sabido sentir; cosa que ni la imaginación ni el arte pueden alcanzar.

En sus odas, no diré que se vea la impetuosidad de Píndaro o la valentía que se admira en algunas de las de Horacio; pero diré que también en ellas se encuentran las gracias felices que forman muchas veces el mérito del poeta latino, y que presentan a cada paso lugares de una gran belleza, tanto por la melodía de la poesía, como por la viveza de los sentimientos.

Las sextinas son una invención métrica de los Provenzales y una de las composiciones más difíciles por la disposición de los consonantes. En éstas se ve también el talento flexible de nuestro poeta, el cual quiso probar que no había género de poesía en que no aventajase. Ellas tienen la armonía musical propia para encantar nuestros sentidos y para producir en nosotros la impresión más agradable. Todos los que son capaces de sentir los encantos de la poesía, habrán observado que la estructura del verso, que es en cierto modo la parte mecánica de ella, tiene una correlación misteriosa con las sensaciones y afecciones de nuestra alma y con todo lo que habla a la imaginación.

Las penas del amor, la vida aventurera en regiones remotas y los crueles trabajos de Luis de Camoëns, debían inspirarle la poesía elegíaca y el deseo de imitar en ella a Propertio, Tibulo y Ovidio. Sin embargo, si comparamos sus elegías con las de estos tres poetas, no las hallaremos conformes a las reglas que ellos nos dejaron, porque el nuestro emplea algunas veces un estilo y un tono que convendrían mejor a la epístola. Pero en diversos lugares el tono, el estilo y los sentimientos son perfectamente elegíacos, y excita en nosotros el más fuerte y vivo interés, no sólo por la pasión y melancolía que respiran sus elegías, sino también por la contemplación de todo lo que sufría este hombre siempre infeliz.

Sus églogas merecen también particular atención por su mérito poético. En ellas, lo mismo que en las otras composiciones, se siente el calor de la pasión y de los sentimientos que las dictaban y animan. Es necesario saber y considerar que Camoëns se transforma en uno de los interlocutores, y representa con este disfraz varios incidentes de su vida y de la de otras personas entonces conocidas. En la primera, hecha a la muerte de su amigo D. Antonio Noroña, se ve el profundo sentimiento y dolor que le causó esta pérdida, y brilla el amor de su patria, que en todas ocasiones procura engrandecer, y el noble sentimiento del valor e independencia nacional; cosa que no se halla fuera de su lugar en esta composición, pues D. Antonio había muerto con las armas en la mano; y en esta égloga pasa a lamentar la muerte del príncipe D. Juan, heredero del reino, que murió en ese año; muerte que era una pérdida sensible para Portugal, pues dejaba un solo hijo en la infancia. El estilo, los pensamientos y sentimientos son de una gran belleza, y merece particular atención el tono elegíaco de los cantos fúnebres de Frondelio y Aonia, y su diferente versificación.

La última, que se compuso a la muerte de doña Catalina de Ataide, es del mayor interés; la tristeza y melancolía de los sentimientos nos mueve a participar de las penas que debía sentir el infelicísimo Camoëns por tan cruel golpe. Es imposible dejar de llorar aun hoy, al verlo oprimido con tan grande y penetrante pena, y al oírle exclamar:

Y vos ¡oh vida mía! pues curarme

Ya no podéis, dejadme juntamente,

Porque memoria tal pueda dejarme:

Aunque muero por ella alegremente.

No se olvidó Camoëns del estilo y géneros de la poesía nacional; pues de uno y otro nos dejó modelos bellísimos. Las redondillas que escribió después de su naufragio son una linda paráfrasis del salmo 136. Es imposible hacer cosa mejor en este género. Compuso también por el mismo estilo algunos cantares, motes, glosas, etc., que por la naturalidad de los pensamientos y por la dulzura y gracia del estilo, deben desarmar toda crítica.

El martirio de Santa Úrsula, rasgo épico, en que reunió todo lo que las leyendas decían sobre las once mil vírgenes, debe interesar a toda clase de lectores, tanto por las bellezas con que supo hermostearlo, como por el lenguaje verdaderamente poético en que está escrito.

Es, pues, bien extraño que nadie haya pensado hasta ahora en traducir estas poesías. Nosotros hemos sido los primeros que lo hemos intentado; tal vez no habremos sido en ellas muy felices, según lo cansados que estábamos de luchar incesantemente con las dificultades de toda especie que hemos tenido que vencer en la traducción de Los Lusíadas. Así es que las composiciones que en este tomo presentamos, no son precisamente las mejores del poeta, sino las que más fácilmente hemos podido acomodar a nuestro idioma. Quedan sin traducir algunas otras bellísimas, que deberán leer en el original los que quieran penetrarse bien del mérito de este fecundísimo escritor.

El poeta, que también conocía y hablaba perfectamente la lengua castellana, escribió en este idioma algunos sonetos, elegías, letrillas, etc., y también el monólogo de Aonia con que da fin a la égloga primera. No hemos podido menos de incluir en esta edición estas composiciones; pero para que no se confundan con las que nosotros hemos traducido, irán todas señaladas con una estrella o asterisco, así *.

D. LAMBERTO GIL

Nota

En cada soneto, elegía, égloga, etc., después de los números romanos que señalan el orden que aquella poesía tiene en esta colección, hay otros árabes que indican el lugar que dicha composición ocupa en las ediciones completas de Camoëns, hechas en Lisboa en los años 1779 y 1782.

Soneto I

Mientras quiso Fortuna que tuviese

Esperanza de hallar algún contento,

O placer de algún suave pensamiento,

Me hizo que sus efectos escribiese.

Pero temiendo Amor que aviso diese

Mi pluma al que tuviese el juicio exento,

Me obscureció el ingenio con tormento,

Para que sus engaños no dijese.

¡Oh vos, a quien Amor tiene en prisiones

De ajena voluntad! cuando leyereis,

En un volumen casos tan diversos,

Sabed que son verdades, no ficciones:

Y sabed que, según amor tuviereis,

Tendréis inteligencia de mis versos.

Soneto II

- 5 -

Con lazo indecoroso viví atado;

Vergonzoso castigo de mis yerros:

Y empiezo ahora a sacudir los hierros

Que a mi pesar la muerte ha quebrantado.

Sacrifiqué la vida a mi cuidado;

Que amor no quiere ovejas ni becerros:

Vi penas, vi miserias, vi destierros;

¡Páreceme que estaba así ordenado!

Contentéme con poco, conociendo

Que era el contentamiento vergonzoso,

Sólo por ver lo que era vivir ledó.

Mas mi estrella, que ahora ya la entiendo,

La muerte ciega, el paso peligroso,

Me hicieron de los gustos tener miedo.

Soneto III

- 7 -

El tiempo que de amor vivir solía,

No siempre andaba al remo aherrojado;

Sino que ahora libre, ahora atado,

En varias llamas variamente ardía.

El cielo riguroso no quería

En un fuego no más verme abrasado;

Ni que mudando causas al cuidado,

Mudanza hallase la ventura mía.

Y si algún poco tiempo andaba exento,

Era porque engañarme procuraba,

Por volverme a cansar con más aliento.

Loado sea amor en mi tormento;

Pues por recreo y diversión tomaba

El darme tan cansado sufrimiento.

Soneto IV

- 9 -

De mi estado me encuentro tan incierto,

Que en vivo ardor temblando estoy de frío;

Sin causa al mismo tiempo lloro y río,

Y es todo el mundo para mí un desierto.

Es todo cuanto siento un desconcierto;

Mi alma un volcán, mis ojos son un río:

Ahora espero, ahora desconfío,

Ahora desvarío, ahora acierto.

Estando en tierra al cielo voy volando;

Cada hora me es mil años, y de hecho

En mil años no encuentro un día u hora.

Si me pregunta alguno por qué así ando,

Digo que no lo sé; pero sospecho

Que es sólo porque a vos os vi, señora.

Soneto V

- 13 -

En un jardín cubierto de verdura

Y esmaltado de mil diversas flores,

Con la Diosa se halló de los amores,

La Diosa de la caza y la espesura.

Diana allí cogió una rosa pura;

La otra un lirio cogió de los mejores:

Pero excedían a las otras flores

Las violas en la gracia y hermosura.

Pregúntanle a Cupido, que allí estaba,

De aquellas flores cuál le parecía

La más suave, más pura y más hermosa.

Sonriéndose el muchacho replicaba.

«Hermosas son las tres, mas yo querría

la viola antes que el lirio y que la rosa.»

Soneto VI

- 14 -

Todo el mundo en la siesta reposaba,

Y su ardor sólo Liso no sentía;

Que el reposo del fuego en que él vivía,

Consistía en la Ninfa que buscaba.

Los montes parecía que ablandaba

Con las penas y angustias que decía;

Mas nada el duro pecho conmovía,

Que en la voluntad de otro puesto estaba.

Cansado ya de andar en la espesura,

A un álamo se acerca, y por venganza

Estos versos escribe en la corteza:

«Nunca pongan los hombres su esperanza

En pecho femenino, que de natura

Solamente en variar tiene firmeza.»

Soneto VII

- 19 -

Alma mía gentil que te partiste

De esta vida mortal tan brevemente,

Descansa allá en el cielo eternamente,

Y viva yo en la tierra siempre triste.

Si en el asiento etéreo a do subiste
Memoria de esta vida se consiente,
Nunca te olvides del amor ardiente
Que en mis ojos tan puro y firme viste.

Y si ves que algo puede merecerte
El inmenso dolor que me ha quedado
Del daño irreparable de perderte,
Ruega al Dios, que tus años ha abreviado,
que tan presto de aquí me llevo a verte
Cuan presto de mis ojos te ha quitado.

Soneto VIII
- 24 -

Aquella triste y leda madrugada,
Llena toda de pena y soledad,

Mientras haya en el mundo humanidad

Ha de ser por mis versos celebrada.

Sólo ella, cuando amena y matizada

Salía dando al mundo claridad,

De mí alejarse vio la voluntad

Que jamás ha de ser de mí apartada.

Sólo ella vio las lágrimas que fueron

De los ojos de entrambos derivadas

Y un ancho río al encontrarse hicieron.

Ella oyó las palabras lastimadas

Que al fuego mismo enfriar pudieron

Y dar paz a las almas condenadas.

Soneto IX

- 27 -

Males, que en mi ruina os conjurasteis,

¿Hasta cuándo tendréis tan duro intento?

Sin duda porque dure mi tormento,

Básteos cuanto ya me atormentasteis.

Mas si porfiáis así porque pensasteis

Derribarme de mi alto pensamiento,

Puede más la razón do lo sustento,

Que vos, que de ella misma el ser tomasteis.

Y por vuestra intención, dándome muerte,

Ha de acabar el mal de estos amores,

Dad ya fin a tormento tan cumplido.

Así de ambos igual será la suerte:

En vos, por acabarme vencedores;

En mí, porque acabé de vos vencido.

Soneto X

- 28 -

Se está la primavera retratando

En vuestra vista, deleitosa, honesta;

Y en esa cara bella y tan modesta

Se están rosas y lirios dibujando.

Vuestro rostro con gracia matizando

Natura, cuanto puede manifiesta;

Y el monte, el campo, el río, la floresta

Se están de voz, señora, enamorando.

Y si no queréis ahora que el que os ama

Pueda coger el fruto de estas flores,

Pierden toda su gracia vuestros ojos.

Porque poco aprovecha, linda dama,

Que Amor sembrase en vos solos amores,

Si vuestra condición produce abrojos.

Soneto XI

- 29 -

Siete años de pastor Jacob servía

Al padre de Raquel, serrana bella;

Mas no servía a él, servía a ella,

Que a ella sola por premio pretendía.

Los días, esperando el feliz día,

Pasaba, contentándose con vella;

Mas Labán cauteloso, en lugar de ella,

Faltando a su palabra, lo dio a Lía.

Él viendo que lo quitan con engaños

A la que tantos años ha que espera,

Como si no estuviera merecida,

Volvió a servir de nuevo otros siete años,

Y aun serviría más, si no tuviera

Para tan largo amor tan corta vida.

Soneto XII

- 30 -

Está el lascivo y dulce pajarito

Con su pico las plumas arreglando;

El verso sin medida, alegre y blando,

Entonando en el rústico arbolito.

El cazador crüel, al pobrecito

Se va con disimulo aproximando,

Y la veloz saeta disparando,

Lo arroja en un momento hasta el Cocito.

Así mi corazón, que libre andaba

(Como estaba de lejos destinado),

Donde menos temía ha sido herido.

Porque el flechero ciego me esperaba,

Por poderme coger bien descuidado,

En vuestros bellos ojos escondido.

Soneto XIII

- 34 -

Cuando el sol encubierto va mostrando

A la tierra su luz quieta y dudosa,

A orillas de una playa deliciosa

En mi enemiga estoy imaginando.

Aquí la vi el cabello concertando,

Allí la mano al rostro tan hermosa,

Aquí hablando festiva o pesarosa,

Ahora estando quieta, ahora andando.

Aquí estaba sentada, allí me vía

Alzando aquellos ojos tan exentos;

Aquí un poco agitada, allí segura.

Aquí afligida estaba; allí reía:

Y paso en tan cansados pensamientos

Este vano vivir, que siempre dura.

Soneto XIV

- 49 -

Ya es tiempo, ya, de que esta confianza

Vea que ha sido falsa su opinión;

Mas amor no se rige por razón,

Y así perder no puedo la esperanza.

La vida sí; que una áspera mudanza

No deja vivir tanto un corazón.

Sólo en la muerte está mi salvación:

Sí; mas quien la desea no la alcanza.

Indispensable es, pues, que espere y viva.

¡Ah dura ley de amor, que no consiente

Darle sosiego a una alma que es cautiva!

Si he de vivir, en fin, forzosamente,

¿Por qué busco la gloria fugitiva

Con que un esperar vano me atormente?

Soneto XV

- 50 -

Amor, con la esperanza ya perdida,

Tu soberano templo visité;

Y en señal del naufragio que pasé,

Colgué no los vestidos, mas la vida.

¿Qué más quieres de mí, pues destruida

Me ves toda la gloria que alcancé?

No pienses en rendirme, pues no sé

Volver a entrarme donde no hay salida.

He aquí la vida, la alma, la esperanza,

Dulces despojos de mi bien pasado,

Mientras lo quiso aquella que yo adoro.

Toma en ellas de mí plena venganza;

Y si te quieres ver aun más vengado,

Conténtente las lágrimas que lloro.

Soneto XVI

- 51 -

Apolo con las Musas entonando

Con su dorada lira, me influían

Con la suave armonía que movían

Cuando tomé la pluma, comenzando:

«Dichoso sea el día y hora, cuando

Tan delicados ojos me rendían:

Dichosos los sentidos, que sentían

Estar en su deseo traspasando.»

Así cantaba, cuando amor volvió

La rueda a la esperanza, que corría

Tan ligera, que casi era invisible.

Convirtióseme en noche el claro día;

Y si alguna esperanza me quedó,

Es de padecer más, si esto es posible.

Soneto XVII

- 55 -

Después de tantos días mal gastados,

Después de tantas noches mal dormidas,

Después de tantas lágrimas vertidas,

Tantos suspiros vanamente dados:

¿Cómo es que no estáis ya desengañados,

Deseos de vosotros homicidas,

Y no queréis curar esas heridas

Que hicieron el amor, el tiempo y hados?

Si no tuvierais ya larga experiencia

Del capricho de amor, a quien servistes,

Flaqueza fuera en vos la resistencia.

Mas, pues por vuestro mal sus daños vistes,

Que no los cura el tiempo ni la ausencia,

¿Qué bien esperáis de él, deseos tristes?

Soneto XVIII

- 60 -

¿Quién podrá libre ser, gentil señora,

Si os contempla con juicio sosegado;

Si el niño que de vista está privado

De vuestros ojos en las niñas mora?

Allí manda, allí reina, allí enamora,
Allí vive de todos venerado,
Pues vuestra gracia y rostro delicado
Son una imagen do el Amor se adora.

Quien ve que en blanca nieve nacen rosas,
Que crespos hilos de oro van cercando;
Si por entre otra luz la vista pasa,
Rayos de oro verá, que a las dudosas
Almas están el pecho traspasando,
Así como a un cristal el sol traspasa.

Soneto XIX
- 68 -

Dadme una ley, señora, de quereros,

Que la guarde so pena de enojaros,

Pues la fe que me obliga a tanto amaros,

Hará que quede en ley de obedeceros.

Todo me prohibid menos el veros

Y en lo interior de mi alma contemplaros,

Porque si así no llevo a contentaros,

Siquiera nunca llegue hasta ofenderos.

Y si esa condición crüel y esquiva

Que me deis ley de vida no consiente,

Dadme al menos, señora, ley de muerte.

Y si ni ésta me dais, justo es que viva,

Sin saber cómo vivo tristemente;

Mas al menos contento con mi suerte.

Soneto XX

- 69 -

Herido y sin remedio parecía

El fuerte y duro Télefo temido,

Por aquel que en el agua fue metido,

A quien cortar el hierro no podía.

Y cuando al dios Apolo le pedía

Consejo, para ser restituido,

Le respondió tornase a ser herido

Por quien antes lo hiriera, y sanaría.

Así es, señora mía, mi ventura;

Pues herido por veros claramente,

Con tornaros a ver amor me cura.

Pero es tan agradable esa hermosura,

Que soy como el hidrónico doliente,

Que bebiendo se aumenta su sed dura.

Soneto XXI

- 73 -

Suspiros inflamados que cantáis

La tristeza en que yo viví tan ledo,

Yo muero, mas no os llevo, pues he miedo

De que al pasar el Lete perezcáis.

Escritos para siempre ya quedáis

Donde os mostraran todos con el dedo

Como ejemplo de males, y bien puedo

Esperar que de ejemplo los sirváis.

Si veis en alguien largas esperanzas

De amor y de fortuna (cuyos daños

Tal vez parecen bienaventuranzas),

Le diréis que servisteis muchos años,

Y que en fortuna todo son mudanzas,

Y que en amor no se halla sino engaños.

Soneto XXII

- 74 -

Aquella fiera humana que enriquece

Su altiva y presuntuosa tiranía,

Con estas mis entrañas, donde cría

Amor un mal que falta cuando crece:

Si el cielo mostró en ella (cual parece)

Cuanto mostrar al mundo pretendía,

¿Por qué se injuria de la vida mía?

¿Por qué con darme muerte se ennoblece?

Sublimad ahora, en fin, vuestra victoria,
Señora, con vencerme y cautivarme,
Y haced de ella en el mundo larga historia:
Pues por mucho que os vea atormentarme,
Yo ya quedo logrando de la gloria
De ver que tenéis tanta en acabarme.

Soneto XXIII

- 77 -

El culto divinal se celebraba
En el templo, do toda criatura
Loaba al Hacedor, porque a su hechura
Con su Sagrada Sangre restauraba.
Allí el Amor, que al tiempo me aguardaba

En que creía mi alma más segura

Con una rara angélica figura,

De la razón la vista me asaltaba.

Creyendo que el lugar me defendía

De su libre costumbre (no sabiendo

Qué ningún confiado de él huía),

Dejéme cautivar; mas hora viendo,

Señora, que por vuestro me quería,

De haber vivido libre me reprendo.

Soneto XXIV

- 83 -

¿Qué llevas, muerte cruel? Un claro día.

¿A qué hora lo tomaste? Amaneciendo.

¿Entiendes lo que llevas? No lo entiendo.

¿Quién te lo hizo llevar? Quien lo entendía.

¿Quién goza su beldad? La tierra fría.

¿Cómo quedó su luz? Anocheciendo.

¿Qué dice Portugal? Queda diciendo...

¿Qué? Que digno no fue de tal María.

¿Mataste a quien la vio? Ya muerto estaba.

¿Qué discurre el Amor? Decidlo no osa.

¿Quién lo hizo enmudecer? Mi voluntad.

¿Ahora en la corte qué hay? Soledad brava.

¿Y qué queda que ver? Ninguna cosa.

¿Pues qué es lo que ha faltado? Esta beldad.

Ondeados hilos de oro reluciente,
Que ya con bella mano recogidos,
Ya sobre hermosas rosas extendidos,
Hacéis que su belleza se acreciente:

Ojos, que os agitáis tan blandamente,
En mil divinos rayos encendidos;
Si ausente me robáis alma y sentidos,
¿Qué haríais si me hallara a vos presente?

Honesta risa, que con tal lindeza
Entre coral y piedras aparece,
¡Oh! ¡Quién tu eco gentil y dulce oyese!

Si sólo al contemplar tanta belleza,
De regocijo el alma desfallece,

¿Qué hará cuando la vea? ¡Ah! ¡Quién la viese!

Soneto XXVI

- 88 -

Esfuerzo grande, igual al pensamiento;

Pensamientos en obras divulgados,

Y no en un pecho tímido encerrados,

Y deshechos después en lluvia y viento;

Ánimo de codicia baja exento,

Digno por esto de ínclitos estados;

Azote de los nunca bien domados

Pueblos de Malabar sanguinolento;

Gentileza de miembros corporales,

Ornados de púdica continencia,

Obra por cierto de celeste altura:

Estas virtudes raras y otras tales,
Dignas todas de homérica elocuencia,
Yacen debajo de esta sepultura.

Soneto XXVII

- 98 -

Si después de esperanza tan perdida,
Amor por algún caso consintiese
Que algún momento alegre yo tuviese,
Por cuantos tristes vi en mi larga vida:

Un alma ya tan flaca y tan caída,
Por más favorecida que se viese
No creo yo que disfrutar pudiese
De alegría tan tarde concedida.

No solamente Amor no me ha mostrado

Una hora en que viviese felizmente,

De cuantas en la vida me ha negado;

Sino que tanta pena me consiente,

Que además del contento, me ha quitado

El gusto de vivir alegremente.

Soneto XXVIII

- 104 -

Esos cabellos rubios y escogidos,

Que al áureo sol su ser están quitando;

Ese aire inmenso, donde naufragando

Están continuamente mis sentidos;

Esos furtados ojos tan fingidos,

Que mi vida y mi muerte están causando;

Esa divina gracia, que en hablando

Mis pensamientos deja confundidos;

Ese garboso andar, esa medida

Que a vuestro cuerpo da tal gentileza,

Esa deidad en tierra tan cumplida:

Muestren por fin piedad y no crueza;

Que son lazos que amor teje en la vida,

Siendo en mí sufrimiento, en vos dureza.

Soneto XXIX

- 106 -

Quien presume, señora, de loaros

Con discurso que bajo de divino,

De tanto mayor pena, será dino

Cuanto vos sois mayor al contemplaros.

No aspire ningún canto a celebraros,

Por más que sea raro o peregrino;

Que al ver vuestra belleza, yo imagino

Que sólo al cielo puedo compararos.

Dichosa esta alma vuestra, a quien quisisteis

Dar posesión de prenda tan subida,

Cual es la que benigna al fin me distéis.

Siempre la antepondrá a la misma vida:

Ésta estimar en menos vos me hicisteis,

Y antes que ésa la quiero ver perdida.

Soneto XXX

- 107 -

Moradoras gentiles, delicadas,
Del claro y áureo Tajo, que metidas
Os estáis en sus grutas escondidas,
Y con dulce reposo sosegadas:

Hora estéis en amores inflamadas,
En diáfanos palacios divertidas,
Hora en vuestro trabajo embebecidas,
Tejiendo telas de oro matizadas;

Volved de vuestros rostros la luz pura,
A vuestros bellos ojos consintiendo
Que lágrimas derramen de tristura,

Y con dolor más propio iréis oyendo
Las quejas que le doy a la Ventura,
Que con penas de amor me va siguiendo.

Soneto XXXI

- 109 -

Nuevos casos de amor, nuevos engaños,

Envueltos en lisonjas conocidas;

Del bien promesas falsas y escondidas,

Donde del mal se cumplen grandes daños;

¿Cómo no tomáis ya por desengaños

Tantos ayes y lágrimas perdidas,

Pues no basta una vida, ni mil vidas,

A tantos días tristes, tantos años?

Un nuevo corazón tener debía,

Con otros ojos menos fatigados,

Para volver a creer lo que os creía.

Andáis conmigo, engaños, engañados;

Y si no lo creéis, temed que un día

Habéis de ser vosotros los chasqueados.

Soneto XXXII

- 110 -

¿Dónde pondré mis ojos, que no vea

La causa do que nace mi tormento?

¿Dónde podré fijar mi pensamiento,

Que para mi descanso parte sea?

Ya sé cómo se engaña quien desea

En vano amor, leal, firme contento;

Pues en sus gustos, que lo son de viento,

Jamás se encuentra el bien que lisonjea.

Y además, sobre el claro desengaño,

Así me trae esta alma subyugada,

Que de él está pendiendo mi deseo.

Y voy de día en día, de año en año,

En pos de un no sé qué, y en pos de un nada,

Que cuanto más me acerco menos veo.

Soneto XXXIII

- 112 -

¿Qué loco pensamiento es el que sigo?

¿Tras qué vano cuidado voy corriendo?

¡Desgraciado de mí, que no me entiendo,

Ni lo que callo sé, ni lo que digo!

Peleo con quien trata paz conmigo;

Del que me va a ofender, no me defiendo;

De falsas esperanzas ¿qué pretendo?

¿Quién me hace de mí propio mal amigo?

¿Por qué, si nací libre, me cautivo?

Y pues lo quiero ser, ¿por que no quiero?

¿Cómo me engaño más con desengaños?

Si ya desesperé, ¿qué más espero?

Y si aun espero más, ¿por qué no vivo?

Si vivo, ¿por qué causa aquestos daños?

Soneto XXXIV

- 116 -

De acá, do solamente imaginaros

La rigurosa ausencia me consiente,

En alas del amor osadamente

El mal sufrido esprito va a buscaros;

Y si no recelase de abrasaros

En la llama voraz que por vos siente,

Quedara allá con vos, y a vos presente

Aprendiera de vos a contentaros.

Mas ya que a estar ausente está obligado,

Respetuoso y atento permanece

Al pie de vuestra imagen inclinado.

Y pues vos veis la fe que a vos ofrece,

Desde ahí volved la vista a su cuidado,

Y así le daréis más que no merece.

Soneto XXXV

- 118 -

No lleves, Nise, al monte tu ganado,

Que allí a Cupido vi que te buscaba,

Y a todos por ti sólo preguntaba,

Con rostro no apacible, sino airado.

Decía en alta voz que le has robado

Los mejores arpones de su aljaba,

Y con un dardo ardiente aseguraba

Que ha de pasar tu pecho delicado.

Huya de la fatal cruel aventura;

Pues, según contra ti lo vi furioso,

Tal vez te alcanzará su mano dura.

Mas en vano te advierto temeroso;

Que a tu gentil, magnífica hermosura

Se rindirá aun su dardo más furioso.

Soneto XXXVI

- 120 -

Tornad esa blancura a la azucena,

Ese color de púrpura a las rosas;

Tornad al sol las llamas luminosas

De esa vista, que a robos os condena.

Tornad a la suavísima Sirena,

De esa voz las cadencias deleitosas;

Y esa gracia a las Gracias, que quejosas

Están, porque la suya es menos buena.

Tomad a Citerea la belleza;

A Minerva el saber, ingenio y artes;

La pureza volvédsela a Diana;

Dejad de vuestros dones la grandeza:

Pues así quedará por todas partes

Vuestro ser sólo, que es ser inhumana.

Soneto XXXVII

- 121 -

De mil sospechas vanas se levantan

Trabajos y disgustos verdaderos.

¡Ah, los bienes de amor son hechiceros

Que con un no sé qué toda alma encantan!

Como Sirenas dulcemente cantan

Para engañar los tristes marineros,

Así me atraen los míos lisonjeros,

Y después con horrores mil me espantan.

Cuando pienso que llego a puerto o tierra

Tal viento se levanta en un instante,

Que de la misma vida desconfío.

Mas yo soy el que me hago mayor guerra,

Pues conociendo el -riesgo de un amante

Fiado a ondas de amor, de ellas me fío.

Soneto XXXVIII

- 123 -

¡Ah, señora!, la llaga que me hicisteis

No fue para curarse en sólo un día;

Porque creciendo va con tal porfía,

Que bien muestra el intento que tuvisteis.

De causar dolor tanto ¿no os dolisteis?

Mas si os dolierais, yo no penaría;

Pues ya con la esperanza me vería

De lo que ver en mí jamás quisisteis.

Los ojos, con que todo me robasteis,

Fueron causa del mal que estoy pasando,

Y hacéis como que nunca lo causasteis.

Mas yo me he de vengar: y ¿sabéis cuándo?

Cuando os vea quejar porque dejasteis

Irse a aquesta alma en ellos abrasando.

Soneto XXXIX

- 125 -

Señora, si el estar de vos ausente

Me libertara de un penar severo,

Sospecho que ofendiera lo que os quiero,

Olvidado del bien de estar presente.

Tras éste, luego siento otro accidente;

Y es ver que si de vida desespero,

No logro lo que viéndoos espero,

Y así estoy en mis malos diferente.

En esta diferencia, mis sentidos

Combaten con tan áspera porfía

Que me causan un mal, el más extraño.

Siempre entre sí los veo divididos,

Y si acaso concuerdan algún día,

Es porque se conjuran en mi daño.

Soneto LX

- 126 -

En brazos de su madre Amor estaba

Dormido, y tan hermoso, que movía

Al corazón más libre que lo vía,

Y aun a Venus de amores la mataba.

Ella lo vía atenta, y contemplaba

Cuántos estragos en el mundo hacía;

Mas el rapaz, soñando, lo decía

Que aquellos males ella los causaba.

Soliso, que, graduado en sus amores,

Supo más que los dos por su ventura,

Así aclaró la duda a los pastores:

«Si hieren siempre con herida dura

Del rapaz los ardientes pasadores,

Más hiere de la Madre la hermosura.»

Soneto XLI

- 127 -

De este terrestre caos los vapores
No pueden condensar las nubes tanto,
Que el claro sol no rompa el negro manto,
Mostrando sus vivísimos colores.

La esquiva ingratitude de los rigores
Es nube que se opone y dura, en cuanto
No nos convierte el cielo en triste llanto
Sus vanas esperanzas y favores.

Puede oponerse al cielo aquesta tierra,
Y estar el sol por horas eclipsado;
Mas no puede quedar obscurecido.

Y así aunque prevalezca vuestra guerra,
A pesar de las nubes, declarado

Ha de ser vuestro sol y obedecido.

Soneto XLII

- 129 -

Creed, deseo mío, pues ventura

En sus brazos ya os tiene levantado,

Que la bella razón que os ha engendrado,

El más dichoso fin os asegura.

Si aspiráis por osado a tanta altura,

No es espante el haber al sol llegado;

Porque es de águila real vuestro cuidado,

Que cuanto más lo sufre más se apura.

¡Ánimo, corazón!, que el pensamiento

Aun podrá hacerte mucho más glorioso,

Sin que respete tu merecimiento.

El que crezcas aún más, es ya forzoso,

Porque si antes de osado fue tu intento,

Ahora de atrevido es venturoso.

Soneto XLIII

- 132 -

Nunca en amor dañó el atrevimiento,

Pues la fortuna auxilia a la osadía;

Y siempre la encogida cobardía

Sirve de piedra al libre pensamiento.

Quien se eleva al sublime firmamento,

En él halla la estrella que lo guía;

Que el bien que encierra en sí la fantasía,

No es más que una ilusión que lleva el viento.

Se debe abrir el paso a la ventura;

Quien no se ayuda no será dichoso;

La suerte al comenzar sólo aprovecha.

Atreverse es valor, y no locura;

Perderá por cobarde el venturoso

Que os ve, si los temores no desecha.

Soneto XLIV

- 137 -

El hijo de Latona esclarecido,

Que consuela al nacer toda la gente,

Dio muerte a la Pitónica serpiente,

Que de mil muertes causa había sido.

Hirió con arco, y de arco fue herido,

Con punta aguda de oro reluciente:

En las Tesalias playas, dulcemente

Por Dafne la gentil se vio perdido.

No le pudo valer contra su daño

Saber, ni diligencias, ni respeto

De cuanto era celeste y soberano.

Si él no pudo librarse del engaño

De quien era tan poco en su respeto,

¿Me libraré de un ser que es más que humano?

Soneto XLV

- 139 -

Por cima de estas aguas, fuerte y firme

Iré adonde los hados lo ordenaran;

Pues por cima de cuantas derramaran

Aquellos ojos, pude acá venirme.

Ya llegado era el fin de despedirme,

Ya mil impedimentos se acabaran,

Cuando ríos de amor se atravesaran,

Para estorbarme el paso de partirme.

Pasélos con el ánimo obstinado

Con que la muerte inevitable, honrosa

Hace el vencido, ya desesperado.

¿Con cuál figura o rostro desusado

Puede hacer miedo ya la muerte odiosa,

A quien tiene a sus pies preso y atado?

Soneto XLVI

- 148 -

Si tanta gloria tengo con mirarte,

Es pena desigual dejar de verte:

Si presumo con obras merecerte,

Gran pago de un engaño es desearte.

Si por lo que eres quiero celebrarte,

Sé, por lo que yo soy, que he de ofenderte:

Si me quieres a mí mal, por bien quererte,

¿Qué premio querer puedo, más que amarte?

¿Por qué tu raro amor así difiere

El darme algún consuelo? ¡Oh dulce gloria,

Dichoso quien por ti morir pudiere!

Siempre escrita estarás en mi memoria;

Y esta alma vivirá, pues por ti muere;

Que al fin de la batalla es la victoria.

Soneto XLVII

- 150 -

¡Triste de mí! ¡que a un tiempo lloro y río!

¡Espero, temo, quiero y aborrezco!

Juntamente me alegro, y me entristezco;

Confío de una cosa, y desconfío.

Vuelo sin alas, ciego estoy y guío;

Menos alcanzo en lo que más merezco;

Hablo mucho mejor cuando enmudezco,

Y sin contradicción siempre porfío.

Háceseme posible lo imposible;

Intento con mudarme estarme quedo;

Usar de libertad y ser cautivo.

Querría visto ser, ser invisible;

Huyo de la red misma en que me enredo;

¡Tales son los extremos con que vivo!

Soneto XLVIII

- 153 -

Crió naturaleza damas bellas,

Que fueron de altos plectros celebradas;

De ellas tomó las partes más preciadas

Y a vos, señora, os dio la mejor de ellas.

Todas a vuestro lado son estrellas

Que así que os ven se quedan eclipsadas;

Mas, si tienen por sol esas rosadas

Luces del sol mayor, ¡felices ellas!

En perfección, en gracia, en gentileza,

Por un modo entre humanos peregrino,

Todo lo bello excede esa belleza.

¡Oh quién tuviera partes de divino

Para agradaros! Mas si la pureza

De amor vale ante vos, de vos soy dino.

Soneto XLIX

- 156 -

Si algún día la vista algo más suave

Acaso a mí volvéis, en un momento

Me siento con un tal contentamiento,

Que ya no tomo daño que me agrave.

Mas cuando con desdén esquivo y grave

El bello rostro me mostráis exento,

Siento tanto dolor, tanto tormento,

Que mucho viene a ser que no me acabe.

Pende mi vida, pues, pende mi muerte

Del volver de esos ojos, pues podéis

Con volverlos matarme o darme vida.

¡Feliz de mí, si quiere mi hado o suerte

Que o vida, para dárosla, me deis,

O muerte, para haber muerte querida!

Soneto L *

- 161 -

A la margen del Tajo en claro día,

Con rayado marfil peinando estaba

Natercia sus cabellos, y quitaba

Con sus ojos la luz al sol que ardía.

Soliso, que cual Clicie la seguía,

Lejos de sí, mas cerca de ella estaba:

Al son de su zampoña celebraba

La causa de su ardor, y así decía:

«Si tantas como tú tienes cabellos

Tuviera vidas yo, me las llevaras

Colgada cada cual del uno dellos.

De no tenerlas tú me consolaras,

Si tantas veces mil como son ellos,

En ellos la que tengo me enredaras.»

Soneto LI *

- 162 -

Por gloria tuve un tiempo ser perdido:

Perdíame de puro bien ganado;

Gané cuando perdí ser libertado;

Libre ahora me veo, mas vencido.

Vencí cuando de Nise fui rendido

Rendíme por no ser de ella dejado;

Dejóme en la memoria el bien pasado,

Paso ahora a llorar lo que he servido.

Servía al premio de la luz que amaba;

Amándola, esperábale por cierto;

Incierto me salió cuanto esperaba.

La esperanza se queda en desconcierto:

El concierto en el mal que no pensaba:

El pensamiento con un fin incierto.

Soneto LII *

- 163 -

Revuelvo en la incesable fantasía

Cuándo me he visto en más dichoso estado;

Si ahora que de amor vivo inflamado,

O cuando de su ardor libre vivía.

Entonces de esta llama solo huía,

Despreciando en mi vida su cuidado:

Ahora, con dolor de lo pasado,

Tengo por gloria aquello que temía.

Bien veo que era vida deleitosa

Aquella que lograba sin temores,

Cuando gustos de amor tuve por viento.

Mas, viendo hoy a Natercia tan hermosa,

Hallo en esta prisión glorias mayores,

Y en perderlas por libre hallo tormento.

Soneto LIII *

- 164 -

Las peñas retumbaban al gemido

Del mísero zagal, que lamentaba

El dolor, que a su alma lastimaba,

De un obstinado desamor nacido.

El mar que las batía, su bramido

Con los retumbos de ellas ayuntaba;

Confuso son el viento derramaba,

En cavernosos valles repetido.

«Responden a mi llanto duras peñas:

¡Ay de mí!-dijo-brama el mar y gime;

Los ecos suenan de tristeza llenos;

Y tú, por quien la muerte en mí se imprime,

De oír las ansias mías te desdeñas;

Y cuando lloro más, te ablando menos!»

Soneto LIV *

- 165 -

En una selva al despuntar del día

Estaba Endimión triste y lloroso,

Vuelto al rayo del Sol, que presuroso

Por la falda de un monte descendía.

Mirando al turbador de su alegría;

Contrario de su bien y su reposo,

Tras un suspiro y otro congojoso,

Razones semejantes le decía:

«Luz clara, para mí la más oscura,
Que con ese paseo apresurado,
Mi Sol con su tiniebla obscureciste;

Si allá pueden moverte en esa altura
Las quejas de un pastor enamorado,
No tardes en volver a do saliste.»

Soneto LV *
- 166 -

Orfeo enamorado, que tañía
Por la perdida Ninfa que buscaba,
En el Orco implacable donde estaba,
Con la arpa y con la voz la enternecía.

La rueda de Ixión no se movía,

Ningún atormentado se quejaba;

Las penas de los otros ablandaba,

Y todas las de todos él sentía.

El son pudo obligar de tal manera,

Que en dulce galardón de lo cantado,

Los infernales Reyes, condolidos,

Le mandaron volver su compañera:

Y volviola a perder el desdichado:

¡Con que fueron entrambos los perdidos!

Soneto LVI

- 174 -

¡Ah fortuna cruel! ¡Ah duros hados!

¿Cómo para mi daño así os mudasteis?

Con los cuidados vuestros me cansasteis,

Y ahora descansáis con mis cuidados.

Hicisteisme, probar gustos pasados,

Y vuestra condición allí probasteis:

Los males más sencillos me quitasteis,

Dándome en su lugar males doblados.

¡Dulces bienes de amor! ¡Mejor sería

No haberos visto nunca! ¡Oh bienes suaves!

Quien me deja sin vos, ¿por qué me deja?

Pero no te atormentes, alma mía,

Alma de alto caída en penas graves,

Que si amor vano fue, vana es la queja.

Soneto LVII

- 177 -

Cuando los ojos vuelvo a lo pasado,

De cuanto he hecho me hallo arrepentido:

Veo que todo el tiempo fue perdido,

Que todo empleo fue mal empleado.

Siempre a lo más dañoso aficionado,

De lo que me importaba distraído:

Del desengaño menos advertido,

Cuando de la esperanza más frustrado.

Los castillos que alzaba el pensamiento,

Al tiempo que más altos los erguía,

Los veía por tierra en un momento.

¡Qué erradas son tus cuentas, fantasía!

Pues todo para en muerte, todo en viento.

¡Triste el que espera! ¡Triste el que confía!

Soneto LVIII

- 178 -

Ya canté, ya lloré la dura guerra

Por amor sustentada tantos años.

Mil veces me vedó decir sus daños,

Porque no vea el que ama cuánto yerra.

Ninfas, por quien Castalia se abre y cierra,

Vos que hacéis a la muerte mil engaños,

Os suplico me deis bríos tamaños,

Para que diga el mal que amor encierra.

Para que quien tras él camina ardiente,

Vea en mis puros versos un ejemplo

Da cuánto en glorias prometidas miente.

Pues aunque en tal estado me contemplo,

Si en esto mi inspiráis alegremente

Consagraré mi lira a vuestro templo.

Soneto LIX

- 179 -

Mis venturosos placenteros días

Pasaron como rayo brevemente;

Los tristes marchan más pesadamente

Tras de las fugitivas alegrías.

¡Proyectos falsos! ¡Vanas fantasías!

¿Qué me podéis dar ya que me contente?

Ya de mi corazón la llama ardiente

El tiempo convirtió en cenizas frías,

Y hallo en ellas no más yerros pasados;

Que otro fruto no dio la mocedad,

A quien mi alma vergüenza y dolor debe.

También, hallo de toda la otra edad

Vanos deseos, lloros y cuidados;

Porque lo lleve todo el tiempo leve.

Soneto LX

- 180 -

¡Oh breves horas que viví contento!

Nunca me pareció, cuando os tenía,

Que un tiempo tan feliz se mudaría

En tan cumplidos años de tormento.

Las altas torres que fundé en el viento,

Llevó el viento, pues él las sostenía;
Del mal que me quedó la culpa es mía,
Que en cosas vanas hice el fundamento.

Amor con blandas muestras aparece,
Todo lo hace posible y lo asegura,
Mas luego a lo mejor desaparece.

¡Extraño mal! ¡Extraña desventura!
¡Por un pequeño bien que así fenece,
Aventurar un mal que siempre dura!

Soneto LXI
- 183 -

Céfalo por su Procris olvidaba
A Aurora que por él se desvivía,
A Aurora que principio era del día,
A al campo y flores su belleza daba.

Y como tan de veras él la amaba
Que todo por su amor lo dejaría,
Quiso saber si en ella él hallaría
Tan firme fe como ella en él hallaba.

Muda, pues, rostro y traje, y con engaño
Crecido premio pónese delante:
A su fe falta Procris y consiente.

¡Oh sutil invención para su daño!
¡Ved qué ardides inventa un ciego amante,
Para vivir llorando eternamente!

Soneto LXII
- 184 -

Por Céfalo se vio Procris hermosa

Sorprendida en el crimen consentido,

Y comenzó a huir de su marido,

No sé si por astuta o vergonzosa.

Porque él, sufriendo la pasión celosa,

Ciegamente arrastrado por Cupido,

En pos de ella se fue como un perdido,

Perdonando la culpa criminosa.

Póstrase ante la Ninfa endurecida,

Que del coloso engaño está agraviada,

Pidiendo lo perdone por su vida.

¡Oh fuerza de afición desatinada!

¡De culpa que contra él fue cometida,

Perdón pide a la parte que es culpada!

Soneto LXIII

- 186 -

Los ojos, donde el casto amor ardía,

Contento al verse en ellos abrasado;

El rostro, do con brillo desusado

Purpúreas rosas sobre nieve había;

La cabellera, a quien el sol tenía

Envidia, porque él no era tan dorado;

La blanca mano, el cuerpo bien formado,

Yace aquí convertido en tierra fría.

La hermosura más bella en tierna edad,

Cual flor que anticipada fue cogida,

Con su mano arrancó la muerte dura.

Pues ¿cómo Amor no muere de piedad,

No de ella, que ha pasado a ilustre vida,

Mas de sí, que ha quedado en noche oscura?

Soneto LXIV

- 202 -

¿Cómo merecí yo tal pensamiento,

De ser humano nunca merecido?

¿Cómo merecí yo quedar vencido

Cuando tanto me honraba el vencimiento?

En gloria se convierte mi tormento

Cuando viéndome estoy tan bien perdido,

Pues no fue tanto mal ser atrevido

Como fue gloria el mismo atrevimiento.

Vivo sólo, mi bien, de contemplaros,

Y pues esta alma tengo tan rendida,

En lágrimas deshecho acabaré.

Y no me ha de hacer, no, dejar de amaros

El miedo de perder por vos la vida,

Porque por vos mil veces la daré.

Soneto LXV

- 203 -

De frescas arboledas rodeadas

Están las puras aguas de esta fuente;

Hermosas Ninfas les están enfrente,

A vencer o matar acostumbradas.

Andan contra Cupido levantadas

Sus gracias, que no hay nadie que las cuente:

Olvidando otro valle, otra corriente,

Aquí pasan la vida sosegadas.

Juntó Amor su poder y su valía,

Pues no pudo sufrir tamaño exceso,

Y quiso verse de ellas bien vengado.

Mas las vio, y conoció que no podía

Librarse de ser muerto o quedar preso;

Y se quedó con ellas desarmado.

Soneto LXVI

- 204 -

En brazos de un Silvano, adormeciendo

Se estaba aquella Ninfa que yo adoro,

Pagando con su boca el dulce lloro,

Que a mis ojos los ha ido obscureciendo.

¡Oh bella Venus! ¿Cómo estás sufriendo

Que la mayor belleza de tu coro

En tan bajo poder pierda el decoro,

Que a mérito mayor se está debiendo?

Yo deduciré, pues, por consecuencia,

Que si tal extrañeza permitiste,

En ti no puede haber cosa segura.

Y ya que de aquel rostro la excelencia

A un monstruo tan disforme concediste,

No creo que hay Amor, sino Ventura.

Soneto LXVII

- 205 -

Quien dice que es Amor vano, engañoso,

Falso, ingrato, falaz, desconocido,

No hay duda que tendrá bien merecido

Que le sea crüel y riguroso.

Amor es blando, es dulce y es piadoso,

Y el que otro diga no sea creído;

Por ciego apasionado sea habido,

A los hombres y dioses enojoso.

Los males que hace Amor en mí se ven;

En mí, mostrando todo su rigor,

Quiso al mundo mostrar cuánto podía.

Pero como sus iras son de amor,

Todos sus malos son un puro bien,

Que yo por ningún otro trocaría.

Soneto LXVIII *

- 213 -

Los ojos que con blando movimiento

Al pasar enternecen la alma mía,

Si detener pudiera sólo un día,

Pudiera bien librarla de tormento.

De este tan amoroso sentimiento

El importuno mal se acabaría;

O tal vez su accidente crecería

Para acabar la vida en un momento.

¡Oh, si ya tu esquivez me permitiese

Que al ver, oh Ninfa, tu semblante hermoso,

A manos do tus ojos yo muriese!

¡Oh, si los detuvieras! ¡Cuán dichoso

Sería aquel momento en que me viese

Vida en ellos cobrar, cobrar reposo!

Soneto LXIX *

- 214 -

¿No bastaba que amor puro y ardiente

Por términos la vida me quitase,

Mas que la muerte así se apresurase

Con un deshumanísimo accidente?

No pretendió mi alma, aunque lo siente,

Que el riguroso curso se atajase,

Porque nunca morir se experimentase

Desamado el que amó tan dulcemente.

Mas vuestra voluntad tan poderosa,

Con esas gracias vuestras, ordenaron

Crueldad así imposible, o nunca oída.

Aquel frío desdén, y la amorosa

Furia, de un golpe solo me quitaron

Con dos contrarias muertes una vida.

Soneto LXX *

- 215 -

Ayúdame, señora, a ser venganza

De tal selvatiquez, de tal rudeza,

Pues de mi poquedad, de mi bajeza,

Osado a ti elevaba la esperanza:

A esa tu perfección que no se alcanza,

A esas sublimes cumbres de belleza

Donde una vez llegó naturaleza,

Mas de volver perdió la confianza.

Aquello que en ti miro contemplando,
Que apenas contemplarlo me consiente,
Contemplándolo más, menos lo espero.

Si gloria de mi pena en ti se siente,
Derrama en mí tus iras desamando;
Que al ofenderme más, yo más te quiero.

Soneto LXXI *
- 216 -

¡Oh claras aguas de este blando río,
Que, en vos al natural estáis pintando
El frondífero adorno con que alzando
Se va a los cielos este bosque umbrío!

Así las lluvias, así el austro frío

Jamás puedan veniros enturbiando;

Que os vais del seco estío preservando,

Con socorremos de este llanto mío.

Y cuando en vos Marfisa se mirare,

Mi figura, cual veis desfallecida,

Ante sus claros ojos puesta sea.

Y si por mí de vos los apartare,

De verme allí mostrándose ofendida,

En pena de no verme, no se vea.

Soneto LXXII *

- 217 -

Mil veces entre sueños tu figura,

Oh bella Ninfa, claramente veo,

Y cuando más la miro, más deseo

Gozar libre de sueños su hermosura.

En tanto que este dulce engaño dura,

Vivo en la vana gloria que poseo;

Mas cuanto allí se eleva mi deseo,

Viene a caer despierto en sombra oscura.

Duéleme el despertar por contemplarte;

Que si bien sé, te huelgas de no verme,

Huélgome de ser ciego por mirarte.

Mas si quiero de engaños mantenerme

Y tú quieres me pierda por amarte,

Sin gran ganancia no podré perderme.

Soneto LXXIII *

- 219 -

Si el fuego que me enciende, consumido

De algún más suelto Acuario ser pudiese;

Si el alto suspirar se convirtiese

En aire por el aire desparcido:

Si un horrible rumor siendo sentido

La alma a dejar el cuerpo redujese;

O por estos mis ojos al mar fuese

Este mi cuerpo, en llanto convertido:

Nunca podría la fortuna airada,

Con todos sus horrores, sus espantos,

Derrocar la alma mía de su gloria;

Porque en vuestra beldad ya transformada,

Ni del Estigio lago eternos llantos

Os podrían quitar de mi memoria.

Soneto LXXIV *

- 222 -

¡Ay! ¿quién dará a mis ojos una fuente

De lágrimas que manen noche y día?

Respirara siquiera el alma mía

Llorando lo pasado y lo presente.

¡Quién me viera apartado de la gente,

De mi dolor siguiendo la porfía,

Con la triste memoria y fantasía

Del bien por quien mal tanto así se siente!

¿Quién me dará palabras con que iguale

El duro agravio que el amor me ha hecho,

Donde tan poco el sufrimiento vale?

¿Quién me abrirá profundamente el pecho,

Do está escrito el secreto que no sale

Con tanto dolor mío a mi despecho?

Soneto LXXV *

- 223 -

Con razón os vais, aguas, fatigando

Por llegar do seréis bien recibidas

Y en aquel mar inmenso convertidas

Que ya de tantos días vais buscando.

¡Triste de aquel que siempre anda llorando,

Las vanas esperanzas ya perdidas,

Y con dolor las lágrimas vertidas

Nunca al fin pretendido van llegando!

Vosotras sin traer derecha vía

Al término llegáis tan deseado,

Por más que os embarace el gran rodeo.

Más yo, siempre afligido, noche y día

Por un camino que no llevo errado,

Jamás puedo llegar donde deseo.

Soneto LXXVI *

- 224 -

¡Oh! ¡cese ya, Señor; tu dura mano

No llegues tanto al cabo con mi vida!

Baste el estar por ti tan consumida,

Que ya no se halla en ella lugar sano.

¡Ay extraña hermosura! ¡Ay deshumano

Hado, a que nunca puedo hallar salida!

Si tú de tu piedad no eres movida,

Roto el hilo vital verás temprano.

Un blando desamor, un amor blando,

Bien basta para un hombre tan perdido

Que de su mal ningún remedio espera.

Y si estimas en poco el ver cuál ando,

Aquí me tienes ante ti rendido.

¡Viva tu gusto, mi esperanza muera!

Soneto LXXVII *

- 225 -

Dulces engaños de mis ojos tristes,

¡Cuán vivo despertáis mi pensamiento!

Aquello que pudiera dar contento

En sombra de pintura lo volvistes.

De blando sobresalto enterrecistes,

Con vista arrebatada el sentimiento;

Mas no le asegurastes un momento

A aqueste vano bien que le ofrecistes.

Veo que la figura era fingida,

Y no aquella que en sí mi alma esconde,

Aunque en ésta se llega al natural.

Así escucha mi llanto, así responde,

Así se condolece de mi vida,

Como si fuera el propio original.

Soneto LXXVIII *

- 226 -

¡Cuánto tiempo ha que lloro un día triste

Como si alguno alegre yo esperara!

¿Cómo, oh Tajo, al pasar esa tu clara

Agua, no la alteraste y no me hundiste?

El paso me cerraste, el pecho abriste.

¡Oh mi ventura de mi bien avara!

Adiós, montañas, de hermosura rara;

Adiós, mi corazón, que no partiste.

Si adonde quedas en dichosa suerte

No bebieras las aguas del olvido,

En tanto bien no quieras olvidarme.

Cantando mi dolor llora mi muerte;

Porque hasta el hueco monte sin sentido

Suelta su ronca voz por consolarme.

Soneto LXXIX

- 227 -

Tájides mías, levantad la frente,

Dejando vuestras sombras deliciosas;

Dorad el valle umbroso y frescas rosas,

Y del frondoso monte la pendiente.

Quede de vos un poco el río ausente;

Cesen ahora las liras numerosas;

Cese vuestro loor, Ninfas hermosas;

Cese de vuestro Tajo la corriente.

Venid, ved a Teodosio, el grande y claro,

A quien está ofreciendo mayor canto

Con cítara dorada el rubio Apolo.

Minerva del saber le da el don raro;

Palas le da el valor de más espanto;

Y la Fama lo hace ir de polo a polo.

Soneto LXXX

- 229 -

¡Alma gentil, que a firme eternidad

Subiste clara y valerosamente!

Quedará aquí de ti perpetuamente

Fama, nombre, loor, celebridad.

No sé si es más espanto en tal edad

Hacer que envidia tu valor la gente,

O el conseguir que un pecho de serpiente

A lástima se mueva y a piedad.

Envidiosas de ti veo mil suertes;

La mía más que todas envidiosa,

Pues a tu mal el mío así igualaste.

¡Oh dichoso morir! ¡Suerte dichosa!

Lo que otros no consiguen con mil muertes

Tú con sola una muerte lo alcanzaste.

Soneto LXXXI

- 233 -

¡Mal que de tiempo en tiempo vas creciendo,

Quien te viese de un bien acompañado,

Pasaría la vida descansado,

Sin temer de la muerte el rostro horrendo!

Si los cuidados fuera convirtiendo

En suspiros, que dan otro cuidado,

¡Oh, cuán prudente, oh, cuán afortunado

Corona de laurel fuera tejiendo!

Tiempo es ya de olvidar vanos contentos

Y también la esperanza que ha pasado,

Y de que triunfen nuevos pensamientos.

La fe, que en la alma viva me ha quedado,

De fin ya a los caducos sentimientos,

A que el pasado bien se ha condenado.

Soneto LXXXII

- 247 -

¡Dichosas almas, que ambas juntamente

A do están Venus y el Amor volasteis;

Donde un bien, que tan poco acá lograsteis,

Estáis logrando ahora eternamente!

Aquella feliz vida y excelente,
Que sólo por ser corta triste hallasteis,
Por otra más contenta ya trocasteis,
Donde sin sobresalto el bien se siente.

¡Ay de aquel que aquí vive rodeado
De la amante fineza de un tormento
Que le turba la gloria más crecida!

¡Ay de mí, a quien no basta el sufrimiento,
Y por daño mayor amor me ha dado
Para tan duro mal tan larga vida!

Soneto LXXXIII
- 248 -

Contento viví ya, viéndome exento
De aquel mal de que a muchos quejar vía:

Llámanlo amor; mas yo lo llamaría

Discordia, sinrazón, guerra y tormento.

Me engañó con el nombre el pensamiento.

¿Quién con tal nombre no se engañaría?

Ahora tal estoy, que temo un día

En que venga a faltarme el sufrimiento.

Con desesperación y con deseo

Me paga lo que estoy por vos pasando,

Y aun está de mi mal, mal satisfecho.

Pues sobre tantos daños, en vos veo,

Para darme otros mil un mirar blando,

Y para no aliviarme un duro pecho.

Soneto LXXXIV

- 251 -

Quejosos vi de Amor mil namorados,

Mas no vi quien cantase sus loores;

Pues aquel que más llora el mal de amores,

Es el que menos huye sus cuidados.

Si de penas de amor sois maltrastados,

¿Por qué buscáis a amor y sus dolores?

Y si los tenéis a éstos por favores,

¿Por qué de ellos habláis como agraviados?

No busquéis en amor dicha ninguna,

Porque él lleva consigo la tristeza,

Aunque la suerte sea favorable.

Siempre se encuentra en él igual fortuna;

Pues jamás ha tenido otra firmeza

Que la de ser en todo muy mudable.

Soneto LXXXV

- 254 -

En una cueva, triste, tenebrosa,

Adonde bate el mar con furia brava,

Sobre la mano el rostro vi que estaba

Una Ninfa gentil, mas cuidadosa.

Linda, pero igualmente lastimosa,

Aljófar de sus ojos destilaba;

Y la mar sus furores aplacaba

Al ver cosa tan triste y tan hermosa.

Hacia las duras peñas revolvía

Aquellos bellos ojos, con blandura

Bastante a deshacer tanta dureza.

Y con voz celestial así decía:

«¡Ay, que a veces más falta la ventura

En donde sobra más naturaleza!»

Soneto LXXXVI

- 259 -

¡Hermosos ojos, que cuidado dais

Aun a la luz del sol tan clara y pura,

Y su brillante espléndida hermosura

Con tanta gloria vuestra atrás dejáis!

Si porque son tan bellos despreciáis

Al tierno y fino amante que os procura,

Ya que todo lo veis, ved que no dura

El vuestro resplandor cuanto pensáis.

Coged, coged del tiempo fugitivo

Y de vuestra belleza el dulce fruto:

¡Fuera de tiempo en vano es deseado!

Y a mí, que por vos muero y por vos vivo,

Haced que el amor pague su tributo,

Contento por haberlo a vos pagado.

Soneto LXXXVII *

- 260 -

Pues siempre sin cesar, mis ojos tristes,

En lágrimas tratáis la noche, el día,

Mirad si es lágrima esta que os envía

Aquel Sol por quien vos tantas vertistes.

Si vos me aseguráis, pues ya las vistas,

Que es lágrima será ventura mía;

Por empleadas bien desde hoy tendría

Las muchas que por ella sola distes.

Mas cualquier cosa mucho deseada

Aunque viéndose esté nunca es creída,

Y menos ésta nunca imaginada.

Pero de ella aseguro, si es fingida,

Que basta ser por lágrima enviada,

Para que sea por lágrima tenida.

Soneto LXXXVIII

- 265 -

Dulce contento mío ya pasado,

En quien mi bien y dicha consistía,

¿Quién me quitó tu dulce compañía

Y me dejó de ti tan separado?

No pensaba yo verme en este estado,

En las pasadas horas de alegría,

Cuando mi feliz suerte consentía

Que de engaños viviese alimentado.

Mas mi fortuna cruel, áspera y dura,

En mí causó tan grande perdimiento,

Y no me fue posible precavella.

No se engañe ninguna criatura,

Que nada vale humano valimiento

Si en perseguirlo da su cruel estrella.

Soneto LXXXIX *

- 272 -

Sospechas que, en mi triste fantasía

Puestas, hacéis la guerra a mi sentido,

Volviendo y revolviendo el afligido

Pecho, con dura mano noche y día:

Ya se acabó la resistencia mía;

Y a la fuerza del alma ya rendido,

Vencer de vos me dejo, arrepentido

De haberos contrastado en tal porfía.

Llebadme a aquel lugar tan espantable,

Que por no ver mi muerte allí esculpida,

Cerrados hasta aquí tuve los ojos.

Las armas pongo ya, que concedida

No es tan larga defensa al miserable;

Colgad en vuestro carro mis despojos.

Soneto XC

- 277 -

Cuando quiso el Amor que yo adorase

Esa gran perfección y gentileza,

Al punto decretó que la crudeza

De vuestro corazón se acrecentase.

Determinó que nada me apartase,

Ni el disfavor crüel, ni la aspereza,

Y en esta mi rarísima firmeza

Toda vuestra altivez se desahogase.

Y puesto que tenéis aquí ofrecida

Esta alma vuestra a vuestro sacrificio,

Saciad del todo vuestra voluntad.

No le alarguéis, señora, más la vida;
Pues morirá cumpliendo con su oficio,
Defendiendo su fe y su lealtad.

Soneto XCI
- 279 -

Yendo un triste pastor todo embebido
En sombras de su dulce pensamiento,
Estas quejas le daba al leve viento
Con suspirar del corazón salido:
«¿A quién me quejaré ciego, perdido,
Pues en las piedras no hallo sentimiento?
¿Con quién hablo, a quién digo mi tormento,
Si do más llamo, soy menos oído»

«¿Por qué, graciosa Ninfa, no respondes?

¿Por qué el mirarme tanto me encareces?

¿Por qué oír siempre quieres mi querella?

«Cuanto yo más te busco, más te escondes;

¡Cuanto más malo estoy, más te endureces:

Crece con mi afición la causa de ella!»

Soneto CXII *

- 283 -

El vaso reluciente y cristalino,

De ángeles, agua clara y olorosa,

De blanda seda ornado y fresca rosa,

Ligado con cabellos de oro fino:

Bien claro parecía el don divino,

Labrado por la mano artificiosa

De aquella blanca ninfa graciosa,

Más que el rubio lucero matutino.

Nel vaso vuestro cuerpo se figura,

Rajado de los blandos miembros bellos,

Y en el agua vuestra ánima tan pura:

La seda es la blancura, y los cabellos

Son las prisiones y la ligadura

Con que mi libertad fue asida de ellos.

Soneto XCIII

- 292 -

Cuando Febo los montes encendía

Con celeste y brillante claridad,

Por conservar su intacta castidad

Delia cazando el tiempo entretenía.

Venus, que de cierto hurto descendía
Con que cautivó a Anquises su beldad,
Viendo en Diana tanta honestidad
Como burlando de ella le decía:

«Tú con tus redes vas por la espesura
Los ciervos fugitivos enredando;
Mas las mías enredan el sentido.»

«Más vale -respondió la diosa pura-
En las redes los ciervos ir tomando,
Que el que te coja en ellas tu marido.»

Soneto XCIV
- 297 -

Fortuna me ha traído a tal estado,

Y me tiene a sus plantas tan rendido,

Que ya no he que perder de tan perdido,

Ni tengo que mudar de tan mudado.

Para mí todo el bien ya se ha acabado;

Desde hoy doy el vivir por ya vivido;

Porque donde es el mal tan conocido,

También el vivir más será excusado.

Si me basta el querer, la muerte quiero:

Que otra esperanza a mí no me conviene;

Y así curaré un mal con otro mal.

Y pues tan poco bien del bien espero,

Puesto que otro remedio el mal no tiene,

No me culpen si quiero alivio tal.

Soneto XCV

- 235 -

¿Cómo puedes ¡oh ciego pecador!

Estar en tus errores tan contento,

Sabiendo que esta vida es un momento

Que se marchita como tierna flor?

No pienses, no, que el justo Juzgador

Ha de dejar tus culpas sin tormento,

O que no ha de llegar el tiempo lento

Del día de horrendísimo pavor.

No gastes días, horas, meses, años

En seguir de tus daños la amistad,

De que nacen después mayores daños.

Y pues de tus engaños la verdad

Conoces, deja ya tantos engaños,

Pidiendo a Dios perdón con humildad.

Soneto XCVI

- 243 -

¡Oh arma gloriosísima y triunfante,

Baliarte feliz de nuestras vidas,

Por quien fueron ganadas las perdidas

Con que el Tártaro horrendo estaba ovante!

Sigan a esta bandera militante,

Por quien tantas victorias son habidas,

Tantas almas que, ciegas y perdidas,

Van errando en Poniente y en Levante.

¡Árbol sublime, planta matizada

De blanco carmesí, de oro embutida,

De preciosos rubíes esmaltada,

De tan claros trofeos guarnecida!

Muerte a la misma vida en ti fue dada,

Porque a la muerte en ti se diese vida.

Paráfrasis del salmo CXXXVI
Super flumina babilonis, etc.

Sobre los ríos que van

Por Babilonia, me hallé,

Donde sentado lloré

Por los que en Sión están

Y por cuanto allí pasé.

Allí un río permanente

Mis ojos han destilado,

Y despacio he comparado

Babilonia al mal presente,

Sión al tiempo pasado.

Los contentos precedentes

A mi alma se presentaran,

Y los objetos ausentes

Se me hicieron tan presentes

Como si nunca pasaran.

Cual si hubiera despertado

Vi, y lloré lleno de horror,

Este sueño imaginado:

Vi que todo bien pasado

No es gusto, sino dolor.

Yo vi que todos los daños

Nacían de las mudanzas,

Las mudanzas de los años;

Vi cuán enormes engaños

Producen las esperanzas.

Vi que lo que más conviene

Poquísimo tiempo dura;

Vi cuán aprisa el mal viene,

Vi cuán triste estado tiene

Quien se fía de ventura.

Vi que el bien más especial

Nunca se aprecia mejor

Que cuando el mal es mayor;

Vi al bien suceder el mal

Y al mal lo que es mucho peor.

Vi con notable trabajo

Comprar arrepentimiento;

Vi que nadie está contento,

Y a mí me vi cabizbajo

Dando mil quejas al viento.

Un río es el recio llanto

Con que baño este papel;

Parece cosa bien crüel

Verme en medio del espanto

Y confusión de Babel.

Como hombre que para ejemplo

Del peligro en que se halló,

Cuando la guerra dejó

En las paredes del templo

Todas sus armas colgó;

Así después que observé

Que el tiempo todo lo acaba,

Tan afligido quedé,

Que en los árboles colgué

La flauta con que cantaba.

Colgué la flauta, que leda

Hizo mi vida pasada,

Diciendo: «Música amada,

Déjoos en esta arboleda

En memoria consagrada.

»¡Flauta mía, que tañendo

Los montes hacíais ir

Adonde estabais, corriendo,

Y el agua que se iba huyendo

Volvías a hacer subir:

Ya nunca os escucharán

Los tigres que se amansaban,

Y las reses que pastaban

De las hierbas se hartarán

Que por otros dejaban.

»Ni en rosas tan dulcemente

Transformaréis los abrojos

En el prado floreciente,

Ni detendréis la corriente,

Y más si es la de mis ojos.

No moveréis la espesura,

Ni podréis atrás volver

La fuente corriente y pura,

Pues no pudisteis mover

El rigor de mi ventura.

»Os quedaréis ofrecida

A la fama, flauta bella!

¡Flauta de mí tan querida!

Pues mudándose la vida

Se mudan los gustos de ella.

Hay para la mocedad

Sus gustos acomodados;

Luego en la mayor edad

Se siente la vanidad

De los placeres pasados.

»El placer que ahora se alcanza,

Mañana ya no lo veo:

Así nos trae la mudanza,

De esperanza en esperanza

Y de deseo en deseo.

Mas en vida tan escasa

¿Qué esperanza será fuerte?

¡Flaqueza de humana suerte!

¡Cuanto de la vida pasa

Nos va acercando a la muerte!

»Mas quede en esta espesura

El canto de mocedad,

Porque la gente futura

No crea obra de la edad

Lo que es fuerza de ventura.

Que ni el tiempo, ni el espanto

De ver cuán ligero pase,

Nunca en mí pudieron tanto,

Que aunque interrumpiese el canto,

La causa también dejase.

»Mas en tristeza, en enojos,

En gusto, en contentamiento,

En sol, en nieve y en viento,

Tendré presente a mis ojos

Por quien muero tan contento.»

Así la flauta dejaba,

Despojo de mí querido,

En el sauce que allí estaba,

Que por trofeo quedaba

De quien me había vencido.

Pero la antigua pasión

Que esclavo me conservaba,

Me preguntó a la sazón

Dónde la música estaba

Que yo cantaba en Sión;

Y en qué paró aquel cantar
Del mundo tan celebrado;
Por qué lo dejé de usar,
Pues siempre ayuda a pasar
Cualquier trabajo pesado.

Canta el caminante ledo
Por el camino fragoso,
Armándose de denuedo;
Y de noche, el temeroso
Cantando refrena el miedo:
Canta el preso dulcemente,
Los duros grillos tocando:
Canta el segador ardiente;
Y el trabajador cantando
Menos el trabajo siente.

Yo que estas cosas sentí

En mi alma de dolor llena,

«¿Cómo dirá -respondí-

Quien ajeno está de sí

Dulce canto en tierra ajena?

¿Cómo ha de poder cantar

Quien con llanto baña el pecho?

Y si el que ha de trabajar

Canta por no se cansar,

El descanso yo desecho.

»Pues no sería razón

Que por mucho que penase,

Para ablandar la pasión,

En Babilonia cantase

Los cánticos de Sión.

Y así aun cuando la esperanza

De mi corazón quebrante

Esta vital fortaleza,

Moriré antes de tristeza

Que por mitigarla cante.

»Que si el fino pensamiento

En la tristeza consiste,

No tengo miedo al tormento;

Pues morir de puro triste

Será mi mayor contento.

Ni en la flauta cantaré

De mis trabajos la suma,

Ni menos la escribiré;

Pues se cansará la pluma,

Y yo no descansaré.

Que si una tan corta vida

Se acrecienta en tierra extraña

Sin que el amor se lo impida,

No debe pluma atrevida

Escribir pena tamaña.

Pero si para explicar

Lo que siente el corazón

La pluma se ha de cansar,

No se canse de volar

La memoria hacia Sión.

»¡Tierra bienaventurada!

Si por yerro o por descuido

De mi alma eres apartada,

Quede mi pluma entregada

A duro y perpetuo olvido.

La pena de este destierro,

Que quiero ver esculpida

En piedra o en duro hierro,

Esa nunca será oída,

En castigo de mi yerro.

»Y si yo cantar quisiere

En Babilonia sujeto,

En tanto que no te viere,

Cuando la lengua moviere

Quede mi voz sin efeto.

Al paladar se me pegue

La lengua, pues te perdí,

Si mientras viviere así

Llega un día en que te niegue,

O en que me olvide de ti.

»A aquella patria de gloria,

De luz, de magnificencia,

Es a do aspira mi esencia;

Pues si no está en mi memoria,

Está en mi reminiscencia.

Que aunque es de saber escasa

Nuestra alma, si la ilumina

Dios con celeste doctrina,

Se eleva desde su casa

Hasta la patria divina.

»No es, pues, de la falsedad

De la tierra de do vienes,

Alma mía; pues provienes

De aquella santa ciudad

Do se hallan todos los bienes.

Y aquella humana figura

Que aquí me puede alterar,

No es lo que se ha de buscar:

Es rayo de la hermosura

Que sólo se debe amar.

»Los bienes que el mundo crea,

Y con que al hombre entretiene

Sin que su desdicha vea,

Son sombra de aquella idea

Que en Dios ser perfecto tiene.

Los que a mí me cautivaron

Son poderosos afetos,

Que nos mantienen sujetos:

Sofistas que me enseñaron

Caminos malos por retos.

»De éstos el mando tirano

Me obliga con desatino

A cantar con son profano

Cantares de amor humano,

Por versos de amor divino.

Mas viendo yo el rayo santo

En la tierra de dolor,

De confusión y de espanto,

¿Cómo he de cantar el canto

Debido sólo al Señor?

»De la gracia el beneficio

Me da perfecta salud;

Y es tanta su rectitud,

Que aun en lo que hice por vicio

Me inclina hacia la virtud:

Y aun este amor natural

Me hace subir con presteza

De la sombra a lo real,

De la individual belleza

A la que es universal.

»Y así quédese colgada

La flauta con que tañí,

Y venga ¡oh ciudad sagrada!

Esa otra lira dorada,

Por cantar sólo de ti.

No cautivo y aherrojado

En la ciudad infernal;

Mas del vicio desatado,

Y de esta tierra llevado

A mi patria natural.

»Si mi cerviz humillare

A mundanos accidentes,

Duros, tiranos, urgentes,

Bórrese cuanto yo obrare

Del libro de los vivientes

Tomando sin dilación

La lira santa, y capaz

De más sublime invención.

Cállese esta confusión,

Cántese visión de paz.

»Óigame mi Rey querido;

Resuene este acento santo;

Muévase el mundo de espanto,

Pues del mal que me han oído

La palinodia ya canto.

A vos sólo me quiero ir,

¡Oh capitán soberano

De Sión que busco en vano!

Pues no puedo allá subir

Si vos no me dais la mano.

»En el día singular

Que en la lira el docto son

De Sión se ha de entonar,

No dejéis de castigar

Los ruines hijos de Edón.

Y a los que tiñen sus manos

Con sangre del inocente,

Soberbios, locos y vanos,

Destruidlos igualmente,

Conozcan que son humanos.

»Abatid el poder duro

De afectos desordenados,

Que contra mí conjurados

De mi libertad el muro

Rompieron al fin osados;

Que alzando la voz furiosos,

Se preparan a escalarme;

Espritos malos, dañosos,

Que pretenden animosos

De la virtud derribarme.

Destruidlos, pues, mi Dios,

Humillad sus duros cuellos,

Porque no podemos nos

Ni con ellos ir a vos,

Ni sin vos librarme de ellos.

No es bastante mi flaqueza

Para darme defensión,

Si vos, ilustre Patrón,

En esta mi fortaleza

No pusiereis guarnición.

»Y tú, carne, que me encantas,

Hija de Babel, tan fea,

De tantos pecados rea;

Que mil veces te levantas

Contra quien te señorea:

Feliz sólo puede ser

El que con Dios te resiste

Y te consigue vencer,

Y por fin te llega a hacer

Todo el mal que tú le hiciste.

»Quien con disciplina cruda

Se castiga y se macera;

Quien del vicio se desnuda,

Y vuelve a su carne ruda

El mal que ella al alma hiciera.

Es dichoso quien tomare

Sus pensamientos recientes,

Y al nacer los sofocare,

Y con esto se librare

De vicios graves y urgentes.

»Quien con celo religioso

Contra alguna peña dura

Los estelle fervoroso,

Y haga de acto tan piadoso

La fuente de su ventura:

Y luego cuando imagina

Los vicios que el cuerpo da,

Los pensamientos declina

A aquella carne divina

Que en la cruz estuvo ya.

»Quien del vil contentamiento

De aqueste mundo visible,

En cuanto al hombre es posible,

Levanta el entendimiento

Hacia el mundo inteligible,

Para que de allí reciba

La satisfacción completa

Que sólo viene de arriba,

Y ni es por poca imperfecta,

Ni sacia por excesiva.

»Allí verá tan profundo

Misterio en la suma alteza,

Que a toda humana grandeza

Y al mayor fausto del mundo

Lo tendrá por gran bajeza.

¡Oh tú, divino aposento,

Patria mía singular!

Si sólo el te imaginar

Exalta el entendimiento,

¡Qué hará el llegarte a gozar!

»¡Feliz quien pueda partir

Hacia ti, tierra excelente,

Tan justo y tan penitente,

Que cuando ahí llegue a subir,

Descanse perpetuamente!»

Égloga I
Umbrano, Frondelio, Aonia.

UMBRANO

¡Qué variedad tan grande van haciendo

Las horas, oh Frondelio, apresuradas!

¡Cómo se van las cosas convirtiendo

En otras cosas varias, no esperadas!

Un día al otro día va trayendo,

Por unas mismas horas ya ordenadas.

Mas cuan conformes son en cantidad,

Tan diferentes son en calidad.

En este campo vi las varias flores
A las mismas estrellas eclipsando,
Y ordenados andar a los pastores
Con todo cuanto el mundo está envidiando;
Competir con el campo los colores
Que las ropas andaban ostentando;
Do si materia rica no faltaba,
A la materia la obra aventajaba.

Vi su lustre perder las blancas rosas,
Y casi obscurecerse el claro día,
Delante de unas formas peligrosas,
Que Venus más que nunca engrandecía.
En fin, vi las pastoras, tan hermosas,
Que el Amor de sí mismo se temía;

Y aun temió más el pensamiento falto

De no ser para haber temor tan alto.

Ahora todo está tan diferente,

Que llena el alma y corazón de espanto,

Y parece que Júpiter potente

Se enfada de que el mundo dure tanto.

El Tajo tiene turbia su corriente;

Las aves dejan su armonioso canto;

La oveja, aunque de pasto no carece,

Más que si no comiera se enflaquece.

FRONDELIO

Es, Umbrano, un decreto de natura,

Inviolable, constante, sempiterno,

Que siempre siga al bien la desventura,

Y que no haya placer que sea eterno.

Al día claro sigue noche oscura;

Al verano apacible, el duro invierno;

Y natura, que en todo es tan variable,

Tan sólo en esta ley es inmutable.

Toda alegría grande y venturosa

Viene abriendo la puerta al triste estado.

Si una hora ved alegre y deleitosa,

Estoy temiendo el mal ya preparado.

¿No ves cómo la sierpe venenosa

Se oculta entre la flor del verde prado?

No te alucine, pues, ningún contento,

Pues es inestable, más que el pensamiento.

Y quiera Dios que el triste, el duro hado

Con tamaños desastres se contente;

Que siempre un grande mal inopinado

Es más de lo que espera incauta gente:

Y yo al ver este roble, que quemado

Tan gravemente fue del rayo ardiente,

Temo sea un prodigio que declare

Que el moro labrador mis campos are.

UMBRANO

Mientras del acebuche duradero

Tengan nuestros pastores sus cayados,

Y dure aquel valor por quien primero

En todo el mundo fueron señalados,

No temas, no, mi caro compañero,

Que seamos de nadie subyugados,

Ni que este pueblo indómito obedezca

A ningún otro yugo que se ofrezca.

Y aun cuando la soberbia se levante
Del enemigo a tuerto o a derecho,
No creas que la fuerza repugnante
Del fiero y del jamás domado pecho,
Que desde el Indo Hidaspe al moro Atlante
Toda la tierra tributaria ha hecho,
Llegue a rendirse a nadie en paz o en guerra,
En tanto que ilumine el sol la tierra.

FRONDELIO

Esa tu temeraria seguridad,
Que en fuerza y en razón no se asegura,
Es falsa; que a la grande confianza
No la ha ayudado siempre la ventura.
Está junto al altar de la esperanza
Némesis moderada, justa y dura,

Imponiéndole un freno y ley terrible

Para que nunca aspire a lo imposible.

Y aquel grande redil seguro y fuerte

De los montes Atlánticos, ¿no oíste

Que con sanguinolenta y fiera muerte

Despoblado quedó por caso triste?

¡Oh caso desastrado! ¡Oh dura suerte,

Contra quien fuerza humana no resiste!

Allí también de vida fue privado

Mi Tionio, y en flor quedó cortado.

UMBRANO

En llanto amargo tiéneme deshecho

De ese caso terrible la memoria,

Si pienso cuán ilustre fue su pecho,

Y cuán merecedor de larga historia

Era ese tu pastor, que sin derecho

Dio a las Parcas la vida transitoria.

Mas no hay quien al ganado de hierba harte,

Ni de juvenil sangre al fiero Marte.

Y así, si no te fuere muy pesado,

Ya que esta triste muerte recordaste,

Cántame de ese caso desastrado

Aquellos tiernos versos que cantaste

Cuando ayer recogiendo tu ganado

De los demás pastores te apartaste:

También yo las ovejas recogía,

Y no te pude oír como quería.

FRONDELIO

¿Cómo he de renovar al pensamiento

Tamaño mal, tamaña desventura?

Porque al dar mil suspiros contra el viento,

Si es grande la tristeza, no la cura.

Mas pues también te mueve el sentimiento

La muerte de Tionio triste, obscura,

Dejaré tu deseo satisfecho,

Si la pena a mi voz no ahoga en el pecho.

UMBRANO

Pues canta, ahora que el ganado pace

Entre la fresca hierba sosegado,

Y el sacro Tajo, que en las sierras nace,

Contra el tronco de un árbol recostado,

En mirar cuanto riega se complace,

Y está para escucharte preparado;

Y con triste silencio están las Ninfas,

Vertiendo de sus ojos claras linfas.

El prado, flores blancas y bermejas

Nos está suavemente presentando;

Las dulces y solícitas abejas

Con un blando susurro están volando;

Las mansas y pacíficas ovejas,

De comer olvidadas, inclinando

Las cabezas están al son divino

Que al pasar hace el Tajo cristalino.

El viento entre los árboles respira,

Haciendo compañía al claro río;

También el ave gárrula suspira,

Sus penas confiando al viento frío.

Toca, Frondelio, pues, tu dulce lira;

Que desde el olmo aquel verde y sombrío

La blanda Filomela condolida

Al doloroso canto te convida.

FRONDELIO

Aquel día las aguas no probaron

Las graciosas ovejas; los corderos

El campo hinchieron de amorosos gritos;

No quisieron triscar por los oteros

Las cabras de tristeza, y se negaron

El pasto a sí, la leche a los cabritos.

Prodigios infinitos

Se vieron aquel día,

Que la Parca quería

Principio dar al caso fiero y triste:

Y tú, cuervo, también lo descubriste,

Cuando a la mano izquierda en voz oscura

Volando repetiste

La ley tirana de la muerte dura.

¡Tionio mío!, el Tajo cristalino,

Los árboles que ya desamparaste,

El mal lloraron de tu ausencia eterna.

No sé por qué tan presto nos dejaste:

Mas fue con-consentimiento del destino,

Por quien el mar y tierra se gobierna.

La noche sempiterna,

Que tú tan presto viste

Crüel, acerba y triste,

¿Por qué no te dejó gozar siquiera

De tu vida la dulce primavera?

¿Por qué usó con nosotros tal cruera,

Que ni en los montes fiera,

Ni hay pastor en el campo sin tristeza?

Los Faunos ya no cuidan los pastores,

Ni las Ninfas van ya por la espesura

Tras los venados con la flecha ciega:

Todo parece lleno de amargura:

El campo a las abejas no da flores,

Y la aurora el rocío a la flor niega:

Yo, que por esta vega

Cantaba todo el día,

La flauta con que hacía

Mover los altos árboles tañendo,

La dejo que se vaya enronqueciendo.

¡Cuán triste está del monte la pendiente!

Y tú también corriendo

Pareces turbia y triste, ¡oh clara fuente!

Las Ninfas en el río, en la aspereza

Del monte las Oréadas, sabiendo

Quién te obligó al feroz y duro Marte,

Con común sentimiento van diciendo,

Que no puede en el mundo haber tristeza

En cuya causa Amor no tenga parte.

Porque, por fin, de esta arte

Sus ojos cuidadosos,

Sus pasos vagarosos,

Su rostro, que el amor y fantasía

Como pálida viola lo teñía,

A todos daban un indicio cierto

Del fuego que allí había:

Que nunca supo amor estar cubierto.

Delante de los ojos le volaban

Imágenes, fantásticas pinturas,

Ejercicios del falso pensamiento;

Y por las solitarias espesuras,

Entre las peñas solas que no hablaban,

Hablaba y descubría su tormento:

Y en aquel sentimiento

De continuo embebido,

Andaba tan perdido,

Que cuando algún pastor lo preguntaba

La causa de la pena que mostraba,

Como quien sólo por pensar vivía

Sonriendo replicaba:

¡Si no estuviera triste moriría!

Mas como este dolor que lo acababa

Tanto en su bello rostro se mostrase,

Su padre, hombre sensato y muy sesudo,

Porque de aquella idea se olvidase

Alejarlo intentó de la que amaba,

Porque la ausencia a todo dar fin pudo.

¡Oh Marte falso y crudo,

De vidas codicioso!

Do el pecho generoso

Iba a resucitar con tanta gloria

De sus antecesores la memoria,

Allí fiero y crüel le destruiste

Con injusta victoria,

Antes que su pesar, la vida triste.

Paréceme, Tionio, que te veo,

De teñir la tu lanza codicioso

Con sangre del infiel mahometano,

Sobre el caballo hispano belicoso,

Que ardiendo iba también en el deseo

De derribar por tierra al Tingitano.

¡Oh engaño cruel e insano!

¡Oh malograda vida!

La virtud, oprimida

Del numeroso bárbaro enemigo,

Reparo no encontró en su brazo amigo,

Porque el destino así lo permitiera;

Y así llevó consigo

El pastor más gentil que el Tajo viera.

Cual Euríalo, en medio de la armada

Del Rútulo enemigo, despreciando

Las iras de la cruel y dura guerra,

El color cristalino iba mudando,

Pues la purpúrea sangre, derramada

Por su espalda, teñía ya la sierra:

cual flor (a quien la tierra

Le niega el nutrimento,

porque el tiempo avariento

A ella también el agua le ha negado)

Inclina el cuello lánguido y cansado;

Así Tionio devolvió su esprito

Al que se lo había dado;

Que éste es tan sólo eterno e infinito.

De los helados labios la alma pura,

Llamando juntamente su enemiga

Y su prenda a Marfisa, se apartaba.

Y a ti, gentil señora, ¿no te obliga

A llanto perennal la muerte dura

Del que sólo por ti la vida amaba?

Por ti a los ecos daba

Acentos numerosos;

por ti a los belicosos

Ejercicios se dio del fiero Marte:

¿Y tú no pondrás tu amor en otra parte?

¡Oh ingrata! ¡oh vano intento!

Que en fin, en fin, de esta arte

Se muda el femenino pensamiento!

Pastores de este valle ameno y frío,

Que de Tionio el caso desastrado

En la alta sierra pretendéis se cante,

Un túmulo de flores adornado

Levantadle a lo largo de este río,

Que detenga en el mar al navegante;

Y el laso caminante,

Que tal desgracia mire,

Gima, llore y suspire

Leyendo en dura piedra el verso escrito

Que diga así: «Memoria soy, que grito,

Para dar testimonio en toda parte,

Del más gentil esprito

Que sacaron del mundo Amor y Marte.»

UMBRANO

Como el sueño al que se halla fatigado

Debajo de alguna haya verde, umbría;

Como al que está sediento y abrasado

El húmido aquilón o el agua fría,

Tal me es a mí tu canto delicado,

Tu suave verso y grata melodía:

Y aun ahora en tono dulce y blando

Me queda en los oídos susurrando.

Mientras los peces húmidos tuvieren

Las cuevas arenosas de este río,

Y corriendo estas aguas conocieren

Del mar ancho el antiguo señorío;

Y mientras estas hierbas pasto dieren

A las lascivas cabras, yo te fío

Que en virtud de los versos que cantaste,

Vivirá ese pastor que tanto adiaсте.

Mas ya que poco a poco el sol nos falta,

Y del monte las sombras se acrecientan;

Ya que el cielo con flores mil se esmalta

Que a la vista tan bellas se presentan,

Llevemos por el pie de la sierra alta

Las ovejas que ahora se contentan

Con lo que ya han pacido: ¡oh caro amigo!

Anda, que hasta el otero iré contigo.

FRONDELIO

Antes por este valle, amigo Umbrano,

Si te place, llevemos las ovejas;

Pues me parece suena en aquel llano

Cierto cantar que llega a mis orejas.

El dulce acento no parece humano,

Y si tú en este caso me aconsejas,

Quiero ver desde aquí qué cosa sea,

Porque esa voz me admira y me recrea.

UMBRANO

Contigo voy, que cuanto más me llevo

Me parece mejor la voz que oíste:

Peregrina, excelente; y no te niego

Que en el pecho me deja el alma triste.

¿Ves cómo están los vientos en sosiego?

Ni un rumor de la sierra les resiste:

Ningún pájaro vuela, mas parece

Que vencido del canto le obedece.

Por eso a mí mejor me parecía

No llegar hasta allí, que estorbaremos;

Subamos a esta haya tan sombría:

Todo el valle de aquí descubriremos:

Zurrones y cayados todavía

En este hermoso tronco colgaremos:

Porque así queda el cuerpo más ligero:

Frondelio, déjame subir primero.

FRONDELIO

Espera así: daréte el pie, si quieres;

Subirás sin trabajo y sin ruido;

Y después que subido allá estuvieres,

Tú me darás la mano, que es partido.

Pero antes me dirás, si ver pudieres,

De do nace este canto nunca oído,

Quién lanza el dulce acento delicado:

Habla, porque te veo estar pasmado.

UMBRANO

Extrañas cosas muestra esa espesura

Que nunca vi, y en ella veo ahora:

Hermosas Ninfas hay en la verdura,

Cuyo rostro a los cielos enamora;

Pero una, de jamás vista hermosura,

Que de las otras muestra ser señora,

Sobre un triste sepulcro sollozando

Perlas está por lágrimas llorando.

Una de aquellas altas semideas,

Que en torno están del cuerpo sepultado,

Continuando las lúgubres tareas

El sepulcro con flores ha adornado;

Otras, quemando lágrimas Sabeas,

De suave olor los aires han llenado;

Otras en paño rico y excelente

Envuelven a un infante blandamente.

Una, que de las otras se ha apartado,

Con ayes que a un peñasco conmovieran,

Dice que pues la muerte ha arrebatado

Flor que sólo los cielos merecieran,

Esta prenda carísima ha quedado

De aquel a cuyo imperio obedecieran

Duero, Mondego, Tajo, con Guadiana

Y hasta el remoto mar de Trapobana.

Añade que si hallare este menino

La noche intempestiva amaneciendo,

Al Tajo, puro ahora y cristalino,

Alecto lo pondrá turbio y horrendo;

Pero si lo conserva su destino,

Le está el cielo benigno prometiendo

Los espaciosos campos de Ampelusa

Y el monte que en mal punto vio a Medusa.

He aquí el prodigio que la Ninfa bella

Con abundantes lágrimas recita;

Pero cual la eclipsada clara estrella
Que en el excelso firmamento habita,
Tal cubierta de negro veo a aquella
Que siente al parecer pena infinita.
Dame esa mano y sube tú a mirarlo,
Porque yo de dolor no sé contarlo.

FRONDELIO

¡Oh triste muerte, esquivada y mal mirada,
Que de ser inhumana te glorías,
A aquella diosa bella y delicada
Siquiera algún respeto haber debías!
Esa es por cierto Aonia, hija amada
Del célebre pastor que en nuestros días
Doma al Danubio, manda al claro Ibero,
Y espanta en el Euxino al Trace fiero.

Murióse el excelente y poderoso

(Que a eso sujeta está la vida humana)

Dulce Aonio, de Aonia caro esposo.

¡Ah ley del hado, dura, cruel, tirana!

Mas el son peregrino y lastimoso

Con que canta la Ninfa soberana,

Escucha un poco; y mira bien, Umbrano,

Lo bien que suena el verso castellano.

AONIA *

Alma y primer amor del alma mía,

Espíritu dichoso, en cuya vida

La mía estuvo en cuanto Dios quería:

Sombra gentil de su prisión salida,

Que del mando a la patria te volviste,

Donde fuiste engendada y procedida;

Allá recibe el sacrificio triste,
Que te ofrecen los ojos que te vieron,
Si la memoria de ellos no perdiste.

Que pues los altos cielos permitieron
Que no te acompañase en tal jornada,
Y para ornarse sólo a ti quisieron;

Nunca permitirán que acompañada
De mí no sea la memoria tuya,
Que está de tus despojos adornada.

Ni dejarán, por más que el tiempo huya,
De estar en mí con sempiterno llanto,
Hasta que vida y alma se destruya.

Mas tú, gentil espíritu, entretanto

Que otros campos y flores vas pisando,

Y otras zampoñas oyes y otro canto;

Ahora embebecido estés mirando

Allá sobre el empíreo aquella Idea

Que el mundo enfrena y rige con su mando:

Ahora te posea Citorea

En su tercer asiento; o porque amaste,

O porque nueva amante allá te sea:

Ahora el sol te admire, si miraste

Cómo va por los signos encendido,

Las tierras alumbrando que dejaste;

Si en ver estos milagros no has perdido

La memoria de mí, o fue en tu mano

No pasar por las aguas del olvido;

Vuelve un poco los ojos a este llano

Verás una, que a ti con triste lloro

Sobre este mármol sordo llama en vano.

Pero si entraren en los signos de oro

lágrimas y gemidos amorosos

Que muevan el supremo y santo coro,

La lumbre de tus ojos tan hermosos

Yo la veré muy presto, y podré verte;

Que a pesar de los hados enojosos,

También para los tristes hubo muerte.

Égloga II
Fronoso, Duriano.

POETA

Cantando por un valle dulcemente

Andaban dos pastores desgraciados,

Cuando Febo en las aguas se escondía:

Ambos eran mancebos, y angustiados

Ambos estaban lastimosamente,

Según lo que su rostro descubría.

Pero lo que decía

Cada cual lamentándose de su hado,

No soy yo tan osado

Que me atreva a cantar sin vuestra ayuda;

Pues si mi flauta ruda

De favor tan excelso fuero dina,

Podré excusar la fuente Caballina.

En vos tengo helicón, tengo Pegaso;

En vos tengo Calíope y Talía,

Y las otras hermanas del dios Marte;

En vos pierde Minerva su valía;

En vos está la fuente del Parnaso;

En vos de las Piérides el arte.

Si una pequeña parte,

Señora, me cedéis de vuestra gracia,

Haréis que mi eficacia

Eclipse al mismo sol resplandeciente;

Y que toda la gente,

Al ver en mí vuestro poder se espante,

Y vuestras alabanzas siempre cante.

Podéis hacer que crezca de hora en hora

El nombre Lusitano, y que se admire

Smirna que con Homero se ennoblece.

Podéis hacer también que el mundo mire

En mi albogue sonar lo que sonora

Trompa, cual la Mantuana, se merece.

Ahora me parece

Que pueden comenzar ya mis pastores

A tratar sus amores;

Pues aunque ante sus ojos no tenían

A las que ver querían,

La mudanza del sitio o del estado

No aparta a un corazón de su cuidado.

De los montes dejaba ya la altura

Y en las saladas ondas se escondía

El sol, cuando Frondoso y Duriaño,

A orillas de un arroyo, que corría

Entre la fresca y húmeda verdura

Claro, tranquilo y manso todo el año;

Lamentando su daño,

Venían recogiendo su ganado.

Estaba uno callado

Mientras el otro un poco se quejaba;

Y después empezaba

A decir de su mal lo que sentía;

Y mientras uno hablaba el otro oía.

Quejábanse a las peñas inclementes,

A los silvestres montes y aspereza,

Que de sus males casi se dolían.

Las piedras ablandaban su dureza,

Los ríos suspendían sus corrientes

Y atentos a sus quejas parecían.

Sólo las que podían

Curar el grave mal que ellas causaban,

El oído negaban,

Por quitarles del todo la esperanza.

Mas ellos, que mudanza

Con tantos males en su amor no hacían,

Como hablando con ellas les decían.

.

FRONDOSO

¿Esto merece aquella fe sincera

Con que siempre, Belisa, te he amado,

Sin dejarte jamás solo un momento?

¿Cómo, Belisa cruel, se te ha olvidado

Un mal, cuya esperanza postrimera

Había sólo en ti puesto su asiento?

¿No vías mi tormento?

¿No vías tú la fe con que te amaba?

¿Por qué no te ablandaba

Este amor que tan mal recompensaste?

Mas, pues ya me dejaste,

Y toda mi esperanza está perdida,

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Si los tormentos que por ti he sufrido,

¡Oh Silvana, en mis males tan constante!

Quisieses que algún día te dijera,

Por más que cual diamante

Tu cruel pecho estuviera endurecido,

A piedad se moviera.

Se ablandan como cera

Las peñas al oír los ayes míos;

Quedos están los ríos,

Que escuchan mis suspiros y mis quejas.

Tú sola, ¡cruel!, me dejas,

Más que los montes y las peñas dura,

Y fugitiva más que el agua pura.

FRONDOSO

¿Dónde está el habla aquella que solía

Cuando su dulce acento a mí llegaba,

Avivar mis espíritus cansados?

¿Dónde está el mirar blando que cegaba

Al sol resplandeciente al mediodía?

¿Dónde están los cabellos delicados

Que al viento derramados,

Brillaban más que el oro, y me mataban,

Y en cuantos los miraban

También causaban nuevos accidentes?

¿Por qué, ¡oh cruel!, consientes

Que goce otro la gloria a mí debida?

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Ningún bien veo que a mi mal espere;

Si ya no espero que la muerte dura

Venga por fin a darme tu crueldad.

Si veo que me falta tu hermosura,

Dice la voluntad que desespere,

Impugna la razón la voluntad,

Y diz que una beldad

Do tanto se esmeró naturaleza,

No tiene tal crueza

Que un tan constante amor despreciar quiera,

Y una fe tan sincera.

Mas tú, que de razón nunca cuidaste,

Por quitarme la vida me olvidaste.

FRONDOSO

¿A quién, Belisa ingrata, te entregaste?

¡Crüel! ¿a quién le diste la hermosura,

Que sólo a mi tormento se debía?

¿Por qué tan sin respeto me trocaste

Por quien ni sólo verte merecía?

El bien que te quería,

Y perderé tan sólo por la muerte,

¿No es, di, de mayor suerte

Que cuanto el mundo ciego ama y adora?

Sola tú, cruel pastora,

Fuiste contra mí en esto endurecida.

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Te llevaste mi bien en un momento;

Con él te me llevaste juntamente

De poseerlo otra vez la confianza;

Y por él me dejaste solamente

Un continuo dolor, un gran tormento.

Tú, que eras la esperanza,

¡Oh cruel!, de todo el mal que en mí causaste,

Del todo te mudaste.

Con Amor conjurada en darme muerte.

Con todo, si mi suerte

Consiente que por ti sea causada,

Muerte no habrá jamás tan deseada.

FRONDOSO

No te parió ninguna piedra dura,

Ni te engendró ninguna tigre Hircana,

Ni te educó del monte la espesura.

¿Con quién eres, ¡oh cruel!, tan inhumana?

Se formó sobre el cielo tu hermosura,

Do es la amabilidad naturaleza;

Y así esa tu dureza

¿Dónde se principió, do la tornaste?

¿Por qué así desechaste

El verdadero amor que conocías,

Y la fe que veías,

Por otra de ti nunca conocida?

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

En pos de su pastor marcha el ganado

Porque de amor entiende aquella parte

Que alcanza su natural cruel, ferina.

El rústico león, sin ningún arte,

De instinto natural sólo enseñado,

A do siente el amor allí se inclina.

Y tú, que en lo divina

A Citerea igualas y a Cupido,

¿Por qué, siquiera con piadoso oído,

Un amor verdadero no socorres?

O ¿por qué no te corres

De que el león te venza en la piedad,

Si Venus no te vence en la beldad?

FRONDOSO

Tampoco a mí el destino me ha negado

Lo que aprecian los dioses, que formaran

Esa tu sobrehumana hermosura.

Mas para mí aun los cielos se mudaran;

Para mí la natura se ha trocado,

Y me es cruel una hermosa criatura.

Mas ya que (¡oh ninfa dura

Que desde el alto cielo a nos viniste!)

En el tu pecho hiciste

Que tal contrariedad pueda juntarse,

Ya no es extraño hallarse

Tamaña fe tan mal agradecida.

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Por ti la noche obscura me contenta:

Por ti la luz del día me aborrece;

Abrojos me son ya las frescas flores;

La dulce filomela me entristece;

Todo placer o gozo me atormenta,

Con la contemplación de tus amores.

Las fiestas de pastores

Que pueden alegrar cualquier tristeza,

Hacen, por su crudeza,

Que se vaya mi mal siempre aumentando.

Pues, ¡oh cruel!, ¿hasta cuándo

Quieres que dure tu aborrecimiento,

Y mi vida que sufre tal tormento?

FRONDOSO

Huiste de un amor tan conocido,

Huiste de una fe tan clara y firme,

Y sigues a quien nunca conociste,

No por huir de amor, mas por huirme.

Bien vías que tenía merecido

El amor que tú a otro concediste.

Mas a mí no me hiciste

Ninguna sinrazón, pues no merezco

La dicha que apetezco;

Hicístesela al bien firme, sincero,

Que sabes que te quiero,

Quitándole la gloria merecida.

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Cada hora crece más en mí el cuidado,

Y veo que el olvido juntamente

En ti toma cada hora nuevo aumento.

¡Oh Silvana crüel! ¿por qué consiente

Tu pecho femenil y delicado

Olvidarse de mi áspero tormento?

Del aborrecimiento

Lo merecería un áspero enemigo;

No yo, que si contigo

Por mi fortuna alguna vez me veo,

Ya nada más deseo.

Tú eres el solo bien, la sola gloria

Que nunca se me va de la memoria.

FRONDOSO

Ojos que ver lograron tu hermosura,

Vida que viéndote se sostenía,

Voluntad que en ti estaba transformada,

Ánima que la tuya en sí tenía

Tan unida a su ser cuanto la pura

Ánima al cuerpo flaco está ligada,

Y ahora separada

Te ve de sí con tal apartamiento,

¿Qué mal y qué tormento

Ha de sufrir al contemplarse ausente?

Es menos lo que siente

El triste cuerpo en la última partida.

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Otro tiempo, cuidando mi ganado,

O cantando por estos romerales,

Pasaba yo la vida alegremente:

No sentía el tormento de estos males,

No sentía el dolor de este cuidado,

Porque tú de mi dicha eras la, fuente.

Hora no solamente

De aquella suave vida me apartaste.

Mas otra me dejaste

Que al duro mal que el pecho me ha oprimido

Me tiene tan rendido,

Que tengo ya por gloria aquesta pena,

Y por natura el mal que me condena.

FRONDOSO

Juntamente vivir cumplidos años

Te concedan los hados, que quisieron

Reunirte con tal contentamiento,

Ya que los bienes para ti nacieron,

Y para mí los males y los daños.

Logra, pues, tú tu bien, yo mi tormento.

Ningún apartamiento,

¡Oh Belisa!, me hará dejar de amarte;

Porque en ninguna parte

Podrás estar sin mí sólo una hora.

Y así consiente ahora

Que en pago de esta fe tan conocida,

Quien tanto bien perdió, pierda la vida.

DURIANO

Amar te vea yo a quien te desame,

Porque sepas qué cosa es ser amada

De quien tratas con odio y aspereza.

Véate yo también ser despreciada

De aquel que más deseas tú que te ame,

Porque en ti experimentes tu crueza,

Y sientas tu dureza

Y cuánto aflige su crüel efeto

Al infeliz que a Amor está sujeto;

Pues sintiendo tú el mal que siento ahora,

Espero que algún hora

Te haga tu propio mal de mí acordarte,

Ya que el mío jamás pudo ablandarte.

FRONDOSO

Mil años de tormento me parece

Cada hora, si mi mente considera

Que ya no he de volver jamás a verte.

Ta memoria es la que hace que no muera.

La vida sobre todo me entristece;

La vida antes perdiera que perderte.

Mas si yo, por quererte

Un bien que sólo en ti tiene su asiento,

Padezco tal tormento,

¿Qué deberá esperar quien te desama,

O por lo menos te ama

Con algún falso amor y fe fingida?

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

¡Oh cruel, mira entretanto si merece,

Con tamaño desprecio ser tratada

Una alma que te amó con tal terneza!

Mas ¿cómo puedes ser tan despiadada,

Si la gracia menor que en ti aparece

Puede ablandar de un monte la aspereza?

Y si naturaleza

En ti el extremo puso de hermosura,

¿Qué piedra habrá tan dura

Que resista a tu rostro soberano?

¿Y qué hará el pecho humano,

Que a la mortal belleza siempre cede,

Si a la de Venus tu hermosura excede?

FRONDOSO

Y pues fe verdadera, amor perfecto,

Tormento continuado y vida triste,

Juntos con un continuo sufrimiento,

Y aquel mal en quien todo el mal consiste,

Sobre tu corazón no han hecho efecto,

Ni te han hecho mostrar algún contento

Mirando mi tormento,

Sino que todo aquesto despreciaste,

Y a otro te entregaste,

Por no dejarme nada en que esperase,

Sino cuando acabase

La vida que a mi mal es tan cumplida;

¡Quien tanto bien perdió, pierda la vida!

DURIANO

Largo espacio de tiempo y apartado

Lugar al corazón que por ti muere

No pueden separarlo de su intento:

¿Por qué huyes, crüel, de quien te quiere?

¿No miras que tu huir es excusado?

Sin mí tú no estarás ni aun un momento.

Ningún apartamiento,

Aunque el alma del cuerpo se me aparte,

Podrá, ¡oh Ninfa!, ausentarte

De esta alma triste que continuamente

Te tiene en sí presente.

Torna, crüel, no huyas de quien te ama,

Ven a dar muerte o vida a quien te llama.

POETA

La noche oscura, triste y tenebrosa

Que ya había extendido el negro manto,

De obscuridad la tierra toda hinchiendo,

Les hizo poner fin al dulce canto,

Mientras por la ribera deleitosa

Sus ovejas andaban recogiendo.

Si lo que yo pretendo

Cantando con mi albogue dulce, amigo,

Por ventura consigo,

No dudo conseguir también la gloria

Y el lauro de victoria

Que el Poeta Mantuano pretendía,

Y que os cede ya a vos, señora mía.

Égloga III

- 7 -

Sátiro primero, Sátiro segundo.

POETA

Las dulces cantilenas que cantaban

Los semicapros dioses, amadores

De las Napeas que en el monte estaban,

Voy a contaros; pues si los amores

A los silvestres dioses maltrataron,

Bien disculpados quedan los pastores.

¡Oh ilustre Don Antonio, en quien hallaron

El claro Apolo y Marte un ser perfecto

En quien sus altas mentes retrataron!

Mi ingenio, que es tan rudo e imperfecto,

Hoy se dirige a vos, porque pretende

Realzar con la causa el bajo efecto.

Con vos mi pobre Musa se defiende;

En vos puso la fuente del Pegaso

Lo que mi canto por el mundo extiende.

Ved que las altas Musas del Parnaso

A vos os cantan con su dulce lira,

Quitándole a la mía tan gran caso.

Mirad al rubio Apolo, que suspira

Por cantar vuestra estirpe, y obscurece

Lo que en vuestro loor mi canto aspira;

Y, o porque tiene envidia me enmudece,

O porque oír no quiere en flauta ruda

Lo que sonora cítara merece.

Mas si algo puede hacer mi lengua muda,

En cuanto Progne el triste sentimiento

De Filomela con su llanto ayuda;

Y en cuarto Galatea al manso viento

Su rubia cabellera está soltando,

Y Títiro a la sombra está de asiento;

Mientras flores el campo está criando,
Si es que este cantar mío no os afrenta,
Duero y Ganges de vos irán hablando.

Y una vez que mi voz cantar intenta,
Consentid que esta mi égloga se cuente
En cuanto Apolo vuestras cosas cuenta.

Sobre el Parnaso, que continuamente
Está de hermosos bosques rodeado,
Nace una cristalina y clara fuente;

Y un manso arroyo de ella derivado
Sobre unas claras piedras va corriendo
Suave, tranquilo, ameno y sosegado.

El murmullo que el agua está allí haciendo

Los pájaros excita, que cantando

Aumentan el placer y dulce estruendo.

Tan puras van las aguas caminando,

Que en el fondo las piedras delicadas

De una en una se pueden ir contando.

Nunca se han visto alrededor pisadas

De fiera o de pastor que allí llegase,

Porque del monte espeso están guardadas.

Tampoco se vio nunca que criase

El monte ameno hierba, o venenosa,

O que suaves aromas no exhalase.

Allí está el blanco lirio y fresca rosa

Con cuanta flor ofrecen los amantes

A la Ninfa más bella y más hermosa.

Allí se ven los mirtos circunstantes

Que a Venus cristalina la ocultaron

A la turba de Faunos petulantes.

La menta y mejorana allí medraron,

Pues ni el invierno ni el ardiente estío

Las hirieron jamás o marchitaron.

Por aquí corre, pues, el claro río,

Atravesando el monte y el desierto,

Siempre con verdes árboles sombrío.

Una Ninfa, no sé por qué descuido,

Perdió un día a su alegre compañía,

De quien no era aquel sitio conocido;

Y yendo allí a parar al mediodía,

Quiso estarse a la sombra en la floresta,

Y beber con sus manos agua fría.

Notó la novedad de aquella cuesta

Do los olmos, movidos con el viento,

Convidan a pasar la ardiente siesta,

Y el juguetón lascivo movimiento

Con que al amor las aves entregadas

Las alas dan al dulce pensamiento.

Y después, cuando vio que eran pasadas

Del gran calor las horas, se volviera

A buscar sus hermanas extraviadas.

Cuando las vio, mil cosas les dijera

Del no visto lugar que cerca estaba

Y a ella tan agradable pareciera.

Que al otro día fuesen les rogaba

A lavarse en aquella fuente amena

Que tan hermosas aguas destilaba.

Dado había una vuelta la serena

Luz del pastor de Admeto, y ya nacía

Al amante dichoso nueva pena,

Cuando las bellas Ninfas a porfía

Hacia el alegre sitio caminaban,

Al romper la mañana alegre y fría.

A Nise los cabellos le ondeaban

Por el hermoso cuello sin concierto,

Y con mil suaves ñudos se enlazaban.

Doto, que lleva el cuello descubierto,

Por ir más suelta en trenzas se lo atara,

Teniendo por pesado el desconcierto.

Diamene, Efire, a quien Apolo hallara

Desnudas en el río, y ocultaron

Su cuerpo delicado en agua clara;

Sirene y Clicie, que se le escaparon

Al dios Pan con Amanta y con Elisa

Las más diestras que el arco manejaron;

La linda Daliana con Belisa,

Ambas hijas del Tajo, que como ellas

Ninguna tan hermosa el bosque pisa;

Todas estas tan angélicas doncellas

Por el frondoso bosque discurrían

Como en el cielo puro las estrellas.

Mas dos rústicos dioses, que traían

El pecho con dos de ellas ocupado

Y más que no a sí mismos las querían,

No dejaban montaña, valle o prado,

Ni aun árbol por doquiera que pasaban

A quien saber no hiciesen su cuidado.

¡Cuántas veces los ríos que pasaban

Se detuvieron al oír los daños

Que a los pobres amantes lastimaban!

¡Cuántas veces amor de tantos años

Ablandara a la Ninfa más exenta,

Si sus pechos no fuesen tan extraños!

Pero quien ama con pasión violenta,

Bien puede prevenirse de paciencia;

Que amor de alegres penas se sustenta.

Pues Cupido ordenó que en esta ciencia

Reunidos se viesen los contrarios:

Dígalo quien de amor tenga experiencia.

Yendo los dioses, pues, por montes varios,

Volviendo acá y allá sus cuidadosos

Ojos, del claro río tributarios,

Hallaron de los pies, blancos, graciosos,

En la arena las huellas conocidas,

Y las fueron siguiendo presurosos.

Mas hallando en la fuente a sus queridas,

Que desnudas estaban, no pensando

Fuesen de nadie vistas o sentidas,

Estuviéronse quedos, contemplando

Las formas nunca vistas, de manera

Que estaban sin ser vistos observando.

Pero una espesa mata, mensajera

De la oculta celada, haciendo ruido

Entre las ramas de una avellanera,

Mostró a uno de los dioses escondido.

Todas tal gritería levantaron

Como si fuese el monte destruído;

Y al momento desnudas se lanzaron

Por la espesura, tan ligeramente

Que aun a los mismos vientos alcanzaron.

Cual banda de palomas cuando siente

La águila hermosa, cuya vista pura

Resiste al mismo sol resplandeciente,

Halla en el miedo de la muerte dura

Más fuerza para huir, y no parando

El aire corta y rompe la espesura;

Así huían las Ninfas que, dejando

Con su ropa los árboles cargados,

Desnudas por el bosque iban volando.

Mas los amantes ya desesperados,

Porque para alcanzarlas se veían

De los caprinos pies nada ayudados,

Con amorosos gritos las seguían.

Hablaba el uno; el otro descansaba,

Porque era mucho lo que andado habían;

Mas después, descansado, se quejaba.

SÁTIRO PRIMERO

¡Ah Ninfas fugitivas,

Que sólo por no usar de humanidad

Los peligros del bosque no teméis!

¿Por qué sois tan esquivas?

Si de nosotros no tenéis piedad,

Tenedla de esas carnes que ofendéis.

¡Ah Ninfas! ¿no sabéis

Que Eurídice huyendo de esa suerte,

De Euristeo escapó, no de la muerte?

¿No sabéis que la víbora escondida

A Egerie dejó herida?

Mirad la sierpe entre la hierba verde,

Que o la condición pierde, o da la vida.

¿Qué tigre o qué león,

Qué truculenta fiera venenosa,

O qué enemigo, en fin, os va siguiendo?

¿De un blando corazón,

Que preso de esa vista rigurosa

De sí para vos huye, andáis huyendo?

¡Oh Ninfas! ¿no comprendo

Cómo bajo ese rostro tan gracioso

Se oculta un corazón tan desdeñoso!

Aunque en la fuente bellas os veáis,

Al agua no creáis,

Pues os trae engañadas por venganza

De esta nuestra esperanza que engañáis.

Mas ¡ah! que no consiento

Que una palabra mía a vos ofenda;

Y aunque a mí me disculpe la amargura,

Ninfas, digo que miento;

Que no puede haber nunca quien pretenda

Disminuir en vos tanta hermosura.

Si amor que tanto dura,

Por tanto mal tan poco bien merece,

Nada extrañéis de mi alma, que enloquece,

Y al pensar en la prenda que codicio

Me saca así de quicio.

¡Quiera Dios que dureza tan crecida,

No me quite la vida con el juicio!

Las leyes amorosas,

Con que natura unió los corazones,

Huyendo aprisa vais por la espesura.

Y ¿no os corréis, ¡oh hermosas!,

De que haya en vos tan duras condiciones,

Que venzan a la pródiga natura?

Si a vos una hermosura

Que es sobrenatural el cielo ha dado,

No ha de ser vuestro pecho tan airado:

Antes al dios de amor, de quien es don

Cuanto hace el corazón,

Por vuestra gentileza tan hermosa

Le debéis amorosa condición.

¡Oh caso grande y grave!

¡Oh pechos de diamante fabricados!

De natura las leyes ignoráis;

Y aquel amor süave,

Aquel poder excelso, que forzados

Los dioses obedecen, deprecíais.

Mas quiero que sepáis

Que nadie resistió al amor activo;

Que ha sido en todo tiempo vengativo;

Que yo, yo os veré dar en un momento

Mil suspiros al viento,

Sumergidas en llanto y gran dolor,

Por quien le dé a otro amor su pensamiento.

POETA

Aun iba a continuar

El desdichado amante, que ayudado

Se vía del dolor y la tristeza;

Mas hízolo callar

El otro compañero, que irritado

Al contemplar la indómita fiereza

Y la cruel aspereza

De las que así sus pechos lastimaran,

Como si allí presentes se encontraran,

A mostrar comenzó su sentimiento

Y su dolor violento

A las beldades de piedad ajenas

Que causaban sus penas y tormento.

SÁTIRO SEGUNDO

Ni vos nacidas sois de gente humana,
Ni fue humana la leche que mamasteis;
Mas con alguna informe fiera Hircana,
Allá en el monte Cáucaso os criasteis.
De allí sacasteis la aspereza insana,
Allí ese pecho frío congelasteis;
Sois esfinges con rostros naturales;
De humanas tenéis sólo las señales.

Si nacisteis acaso en la espesura
Donde un ser no hubo de ninguna clase,
Animal, hierba verde, o piedra dura
Que antiguamente con tesón no amaste,
Ni a quien una afición süave y pura
En la presente forma no mudase,
¿Por qué no dejaréis también memoria

De vos, en cariñosa y larga historia?

Mirad allá la Arcadia, do ocultando

Alfeo enamorado su agua clara,

A la ardiente Sicilia va, buscando

Por debajo del mar su Ninfa cara.

Asimismo veréis pasar nadando

A Accis, que Galatea tanto amara;

Por lo cual del Cíclope la ira fiera

Su roja sangre en agua convirtiera.

Si los ojos volvéis a la Ericina

Espesura, veréis allí mudarse

A Egerie, y en corriente cristalina

Por la muerte de Numa destilarse.

Si a amar tan triste ejemplo no os inclina,

Ved a Biblis perderse y transformarse

En lágrimas que al fin pudieron tanto
Que le van alimentando el verde manto.

Si entre las claras aguas hubo amores,
Los peñascos también fueron perdidos.

Mirad los dos conformes amadores

Sobre el Ida en peñascos convertidos:

Letea, que cayó en grandes errores

De su mucha hermosura procedidos;

Oleno, que la culpa en sí tomaba,

Por no ver castigar a la que amaba.

Tomad ejemplo, y ved en Cipro aquella

Por quien Ifis al lazo dio su vida:

Ved en piedra también la Ninfa bella

Cuya habla fue por Juno consumida,

Y si quejarse quiere de su estrella,

La última voz le es sólo concedida:

Y a Dafnis, que en el monte y las majadas

Introdujo las rústicas tonadas.

Le tuvo tanto amor la tierna amiga,

Que en enemiga al fin se fue tornando;

Pues para que a otra Ninfa nunca siga,

Mágicas hierbas le iba preparando.

Mirad un gran dolor a cuánto obliga,

Pues se fue, por vengarse, transformando

En piedra: ¡oh lance atroz, furor insano!

¡Después le pesaría, mas en vano!

Mirad también los árboles alzados,

A cuya sombra andáis cogiendo flores,

Que fueron otro tiempo enamorados,

Y aun ahora siente el tronco los dolores.

En el moral están representados

De Píramo y de Tisbe los amores:

Su sangre, que manchó la mora oscura,

Nos muestra de los dos la desventura.

¿No veis en la odorífera Sabea

Las incestuosas lágrimas de aquella

Que con su mismo padre se recrea?

La Arabia se enriquece y vive de ella.

También tú estás allí, planta Penea,

Que fuiste en otro tiempo Ninfa bella;

Y Cipariso, angélico mancebo,

Ambos verdes con lágrimas de Febo.

Está el mozo de Frigia delicado

En aquel árbol alto convertido,
Que tantas veces hiere el viento airado;
¡Galardón por sus yerros merecido!
Pues de la Berecintia siendo amado
Por una Ninfa baja fue perdido:
La diosa, a quien perdió del pensamiento,
De vida lo privó y de entendimiento.

Con el loco furor se figuraba
Que el monte, casas y árboles caían;
Ya de los castos miembros se privaba,
Que el furor y la diosa lo impelían;
Ya en el indigno monte se lanzaba;
De su muerte las fieras se dolían:
Atis así perdió por la espesura,
Tras otras tantas cosas la figura.

Cuando en Grecia las gentes celebraban

Aquellas grandes fiestas de Lieo,

Donde a las bellas Ninfas se juntaban

Los sacros moradores del Liceo,

Todos en dulce sueño se ocupaban;

Pero acosado de un voraz deseo

El dios del Helesponto no dormía,

Que un nuevo amor el sueño le impedía.

Mas ella en fin los brazos extendiendo

En duras ramas se iba transformando;

En raíces los pies se iban torciendo,

Sólo el nombre de Loto conservando.

Mirad, Napeas, este caso horrendo,

Que sé os está de lejos preparando;

Que así también de aquella a quien seguía

El sacro Pan, la forma se perdía.

Y ¿qué diréis de Vilis, que perdida

Del ansioso dolor en que penaba,

Y a desesperación en fin traída,

Por poner fin al tiempo que esperaba,

Quiso librarse de la triste vida,

Y al cuello ató la cinta que llevaba?

Mas el tronco sin hojas por el monte

Ródope, abraza el tardo Demofonte.

En las flores también ved a Jacinto,

Por quien Febo de sí se queja en vano:

Ved al Idalio monte, en sangre tinto

De aquel que fuera de su madre hermano:

Suspira Venus por el mozo extinto,

Maldiciendo a la tierra y cielo insano:

A la tierra, que al punto no se abriera;

Al cielo, que tal muerte permitiera.

Ved Clicie la infeliz, que desfallece

Al saber los amores engañosos

Del rubio amante que a otra su fe ofrece;

De él no aparta sus ojos cuidadosos.

Ningún alegre estado permanece,

Que los gustos del mundo son mintrosos;

A la perenne luz por quien suspira,

Aun transformada en flor, siempre la mira.

Todas estas cosas he contado

Porque se extrañe más vuestra crueza;

Pues ni el uso o el trato que os han dado

Han podido mudar vuestra fiereza.

Por prenda os doy mi llanto continuado,

De que en cuanto crió naturaleza,

De amor exento nada encontraréis,

Como a vosotras mismas no os miréis.

Ya dije que de amor siempre tuvieron

Las cosas insensibles pena y gloria;

Ved las sensibles cómo se perdieron,

Y os diré de las aves larga historia.

De las penas que en su alma padecieron

Los nacieron las alas por memoria;

Y en su leve y altivo movimiento

Se convirtió el variable pensamiento.

El dulce ruiseñor y golondrina,

¿Por qué en aves se fueron transformando,

Sino por el amor y afición fina

Del Tracio hacia la que aun anda llamando?

Clama sin culpa la ave peregrina,

Que en la arena del Fasis habitando,

Del río toma el nombre, y a su madre

La va llamando cruel, e injusto al padre.

La que reprobó Palas por hablar,

En los amantes capital defecto;

Y aquella que sucede en su lugar,

Ambas aves de amor usado efecto.

La una resistía al dios del mar,

La otra en su padre colocó su afecto,

Y Escila que a su padre fue enemiga,

Porque de su contrario se hizo amiga.

Ved Pico, a quien quedaron los colores

Da la púrpura regia que vestía:

Y Esaco, que por ir tras sus amores.

Tan presto llegó a ver el postrer día:

Ved a aquellos dos firmes amadores

Que Amor aves tornó en la playa fría;

Del Rey del aquilón yerno era el triste,

Mas contra el hado cruel nada resiste.

Estaba Alción con ansias aguardando,

Y largos ojos al marido ausente;

Pero el airado viento en ella dando,

La sumergió en las olas tristemente.

En sueños se lo está representando,

Que el corazón presago nunca miente:

Las sospechas del bien son las inciertas,

Que las del mal futuro sin bien ciertas!

Sus ojos tristes a llorar ensaya,

Con ellos por las olas discurría,

Cuando el cuerpo sin alma halló en la playa;

Sin alma el cuerpo halló que alma tenía.

En vos, Ninfas Egeas, consuelo haya,

Pues este triste oficio os convenía:

Marchad a consolarla presurosas;

Si hay consuelo en las penas amorosas.

Mas, ¡oh necio de mí! ¿Qué estoy hablando

Sobre las aves blandas y amorosas,

Si también tuvo Amor poder y mando

Entre las mismas fieras venenosas?

El león y la leona ¿cómo y cuándo

Lograron estas formas temerosas?

De Cibele lo sabe bien el templo,

Y la que lo dio a Adonis para ejemplo.

Contaros además también podría

Quién fue la vaca que el Egipto adora;

Quién fue la Ursa también referiría

Del polo Boreal, donde ella mora.

El caso de Acteón os expondría

Que transformó la diosa cazadora

Más le valiera al pobre haber cegado

Que por sus perros ser despedazado.

Esto es lo que a Acteón le sucediera

En la fuente fatal do se perdió;

Pues la diosa que allí desnuda viera,

Por castigo en un ciervo lo mudó.

Así que el triste príncipe advirtiera

En sí la nueva forma, a huir echó:

Los suyos, sin saber, lo van llamando,

Y teniéndolo allí lo están buscando.

Con los ojos y rostro él les hablaba,

Que la voz de hombre había y perdido:

Toda la comitiva lo llamaba,

Y de los perros era perseguido.

«Un ciervo ven a ver-cualquier gritaba-;

Acteón, ¿dónde estás?, ¿dónde te has ido?

¿Qué tardar tanto éste?», repetía:

Y el eco: «Es éste, es éste», respondía,

¿Cuántas cosas en vano estoy contando,

¡Oh Napeas esquivas!, sin que vea

El pecho de diamante un poco blando

De quien mi mayor daño así desea?

Mas aunque así me andáis atormentando,

Y por más larga que mi vida sea,

Nunca se verá en mí tan gran dolor

Que amor no lo convierta en más amor,

Hasta aquí, Ninfas mías, he pintado

De amores un jardín hermoso y suave;

De las aguas y piedras he cantado,

Sin olvidar la flor, la fiera, el ave.

Si este amor, que en el pecho he abrigado

Que del gozo y placer tiene la llave,

Por mi dicha algún día os ablandase

Y de tan largos males os pesase,

¿Con cuánto más placer os contaría

La larga historia mía, y no la ajena;

Y con cuánta más agua regaría

Llorando de contento aquesta arena!

Nuevo contentamiento me daría

El renovar la historia de mi pena;

Y vos, gustando de placer tamaño,

Os reiríais también de vuestro engaño.

Mas ¡ay de mí! ¿Con quién estoy hablando,

Si no hay en los peñascos sentimiento?

Mis palabras el viento está llevando,

Y a quien las digo corre más que el viento.

Vida y voz el dolor me está quitando,

Y el tiempo no me muda el pensamiento;

Diré, pues, a mi cruel desconfianza

Que sólo en el morir tengo esperanza.

POETA

Con esto el triste Sátiro acababa,

Con sollozos que el alma le arrancaron

Los montes insensibles por do andaba

Con sus últimas voces resonaron;

Cuando Febo en las aguas encerraba

Los caballos que el mundo iluminaron,

Y la noche mostraba en el Oriente

El coro de los astros reluciente.

Égloga IV

- 5 -

POETA

¿A quién diré las ansias abrasadas

De mi pastor quejoso, enamorado;

La blanda voz, las penas malogradas,
Los pesares que su alma han lastimado?
¿Por quién serán sus cuitas aliviadas,
Por quién será su pecho consolado,
Sino por vos, Señor, noble, excelente,
Que sois tan distinguido entre la gente?

A mil partes volví la fantasía
Buscando en tierra estrella que guiase
Mi rudo verso, en cuya compañía
La piedad santa siempre caminase
Luciente y clara, cual la luz del día,
Porque a mi rudo ingenio iluminase;
Y en vuestras perfecciones, Señor, veo
Cumplido enteramente mi deseo.

A vos se den, a quien también se han dado

Mansedumbre, blandura, ingenio y arte,

Y un espíritu divino que ha eclipsado

A los humanos en cualquiera parte.

En vos la gracia toda se ha juntado,

Y de vos a los otros se reparte;

Sois claro rayo, sois ardiente llama,

Sois el perpetuo objeto de la fama.

Y así mientras preparo un nuevo esprito,

Y voz de cisne tal que al mundo espante,

Con que vos, Señor, en alto grito

Loores mil por todo el mundo cante;

Oíd mi canto en tronco agreste escrito,

En medio del ganado petulante;

Que cuando sea tiempo, en mejor modo

Me ha de escuchar por vos el mundo todo.

Estas querellas tiernas y amorosas

Sean de vos tratadas blandamente:

Verdades de alma poco venturosas,

Salidas con suspiro vivo, ardiente,

Que acuden a esas manos valerosas

Para vivir después entre la gente;

Están llorando siempre la crueldad,

Para mover las almas a piedad.

Ya declinaba el sol contra el Oriente,

Y lo fuerte del día era pasado,

Cuando el pastor, con el dolor que siente,

Por dar en parte alivio a su cuidado,

Se queja de su amada dulcemente,

Creyendo que de nadie es escuchado:

Yo que lo oí, en un árbol escribía

Las penas que cantó, y así decía:

«O del Píndaro monte eres nacida,

O te parió algún mármol bella y dura;

Pues no es posible sea concebida

Dureza tal de humana criatura.

Tal vez has sido en piedra convertida,

Y esa crueza tienes por natura;

Y así nada hace en ti buena impresión,

Cual si de mármol fuera el corazón.

»Esta mi triste voz, ronca y llorosa,

La gente más remota movería,

Y soltando su vena lagrimosa

Los tigres de la Hircania amansaría;

Si cruel no fueras, tanto como hermosa,

Mi eterno suspirar te ablandaría,

Pero con suspirar y con quererte;

No se consigue más que endurecerte.

»Si dejaras vencer la crueldad

De tu perfecta e ínclita hermosura,

Comenzaras a ver mi voluntad

Y vieras esta fe tan limpia y pura.

Así tal vez oirías la piedad,

Y podría yo haber mejor ventura;

Pero igual no ha encontrado tu belleza,

A no ser de tu pecho la dureza.

»Ablandaría a un pecho que no siente

Mi duro y grave mal, según es fuerte:

Si bajara al infierno, duro, ardiente,

Movería a piedad la misma muerte:

Si el agua con caer continuamente

Vuelve blando un peñasco duro y fuerte,

El llanto eterno en que me ves deshecho

¿No hará mella ninguna en ese pecho?

»Mi rostro es una fuente de agua viva

Que por mis tristes ojos se derrama:

Mi pecho es una fragua, tan activa

Que todo lo derrite y aun lo inflama:

En torno está el amor, el cual activa

Soplando más y más la ardiente llama:

Si quieres ver qué ardientes son sus tiros,

¡Mira si son ardientes mis suspiros!

»Cuando en el pueblo gran clamor se siente

Porque el fuego prendió en la casa o torre,

De compasión movida va la gente,

Y a llevar agua todo el mundo corre.

Así abrasa a mi pecho llama ardiente,

Y el llanto de mis ojos lo socorre;

Que quien me abrasa otra agua me defiende,

Porque con ésta el fuego más se enciende.

»Cuando vemos que sale en el Oriente

El sol, su antiguo curso comenzando,

Hermoso intenso, puro y refulgente,

El monte, el campo, el mar regocijando;

Cuando se nos oculta en el Poniente

A los opuestos pueblos alumbrando,

Y mientras en el cielo hace su giro,

Por ti, mi dulce bien, lloro y suspiro.

»Camina todo el día el caminante,

Pero a la noche se halla descansado:

Se goza en la bonanza el navegante,

Que en la borrasca estuvo amedrentado:

Recoge el labrador mies abundante,

Aunque antes se afanó con el arado:

Mas yo de mi trabajo y mal tan fuerte

Sólo espero tormento y cruda muerte.

»De compasión las flores matutinas

Pierden todo su brillo y se ennegrecen;

Con mis suspiros sus colores finas

Pierden el clavo y lirio y no florecen:

Con la aurora las rojas clavelinas

Lejos de hermosearse se entristecen:

Dejan su canto Progne y Filomena,

Olvidando las tuyas por mi pena.

»Responde el monte cóncavo a mis males,

Y tú como áspid cierras el oído:

Los árboles del campo y animales

Se compadecen sin tener sentido:

Pero en ti mis dolores desiguales

Nunca ablandan el pecho endurecido;

Y por más que te llamo no respondes,

Y cuanto más te busco más te escondes.

»En el lugar aquel do apacentabas

Otras veces mi vista y tu ganado;

Allí donde mil veces me mostrabas

Ser yo el pastor de ti más deseado,

Mil veces te busqué, por ver si dabas

Siquiera algún descanso a mi cuidado:

Buscándote por monte y valle he ido,

Como busca la fuente el ciervo herido.

»Este lugar de ti desamparado,

En cuyas sombras húmedas holgaste,

Ahora obscuro y triste se ha quedado,

Pues todo el bien contigo te llevaste.

Eras tú nuestro sol más deseado,

Y ausentándote a obscuras nos dejaste.

¡Vuelve, mi claro sol! ¡vida perenne!

¿Quién es ahora el Josué que te detiene?

»Después que de este valle te apartaste,

El ganado no tiene hora segura:

Secóse el campo, desde que le negaste

De tus hermosos ojos la luz pura:

La fuente se secó, do te miraste

Cuando eras menos que ahora áspera y dura:

Niega sin ti la tierra, dando gritos,

Pasto a las cabras, leche a los cabritos.

»Cuando me hallo sin ti, dulce enemiga,

La clara luz obscura me parece:

Esta corriente, cuando amor me obliga,

Con mi llorar continuo por ti, crece:

No hay fiera a quien el hambre no persiga,

Aun el campo sin ti ya no florece:

Ciegos están mis ojos y no ven,

Pues no pueden ver ya a mi caro bien.

»El campo ya como antes no se esmalta

Con bellas flores blancas y bermejas:

Seco está el prado, y hace el agua falta

A las mansas pacíficas ovejas:

También, cruel, contigo el cielo falta,

No hallan flor las solícitas abejas:

Con lágrimas que manan de mis ojos,

La pradera nos da duros abrojos.

»Torna, pastora, pues, hacia este prado,

Y le restituirás tanta alegría:

Alegrarás al monte y al ganado,

Alegrarás también la fuente fría:

Torna: ven ya, sol mío deseado,

Convertirás la noche en claro día,

Y alegrarás mi lastimada vida,

Por verte ausente, casi ya perdida.

»Ven, porque como el rayo transparente

De este nuestro horizonte, que escondido

Deja un cierto temor entre la gente

Que mira al orbe todo obscurecido,

Y tornando a salir claro y luciente

Alegra al mundo todo entristecido;

Así es para mis ojos tu luz pura,

¡Claro sol! y tu ausencia es noche oscura.

»Mas tú, olvidada ya del bien pasado

Y del primer amor que me mostraste,

De mí tu corazón has apartado,

Y también el lugar desamparaste.

¿No te quiero a ti más que a mi ganado?

¿No soy aquel pastor a quien amaste?

¿Pues cómo merecí tan gran desvío?

Óyeme; pues me ves ya muerto y frío!

»El amor disponer de todo pudo,

Y no hay quien del amor se vea exento:

Ama el animal simple, bajo y rudo,

Y el de más levantado entendimiento:

Debajo de las aguas el pez mudo

Recibe del amor su movimiento;

Y el pájaro que entona cantos suaves

Se apasiona también por otras aves.

»Canta el pintado y tierno pajarito,

Y su variado son suelta y derrama,

Saltando de un ramito a otro ramito

Su amor mostrando al otro por quien clama,

Y hasta que en el secreto amado nido

No encuentra a aquel que sólo busca y ama,

No cesa del trabajo que ha tomado,

Ni descansa hasta unirse con su amado.

»La fiera que es más fiera y el león,

Otro león siempre halla y otra fiera

En quien pueda fijar una afición

Que de su pecho duro se apodera:

También sabe sentir lo que es pasión,

También suspira y gime y desespera,

Da rugidos feroces y se enfada,

Y al amor teme, no temiendo a nada.

»El ciervo que escondido y emboscado,

Temiendo al codicioso cazador,

Está en la selva, bosque, monte o prado,

Allí, do vive y anda, halla el amor;

Y de amor y temor acompañado,

Con causa siente amor, siente temor;

Temor de quien a herirlo allí acudía,

Amor de quien ya herido lo tenía.

»Pues si el animal bruto que no siente,

Siente también de amor la flecha dura,

¿Por qué a ti no te ablanda el fuego ardiente

Que procede de tu ínclita hermosura?

¿Por qué escondes y ocultas a la gente

Esa luz de tus ojos bella y pura,

Más bella, más süave, más hermosa

Que el lirio y el jazmín y el clavo y rosa?

»Si tú me vieses, puede que sintieras

Ver deshacer un pecho en triste llanto;

Y harías tú bien poco si me vieras,

Ya que por verte yo suspiro tanto

Los ayes y suspiros que me oyeras

Te pudieran mover a grande espanto,

A dolor, a piedad, a sentimiento,

Y a más, que para más es mi tormento.

»Las quejas que se lleva el viento leve,

Los suspiros que en vano doy al viento,

El sufrir calor, frío, lluvia o nieve,

Y no poderte ver ni aun un momento,

Es tormento que sólo a ti se debe;

Y aunque pudiera haber mayor tormento,

El que te vio, y se mira de ti ausente,

Pasará mucho más y alegremente.

»Ablanda de un peñasco la dureza

El agua que lo toca blandamente;

Pierde el hierro también su fortaleza,

Si lo llega a tocar un fuego ardiente;

Tú eres de no sé qué naturaleza,

Que a ser de piedra, hierro o de serpiente,

Tu corazón se hubiera ya deshecho

Con el fuego y las lágrimas que yo echo.

»Cuando muestra la Aurora la su frente,

La tierra se complace viendo el día;

Cuando Febo aparece en el Oriente

Manifiesta también grande alegría;

Contento va el ganado a la corriente,

Para beber el agua pura y fría;

Todo está alegre, todo está festivo,

Yo sólo mudo y triste y pensativo.

»Si de todo mi ser tienes la palma

Y de la mísera alma no has dolor,

Del cuerpo duélete que está sin alma,

Y sin ella no ha vida ni valor:

En la llama, el ardor, el fuego y calina,

En la afición constante y puro amor,

Persona no hallarás cual yo cautiva,

Ni voluntad como la tuya esquiva.

»Si huyes por no escuchas mi triste ruego,

Donde te hallares te he de importunar;

Y aunque vayas por agua, hierro o fuego,

Contigo en todas partes me has de hallar:

El fuego en que ardo, el agua en que me anego,

En tanto que yo viva ha de durar;

Y el nudo en que estoy preso es de tal suerte

Que no se ha de soltar en vida o muerte.

»En este corazón siempre estarás,

Mientras el alma esté con él unida;

Mi espíritu también poseerás,

Cuando el alma a su cuerpo no esté unida:

Por más que hacer pretendas, nunca harás

Que yo no te ame en esta y la otra vida:

Imposible será que eternamente

Aunque lejos estés, me estés ausente.

»Allí ha de acompañarme tu memoria,

Si mi alma tiene allá conocimiento;

En mí no borrará tu larga historia

Ni grave mal, ni duro apartamiento;

Hasta que vea que entras en la gloria

Viviré con continuo sentimiento:

Y, si puede, aun entonces a porfía

A el alma vuestra servirá la mía.»

Aquí con gran dolor, con triste acento,

El pastor triste dio fin a su canto;

Bajando el rostro, alzando el pensamiento,

Sus ojos comenzaron nuevo llanto:

Parar mil veces hizo al aire y viento,

Y movió en el empíreo al coro santo,

Y las selvas también se enternecieron

Con las lástimas tristes que le oyeron.

Sobre una mano el rostro reclinado,

En su dolor tan embebido estaba,

Que como en grave sueño sepultado

No vía al sol, que ya en el mar entraba:

Balando alrededor iba el ganado,

Que el redil conocido deseaba;

Las zorras en sus cuevas, y en sus nidos

Se quedaban los pájaros dormidos.

Ya sobre un seco ramo puesto estaba

El búho, con funesto y triste canto;

Al oírlo el pastor el rostro alzaba,

Y vio la tierra envuelta en negro manto:

Entonces de aquel sitio se apartaba,

Mas sin interrumpir su triste llanto;

Y al redil se llevaba su ganado

Para pensar mejor en su cuidado.

Égloga V

- 15 -

Soliso, Silvano.

SOLISO

Cuanto consuelo y gusto me causaba

La vista de la Aurora refulgente,

Con que toda tristeza se alegraba,

De modo que al llegar el sol luciente,

En mi rostro bien claro se veía

Una alegría nueva y diferente;

Tanto ahora me ofende el nuevo día

Viendo que no me muestra la hermosura

De aquella por quien sólo yo vivía.

No me quiso dejar triste ventura

Ni aun esperanzas de tornar a vella.

¡Oh destino crüel! ¡oh suerte dura!

¡Oh querida Natercia! ¡oh Ninfa bella,

En quien, en fin, mostró naturaleza

Lo más que se podía esperar de ella!

Si en el asiento de mayor alteza

Te acuerdas de quien viste acá en la tierra;

Si acaso te conmueve su tristeza,

No olvides, Ninfa, no, la cruda guerra

Que me hace sin cesar tu remembranza,

Olvidando el ganado valle y sierra.

No olvides que perdí la confianza

De volverte a mirar, y juntamente

De los bienes de amor toda esperanza.

No olvides que por ti, yo, de mí ausente,

Aborrezco la fuente clara, hermosa,

Que en otro tiempo vía alegremente.

Que por ti la mañana luminosa

Cada momento males me acrecienta,

Siéndome en otros días deleitosa.

Por ti el brillante sol me descontenta,

Con su canto me ofende Filomella,

Y sólo cuando llora me contenta.

Por ti, Natercia pura, Ninfa bella,

La verdura frondosa de este prado

Los males multiplica, ¡oh dura estrella!

Por ti no cuido ya de mi ganado;

Lo que toda mi dicha antes hacía,

Ahora va aumentando mi cuidado.

Ya no soy, ya no soy quien ser solía;

Mi ánimo se mudó con la ventura,

Mudóse con la pena mi alegría.

Trocóse el día claro en noche oscura,

Y no es mucho que todo se mudase,

Puesto que se ha mudado tu hermosura.

Nada podía hallar que aprovechase

A mitigar mi cruel atroz tormento;

Ni había gloria ya que yo esperase,

Sino mientras el triste pensamiento

Estaba contemplando tu beldad,

Olvidando tan largo apartamiento.

Ahora que faltó la claridad

Que mirándote mi alma recibía,

Quedando en tan amarga soledad,

¿Cómo podrá quedar quien no sabía

Sino con esta gloria contentarse?

¡Gloria de que gozar no merecía!

¿Cómo quedará aquel que al acordarse

Mortalmente del bien que ya es pasado,

Cree que es lo mejor la muerte darse?

¿Cómo quedará aquel que ha decretado

Que su alma sea del dolor morada,

Y en ella quiere estar desesperado?

¿Cómo ha de verse, ¡oh Ninfa delicada!,

Una alma que te vía, y en te viendo,

El hilo le cortó la Parca airada?

La causa de este mal yo no la entiendo;

Sólo sé que perdida esa luz pura,

Por no poderla ver vivo muriendo.

Veo que me robó fortuna obscura

Un bien por quien mi mal me contentaba:

¡Acuérdate de tanta desventura!

No olvides que mi mal sólo esperaba

El remedio de ti, y así verás

Cuál quedó quien en ti no más fiaba;

No olvides dónde estoy y dónde estás,

Y que acá sin ti todo me aborrece:

De este modo m estado entenderás.

SILVANO

No sé por qué razón nos amanece

El día de hoy de ayer tan diferente,

Y en él toda alegría se entristece.

El ganado que andaba alegremente

En los campos buscando la verdura,

Y en los ríos la límpida corriente,

Ahora se ve errar por la espesura,

Olvidando la hierba y agua fría,

Señal de alguna grande desventura.

De las aves no se oye la armonía,
Y aun me parece que suspira y llora
El solitario bosque y selva umbría.

La cándida, rosada, bella Aurora,
Que siempre viene el monte matizando,
Con mortal palidez se muestra ahora.

Estáse en estas hierbas observando
Tan marchito el color, que bien parece
Que se nos va un mal grande preparando.

En fin, veo que todo se entristece;
La causa ignoro: el Cielo pío quiera
Que el mal no sea tal cual aparece.

Porque desde que habito esta ribera,

Ni la he visto jamás tan marchitada,

Ni la oí murmurar de esta manera.

Tampoco he visto nunca otra alborada

Tan confusa salir como ésta veo,

De profunda tristeza acompañada.

Quisiera ver a quien de mal tan feo

La causa conociese y la explicase,

Para satisfacer a mi deseo.

Porque no puedo creer que resultase

De una causa ordinaria tal efeto,

Que hasta en los duros montes se notase.

El corazón, principio de mi afeto,

Me asegura que tanta novedad

No trae su origen de común respeto.

Mas entre la confusa claridad,

Veo a Soliso allí con su ganado,

Y de él saber espero la verdad.

Aunque no puedo verlo en tal estado,

Sin que mis ojos muestren a do llega

La pena que me causa el desgraciado.

Pero aquel que al amor crüel se entrega,

No es extraño que pase tal tormento;

Que amor todo mal da, todo bien niega.

Mientras libre guardó su entendimiento,

Sin que en estos amores lo emplease,

Cuidando sólo de vivir contento,

Ninguna fiesta había do faltase

Su flauta dulce; flauta que él tañía

Tan bien que no se oyó quién le igualase.

Mas no es ahora quien ser solía;

Se le ve enteramente demudado,

Sin indicio ni muestra de alegría.

Olvidó enteramente su ganado;

Aborrece las plantas, hierbas, flores,

Aborrece la gente y el poblado;

Se olvida de las fiestas de pastores;

Apartado se va por la espesura,

Pensando solamente en sus amores.

Agrádale la noche triste, obscura;

Mira con odio al sol puro y luciente:

¿Quién vio jamás tamaña desventura?

Y se fija en el mal tan fuertemente,

Que dice que cuando él más lo atormenta,

Si puede sentir gusto, no lo siente.

Aquí una hermosa Ninfa se aposenta,

Por la cual él en vida anda muriendo;

Ella causa el dolor que lo contenta.

Mas según lo que veo y lo que entiendo,

si mis sentidos, vista y pensamiento

No me alucinan o me están mintiendo,

Aunque fuera mayor el gran tormento

Que Soliso padece, no pudiera

Igualar a su gran merecimiento.

Quiero llegarme a él, en cuanto espera

Que vaya descendiendo su ganado,

Y dél sabré lo que saber quisiera.

Vengo, Soliso, a ti con gran cuidado,

Pues todo me entristece, y tengo miedo

De saber algún mal inopinado.

¿Ves tú cómo este bosque, antes tan ledó,

Está pesado, lúgubre y sombrío?

¿Cómo el viento parece que está quedó?

Va la común corriente de este río,

Que ora tanto se para, ora anda tanto,

Seca quedándose como en estío.

¿Ves cómo Filomela deja el canto,

Que alegraba al pastor enamorado,

Y Progne multiplica el triste llanto?

¿Ves, finalmente, en todo aqueste prado,

Desmayadas las hierbas, que solían

Lozano pasto dar a los ganados?

Todas estas señales no se vían

En las mañanas a éstas precedentes:

Los cielos algún mal muy grande envían.

Yo no sé qué será: si tú lo sientes,

Y no te es el contármelo penoso

Dime la causa de estos accidentes.

SOLISO

Fuérame en otro tiempo deleitoso

En extremo, ¡oh Silvano!, gusto darte;

Pero ahora me es todo fastidioso.

Bien quisiera poder comunicarte

La causa de este horror; pero más quiero

Afligirme a mí mismo que angustiarte.

Sin embargo, es el hado tan severo,

Que cuanto más me pongo a declararlo,

Tanto más de entenderlo desespero.

Y si acaso lo entiendo, y a contarlo

Me determino, quiere la ventura

A fuerza de sollozos atajarlo.

Que después que me falta la hermosura

De la Ninfa que en día refulgente

Pudiera convertir la noche oscura,

El espíritu me falta juntamente;

Sólo en suspirar paso noche y día,

Sin hartarme de verme tan doliente.

SILVANO

Más grande novedad en mí sería

Espantarme de verte estar quejando,

Que el ver en ti deseos de alegría.

Responde a lo que te iba preguntando

Sobre la causa de esta gran tristeza;

No estés perpetuamente lamentando.

SOLISO

Siempre en ti he conocido una dureza

Muy conforme a tu nombre; y él declara

Cual es, Silvano, tu naturaleza.

Porque si mi tormento te alcanzara,

Para ti el mayor bien, mayor mal fuera,

Y solamente el mal te contentara.

Deja que llore, pues; deja siquiera

Que lamente mi triste, infeliz hado,

Mi suerte desgraciada, suerte fiera.

Tú no tienes, Silvano, otro cuidado

Que ir en busca del valle o sombra fría,

Cuando te ofende el sol más empinado.

¡Pobre de aquel que pasa noche y día

Porfiando en morir, y suerte dura

En hacerlo vivir sólo porfía!

¡Oh Natercia gentil! ¡La excelsa altura

Del Olimpo glorioso andas pisando,

Mientras yo ausente estoy de tu hermosura!

SILVANO

¿Qué es eso que del cielo estás hablando?

Paréceme que no eres ya Soliso,

O que estás de amor puro delirando.

SOLISO

Quien perdió el agradable y dulce riso

Que producía juicio y daba vida,

Fuera de sí ha de estar, eso es preciso.

SILVANO

¿Qué cosa es ésa, di, que está perdida,

Y así te hace llorar? Pues según siento,

Natercia de estos valles es partida.

SOLISO

¡Cuán libre puede hablar el que el tormento

Ajeno ve por fuera, mas no siente

A do llega tamaño sentimiento!

La gloria que perdí no me consiente,

Silvano, articular voces expertas

Que manifiesten mi dolor presente.

Mas en ese tu error veo que aciertas,

Porque con ningún mal debe turbarse

El que sólo logró esperanzas ciertas.

SILVANO

Soliso, al que no quiere declararse,
no tiene para ello libertad,
No le falta razón para excusarse.

No sé do nace esta novedad;
Pues si me niegas esto que te pido,
Comienzo a sospechar de tu amistad.

Si te soy por amigo aborrecido,
Sabe que sólo un ciego entendimiento
Agraviar la amistad así ha podido.

Yo te dejaré, en fin, con tu tormento;
Mas siento mucho el ver que tan a pecho
Tomas un tan dañoso pensamiento.

SOLISO

Es otra la razón, otra es de hecho

La que me hace negar lo que pedías;

No creas que de ti tan mal sospecho.

Bien sé que mi descanso pretendías;

Mas por eso la causa he de ocultarte

De los prodigios que sabor querías.

SILVANO

No quieras, ¡oh Soliso!, así obstinarte;

Y pues mi dicha pende de tu vida,

Si corre riesgo, dame al punto parte.

SOLISO

La siento ya del todo decaída

Al recordar aquella breve historia,

Que fue para mis males tan cumplida.

Me vence la tristísima memoria

De la gloria que entonces me animaba.

¡Quién pudiera volar tras tanta gloria!

Natercia, que estos montes alegraba,

Cuyo rostro a Diana hacía fea

Y cuyo resplandor al sol cegaba;

Aquella a quien rendirse Amor desea,

Rendido a su belleza y mansedumbre,

Y las armas le da con que pelea;

Natercia, que en el mundo fue una lumbre

Do la belleza de mayor estado

Incendios aprendía por costumbre;

Natercia, por quien ando acompañado

De pena tal, que de la muerte dura

Espero sólo el fin de mi cuidado;

Al cielo se subió con la hermosura

Que era gloria del cielo y de la tierra,

Que era el mayor sujeto de ventura.

Ya su vista no hará a las almas guerra,

Sino sólo su dura remembranza,

En quien el daño más atroz se encierra.

Ya de verla no tengas esperanza;

Que esta vida trocó, de mal cercada,

Por otra do no tiene el bien mudanza.

Conoce, pues, por qué esta madrugada

Has debido encontrar tan diferente

De otra cualquier de ti más ponderada.

Decirte más no puedo, porque siente

Mi pecho en lo que digo tal tormento

Que esta memoria apenas me consiente.

El espíritu ya débil, sin aliento,

Con lo poco que llevo referido,

No puede resistir su sentimiento.

¡Oh mundo! ¿Cómo hay hombre tan perdido

Que crea en ti, si sólo para daño

Y para mal parece producido?

Dejas pasar un gusto de año en año,

Porque con nuestro oprobio y con tu gloria

Más patente nos sea ese tu engaño.

Siempre va así contigo la victoria

Dejándonos tan sólo o la esperanza,

O del bien que pasó la cruel memoria.

¿Quién hace de ti alguna confianza,

Sabiendo ya que quien en ti confía

Un engaño penoso al fin alcanza?

De la belleza el nuevo y claro día

Cegaste, cuando más resplandeciente

Mil triunfos del amor nos prometía.

¿Cómo hay tigre tan cruel, tan inclemente

Que no muera de pena, muerte aquella

Que de toda bondad era la fuente?

¿Quién, si eclipsada ve vista tan bella,

Después de haber mirado su beldad,

No desea morir por ir tras ella?

¿Cómo no te aplacó tan tierna edad,

Cuando cortabas su hilo, Parca dura,

Que ahora al mundo llenas de orfandad?

Dejad, dejad, pastores, la verdura,

Y las flautas dejad y los ganados,

Y llorad todos tanta desventura.

Y vos, silvestres Faunos namorados,

También podéis llorar, pues ya perdieron

Su objeto más gentil vuestros cuidados.

Ninfas, a quien los dioses concedieron

De estos sagrados bosques la morada,

Y en quien tamañas gracias escondieron;

Si aquella piedad grande y celebrada

De que os preciabais, en verdad tuvisteis,

Y siempre fue de vos tan venerada;

Si de daños ajenos os dolisteis,

Por vuestro propio mal llorad ahora;

Pues con Natercia todo el bien perdisteis.

¡Oh Náyades!, del agua salid fora,

Y de vos agua salga en mal tan fuerte,

Pues de verlo también el monte llora.

¡Oh Napeas!, llorad la triste suerte

De los tristes pastores, a quien niega

El hado, por más pena, hasta la muerte.

¡Oh Drías!, vos a quien amor se entrega,

Tomad todo el cuidado de este llanto,

Pues sabéis hasta do su causa llega.

Dejad, ¡oh Amadrías!, entretanto

Las plantas que guardáis para ayudarme,

Pues deja Filomela el dulce canto.

Y vos, ¡oh vida mía!, pues curarme

Ya no podéis, dejadme juntamente,

Porque memoria tal pueda dejarme,

Aunque muero por ella alegremente.

El martirio de Santa Úrsula
Rasgo épico.

De una hermosa doncella desposada,
Que de otras once mil, también hermosas,
Entró en el claro Olimpo acompañada,
Con coronas de lirios y de rosas;
De su divino esposo tan prendada
Que a todas de él las quiso hacer esposas,
Amor, vida y martirio cantar quiero,
Fiado en el favor que de ella espero.

Alcanza, Úrsula bella (que delante
De tan bello escuadrón fuiste por guía),
De tu amado Jesús, que de ti cante
El amor suyo que en tu pecho ardía.
Mi verso en loor tuyo se levante,
¡Oh cristífera, heroica compañía!,
Demostrándose aquí tan soberano,

Cuanto el divino amor vence al humano.

Y vos, única Madre y Virgen pura,

Pues sois de las que este orden escogieron

Y fuisteis, sois, seréis guarda segura

De las que a Dios pureza le ofrecieron,

Dadme en este cantar mejor ventura

Que las Musas gentílicas me dieron;

Vuestras siervas serán de mí servidas,

Y cantadas sus muertes y sus vidas.

Serenísima Infanta, producida

Del gran tronco real, sublime planta;

En el nombre, en las obras y en la vida

Retrato natural de Úrsula santa;

De esta Virgen, de príncipes nacida,

Dignaos de escuchar lo que se canta;

Prestad vuestra atención a tal sujeto,

No pierda su valor por mi defeto.

Al tiempo que Ciriaco ocupaba

La silla de San Pedro el Pescador,

Y con sana doctrina apacentaba

Las ovejas de Cristo, Buen Pastor;

Tuvo Bretaña un rey, que profesaba

La ley que le dio al mundo el Redentor:

Rey justo, rey piadoso, rey devoto,

Que unos llamaban Mauro y otros Noto.

De virtudes ejemplo nuevo y raro,

En edad y belleza florecía

Úrsula, por quien Noto era más claro

Que por todo el poder que poseía;

Con quien no quiso ser el cielo avaro,

Con quien todas sus gracias repartía;

Instruida, prudente, honesta, hermosa,

De padre tan dichoso hija dichosa.

La que va por los aires con presteza

Volando con mil alas que abre y cierra,

Y con una increíble ligereza

Con otros tantos pies corre por tierra:

La que habla tanto, y que jamás tropieza

En ver si en lo que dice acierta o yerra,

Y de una en otra boca se derrama;

Aquella, en fin, a quien llamamos fama,

Iba por todo el mundo celebrando

A la doncella noble, fiel, cristiana,

Sin límite ni modo ponderado

La sin par belleza soberana:

Y aun más que la belleza iba elogiando

El alma más divina que no humana;

Pues que de ambas a dos decía tanto

Que a unos movía a amor, a otros a espanto.

Oyendo muchas veces sus loores,

Por nunca quiso haber a esta señora

Un rey del pueblo inglés, pueblo de errores

Que era entonces gentil y es ciego ahora.

Abandona el error de tus mayores,

¡Pueblo desventurado!, que ya es hora,

Y vuelve a tu pastor, pobre ganado,

Mira que vas sin él muy mal guiado.

Un hijo de este rey (de quien decía
Que de Úrsula ser suegro deseaba),
Movido del rumor que de ella oía,
De la doncella fiel se enamoraba;
Su corazón y su alma le ofrecía
Día y noche por ella suspiraba;
Suspiraba él por ella, ella suspira
Por otro amante a cuyo amor aspira.

Envía el rey inglés embajadores
Con pompa regia y lustre suntuoso
(De su reino los grandes y señores)
A Noto, rey que es menos poderoso.
Pídele la hija bella (que en amores
Ardía toda del celeste esposo)
Para esposa del hijo, que sabía

Que ya de amores de ella todo ardía.

Hállase el rey bretón en riesgo urgente,

Con la nueva embajada de Inglaterra:

Recela que sí a ella no consiente

El gentil va a moverle cruda guerra;

Porque siendo más rico y más potente,

Tanto en el ancho mar como en la tierra,

Si despreciado llega a ver su ruego,

Le arruinará el país con hierro y fuego.

Con este no infundado pensamiento

De que puede perder su señorío,

Melancólico andaba y descontento,

Y de consuelo y de placer vacío:

Aprobar no podía el casamiento

De una fiel fiel con el gentil impío;

Pues ni su santa ley lo permitía,

Ni Úrsula fiel en ello convendría.

Estando puesto el padre en tal apuro,

Úrsula, por los cielos inspirada,

La dice que tranquilo esté y seguro,

Y que responda luego a la embajada:

«Que si el amor del príncipe es tan puro

Que a su hija quiere ver con él casada,

Ante todo le envíe diez doncellas

Las más nobles del reino y las más bellas.

»Que dé otras mil a cada virgen de éstas,

Y que a Úrsula otras mil también daría,

Todas de ilustre sangre y muy honestas,

Con lo cual once mil completaría:

Que retardase las nupciales fiestas

Treinta y seis meses, además quería;

Y le enviase naves, en que todas

A Roma fuesen, antes de las bodas.»

Quería prometer virginidad

En Roma al sumo Dios, con voto eterno,

Consagrándose a aquella potestad

Que gobierna los cielos y el infierno;

Y que abnegase la gentilidad

El que quería ser de Noto yerno;

Siendo en todo este tiempo adoctrinado

En la ley de Jesús, y bautizado.

A su padre le encarga que expresase

Aquestas condiciones claramente,

Y sin otra respuesta despachase

La embajada del rey inglés potente.

O porque ella creyó que no aceptase

Propuesta tal el príncipe impaciente,

O porque conoció que así daría

Las once mil al Dios á quien servía.

¡Oh providencia excelsa y soberana,

Cuán grande es tu saber, cuán elevado!

¡Cómo confundes de la mente humana

El dictamen más sabio y acertado!

El príncipe abrazó la fe cristiana,

De la hermosa doncella enamorado;

A cuanto manda la doncella él cede,

Y el rey su padre todo lo concede.

Para ti, virgen bella, virgen blanda,

Con no vista jamás velocidad

Juntas se vían de una y otra banda

Señoras nobles y de tierna edad.

Colocar en los buques el rey manda

La flor de la pureza y castidad:

Ya hacia Bretaña marchan las doncellas;

El corazón del novio va con ellas.

Ya van a tomar puerto do esperaba

Úrsula, alborozada en gran manera,

Que para recibirlas allí estaba,

No cual señora, mas cual compañera.

Cuán falsa era su ley les demostraba,

Y la ley de Jesús cuán verdadera:

Y se van bautizando aquellas damas,

Que damas de Jesús tú, Úrsula, llamas.

La fama, que no sabe reposar,

Vuela de reino en reino muy ligera;

Y a ver aquel prodigio singular,

La Francia y la Alemania se acelera:

Quién va a servir y quién va a acompañar

La virgen, de rey hija y de rey nuera;

Muchos obispos marchan de Bretaña;

Pactolo hasta la muerte la acompaña.

Gerasina la reina de Sicilia,

Por ir con tal doncella, abandonara

El trono que heredó, y con su familia

Y todas sus cuatro hijas se embarcara;

Van Victoria, Juliana, Áurea, Babilia,

Y el príncipe real también marchara:

Y bien pueden las reinas ir contigo,

Cuando el Rey de los cielos es tu amigo.

Ya marchan las hermosas peregrinas

Con las manos al cielo levantadas;

Ya dividen las ondas cristalinas

Las naos, que de hermosura van cargadas.

¿Cuándo, decid, ¡oh aguas Neptuninas!,

Fuisteis de tal belleza navegadas?

Desde que el continente descubristeis

A flota tal jamás camino abristeis.

Con el viento igual siempre y la mar mansa,

Va la flota derecha y sin rodeo:

A Cicla llega, y aunque no se cansa,

Allí quiere tomar algún recreo.

Pero de Úrsula el pecho no descansa;

Cuidadosa del fin de su deseo,

Las anclas manda alzar, soltar el lino,

Y dar de nuevo al mar el frágil pino.

El viento fuerza y brío va tomando

De las doncellas que le están fiadas:

Con tal prosperidad van navegando,

Que ya os dejan atrás, aguas saladas,

Y en las dulces del Rhin están entrando,

Donde tienen sus vidas limitadas:

Allí una ciudad ven sobre la arena,

Que de verlas morir no tuvo pena.

¡Ah cruel Colonia! ¿cómo no te encubres

A tan hermosos ojos, que seguros

Las altas torres vían, que descubres

Con los palacios y los fuertes muros?

Con razón de vergüenza ahora te cubres,

Pues fuiste madre de los pechos duros

Que a éstos, libres de crimen, culpa o yerro,

Despedazaron con impío hierro.

Mientras en este puerto aquella armada

Se prevenía de útil alimento

Con que seguir pudiese la jornada

Y dar tercera vez velas al viento,

Siendo la noche ya bastante entrada,

La virgen, retirada en su aposento,

Mientras dormía la cansada flota,

Decía a Cristo así, tierna y devota:

«Amor, divino Amor, Amor süave;

Amor, que amando voy toda rendida,

Que de mi corazón tienes la llave;

Amor, de cuyo amor estoy herida;

Con quien no hay en la vida pena grave,

Sin quien gloria real no hay en la vida,

¿Cuándo veré, ¡oh Amor!, lo que deseo,

Para que vea, Amor, lo que no veo?

»Amor, que de amor lleno y de blandura

Hinches de amor esta alma cuidadosa;

Amor, sin cuyo amor y hermosura

Bella no puede ser ninguna cosa;

Amor, con cuyo amor anda segura

Una vida tan frágil y dudosa,

¿Cuándo veré, ¡oh Amor!, lo que deseo

Para que vea, Amor, lo que no veo?

»Amor, que por amor determinaste

El mundo restaurar errado y triste,

Y por amor del cielo acá bajaste,

Y por amor sobre la cruz subiste,

Y por amor a muerte te entregaste,

Y por amor la gloria eterna abriste,

¿Cuándo veré, ¡oh Amor!, lo que deseo,

Para que vea, Amor, lo que no veo?

»Amor, que más y más siempre te aumentas

Y con tu ardor el corazón deshaces;

Amor, que de amor puro te sustentas,

Entre la llama donde arder me haces;

Amor, que sin amor no te contentas,

Y sólo con amor te satisfaces,

¿Cuándo veré, ¡oh Amor!, lo que deseo,

Para que vea, Amor, lo que no veo?

»Amor, que con amor me cautivaste

(Si libre puede ser quien no cautivas);

Amor, que en tal prisión me aseguraste

Las esperanzas antes fugitivas;

Amor, que suspirando me enseñaste

A derramar por ti lágrimas vivas,

¿Cuándo veré, ¡oh Amor!, lo que deseo,

Para que vea, Amor, lo que no veo?

»¿Cuándo llegará el día en que yo ofrezca

Al hierro cruel por tí mi pecho fuerte,

Y en tu celestial corte me aparezca

Con estas once mil, mas de tal suerte

Que cada una tu esposa ser merezca,

Padeciendo conmigo acá la muerte,

Y después del martirio, juntas todas,

Celebremos contigo eternas bodas?

»Haced que no se frustré el ansia ardiente

Que de veros, Señor, siempre he tenido;

El ansia que a mi espíritu y mi mente

Desde la edad más tierna ha consumido.

Mientras me veo, ¡oh Dios!, de Vos ausente

Mi espíritu se halla inquieto y abatido;

Y si mucho se alarga este destierro,

Me matará mi pena antes que el hierro.

»Mi espíritu desata cuidadoso;

Este ñudo mortal ve deshaciendo,

Antes que por tres veces presuroso

Los doce signos vaya el sol corriendo.

Yo prefijé este tiempo, ¡oh dulce esposo!,

Para ir a ese otro esposo entreteniéndolo,

Confiada en tu amor, y persuadida

De que pondrás fin antes a mi vida.»

En este fervoroso y santo ruego

Úrsula suspirando aun insistía,

Cuando entre un resplandor como de fuego

Divina voz oyó que le decía:

«¡Oh doncella, que hiciste burla y juego

De cuanto aman los hombres a porfía!

Sabe que cuando aquí la vuelta dieres,

Decreto que consigas lo que quieres.»

Esta voz celestial tanto la mueve,

Que no quiere esperar ni perder hora;

Esle muy larga ya la noche breve,

Parécele tardar mucho la aurora.

Así que el sol mostró su carro leve

De la ciudad se sale sin demora;

A Basilea llega, y allí toma

Pronto y a pie el camino para Roma.

Ciriaco, el romano pastor santo,

La sale a recibir, y la acompaña

Con gozo espiritual y grande espanto,

Viendo en edad tan tierna fe tamaña.

No se puede decir ni pensar cuánto

Se goza la real sangre de Bretaña

Los venerables templos visitando

De aquellos cuya fe va ella imitando.

En la noche feliz del grande día
En que a Roma las vírgenes llegaron,
Al sucesor de Pedro, en profecía,
Los ángeles de Dios manifestaron
Que él también el martirio sufriría
Donde a Úrsula y las otras degollaron:
Deja contento el gran pontificado,
Deseoso de ser martirizado.

Por más que todo el clero lleva a mal
Que se vaya con unas extranjeras,
De inspiración movido celestial
El buen Pastor se va con las corderas.
También va un arzobispo, un cardenal:
Tú, Mauricio, también con éstos fueras:

Tres obispos, por fin, dejan sus sillas,

Movidos de tamañas maravillas.

Después de entrar al mar de do salieron

Con tan hermoso sol tantas estrellas,

Las áncoras con fuerza alzar hicieron,

Y las velas mandaron descogellas.

Otras naves enfrente descubrieron,

Y marchando venían hacia ellas:

Luego se conocieron ambas flotas,

Que ambas de un reino son, ambas devotas,

Venía allí el ya fiel rey de Inglaterra,

De Úrsula, virgen bella, bello esposo,

Que reinar no quería ya en la tierra,

Del cielo enamorado y cuidadoso.

De su primer amor venció la guerra

La fuerza de otro amor más poderoso,

Y amando ya en su Dios la esposa bella,

Para encontrarlo lo buscaba en ella.

La madre bautizada trae consigo;

Que el padre, ya cristiano, falleciera,

Con lo cual evitó el feroz castigo

Que le esperaba si gentil muriera.

Amor celeste, ¿cómo aquí no digo

El sublime amor tuyo? ¡Ah, quién pudiera!

Por medio de una virgen inocente

Subir hiciste al cielo tanta gente.

También iba en aquella compañía

Una hermana del rey, de honesto estado;

Florencia, que en belleza florecía,

Como flor en jardín bien cultivado.

El obispo Marcelo allí venía,

Con otro que Clemente era llamado:

En la Grecia su silla hubo el primero,

Se ignora do se halló la del postrero.

Una doncella viuda allí venía,

Que, siendo desposada en edad tierna,

A su esposo perdió, y a Dios había

Prometido guardar pureza eterna;

Del mismo rey sobrina se decía.

Su madre, en la ciudad donde gobierna

Ahora el Musulmán con furia brava,

De emperatriz a la sazón se hallaba.

Éstos que, según cuenta varia historia,

Dejaron por Dios solo sus Estados,
Y aun otros de quien hay menos memoria
Divinamente fueron avisados,
Que para subir juntos a la gloria
A las vírgenes fuesen asociados,
Con las cuales martirio sufrirían,
Y en el cielo por siempre reinarían.

Sería extraño el gozo que sintieron
Aquellas bien nacidas almas santas
Cuando juntas allí todas se vieron,
De partes tan remotas y de tantas.
Sin los estorbos que antes lo impidieron,
Las dos, más que las otras, bellas plantas,
Allí se dan abrazos muy estrechos,
Como que están conformes ya sus pechos.

El rey haría allí su acatamiento

A quien Dios de su Iglesia dio el gobierno;

Y éste, conforme a su merecimiento,

Respondería con amor paterno.

No faltaría en tal recibimiento

Ni el placer exterior ni el gozo interno;

Pues aunque eran diversos sus Estados,

De un mismo Dios estaban animados.

A las naves el viento no movía,

El frío Rhin también estaba quedo,

Moverse hacia Colonia no quería,

Como si de ir allá tuviera miedo;

Pues parece que claro conocía,

¡Oh coro virginal sereno y ledó!,

Que te esperaba allí la impía muerte.

Ahora, ¡oh Musa!, cuenta de qué suerte.

El que tomó la forma de serpiente

Porque Adán y Eva fuesen engañados,

Viendo que tantos pueblos, tanta gente,

La fe abrazaban y eran bautizados,

En el pecho se entró mañosamente

De dos gentiles, príncipes malvados

De la romana infiel caballería,

Contrarios a la fe que se extendía.

Avísales la fama con certeza

Que a Colonia la virgen la vuelta daba,

Con la cristiana juvenil belleza

Que por amor de Dios peregrinaba.

Ellos dan la noticia con presteza

A un pariente que Julio se llamaba,

Jefe duro y feroz de los guerreros

Que fueron para todas carniceros.

Acude en poco rato un gran gentío,

Que traía el idólatra a su mando,

Y ocupa las dos márgenes del río

Por do iban las doncellas navegando;

Ya divisan aquél, ya este navío,

Los que estaban en alto atalayando:

Las armas veloz toma el pueblo ciego,

Para teñirlas en su sangre luego.

Yendo a surgir la flota junto al muro

Donde le parecía estar segura

(¡Oh vírgenes! ¿buscáis lugar seguro

Donde se os preparó la sepultura?),

Entra con mano armada el pueblo duro,

Ataca con furor tanta hermosura,

Ensangrentando sus aceros fuertes,

Convirtiéndolo todo en sangre y muertes.

Desnudo las doncellas ofrecían

El delicado cuello, el tierno pecho,

Era para caber cuantas caían

Aquella vasta arena campo estrecho

Los arroyos de sangre que corrían,

Un segundo mar Rojo habían hecho.

Sola, ¡oh Córdaula!, tú la muerte huíste,

Mas después la buscaste y recibiste.

Ciriaco el primero, muy constante

La vida ofrece al hierro sin espanto;

El joven rey inglés cayó, delante

De aquellos castos ojos que amó tanto.

Espera, ¡oh tierno esposo!, un breve instante

A Úrsula espera, espérala entretanto

Que otro amor otro golpe le prepara,

Y entraréis juntos en la patria cara.

Cruelles, ¿en qué país, en qué ciudad,

Entre qué gentes fieras desalmadas

No se ha usado de amor y de piedad

Con doncellas hermosas desarmadas?

¿Cómo belleza tanta y tal edad

Os dejó manejar esas espadas?

¡Ah lobos carniceros, tigres bravos,

Hijos de la crueldad, de la ira esclavos!

Entre cuanto animal cría la tierra,
Fiereza tal jamás se ha visto usada;
Pues aunque unos a otros se hagan guerra,
No es la hembra del macho lastimada;
En paz va el ciervo y la cierva por la sierra,
Del toro es la becerro resguardada,
El león a la leona la defiende,
¿Y el hombre a la mujer daña y ofende?

¿Pudieran otros ojos, por ventura,
De lágrimas divinas excusarse,
Viendo cubierta ya de niebla obscura
La luz de tantos bellos apagarse?
¿Viendo la rosa y la azucena pura,
En tan hermosos rostros marchitarse?
¿Viendo las trenzas de oro ensangrentadas

Y por aquellos bárbaros pisadas?

Cuando el feroz tirano se encontraba

En medio de este horror, alzó la vista

A la invencible virgen, que animaba

Al virgíneo escuadrón a que resistía;

Y aun así, envuelta en sangre como andaba,

Al tirano feroz rinde y conquista;

Y entre tanta crueldad, tantos furores,

Determinó vencerla por amores.

Fingiendo que le pesa lo pasado

(Y aun de fingirlo así se arrepentía),

Ofrécele su vida, reino, estado,

Sin ver que estado y vida allí perdía.

El corazón le pide confiado,

El corazón que en Dios puesto tenía,

El corazón que suyo ya no era,

Porque al sumo Hacedor ya lo volviera.

Usa de mil lisonjas, mil engaños,

Por conseguir aquel deseo bruto.

«Logra la flor-decía-de tus años;

Coge de esa belleza el dulce fruto;

No des materia nueva a nuevos daños;

No pagues a la muerte su tributo;

Mira que yo te ofrezco generoso

Otro reino, y doncellas, y otro esposo.

»¿Para qué te formó naturaleza,

Si de querer no das ni aun esperanza?

¿Qué se podrá alcanzar de esa belleza,

Si el que la adora ni aun piedad alcanza?

Deja al león y al tigre la fiereza,

Y a mis soldados deja la venganza;

Pues si por verme cruel ser cruda quieres,

Harto te vengas cuando así me hieres.

»Vuelve esos ojos ya con más blandura,

Esos ojos de amor dulce morada;

No hagan ellos en mí con su hermosura

Lo que ha hecho en esas vírgenes mi espada.

Si quieres acabar con mi ventura,

Que de tus ojos veo estar colgada,

Acabará de ver cuán poca tengo,

Pues donde a matar vine a morir vengo.

»¿Cómo de mi rogar no te aprovechas,

Cuando el riesgo a rogarme a ti te obliga?

O no conoces bien a quien desechas,

O me desechas porque más te siga.

¿En qué piensas, señora, qué sospechas?

Más propio era llamarte mi enemiga;

Mas no consiente amor nombre tan duro,

En parecer tan blando y tan seguro.

»Los rayos de esos ojos ya serenos

Enjuguen de ese rostro al fin las rosas;

El triste suspirar suene ya menos,

En estas playas para mí dichosas:

Da paz a mis sentidos, de amor llenos;

Pues no sufre esperanzas vagarosas

El que está acostumbrado en sus amores

A medir por su gusto sus favores.

»¿Qué gusto has de encontrar en maltratarme,

Si estoy de lo pasado arrepentido?

Ve que es más lo que ganas en ganarme

Que lo que en estas muertes has perdido.

Si quieres insistir en despreciarme,

Me verás sobre amante, enfurecido.

No me declaro más, porque no quiero

Que haga el temor lo que de amor espero.»

¡Ah pérfido amador, sal de ese yerro!

¿No ves cuán engañado y cuán ciego andas?

Aquella a quien no vence el duro hierro,

¿Cómo la han de vencer palabras blandas?

Saca esa alma por fin de este destierro,

Con esas otras, que a su Esposo mandas;

No la detengas más en tus amores,

Si doblarle no quieres sus dolores.

Cuando el cruel conoció que cuanto oía

La virgen lo tomaba por afrenta;

Que cuanto él en amor más se encendía,

De él hacía la virgen menos cuenta,

Toma el arco feroz que usar solía,

Y una flecha mortal en él asienta;

Y el pecho le pasó de banda a banda.

Así el alma entregó la virgen blanda.

Márchate, alma gentil, de esta bajeza;

Las alas abre ya, la luz derrama;

Vuela con desusada ligereza

Adonde el sumo Bien te espera y llama:

Que en este mundo la mayor alteza

No hace más que engañar al que más la ama,

Y allá de ese su amor tan suspirado

El fruto cogerás tan deseado.

¡Vete en paz, alma pura, santa y bella!

Más bella aún que la sangre que vertiste;

Al cielo ve a gozar la gloria aquella

De que con muerte tal digna te hiciste;

Coronada de gloria vive en ella,

Al lado de Jesús, a quien le diste,

Con tantas y tan bien nacidas almas

Hermosura del cielo, once mil palmas.

Canción I

- 11 -

Ven acá, fiel papel, fiel secretario

De las penas que siempre estoy sufriendo,

Papel a quien mis quejas siempre entrego.

La sinrazón digamos que está haciendo

Conmigo el inflexible y el contrario

Destino, sordo a lágrimas y ruego.

Lancemos algo de agua en tanto fuego;

Enciéndase con gritos un tormento

Que a todas las memorias sea extraño.

Digamos mal tamaño

A Dios, al mundo, a tierra, a mar y viento,

A quien ya muchas veces lo conté,

Y en vano siempre, como lo haré ahora.

Mas ya que para errores he nacido,

Uno será éste de los que he sufrido.

Y puesto que en mi suerte no hay mejora,

No me culpen también si en esto erré;

Pues siquiera el consuelo encontraré

De hablar y errar, de culpa estando exento.

¡Triste el que con tan poco está contento!

He conocido ya que con quejarme

Remedio no he de hallar; pero quien pena

Por fuerza ha de gritar si el mal es grande,

Gritaré; que aunque clame a boca llena,

Como deseo no podré explicarme,

Ni tanto gritaré que el mal se ablande.

Mas tal ver podrá ser que fuera mande

Lágrimas y suspiros infinitos,

Iguales al dolor que en mi alma mora.

Mas ¿cómo podré ahora

Medir mi mal con lágrimas y gritos?

Diré por fin aquello a que me inclinan

La ira y pena, y su dura remembranza,

Que por sí es un dolor bien duro y firme.

¡Llegad, desesperados, para oírme!

Húyanme los que viven de esperanza,

Y los que poseerla se imaginan;

Porque amor y fortuna determinan

Dejarles facultad para que entiendan

Mi dolor, a medida del que tengan.

Cuando de la materna sepultura

Salí al mundo, los astros ordenaran

Que viviese no libre, mas forzado,

Y del libre albedrío me privaran.

Mil veces conocí en mi desventura

Lo mejor, y seguí lo peor forzado;

Y para que el tormento conformado

Me diesen con la edad, llegaba apenas

A abrir los tiernos ojos blandamente,

Mandaron prontamente

Al ciego dios me diese crudas penas.

Las lágrimas de niño ya salían

De mí con ansiedad de enamorado;

Los ayes que en la cuna se me oían

Suspiros de un amante parecían.

Con la edad y hado estaba concertado;

Porque cuando en la cuna me arrullaban,

Si de amor tristes versos me cantaban,

Hacíame dormir naturaleza,

Conformándose así con la tristeza.

Dióme el pecho una fiera, pues el hado

Una mujer no quiso que tuviese

Para nodriza yo; porque quería

Así criarme para que bebiese

El veneno amoroso, que sin tino

En edad más adulta bebería

Y por costumbre no me mataría.

Luego la imagen vi y la semejanza

De aquella humana fiera tan hermosa,

Tan suave y venenosa,

Que al pecho me crió de la esperanza;

De quien ya después vi el original,

Que de todos los grandes desatinos

Hace la culpa altiva y soberana.

Parece que tenía forma humana,

Mas centelleaba espíritus divinos:

Tal era su presencia y su aire tal,

Que se vanagloriaba todo el mal

Al verla, y excedía su viveza

A cuanto pudo hacer naturaleza.

¿Ha tenido el amor algún tormento

Que no haya sido en mí, no solamente

Probado, mas del todo ejecutado?

Implacables durezas que al ferviente

Deseo, que da fuerza al pensamiento,

Mudaban del propósito tomado,

Dejándolo corrido e injuriado.

Sombras vanas, fantásticas, nacidas

De algunas temerarias esperanzas;

Y bienaventuranzas

También pintadas y también fingidas;

Pues al ver el desprecio recibido,

Que deshacía cuanto yo intentaba,

Mi insano error quedaba descubierto.

Luego el adivinar, y haber por cierto

Todo lo que mi mente se forjaba,

Y luego desdecirme de corrido;

Dar a cuanto veía otro sentido,

Y para todo, en fin, buscar razones;

Mas eran muchas más las sinrazones.

Sus rayos no sé cómo arrebatando

Me estaban las entrañas, que se huían

Hacia ella por los ojos sutilmente,

Y que al fin invencibles me salían,

Bien como de lienzo húmedo exhalando

Está el sutil humor el sol ardiente.

En fin el rostro puro y transparente,

Para quien queda bajo y sin valía

Este nombre de bello, puro, hermoso;

El movimiento blando y amoroso

De sus ojos, que el alma suspendía,

Fueron las hierbas mágicas que el cielo

Me hizo beber, y que por largos años

Me tuvieron del todo transformado.

Y tan contento en verme así trocado,

Que engañaba a mi pena con engaños;

Y ante los ojos me ponía el velo

Que me ocultaba el mal que me crecía,

Como quien con halagos se criaba

De aquella para quien crecido estaba.

Pues ¿quién podrá pintar la vida ausente,

Y aquel descontentarme cuanto vía,

Y aquel estar tan lejos de do estaba;

El hablar sin saber lo que decía;
Andar sin ver por dónde; y juntamente
Suspirar sin saber que suspiraba;
Y la pena y tormento que me daba
Aquel dolor, que del Cocito impuro
Salió al mundo, que más que todo duele,
Y tantas veces suele
Volver en blanda pena el furor duro?
¿Y hora furioso y con la pena airado,
Querer y no querer dejar de amar;
Y volver a otra parte por venganza,
El deseo privado de esperanza
Que tan mal se podía ya mudar?
Y ¿hora las aflicciones del pasado
Tormento puro dulce y lastimado,
Que hacían convertir estos furores

En afligidas lágrimas de amores?

¿Cuántas disculpas entre mí buscaba,

Cuando mi suave amor no me sufría

Culpa en la cosa amada y tan amada?

Eran, en fin, remedios que fingía

El miedo del rigor, que le enseñaba

A mi vida a pasar así engañada.

Casi toda ella en esto fue pasada;

Y si acaso hallé en ella algún contento

Breve, imperfecto, tímido, indecente,

No fue más que simiente

De un cumplido amarguísimo tormento.

Este continuo curso de tristeza,

Estos pasos en vano por mí dados,

Apagaron la llama activa, ardiente

Que a mi pecho abrasó incesantemente,

Con aquellos deseos namorados

Con que a mí me crió naturaleza:

Que el hábito después de la aspereza,

Contra quien fuerza humana no resiste,

En gusto convirtió de vivir triste.

Así la vida en otra fui trocando,

Yo no, mas el destino fiero airado,

Pues yo, aun viviendo así, no la trocara;

Me hizo dejar el patrio nido amado,

Y pasé el ancho mar, que amenazando

Estuvo veces mil mi vida cara.

Hora de Marte vi la furia rara,

Que quiso que en mis ojos viese luego

Y tocara su fruto acerbo y crudo,

Dejando en este escudo

Visible la pintura del cruel fuego.

Hora perdido, peregrino, errante,

Viendo en el cielo y tierra calidades,

Costumbres y lenguajes diferentes;

Sólo por ir con pasos diligentes,

¡Fortuna!, en pos de ti, que a las edades

Las consumes, llevádoles delante

Una esperanza hermosa cual diamante,

Mas que al tocarla a polvo se reduce;

¡Que es frágil vidrio lo que tanto luce!

La compasión humana me faltaba:

A mis amigos contra mí los vía

En el primer peligro; en el segundo

De tierra do pisase carecía,

Aire para vivir se me negaba,

Y, en fin, ya me faltaba el tiempo y mundo.

¡Qué secreto tan arduo y tan profundo,

Nacer para la vida, y en seguida

Faltarme cuanto sirve a sostenerla,

Y no poder perderla

Estando tantas veces ya perdida!

No hubo jamás ni trance de fortuna,

Ni peligros, ni casos ominosos

(Injusticias de aquellos que el confuso

Regimiento, del mundo antiguo abuso,

Hace sobre otros hombres poderosos)

Que no pasase atado a la coluna

Del continuo sufrir, que la importuna

Continuación de males, en pedazos

Mil veces puso a fuerza de sus brazos.

No cuento tantos males cual los cuenta

El que se vio en borrasca procelosa,

Y en el puerto después la cuenta ledo:

Que aun ahora la suerte rigorosa

Me compele a trabajos tan extraños,

Que de dar sólo un paso tengo miedo.

Ya del mal que me espera no me arredro,

Ni el bien que me hace falta haber pretendo,

Puesto que no me sirven maña o ciencia;

Pues de la Providencia

Divina y soberana sólo pendo.

Esto es lo que me anima; en ello tomo

Algún consuelo para tales daños.

Mas cuando la flaqueza humana lanza

Los ojos a su vida, y ve que alcanza

La memoria no más que aquellos años,

La agua que entonces bebo, el pan que como,

Lágrimas tristes son que nunca domo,

Ocupado en llenar mi fantasía

Con pinturas fingidas de alegría.

Y si posible fuera que tornase

Atrás el tiempo como la memoria,

Por los vestigios de mi tierna edad;

Y tejiendo otra vez la antigua historia

De mis dulces errores, me llevase

Por las flores que vi en la mocedad,

Mayor tal vez sería mi contento,

La conversación viendo alegre y suave,

Donde estuvo la llave

De mi entonces felice pensamiento,

Los campos, los paseos, el gracioso

Rostro que era modelo de hermosura,

La gracia, mansedumbre, cortesía,

Y la amistad ingenua, que desvía

Toda afición terrena, baja, impura,

¡Como que es la más bella y la más pura!

Pero, ¡oh vana memoria!, ¿a do el medroso

Corazón me arrebatas, si en mi mano

No está el domar aqueste afecto vano?

No más canción, no más; pues iré hablando

Sin sentirlo mil años; y si acaso

Te culparen de larga y de pesada,

Dirás que ser no puede limitada

La agua del mar en tan pequeño vaso.

Ni yo delicadezas voy cantando

Por gusto del loor, sino explicando

Verdades puras y por mí pasadas.

¡Ojalá fueran fábulas soñadas!

Canción II

- 8 -

Mándame Amor que cante dulcemente

Lo que jamás en verso fue cantado,

Ni hasta ahora en el mundo ha sucedido.

Así me paga en parte mi cuidado;

Pues quiere que me alabe, y represente

Cuán bien supe en el mundo ser perdido.

Soy parte, y no seré tal vez creído;

Mas es tamaño el gusto de alabarme,

Y de manifestarme

Por cautivo de un rostro tan hermoso,

Que no hay impedimento

Que resista a la gloria de un tormento

Tan peregrino, suave y deleitoso:

Bien sé que lo que canto

Ha de hallar menos crédito que espanto.

Vivía yo del ciego amor exento,

Pero tan inclinado a vivir preso

Que aborrecía ya la libertad.

Sentíame abrasado con exceso

Del deseo de un dulce pensamiento

Que ilustrase mi insana mocedad.

Era del año la primera edad,

La revestida tierra se alegraba,

Cuando Amor me mostraba

Las trenzas de hilos de oro, desatadas

Al dulce viento estivo,

Los ojos que arrojaban fuego vivo,

Las rosas entre nieve bien sembradas,

El rostro grave y ledo

Que a un tiempo mueve mi deseo y miedo.

Un no sé qué suave respirando

Causaba un desusado y nuevo espanto,

Que hasta los insensibles lo sentían;

Pues las gárrulas aves entretanto

Voces desordenadas levantando,

Como yo en mi deseo se encendían.

Las fuentes cristalinas no corrían,

En su vista inflamadas bella y pura;

Flor daba la verdura

Que su dichoso pie al andar tocaba;

Las ramas se bajaban,

O envidiando a las hierbas que pisaban,

O porque todo ante ellas se humillaba;

El aire, el viento, el día,

De espíritus continuos influía.

Yo, cuando vi que daba entendimiento

A cuanto la rodeaba, imaginé

Que algún milagro en mí produciría;

Mas sucedió al contrario, pues noté

Que me privó de todo sentimiento,

Y en otra transformó la vida mía.

Con tamaño poder de amor venía,

Que todos los sentidos me embargaba;

Y no sé cómo daba,

Contra el orden y curso de natura,

A los prados y riscos eminentes,

A los ríos y fuentes,

Poder de conocer su vista pura.

Sólo yo fui mudado

Casi en un rudo tronco, de admirado.

Después de haber perdido el sentimiento

De humano, un solo anhelo me quedaba,

A do mi razón toda se volvía:

En mi pecho no sé quién me afirmaba

Que por tan alto y dulce pensamiento

Con razón la razón se me perdía;

Pues cuando más perdida la veía,

En su pérdida misma se ganaba.

En dulce paz estaba

Con su mayor contrario en un sujeto.

¡Oh caso extraño y nuevo!

Por alta y grande ciertamente apruebo

La causa de do nace tal efeto,

Que hace en un corazón

Que un deseo sin ser sea razón.

Después que me entregué ya a mi deseo,

O en él estuve casi convertido,

Solitario, silvestre e inhumano,

Tan contento quedé de ser perdido,

Que me parece todo cuanto veo

Excusado, si no es mi propio daño.

Bebiendo a queste suave y dulce engaño

A trueque del sentido que perdía,

Vi que amor me esculpía

En la alma la figura ilustre y bella,

El juicio, gravedad,

La mansedumbre, gracia, honestidad:

Y porque no cabía dentro de ella

De tales bienes tanto,

Salía por la boca envuelto en canto.

Canción, si no creyeren

Cuanto del rostro hermoso y claro dices,

Responden que aunque sean muy felices

Los sentidos humanos,

Jueces no pueden ser de los divinos;

Y que, para juzgar de tal portento,

Debe suplir la fe al entendimiento.

Canción III

- 17 -

Pasaba yo mi vida alegremente

Teniendo libres mi alma y pensamiento,

Sin recelos de amor ni de ventura;

Mas este bien duró sólo un momento,

Y ahora a mi costa veo claramente

Que todo bien criado poco dura.

Pues al tiempo que estaba más segura

De amor y su cuidado,

Por verme en un estado

Do no creí que amor tuviera parte,

Sin saber de cuál arte,

A Amor me hallé entregada de tal suerte,

Que ya sólo en la muerte

Mi esperanza se puede ver cumplida.

¡Ah, con qué lentitud pasa esta vida!

¡Cuántas veces aquí yo triste oía

A mi Felicio y a otros mil pastores,

Quejarse con pasión de mi crueldad!

Mas yo, cual áspid, todos sus clamores

Con gran desprecio y altivez oía,

Juzgando que era pura vanidad.

Ahora en pago, yo en mi libertad,

Voluntad y deseo,

Abandonadas veo

A quien por más que clame no responde;

Pues veo que se esconde

Debajo de esta tierra el que yo llamo,

Que es aquel a quien amo,

Aquel a quien ahora estoy rendida.

¡Ah, con qué lentitud pasa esta vida!

¿Qué gloria, Amor crüel, con mi tormento,

Qué loor a tu nombre acrecentaste?

¿Qué te ha movido a usar esa fiereza

Con que mi alma rendiste y sujetaste

A un mal al cual no basta el sufrimiento?

Si natural, ¡oh Amor!, te es la crueza,

Bastaba usar conmigo la aspereza

Que empleas comúnmente;

Mas como solamente

Con verme agonizando te contentas,

Cuando más me atormentas

Es cuando más deseas angustiarme,

Y no quieres matarme

Porque este mal de mí no se despida.

¡Ah, con qué lentitud pasa esta vida!

¿Qué cosa podré ver que alegre sea?

¿A quién acudiré que me responda?

¿Quién podrá remediar mi mal presente?

No hay bien que de mi vista no se esconda,

Ni veo un bien que para mí lo sea,

Pues quien lo fue del mundo está ya ausente.

Ninguna mujer vi que tan cruelmente

El amor maltratase,

Que al cabo no esperase

Hallar remedio a su dolor viviendo.

Yo sola estoy sufriendo

Un mal tan grave y tan desesperado.

Que es tanto más pesado

Cuanto con él la vida es más cumplida.

¡Ah, con qué lentitud pasa esta vida!

Arboleda sombría,
Cristalinas corrientes, verde prado,
Donde tuve yo libre el pensamiento;
Frescas flores, y vos, manso ganado,
Que en otro tiempo visteis mi alegría,
No me dejéis ahora en mi tormento.
Si os mueve de mi mal el sentimiento,
Dadme para él ayuda,
Pues mi lengua está muda,
Y el aliento me va desamparando.
Mas ¿cuándo, ¡ay triste!, cuándo
Un día u hora habrá que me contente
Mirándote presente,
Pastor mío, y a ti viéndome unida?
¡Ah, con qué lentitud pasa esta vida!

Mas no sé si es sobrado atrevimiento

Quererse unir contigo esta alma mía,

Pues de ella fuiste ya tan despreciado.

Amor me libraré de esta porfía,

Y después que allí vieres mi tormento.

Creo que te tendrás por bien vengado.

Y si aun durase en ti el amor pasado

Y aquella fe tan pura,

Estoy, estoy segura

De que has de recibirme blandamente.

Aprenda en mí la gente

Que Amor castiga la altivez injusta,

Y da la pena justa

Al alma que le es poco agradecida.

¡Ah, con qué lentitud pasa esta vida!

Oda I

Detén un poco, ¡oh Musa!, el largo llanto,

El dolor, la tristeza,

Y vestida de rico y ledo manto,

Loemos la belleza,

El candor, la pureza,

De la que tanta luz al mundo envía,

Convirtiendo la noche en claro día.

¡Delia!, que con bellísimas estrellas

Coronas y rodeas

Tu blanca frente y tus mejillas bellas,

Y al campo lo hermo seas

Con rosas y ajedreas,

Con el lirio, el clavel, la adormidera,

Que produce la hermosa primavera;

Para ti guarda el sitio fresco de Ilio

Sus sombras deliciosas;

Para ti el Erimanto y lindo Epilio

Las delicadas rosas,

Las drogas olorosas,

Que cría en el Oriente

Arabia la feliz e independiente.

¿De cuál pantera, o tigre, o leopardo

Las ásperas entrañas

No temían tu agudo y fiero dardo,

Cuando por las montañas

Más remotas y extrañas

Veloz atravesabas,

Tan bella que al Amor de amor matabas?

De las honestas vírgenes los gritos

Siempre, ¡oh Lucina!, oíste,

Sus fuerzas renovando y sus espíritos.

Mas los de Endimión triste,

Nunca, nunca quisiste

Oírlos un momento,

Para hacer menos grave su tormento.

¡No huyas, no, de mí, y no te escondas

De tan leal amante!

Mira cómo suspiran estas ondas,

Y cómo el viejo Atlante,

El su cuello arrogante

Mueve piadosamente,

Oyendo la mi voz flaca y doliente.

¡Triste de mí! ¿qué alcanzo con quejarme,

Si mis quejas las digo

A quien la mano alzó para matarme

Como a un cruel enemigo?

Mas yo con esto sigo

A mi estrella malina,

Que esto pretende y a esto me destina.

El Cielo sin cesar me desengaña,

Mas yo siempre porfío

En sostener locura tan extraña.

Y mi libre albedrío

No huye el desvarío;

Porque este en que me veo

Con la esperanza engaña mi deseo.

¡Oh, cuánto mejor fuera que yaciesen

En sueño perenal

Estos mis ojos tristes, y no vieses

Huir a tiempo tal

La causa de mi mal,

Más que nunca proterva,

Más crüel que osa, más fugaz que cierva!

¡Ay de mí, que me abraso en fuego vivo

Con mil muertes al lado,

Y cuando muero más, entonces vivo!

Pues mi infeliz estado

Parece ha decretado

Que cuando me convida

La muerte, tenga para morir vida.

Secreta, amiga noche, a que obedezco

(Pues escuchaste tanto

Mis quejas), estas rosas yo te ofrezco,

Y este fresco amaranto,

Regado con mi llanto

Y con el de la esposa

Del celoso Titán, blanca y hermosa.

Oda II

- 3 -

Si de mi pensamiento

Tanta razón tuviera de alegrarme,

Cuanta de mi tormento

La tengo de quejarme,

Pudieras, triste lira, consolarme.

Y mi voz fatigada,

Que en otro tiempo estaba alegre y pura,

No se viera mudada

Con tanta desventura,

Tan ronca, tan posada, ni tan dura.

Si fuera cual solía,

Podría levantar vuestros loores;

Vos, ¡oh mi Jerarquía!,

Oiréis mis amores,

Que al mundo son ejemplo de dolores.

Bellos, afortunados,

Contentos días, horas y momentos,

¡Oh, qué bien recordados

Sois de mis pensamientos,

Cuando en mí reinan ásperos tormentos!

¡Oh gustos fugitivos!

¡Oh gloria ya acabada y consumida!

¡Oh pesares esquivos!

¡Cuál me dejáis la vida!

¡Cuán llena de pesar, cuán destruída!

Mas ¿cómo ya no es muerta

Esta mi vida? ¿Cómo tanto dura?

¿Cómo no abre la puerta

A tanta desventura,

Que el tiempo en vano mitigar procura?

Pero para sufrirla

Mi corazón se esfuerza y fortalece:

Sólo para decirla

Mi pecho desfallece,

Y del todo se cansa y enflaquece.

¡Oh bien afortunado

Orfeo, cuya cítara sonante

Te hizo ser escuchado

Del fiero Radamante,

Y ante tus ojos ver tu dulce amante!

Las Estigias figuras

Moviste con tu canto dulcemente;

Las tres Furias oscuras,

Terribles a la gente,

Aplacadas se vieron de repente.

Quedó como pasmado

Todo el Estigio reino con tu canto,

Y casi descansado

De su perpetuo llanto;

Y Sísifo dejó su grave canto.

El orden se mudaba

De las penas del reino de Plutón;

En descanso se hallaba

La rueda de Txión,

Y en gloria cuantos tristes allí son.

Por lo cual admirada

La reina del infierno y conmovida,

Te dio la deseada

Esposa ya perdida,

Que tantos días careció de vida.

¿Cómo mi desventura

No consigue ablandar una alma humana,

Que contra mí es más dura,

Más cruel, más inhumana

Que el furor de Calíroe profana?

¡Oh cruda, esquiva y fiera,

Duro pecho, crüel y empedernido,

De alguna tigre fiera

En Hircania nacido,

O entre las duras rocas producido!

Mas ¿qué digo, cuitado,

Y a quién en vano fío mis querellas?

Ninfas del mar salado,

Gentiles Ninfas bellas,

Tan sólo podéis vos doleros de ellas.

Pues de oro guarnecidas

Vuestras rubias cabezas levantando,

Con las trenzas caídas,

Que están los blancos pechos cobijando,

Salid todas, venid a ver cuál ando.

Salid en compañía,

Y cantando y cogiendo tiernas flores,

Miraréis mi agonía,

Oiréis mis amores,

Sentiréis mis lamentos y dolores.

Veréis al más perdido,

Al más infeliz hombre y desdichado,

En llanto convertido,

Y puesto en tal estado,

Que en él vive tan sólo su cuidado.

Oda III

- 4 -

Hermosa fiera humana,

En cuyo corazón soberbio y rudo

La fuerza soberana

Del Amor, que vencerlo todo pudo,

Ve sin fruto quebradas

Las puntas de sus flechas afiladas.

Amada Circe mía,

Puesto que mía no, con todo amada;

Un bien que yo tenía,

Que era la libertad tan deseada,

Del todo te entregué,

Y si más tengo, más te entregaré.

Ya que natura airosa

De razón te dio partes tan contrarias,

Que siendo tan hermosa

Te huelgas en quemarte en llamas varias,

Sin arder en ninguna

Más que en la tierra o mar arde la Luna;

Ya que triunfando vas

Con diversos despojos de perdidos,

Tú que privando estás

De juicio, de razón y de sentidos,

Y a todos casi dando

El bien aquel que a todos vas negando;

Pues tanto te contenta

Ver el nocturno mozo en hierro envuelto,

Bajo de la tormenta

De Júpiter, en agua y viento suelto,

A la puerta arrimado

Que de su bien lo tiene separado,

Al menos teme, ¡oh fiera!,

Que tantas insolencias y mudanzas,

La diosa que modera

Las soberbias y locas esperanzas,

Castigue con rigor,

Y contra ti encienda el fiero amor.

Ve que la hermosa Flora,

Con suspiros de amantes rica y leda,

Por el capitán llora

Que allá en Tesalia al fin vencido queda;

Y fue sublime tanto,

Que altares le dio Roma y nombre santo.

Ve allá en Lesbos aquella

Por su salterio insigne conocida;

De muchos, que por ella

Se perdieran, perdió la cara vida,

Saltando de la roca, que se infama

Con ser remedio extremo de quien ama.

Por el mozo escogido

Donde más las tres Gracias se han mostrado,

Que Venus escondido

Para sí tuvo un tiempo y reservado,

Pagó con muerte fría

La vida cruel que a muchos dado había.

Y viéndose dejada

De aquel por quien a tantos ya dejara,

Se fue desesperada

A arrojar de la infame roca cara;

Que el mal de malquerida

Se cura sólo con perder la vida.

«Recíbeme, mar cruda,

Tómame tú, pues otro me dejó»,

Dijo; y fiera y sañuda,

Con furor por los aires se arrojó:

Acude tú, süave,

Acude, poderosa y divina ave.

En tus alas la acoge,

Benigna y compasiva; acude luego,

Antes que al mar se arroje

Para apagar en él su antiguo fuego;

Pues debe amor tamaño

Vivir, y ser tenido por extraño.

Mas no, que es justo sea,

Para las hembras crudas que amor venden,

Ejemplo, do se vea

Que también quedan presas las que prenden.

Porque Némesis quiso

Que ceder al amor sea preciso.

Oda IV

- 9 -

Ya de los montes fríos

La nieve huyendo va, ya reverdecen

Los árboles sombríos,

Las verdes hierbas crecen

Y al prado mil colores lo embellecen.

Céfiro blando espira;

Sus saetas Amor afila ahora;

Progne triste suspira,

Y Filomela llora,

Y el cielo de la tierra se enamora.

Ya viene Citerea

Del coro de las Ninfas rodeada;

Y la alma Pasitea,

Desnuda y delicada,

De sus hermanas viene acompañada.

Están las oficinas

De los duros Ciclopes descansando;

Las flores matutinas

Las Ninfas van juntando,

La tierra con ligeros pies tocando.

Del monte la pendiente

Deja Diana, deja la espesura,

Y va a buscar la fuente

Donde por suerte dura

Perdió Acteón su natural figura.

Así se va pasando

La verde primavera, el seco estío;

Irá el otoño entrando,

Vendrá el invierno frío,

Que pasará del todo, yo lo fío.

Iráse emblanqueciendo

Con la frígida nieve el seco monte;

Y Júpiter lloviendo

Turbará el horizonte,

Y temerá el marino al Orionte.

Porque, en fin, todo pasa,

No hay en el mundo nada de firmeza,

Y nuestra vida escasa

Huye con tal presteza,

Que parece que acaba cuando empieza.

Y ¿qué otro fin tuvieron

Héctor temido, Eneas el piadoso?

Los años consumieron

A aquel Creso famoso,

Y no le aprovechó su oro precioso.

¿Creías que el contento

Te aseguraba aquel tesoro extraño?

¡Oh falaz pensamiento,

Que a costa de tu daño

Creíste de Solón el desengaño!

El bien que aquí se alcanza

No dura por pujante ni por fuerte;

La bienaventuranza

Durable, es de otra suerte,

Se alcanza aquí, se goza tras la muerte.

Porque, en fin, nada basta

Contra el fin duro de la noche dura.

No pudo Delia casta

De la caverna obscura

A Hipólito volver a la luz pura.

Ni Teseo esforzado,

O con maña o con fuerza valerosa,

A Peritoo osado

Sacó de la espantosa

Prisión Letea, obscura y tenebrosa.

Oda V

- 11 -

En aquel tiempo blando

En que se ve del mundo la hermosura,

Y Tetis descansado

Está de su trabajo hermosa y pura,

A Peleo afligía

Un afecto amoroso noche y día.

Con ímpetu forzoso

Había huído de él la bella Ninfa,

Cuando Aquilón furioso

Del cristalino mar turba la linfa,

Sierras en él alzando

Que a cielo y tierra están amenazando.

Esperaba el mancebo

Con el grave dolor que en la alma siente,

Un día en que ya Febo

Comenzaba a mostrarse al mundo ardiente,

Sueltas las trenzas de oro,

En que Clicie de amor hace el tesoro.

Era en el mes que Apolo

Con sus sacros hermanos pasa el tiempo;

Y al viento enfrena Eolo

Para que el deleitoso pasatiempo

Sea tranquilo y mudo;

Que a todo obliga amor, todo lo pudo.

El luminoso día,

Los cuerpos amorosos incitaba

A aquella idolatría

Que al pecho más contenta y más lo agrava;

Cuando el ciego Cupido

Como dios por los hombres es temido;

Cuando la hermosa Ninfa,

Con el ayuntamiento venerando,

En la diáfana linfa

El cuerpo cristalino está lavando,

Y se está complaciendo,

Su gracia y gentileza en la agua viendo;

El pecho diamantino

En cuya blanca teta amor se cría;

El rostro peregrino,

Que a la noche convierte en claro día;

La delicada boca,

Que a amor con sus amores más provoca;

Los rubíes graciosos,

Y las perlas que esconden vivas rosas

De los prados hermosos

Que plantó el cielo en faces tan hermosas;

El transparente cuello,

Donde ondea el gentil áureo cabello,

El mozo a quien había

El dios Neptuno bien aconsejado,

Cuando en la tierra vía

Del cielo aquel hermoso y fiel traslado;

Mudo un rato quedara,

Porque el amor el habla le quitara.

En fin, queriendo ver

La que de lejos tanto mal le hacía,

La vista fue a perder,

Porque de puro amor ya no veía;

Vióse así ciego y mudo,

Que a tal extremo Amor traerlo pudo.

Ahora se apareja

A la batalla; ahora desistiendo,

De nuevo se aconseja;

Ahora marcha, ahora está temiendo;

Cuando ya de Cupido

Con nueva flecha el pecho se vio herido.

Acude el mozo activo

A do estaba la llaga sin sosiego;

Y con fuego excesivo

Cuanto más cerca se halla está más ciego:

Ciego y dando un suspiro

En la hermosa doncella emplea el tiro.

Vengado así Peleo,

Nació de este amoroso ayuntamiento

El fuerte Lariseo,

Que fue ruina del Frigio fundamento;

Y por no ser herido,

Fue en las Estigias aguas sumergido.

Elegía I

- 5 -

Aquel mirar tan suave y excelente,

Aquel esprito vivo e inflamado

Del cristalino rostro transparente;

Aquel aspecto grave y sosegado,

Que estando en la alma propiamente escrito,

No puede ser en versos explicado;

Aquel buen parecer tan exquisito,

Que comprender no puedo, y tan extraño,

Que parece que excede a lo finito,

Me inflama el corazón con dulce engaño,

Y engrandece mi ardiente fantasía,

De modo que en mi gloria está mi daño.

¡Oh, bienaventurado sea el día

En que tomé tan dulce pensamiento,

Que de todos los otros me desvía!

¡Y bienaventurado el sufrimiento

Que supo ser capaz de tanta pena,

Pues la causa le dio el entendimiento!

Hágame quien me mata el mal que ordena,

Trátame con engaño y desamores,

Ya que me salva cuando me condena.

Porque si de tan suaves disfavores

Ha de vivir el alma consumida,

¡Oh agradable penar, dulces dolores!

Y si una condición endurecida

Me priva de la muerte por mi daño,

¡Oh qué dulce morir, qué dulce vida!

Y si es más suave este año que el otro año,

Como que de mi mal se ve culpada,

¡Oh qué dulce mentir, qué dulce engaño!

Y si oculto pasión tan extremada,

Mostrando refrenar mi pensamiento,

¡Oh qué grata ficción! ¡cuánto me agrada!

Así es como hallo ya en el sufrimiento

La más principal parte de mi gloria,

Tomando por mejor cualquier tormento.

Si siento tanto bien con la memoria

De veros, linda dama, vencedora,

¿Qué más quiero que ser vuestra victoria?

Si tanto más el veros me enamora,

Cuanto yo menos soy a mereceros,

¿Qué más quiero que haberos por señora?

Si procede este bien de conoceros,

Y consiste el vencer en ser vencido,

¿Qué más quiero, señora, que quereros?

Si para mí tan ventajoso ha sido

Sólo el ver unos ojos tan serenos,

¿Qué ganancia mayor que ser perdido?

Si mis deseos de esperanza ajenos,

No merecen siquiera su tormento,

¿Qué más quiero que ya no sea menos?

La causa, pues, me esfuerza al sufrimiento,

Porque a pesar del mal que me resiste,

Con todos los trabajos me contento,

Pues la causa es la que hace alegre o triste.

Elegía II

- 8 -

Belisa, único bien de esta alma triste,

Descanso singular de aquesta vida,

Trono donde el poder de amor consiste;

Hermosa fiera a quien de amor rendida

Está mi siempre invicta voluntad,

Ganada más, si más por ti perdida;

¡Cuán contrario parece en la beldad

Que los pechos cautiva con blandura,

Tener resabio alguno de crueldad!

¡Cuán contrario parece en hermosura

Que deja muy atrás lo más extraño,

La esquiva condición o el alma dura!

¡Cuán mal parece en quien con un engaño

Puede dar vida al corazón sujeto,

Darle en lugar de vida mortal daño!

¡Cuán mal parece que un amor perfecto

No sea de otro amor remunerado,

Aunque sea fingido e imperfecto!

¡Cuán mal parece esté desesperado

Quien por ti tanto sufre y ha sufrido,

Debiendo estar de penas aliviado!

Pero aun parece peor no esté rendido

A ese rostro, que al mundo lo suspende,

Por más que en su rigor viva ofendido.

Y aun parece peor el que defiende

Que sea esa belleza siempre amada,

Aunque un imposible es lo que pretende.

Si quien te muestra amor te desagrada,

Sólo has de pretender el no ser vista;

Mas no después de vista el ser dejada.

¡Cómo ignora la fuerza de tu vista

Quien piensa que en lo que ella acaso alcanza

Puede hallar corazón que le resista!

¡Qué bien parecería una esperanza

Ya concedida a mi cariño ardiente,

En vez de esta mortal desconfianza!

Si el padecer por ti constantemente

Pudiese ser reparo a quien más te ama,

Yo esperara vivir alegremente.

Pero temo que aquella inmensa llama

Con que a tu bello imperio me llevaste,

Tanto te enfría a ti, cuanto me inflama.

Si la etérea belleza así imitaste

Que blandamente mueve un amor puro,

¿Por qué tan dura condición tomaste?

¿Cuál elevado, cuál soberbio muro,

Este mal que me ocupa el pensamiento,

Contado, no volviera menos duro?

Tú que tan sola causas mi tormento,

Tú que tan sola puedes consolarme,

¿Quieres que mis suspiros lleve el viento?

Tú que me pagarías con matarme,

Aun la muerte me niegas veces tantas;

¡Qué bien me harías, ay, con acabarme!

Usa de piedad tú, que al mundo espantas

Con esos ojos que lo alegran tanto,

Si acaso a verlo blandos los levantas.

Extiéndese en la tierra el negro manto,

Gozo a la noche da la luz ajena,

Pero en mis ojos tristes dura el llanto.

Y después nace la mañana llena

De luz, que el llanto enjuga de la Aurora;

Mas no enjuga mi llanto ni mi pena.

Pero no es llanto lo que mi alma llora;

Es el amor vital que en el pecho arde,

Y por entrambos ojos sale ahora.

¡Cómo! ¡la muerte quieres que se aguarde!

No tarde, no; mas corra a mal tan fiero;

Mas ya, por más que corra, vendrá tarde.

Ni aun en el postrer trance de ti espero

Que, viendo mi infeliz y triste estado,

Quieras, dura, entender lo que te quiero.

¡Si consiguiese yo, dueño adorado,

Que al lugar triste donde muera mires,

No por causarte pena, sino agrado!

No quiero de ti, no, que allí suspires,

Ni que de darme muerte te arrepientas,

Mas que de mí los ojos no retires.

Así nunca el pastor a quien contentas

Te haga a ti padecer lo que tú me haces,

Para que con tu mal mi mal entiendas.

¿Cómo ya ahora no te satisfaces?

Pues las penas que sufro por quererte,

De tu merecimiento son capaces.

Y quien con otro mérito vencerte

Presume, ¡oh raro monstruo de belleza!,

Aun más lejos está de merecerte.

Éste sí que merece la cruz

Con que tú de acabar mi vida tratas;

Pues delante de ti muestra grandeza.

Si piensas que con esto desbaratas

Mi inalterable amor, porque no viva,

Él vive mucho más cuando me matas.

Si el darme muerte lo has por gloria altiva,

Yo me inclino a que mates; tú te inclinas

A matar, más de blanda que de esquivada.

Si esta alma tuya juzgas por indigna

De aquel excelso bien que en ti se esconde,

Del descubierto mal hazla tú digna.

¿Dónde ¡ay! voz hallaré que baste, dónde

A poder reducirte a ser piadosa?

O acábame del todo, o me responde.

Mas por más que te muestres rigurosa,

Dejar mi pensamiento es imposible,

Igualmente que a ti no ser hermosa.

Y aunque mi pena sea muy terrible,
El sólo contemplar la causa de ella,
Aunque la hace mayor, la hace sufrible.

Y cuando no pudiendo sostenella,
La vida pierda y a la muerte llame,
No he de perder el gusto de perdella.

Es justo que por ti mil muertes ame;
Mas ve tú si te ilustras porque ofensa
Mía mortal tu mérito se llame.

Bien ves que una beldad que es tan inmensa
Con vencerme de gloria no se llena,
Pues en rendirme pongo mi defensa.

Mas ya que amor tan puro me condena,

Asaz contento estoy de esta victoria;

Pues no me dan mis males tanta pena,

Cuanto el sufrir por ti me dará gloria.

Elegía III *

- 17 -

La sierra fatigando de continuo

Los pasos vagarosos voy moviendo,

Perdiendo de la vida todo el tino;

De mis suspiros tristes no pudiendo

El alma separar, y el pensamiento

De aquella por quien yo vivo muriendo:

Que aunque la ausencia es grave tormento,

Que yo te olvide en ella es imposible,

Pues con amor no puede apartamiento.

Véote con espíritu invisible;

En él muy vivo tengo aquel meneo,

Tan fiero para mí y tan terrible.

Todo lo más alegre triste veo,

El fresco valle, el monte, la espesura,

La clara fuente enoja aun el deseo.

El día se me vuelve en noche oscura,

No puede amanecer de donde ausente

Tus claros ojos son de tu hermosura.

Permite ya, señora, que presente,

Doquiera que tu luz es detenida,

Sean el alma y vida juntamente.

En tu servicio allí pronta la vida

Pondré, el alma sola en contemplarte,

Aunque me seas siempre endurecida.

El mal que haces es dulce en toda parte,

Sabroso es el tormento, yo lo quiero,

Pues es tu voluntad el no ablandarte.

Que cuando una hora venga, que no espero,

Piadosa y blanda más que las pasadas,

Y me quieras oír viendo que muero,

Las tristes no serán de mí dejadas,

Que no sabré vivir sin el estado

De penas tanto tiempo ya probadas.

Hablo como furioso y transportado,

Y pido lo que me es más enojoso,

Holgando de me ver tan olvidado.

Quien fatigado está, no da reposo;

Que sufras con paciencia te conviene

Las quejas del que a sí se es odioso.

Al tiempo, que volando ya más viene,

Mis desusadas voces encomienda,

Que así la triste voz en ti detiene.

La fuerza del dolor ninguna enmienda

Puede tomar en mí que satisfaga

Lo menos que la queja en mí te ofenda.

Incurable parece cualquier llaga,

Y lo es, que se recibe de tu mano:

No quiera Amor que yo jamás deshaga

Tu voluntad en esto, que es en vano.

Elegía IV *

- 18 -

De peña en peña muevo las pisadas;

La tristísima voz al aire dando,

Voy cantando mis quejas desusadas:

Incierto en el camino, que pisando

De un monte esquivo, al otro me encamina,

En medio de él estoy en ti pensando.

¡Oh riguroso paso! ¡y cuán indina

El alma veo aquí de sola una hora

Poder en ti pensar, que eres tan dina!

Si el alma mía aun no es merecedora,

Purísima y perfecta, ¿qué me puede

De esperanza quedar en ti, señora?

Mas que puedo querer, fortuna ruede,

Llevándome de un triste en otro estado,

Y si es tu voluntad, un bien no quede.

En mí no vivo ya, se ha transformado

En ti el espíritu triste que tenía;

De ti sola se quiere ver mirado.

Que aunque en fatigas pase noche y día,

De tu mano se viese, o en paso estrecho,

La firme voluntad no mudaría.

Y si por realeza un blando pecho,

Que tanto tiempo estuvo endurecido,

Quisiese ya mostrar un nuevo hecho,

¿Adó me llegaría aquel sonido

De tu nueva mudanza y mi ventura,

Al eco, al valle, al monte empedernido?

¿Do no se cantaría su blandura?

¿En qué región extraña o nueva parte

Quedara por loar tu hermosura?

¿Quién no pusiera estudio, ingenio y arte,

Y cuando todo no, mucho dijera,

Mostrando que cupiera en ti ablandarte?

¿Qué roble, qué león, qué tigre hubiera,

Qué áspera montaña inhabitada,

Que mis mudadas voces no me oyera?

Mas no quiere el amor que la usada

Queja, por estas sierras esparcida

De tanto tiempo ya, sea dejada.

Ni tú querrás que deje yo la vida,

Para me dar tormento aun más severo;

Ni con tan luenga usanza interrumpida,

Cada hora más áspera te espero:

Que vengas pido, y sea el mal más duro,

Que el que puedo sufrir ya no lo quiero.

Pruébese aqúeste amor perfecto y puro

En fatigas mayores, en crueza;

Cuanto fuere mayor, es más seguro.

Excedes a las fieras en dureza:

¿Cuándo se ha visto, en esta pura y rara

Gracia, del duro monte la aspereza?

De los bienes que puedes dar avara

Al que puedes dar vida y por ti pena,

Pues niegas lo que el mundo no pensara,

Hace en tu voluntad como ella ordena.

Mote

Niña, quien fía en tus ojos,

En las niñas de ellos ve

Que no hay en las niñas fe.

TROVA

Quien pone su confianza

En niñas faltas de asiento,

Ha de tener sufrimiento

Para miles de mudanzas.

Son nulas sus esperanzas,

Y en sus ojos bien se ve

Que no hay en sus almas fe.

Engañan al parecer;

Pues si se trata de amar,

Son mujeres en matar,

Y son niñas en querer.

Quien quiere a sus ojos creer

Mil gracias en ellos ve,

Mas nunca halla en ellos fe.

Muéstranos en un momento

Mucho amor, mucha terneza;

Mas al volver la cabeza

Se les muda el pensamiento.

En nada tienen asiento,

Y en ellas sólo se ve

Que son bellas, mas sin fe.

Mote

Catalina bien promete:

Pero ¡ay Dios, y cómo miente!

TROVA

Catalina es más hermosa

Que la luz del mediodía,

Y más hermosa aun sería

Si no fuese mentirosa.

Ayer la vi muy piadosa,

Y hoy la hallo tan diferente,

Que siempre pienso que miente.

Prometióme ayer venir,

Pero ella no pareció:

Creo que lo prometió

Solamente por mentir.

Me hace llorar y reír:

Río cuando me promete,

Y lloro cuando me miente.

Juróme la maula aquella,

Por el alma que tenía,

Venir: tenía la mía,

Y sintió poco el perdella.

Mi vida depende de ella,

Pues me la da si promete,

Y me la quita si miente.

Hembra pérfida y malvada,

Decid: ¿por que me mentís?

¿Cuando prometéis me huís?

Pues sin cumplir todo es nada.

No estáis bien aconsejada,

Pues quien promete, si miente,

Lo que pierde no lo siente.

Yo bien os consentiría

Cuanto quisierais hacer,

Si ese vuestro prometer

Lo cumplierais algún día.

Por vos me desviviría,

Y vos placenteramente

Reiríais de quien miente.

Mas pues gustáis de mentir

Cuando prometéis me ver,

Yo dejaré el prometer,

Dejadme vos el servir.

Habéis así de sentir

Cuánto mi corazón siente

El servir a quien le miente.

Catalina me mintió

Mil veces sin ley ni fe,

Y las mil le perdoné

Por una que me cumplió.

Ya en hablarme consintió;

Si en otra cosa consiente,

Nunca más diré que miente.

Mote *

Vos tenéis mi corazón.

GLOSA

Mi corazón me han robado,

Y Amor, viendo mis enojos,

Me dijo: «Fuéte llevado

Por los más hermosos ojos

Que desde vivo he mirado:

Gracias sobrenaturales

Te lo tienen en prisión.»

Y si Amor tiene razón,

Señora, por las señales,

Vos tenéis mi corazón.

Mote *

Amor loco, amor loco;

Yo por vos y vos por otro.

TROVA

Dióme Amor tormentos do

Para que pene doblado:

Uno es verme desamado;

Otro es mancilla de vos.

Ved qué ordena Amor en nos:

Porque vos hacéisme loco

Que seáis loca por otro.

Tratáis amor de manera

Que porque así me tratáis,

Quiero que, pues no me amáis,

Que améis otro que no os quiera.

Mas con todo, si no os viera

Del todo loca por otro,

Con más razón fuera loco.

Y tan contrarios viviendo,

Al fin, al fin conformamos;

Pues ambos a dos buscamos

Lo que más nos va huyendo.

Voy tras vos siempre siguiendo,

Y vos huyendo por otro

Andáis loca y me hacéis loco.

Mote *

¿Do la mi ventura,

Que no veo alguna?

TROVA

Sepa quien padece,

Que en la sepultura

Se esconde ventura

De quien la merece.

Allá me parece

Que quiere ventura

Que no halle yo alguna.

Naciendo mezquino,

Dolor fue mi cama,

Tristeza fue el ama,

Cuidado el padrino.

Vistióse el destino

Negra vestidura,

Huyó la ventura.

No se halló tormento

Que allí no se hallase,

Ni bien que pasase,

Sino como viento.

¡Oh qué nacimiento,

Que luego en la cuna

Me siguió fortuna!

Esta dicha mía

Que siempre busqué,

Buscándola hallé

Que no la hallaría;

Que quien nace en día

De estrella tan dura,

Nunca halla ventura.

No puso mi estrella

Más ventura en min:

Así vive en fin

Quien nace sin ella;

Quéjome que atura

Vida tan oscura.

Mote *

¿Qué veré que me contente?

GLOSA

Desde una vez yo miré,

Señora, vuestra beldad,

Jamás por mi voluntad

Los ojos de vos quité.

Pues si en vos placer no siento

Mi vida, ni lo desea;

Si no queréis que yo os vea,

¿Qué veré que me contente?

Mote *

Irme quiero, madre,

A aquella galera,

Con el marinero

A ser marinera.

GLOSA

Madre, si me fuere,

Doquiera que vo,

No lo quiero yo,

Que el Amor lo quiere.

Aquel niño fiero

Hace que me muera

Por un marinero

A ser marinera.

El que todo puede,

Madre, no podrá,

Pues el alma va,

Que el cuerpo se quede.

Con él, porque muero,

Voy porque no muera;

Que si es marinero,

Seré marinera.

Es tirana ley

Del niño señor,

Que por un amor

Se deseche un rey.

Pues de esta manera

Él quiere, irme quiero

Por un marinero

A ser marinera.

Decid, ondas, ¿cuándo

Visteis vos doncella,

Siendo tierna y bella,

Andar navegando?

Mas ¿qué se espera

De aquel niño fiero?

Vea a quien yo quiero,

Sea marinera.

Mote *

¿Para qué me dan tormento,

Aprovechando tan poco?

Perdido, mas no tan loco

Que descubra lo que siento.

TROVA

Tiempo perdido es aquel

Que se pasa en darme afán,

Pues cuanto más me lo dan,

Tanto menos siento de él.

¿Que descubra lo que siento?

No lo haré, pues no es tan poco;

Que no puede ser tan loco

Quien tiene tal pensamiento.

Sepan que me manda Amor

Que de tan dulce querella

A nadie dé parte de ella,

Porque la siento mayor.

Es tan dulce mi tormento

Que aun se me antoja poco;

Y si es mucho, quede loco

De gusto de lo que siento.

Mote *

Ojos, herido me habéis,

Acabad ya de matarme,

Mas muerto, volvé a mirarme

Porque me resucitéis.

TROVA

Pues me distéis tal herida

Con gana de darme muerte,

El morir me es dulce suerte,

Pues con morir me dais vida.

Ojos, ¿en qué os detenéis?

Acabad ya de matarme;

Mas muerto, volvé a mirarme,

Porque me resucitéis.

La llaga cierto ya es mía,

Aunque, ojos, vos no queráis;

Mas si la muerte me dais,

El morir me es alegría.

Así, digo que acabéis,

Ojos, de resucitarme;

Mas muerto, volvé a mirarme,

Porque me resucitéis.

Mote *

De vuestros ojos centellas

Que encienden pechos de hielo

Suben por el aire al cielo,

Y en llegando son estrellas.

TROVA

Falsos loores os dan:

Que esas centellas tan raras

No son nel cielo más claras

Que en los ojos donde están.

Porque cuando miro en ellas

Cómo le alumbran al cielo,

No sé qué serán nel cielo,

Mas sé qué acá son estrellas.

Ni se puede presumir

Que al cielo suban, señora;

Que la lumbré que en vos mora

No tiene más que subir.

Mas pienso que dan querellas

A Dios nel octavo cielo,

Porque son acá en el suelo

Dos tan hermosas estrellas.

Endechas

A UNA ESCLAVA LLAMADA BÁRBARA

Aquella cautiva

De quien soy cautivo,

Porque en ella vivo

No quiere que viva.

Yo nunca vi rosa

En suaves manojos

Que para mis ojos

Fuese tan hermosa.

Ni en el campo flores,

Ni en el cielo estrellas

Vi jamás tan bellas

Como mis amores.

Rostro singular,

Ojos sosegados,

Negros y cansados,

Mas no de matar.

Una gracia viva

En sus ojos mora

Que la hace señora

De quien es cautiva.

Sus negros cabellos

Sin contradicción

Prueban que no son

Los rubios tan bellos.

¡Negrura de amor!

Pues la nieve pura

Que por tal negrura

Diera su color.

Tan leda mansión

Que el juicio acompaña,

Bien parece extraña,

Mas bárbara no.

Presencia serena

Que la mar amansa,

En ella descansa

Mi afán y mi pena;

Esta es la cautiva

De quien soy cautivo,

Y si en ella vivo,

Es fuerza que viva.

Redondillas

Quísonos naturaleza

De tal condición hacer,

Que sabemos con certeza

Que nunca hay un gran placer

Que esté libre de tristeza.

Este decreto espantoso,

Que instituyó nuestra suerte,

Es tal y tan riguroso,

Que nadie antes de la muerte

Se puede llamar dichoso.

Con esta justa balanza

Refrena el hado profundo

El deseo y la esperanza,

Para que nadie en el mundo

Busque bienaventuranza.

Redondillas

AL DESCONCIERTO DEL MUNDO

A los buenos vi pasar

En el mundo mil tormentos;

Y para más me espantar,

Vi a los malos disfrutar

De bienes y de contentos.

Pensando alcanzar así

El bien tan mal ordenado,

Fui malo, y fui castigado;

Porque sólo para mí

Anda el mundo concertado.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

